FINAL DE LA TRILOGÍA *EL CORREDOR DEL LABERINTO*

LA CURA MORTAL

JAMES DASHNER

Traducción de Noemí Risco Mateo

Lectulandia

«MÁTAME. SI ALGUNA VEZ HAS SIDO MI AMIGO, MÁTAME».

Desde hace tres semanas, Thomas vive en una habitación sin ventanas, de un blanco resplandeciente y siempre iluminada. Sin reloj y sin contacto con nadie, más allá de las tres bandejas de comida que alguien le lleva a diario (aunque a horas distintas, como para desorientarle).

Al vigésimo sexto día, la puerta se abre y un hombre le conduce a una sala llena de viejos amigos.

—Muy bien, damas y caballeros. Estáis a punto de recuperar todos vuestros recuerdos. Hasta el último de ellos.

Lectulandia

James Dashner

La cura mortal

El corredor del laberinto 3

ePub r1.0
libra 13.09.13

Título original: *The Death Cure*
James Dashner, 2011
Traducción: Noemí Risco Mateo

Editor digital: libra
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Este libro es para mi madre: El mejor ser humano que ha existido nunca.

Agradecimientos

Menudo viaje ha sido esta trilogía. En muchos aspectos ha sido un esfuerzo común entre yo; mi editora, Krista Marino; y mi agente, Michael Bourret. No sé cómo darles las gracias a estas dos personas, pero seguiré intentándolo.

Muchas gracias a toda la buena gente de Random House, en especial a Beverly Horowitz y mis publicistas, Emily Pourciau y Noreen Herits. También a todo el increíble equipo de ventas, promoción, diseño, corrección y todas las demás partes vitales que ayudan a crear un libro. Gracias por convertir esta serie en un éxito.

Gracias a Lauren Abramo y Dystel & Goderich por asegurarse de que estos libros están disponibles en todo el mundo. Y gracias a todos los editores en el extranjero por darme una oportunidad.

Gracias a Lynette y J. Scott Savage por leer mis primeros borradores y darme vuestra opinión. ¡Os prometo que el libro ha mejorado mucho!

Gracias a todos los usuarios de blogs literarios y a los amigos de Facebook y Twitter, #dashnerarmy, por estar conmigo y dar a conocer mis historias a otros. Os doy las gracias a vosotros y a todos mis lectores. Este mundo se hizo real para mí y espero que lo hayáis disfrutado.

Capítulo 1

El olor fue lo que empezó a desquiciar a Thomas.

No fue por llevar más de tres semanas solo. No fueron las paredes, el techo ni el suelo de color blanco. No fue porque no hubiera ventanas o el hecho de que nunca apagaran las luces. Nada de eso. Le habían quitado el reloj, le alimentaban con la misma comida tres veces al día —un trozo de jamón, puré de patatas, zanahorias crudas, una rebanada de pan y agua—, nunca le hablaban y no permitían entrar a nadie en la habitación. Sin libros, sin películas, sin juegos.

Aislamiento total. Ya habían pasado más de tres semanas, aunque había empezado a dudar de su percepción del tiempo, que se basaba puramente en su instinto. Intentaba adivinar cuándo caía la noche para asegurarse de que sólo dormía durante lo que a él le parecían las horas normales. Las comidas ayudaban, aunque no llegaban con regularidad. Como si pretendieran desorientarlo.

Solo. En una habitación acolchada, carente de color. Las únicas excepciones eran un pequeño váter de acero inoxidable en un rincón, casi escondido, y un viejo escritorio de madera que Thomas no usaba para nada. Solo en un silencio insoportable, con tiempo ilimitado para pensar en la enfermedad que arraigaba en su interior: el Destello, aquel virus progresivo y silencioso que lentamente iba eliminando todo aquello que convertía en humano a una persona.

Nada de aquello le volvía loco.

Era el hedor que emanaba, y por alguna razón le ponía tan tenso que sus nervios eran capaces de cortar el sólido bloque de la cordura. No le dejaban ducharse o bañarse, no le habían dado ropa para que se cambiara desde que llegó ni nada con lo que limpiar su cuerpo. Un simple trapo le habría ayudado; podría haberlo mojado en el agua que le daban para beber y al menos haberse limpiado la cara. Pero no tenía nada más que la ropa sucia que llevaba puesta cuando le encerraron allí. Ni siquiera había sábanas. Dormía hecho un ovillo, con el trasero encajado en una esquina de la habitación y los brazos cruzados para intentar coger algo de calor, puesto que a menudo temblaba.

No sabía por qué el mal olor de su propio cuerpo era lo que más le asustaba; tal vez era una señal de que había perdido el juicio. Pero, por algún motivo, su precaria higiene se le agolpaba en la cabeza y le provocaba pensamientos terribles. Como si se estuviera pudriendo, descomponiendo, y sus entrañas se hubieran vuelto tan rancias como se sentía por fuera.

Eso era lo que le preocupaba, aunque pareciera irracional. Tenía bastante comida y agua suficiente para saciar la sed; también descansaba y hacía el ejercicio que podía en aquella pequeña habitación, donde a menudo se ponía a correr durante horas sin avanzar. Por lógica sabía que estar sucio no tenía nada que ver con la fuerza de su

corazón o el funcionamiento de sus pulmones. Aun así, su mente empezaba a creer que aquel hedor incesante representaba a la muerte cada vez más cercana y a punto de devorarlo.

Todos aquellos oscuros pensamientos le hacían preguntarse si Teresa no le habría mentido la última vez que hablaron, cuando le dijo que era demasiado tarde para él e insistió en que pronto sucumbiría al Destello y se volvería loco y violento. Que ya había perdido la cordura antes de llegar a aquel horrible lugar. Hasta Brenda le había advertido de que la situación iba a empeorar. Quizás ambas tenían razón.

Y a eso se sumaba la preocupación por sus amigos. ¿Qué les había sucedido? ¿Dónde estaban? ¿Qué causaba el Destello en sus mentes? Después de todo a lo que habían estado sometidos, ¿así iban a terminar?

La cólera le invadía como una rata temblorosa en busca de un lugar cálido, de unas migas de comida. Y conforme transcurrían los días, la ira se intensificaba de tal manera que a veces Thomas se ponía a temblar incontrolablemente antes de poder contener la furia y guardarla. No quería que se fuera para siempre; tan sólo la almacenaba y dejaba que aumentara. Esperaba el momento adecuado, el lugar adecuado, para desatarla. CRUEL le había hecho todo aquello. CRUEL le había arrebatado su vida, a él y a sus amigos, y los utilizaban para cualquier fin que consideraran necesario. No importaban las consecuencias.

Y por ese motivo lo pagarían. Thomas se juraba aquello miles de veces al día.

Todas esas cosas le pasaron por la cabeza cuando se sentó con la espalda apoyada en la pared, mirando a la puerta —y al feo escritorio de madera que había enfrente—, en lo que suponía que era la última hora de la mañana de su vigésimo segundo día cautivo en la habitación blanca. Siempre hacía lo mismo tras el desayuno, tras el ejercicio. Esperaba contra toda esperanza que la puerta se abriera —en realidad, que se abriera del todo—, la puerta entera, no sólo la rendija inferior por la que le pasaban la comida.

Ya había intentado infinidad de veces abrir la puerta él mismo, pero los cajones del escritorio estaban vacíos, no había nada más que olor a moho y cedro. Miraba todas las mañanas por si había aparecido algo por arte de magia mientras dormía. Aquellas cosas sucedían a veces cuando se trataba de CRUEL.

Y así estaba sentado, con la vista clavada en la puerta. Paredes blancas y silencio. El olor de su propio cuerpo. Pensando en sus amigos: Minho, Newt, Fritanga y los otros pocos clarianos que quedaban vivos. Brenda y Jorge, que habían desaparecido sin dejar rastro tras su rescate en el gigantesco iceberg. Harriet y Sonya, las demás chicas del Grupo B, y Aris. Pensó en Brenda y la advertencia que le había hecho la primera vez que despertó en la habitación blanca. ¿Cómo había hablado en su mente? ¿Estaba o no de su parte?

Pero, sobre todo, pensó en Teresa. No podía sacársela de la cabeza, aunque la

odiaba un poco más cada instante que pasaba. Sus últimas palabras habían sido «CRUEL es buena», y fuera cierto o no, para Thomas ella había acabado representando todas las cosas terribles que habían pasado. Cada vez que pensaba en ella, la cólera bullía en su interior.

Quizá toda esa rabia era la última cuerda que le ataba a la cordura mientras esperaba.

Comía. Dormía. Hacía ejercicio. Ansiaba la venganza. Eso fue lo que hizo durante tres días más. Solo.

Al vigésimo sexto día, la puerta se abrió.

Capítulo 2

Thomas se lo había imaginado infinidad de veces: lo que haría, lo que diría. Cómo se apresuraría a enfrentarse a cualquiera que entrara y después echaría a correr para huir, escapar. Pero aquellas ideas eran más bien por puro entretenimiento. Sabía que CRUEL no permitiría que sucediera nada parecido. No, tenía que planearlo todo al detalle antes de actuar.

Cuando ocurrió de verdad, cuando la puerta se abrió con el ligero sonido de un soplido y quedó abierta de par en par, Thomas se sorprendió ante su propia reacción: no hizo nada. Algo le decía que una barrera invisible había aparecido entre él y el escritorio, como en los dormitorios al salir del Laberinto. No era el momento de actuar. Aún no.

Apenas experimentó una leve sorpresa cuando entró el Hombre Rata, el tipo que habló a los clarianos de la última prueba a la que les iban a someter, a través de la Quemadura. Tenía la misma nariz larga, los mismos ojos de comadreja; aquel pelo grasiento, peinado sobre una calva evidente que ocupaba la mitad de su cabeza. El mismo ridículo traje blanco. Aunque parecía más pálido que la última vez que le vio y sujetaba con la parte interior de su codo una gruesa carpeta llena de papeles arrugados, colocados desordenadamente, mientras arrastraba una silla de respaldo recto.

—Buenos días, Thomas —dijo con un forzado gesto de cabeza.

Sin esperar respuesta, cerró la puerta, puso la silla detrás del escritorio y se sentó. Dejó la carpeta delante de él, la abrió y comenzó a hojear las páginas. Cuando encontró lo que estaba buscando, se detuvo y apoyó las manos encima. Después, esbozó una patética sonrisa y fijó los ojos en Thomas.

Cuando finalmente habló, se dio cuenta de que llevaba semanas sin hacerlo y su voz sonó ronca:

—Sería un buen día si me dejaras salir.

No hubo ni un atisbo de cambio en la expresión del hombre.

—Sí, sí, lo sé. No tienes que preocuparte. Hoy vas a oír muchas noticias positivas. Confía en mí.

Thomas reflexionó sobre aquello, avergonzado por dejar que le diera esperanzas, aunque fuera un segundo. Debería saber ya lo que le aguardaba.

—¿Noticias positivas? ¿No nos escogisteis porque pensabais que éramos inteligentes?

El Hombre Rata se quedó callado varios segundos antes de responder.

—Inteligentes, sí. Entre otras razones importantes —se detuvo para estudiar a Thomas antes de seguir—. ¿Crees que disfrutamos con todo esto? ¿Crees que disfrutamos viendo cómo sufres? Todo tiene un objetivo y muy pronto tendrá sentido

para ti —la intensidad de su voz había aumentado hasta prácticamente gritar la última palabra y se había ruborizado.

—¡Vaya! —exclamó Thomas, cada vez más atrevido—. Cálmate un poquito, tío. Te quedan tres minutos para que te dé un ataque al corazón.

Le sentó bien decir aquellas palabras.

El hombre se levantó de la silla y se inclinó sobre el escritorio. Las venas de su cuello sobresalían como cuerdas tensas. Se volvió a sentar despacio y respiró varias veces profundamente.

—Sería de esperar que casi cuatro semanas encerrado en este habitáculo blanco le dieran una lección de humildad a un chico, pero tú pareces más arrogante que nunca.

—Entonces, ¿vas a decirme que no estoy loco? ¿Que no tengo el Destello ni lo tuve nunca? —Thomas no pudo reprimirse. La rabia aumentó en él hasta un punto que creía que iba a explotar. Pero se obligó a bajar la voz—. Eso es lo que me ha mantenido cuerdo todo este tiempo. En el fondo sabía que habíais mentido a Teresa, que esa no era más que otra de vuestras pruebas. Bueno, ¿y ahora adónde voy? ¿Me vas a enviar a la fuca luna? ¿O a cruzar un océano a nado en ropa interior? —sonrió para acentuar más el énfasis.

El Hombre Rata había estado mirando a Thomas con la vista perdida durante su perorata.

—¿Has terminado?

—No, no he terminado —había esperado día tras día una oportunidad para hablar, pero, ahora que por fin había llegado, su mente estaba en blanco. Se había olvidado de todos los guiones que había desarrollado en su cabeza—. Quiero… quiero que me lo cuentes todo. Ya.

—Oh, Thomas —dijo el Hombre Rata en voz queda, como si fuera a darle una noticia triste a un niño pequeño—, no te hemos mentido. Sí tienes el Destello.

Thomas se quedó desprevenido y un escalofrío cortó la intensidad de su cólera. ¿Seguía mintiendo el Hombre Rata?, se preguntó. Pero se encogió de hombros, como si aquella noticia la hubiera sospechado siempre.

—Bueno, aún no he comenzado a volverme loco.

Hubo un momento —después de todo aquel tiempo cruzando la Quemadura, de estar con Brenda, rodeado de raros— en que asumió que acabaría contrayendo el virus. Pero se decía para sus adentros que todavía estaba bien. Seguía cuerdo. Y eso era lo que importaba por ahora.

El Hombre Rata suspiró.

—No lo entiendes. No entiendes qué he venido a decirte.

—¿Por qué iba a creer las palabras que salen de tu boca? ¿Cómo esperas que lo haga?

Thomas se dio cuenta de que se había levantado, pero no recordaba haberlo

hecho. Su pecho subía y bajaba por la dificultosa respiración Tenía que controlarse. La mirada del Hombre Rata era fría; sus ojos, dos negros pozos. Estuviera o no mintiendo, Thomas sabía que tendría que escucharle si quería abandonar la habitación blanca. Hizo un esfuerzo por calmar su Respiración. Esperó.

Tras varios segundos en silencio, el visitante continuó:

—Sé que te hemos mentido. A menudo. Te hemos hecho unas cuantas cosas terribles a ti y a tus amigos. Pero era todo parte de un plan con el que no sólo estuviste de acuerdo, sino que ayudaste a poner en marcha. Hemos tenido que llevarlo un poco más lejos de lo que esperábamos al principio, de eso no hay duda. Sin embargo, todo ha ido según lo que previeron los creadores, lo que tú previste en su lugar después de que fueran… purgados.

Thomas negó con la cabeza lentamente; sabía que, de alguna manera, había tenido algo que ver con esa gente, pero el hecho de hacer pasar a alguien por lo que habían vivido era incomprensible.

—No me has contestado. ¿Cómo puedes esperar que crea lo que dices?

Recordaba más de lo que contaba, por supuesto. Aunque la ventana a su pasado estaba cubierta de mugre y no revelaba más que borrosos retazos, sabía que había trabajado con CRUEL. Sabía que también lo había hecho Teresa y que ambos ayudaron a crear el Laberinto. Había recordado algunas cosas más.

—Porque, Thomas, no tiene sentido mantenerte en la ignorancia —respondió el Hombre Rata—. Ya no.

De repente se sintió cansado, como si se hubiera quedado sin fuerzas, sin nada. Se dejó caer al suelo con un fuerte suspiro y negó con la cabeza.

—Ni siquiera sé qué significa eso.

¿Qué sentido tenía mantener una conversación cuando no podía confiar en sus palabras?

El Hombre Rata siguió hablando, pero su tono cambió; se hizo menos indiferente y clínico, más profesional:

—Está claro que eres consciente de que existe una enfermedad horrible que devora las mentes humanas en el mundo entero. Todo lo que hemos hecho hasta ahora ha sido calculado con un único propósito: analizar los patrones de tu cerebro y crear un programa a partir de ellos. El objetivo es utilizar ese programa con el fin de que desarrolle una cura para el Destello. Las vidas perdidas, el dolor y el sufrimiento… desde el principio sabías lo que estaba en juego. Todos lo sabíamos. Se hizo para asegurar la supervivencia de la raza humana. Y estamos muy cerca. Muy, muy cerca.

Los recuerdos habían vuelto a Thomas en varias ocasiones. El Cambio, los sueños que había tenido desde entonces, imágenes efímeras aquí y allá, como rápidos relámpagos en su mente. Y en ese instante, al escuchar al hombre de blanco, tuvo la

sensación de hallarse junto a un precipicio con todas las respuestas a punto de ascender desde las profundidades para que él las viera en su totalidad. Las ansias por alcanzar esas respuestas eran casi demasiado fuertes para mantenerlas a raya.

Pero seguía sin fiarse. Sabía que había formado parte de aquello, que ayudó a diseñar el Laberinto, que había tomado el mando tras la muerte de los creadores y que el programa continuaba con nuevos reclutas.

—Recuerdo lo suficiente para avergonzarme de mí mismo —admitió—. Pero pasar por este tipo de abuso es muy distinto a planificarlo. No está bien.

El Hombre Rata se rascó la nariz y se movió en su asiento. Algo en la réplica de Thomas le había afectado.

—Veremos lo que piensas al final del día, Thomas. Ya lo veremos. Pero deja que te pregunte: ¿me estás diciendo que no merece la pena perder unas pocas vidas para salvar la de incontables personas? —el hombre volvió a hablar con pasión, inclinándose hacia delante—. Es un axioma muy antiguo, pero ¿crees que el fin justifica los medios? ¿Cuándo no queda otra opción?

Thomas se quedó con la vista fija. Era una pregunta que no tenía una buena respuesta.

Quizás el gesto que hizo el Hombre Rata fuera una sonrisa, pero parecía más bien una mueca despectiva.

—Pues recuerda que una vez creíste que sí, Thomas —empezó a recoger sus papeles como si fuera a marcharse, pero no se movió—. Estoy aquí para decirte que todo está organizado y nuestros datos se hallan casi completos. Estamos en la cúspide de algo grande. En cuanto tengamos el programa, podrás ir a llorarles a tus amigos lo injustos que hemos sido.

Thomas deseó interrumpir al hombre con duras palabras, pero se contuvo.

—¿Cómo vais a conseguir el programa del que me hablas a base de torturarnos? ¿Qué puede tener que ver enviar a la fuerza a un puñado de adolescentes a lugares terribles, mientras observáis cómo algunos mueren, con encontrar una cura para una enfermedad?

—Absolutamente todo —suspiró con fuerza—. Chico, pronto lo recordarás y tengo el presentimiento de que lo vas a lamentar mucho. Entretanto, hay algo que debes saber; incluso puede que te haga volver en sí.

—¿Y qué es? —Thomas no tenía ni idea de lo que quería decirle el hombre.

El visitante se levantó, se alisó las arrugas de sus pantalones y se colocó bien la bata. Luego juntó las manos a su espalda.

—El virus del Destello vive en cada parte de tu cuerpo, aunque no tiene efecto en ti ni lo tendrá nunca. Perteneces a un grupo de personas extremadamente singulares. Eres inmune al Destello.

Thomas tragó saliva, estupefacto.

—En el exterior, en las calles, a los que sois así os llaman «munes» —continuó el Hombre Rata—. Y os odian muchísimo.

Capítulo 3

Thomas se quedó sin palabras. A pesar de todas las mentiras que le habían contado, sabía que lo que acababa de oír era cierto. Al contrastarlo con sus recientes experiencias, tenía demasiado sentido. Tanto él como probablemente los demás clarianos y todos los del Grupo B eran inmunes al Destello. Por eso les habían elegido para las Pruebas. Todo lo que les habían hecho —las crueles trampas, los engaños, los monstruos con los que se habían topado— formaba parte de un experimento elaborado, que de algún modo llevaba a CRUEL a encontrar una cura.

Todo encajaba. Y no sólo eso: aquella revelación le despertaba los recuerdos. Le resultaba familiar.

—Veo que me crees —dijo al final el Hombre Rata, rompiendo un largo silencio —. En cuanto descubrimos que había gente como tú, con el virus arraigado, pero que aun así no mostraban síntomas, buscamos a los mejores y más brillantes entre vosotros. Así nació CRUEL. Por supuesto, algunos en tu grupo de prueba no son inmunes y se les eligió como sujetos de control. Cuando se pone en marcha un experimento, se necesita un grupo de control, Thomas. Mantiene todos los datos en contexto.

La última parte hizo que a Thomas le diera un vuelco el corazón.

—¿Quién no es…? —no le salía la pregunta. Estaba demasiado asustado para oír la respuesta.

—¿Quién no es inmune? —preguntó el Hombre Rata, con las cejas enarcadas—. Oh, creo que ellos deberían descubrirlo antes que tú, ¿no? Pero lo primero es lo primero. Hueles a cadáver de una semana. Te llevaré a las duchas y te daré ropa limpia.

Al decir eso, cogió su carpeta y se volvió hacia la puerta. Estaba a punto de salir cuando la mente de Thomas reaccionó.

—¡Espera! —gritó.

El visitante se dio la vuelta.

¿Sí?

—En la Quemadura, ¿por qué nos hicisteis creer que había una cura en el refugio seguro?

El Hombre Rata se encogió de hombros.

—No creo que fuera una mentira. Al completar las Pruebas, al llegar al refugio seguro, nos ayudasteis a recopilar más datos. Y gracias a eso habrá una cura. Al final. Para todos.

—¿Y por qué me cuentas a mí todo esto? ¿Por qué ahora? ¿Por qué me habéis encerrado aquí cuatro semanas? —Thomas señaló a su alrededor, al techo y las paredes acolchadas, al patético váter en el rincón. Sus escasos recuerdos no eran lo

bastante sólidos para que las cosas tan raras que le habían hecho tuviesen sentido—. ¿Por qué le mentisteis a Teresa sobre que yo estaba loco y era violento, y me retuvisteis aquí todo este tiempo? ¿Cuál es el motivo?

—Las Variables —respondió el Hombre Rata—. Todo lo que te hemos hecho ha sido calculado con detenimiento por nuestros psicólogos y médicos. Se ha llevado a cabo para simular reacciones en la zona letal, donde el Destello hace estragos. Para estudiar los patrones de diferentes emociones, reacciones y pensamientos. Teníamos que ver cómo funcionan dentro de los límites del virus que está en tu interior. Hemos estado intentando entender por qué en ti no hay un efecto debilitante. Todo atañe a los patrones de la zona letal, Thomas. Seguimos tus reacciones cognitivas y psicológicas para crear el programa de una cura potencial. Fue sólo por la cura.

—¿Qué es la zona letal? —preguntó él. Intentaba recordar, pero seguía con la mente en blanco—. Dímelo e iré contigo.

—¡Vaya, Thomas! —exclamó el hombre—. Me sorprende que tras el picotazo del lacerador no hayas recordado al menos eso. La zona letal es tu cerebro. Es donde se establece el virus y arraiga. Cuanto más infectada está la zona letal, más paranoico y violento es el comportamiento del infectado. CRUEL está usando tu cerebro y el de otros tantos para ayudarnos a solucionar el problema. Por si no te acuerdas, nuestra organización describe su objetivo en su mismo nombre: Catástrofe Radical, Unidad de Experimentos Letales —sonaba satisfecho de sí mismo, casi contento—. Bueno, venga, vamos a limpiarte. Y para que lo sepas, nos están vigilando. Si intentas cualquier cosa, atente a las consecuencias.

Thomas se sentó e intentó procesar lo que acababa de oír. Una vez más, todo parecía verdad, tenía sentido. Encajaba con los recuerdos que había recuperado en las últimas semanas. Y aun así, su desconfianza en el Hombre Rata y CRUEL no dejaba de cuestionar las cosas.

Al final se puso de pie, dejando que su mente repasara las nuevas revelaciones, con la esperanza de que se organizaran solas en pilas para poder analizarlas más tarde. Sin mediar más palabra, cruzó la habitación, siguió al Hombre Rata hasta la puerta y abandonó su celda de paredes blancas.

Nada destacaba en el edificio donde se hallaba. Un largo pasillo, un suelo enlosado, paredes *beige* con fotografías de la naturaleza enmarcadas —olas rompiendo en la playa, un colibrí volando junio a una flor roja, lluvia y niebla nublando un bosque—. Unos fluorescentes zumbaban sobre sus cabezas. El Hombre Rata giró varias veces y por fin se detuvieron delante de una puerta. La abrió y le hizo una señal a Thomas para que entrara. Era un lavabo grande con taquillas y duchas. Una de las taquillas estaba abierta y mostraba ropa limpia y un par de zapatos. Hasta un reloj de pulsera.

—Tienes unos treinta minutos —dijo el Hombre Rata—. Cuando termines,

quédate ahí sentado. Vendré a por ti. Luego te reunirás con tus amigos.

Por alguna razón, al oír la palabra «amigos», Teresa saltó a su mente. Intentó llamarla otra vez con sus pensamientos, pero seguía sin recibir nada. A pesar de que cada vez sentía más desagrado hacia ella, el vacío que había dejado al marcharse flotaba como una burbuja irrompible en su interior. Ella era un vínculo con su pasado; sabía que tiempo atrás fue su mejor amiga. Era una de las pocas cosas en el mundo de las que estaba seguro, y ello lo hacía aún más difícil de sobrellevar.

El Hombre Rata se despidió con un gesto de la cabeza.

—Nos vemos en media hora —dijo. Después abrió la puerta y la cerró tras de sí, dejándole solo una vez más.

Thomas no tenía ningún plan, aparte de encontrar a sus amigos, pero al menos estaba un paso más cerca de conseguirlo. Y aunque no albergaba la menor idea de qué podía esperar, al menos había salido de aquella habitación. Por fin. De momento, se daría una ducha caliente. Tendría la oportunidad de frotar hasta quitarse la mugre. Nunca nada le había sonado mejor. Dejó escurrir sus preocupaciones, se quitó la ropa asquerosa y se puso manos a la obra para volver a parecer una persona.

Capítulo 4

Camiseta y vaqueros. Zapatillas de correr, justo como las que había llevado en el Laberinto. Calcetines limpios, suaves. Después de lavarse de arriba abajo un mínimo de cinco veces, se sintió como nuevo. No podía evitar pensar que a partir de aquel momento las cosas mejorarían. Que iba a tomar el control de su vida. Ojalá el espejo no le hubiera recordado su tatuaje, el que le habían hecho antes de entrar en la Quemadura. Era un símbolo permanente de lo sucedido y deseaba poder olvidarlo todo.

Se quedó fuera junto a la puerta del lavabo, apoyado en la pared, de brazos cruzados, esperando. Se preguntó si el Hombre Rata volvería. ¿O había dejado a Thomas allí para que paseara por aquel lugar y empezara otra prueba? Apenas había comenzado a seguir aquella línea de pensamiento, cuando oyó unos pasos y después vio doblar la esquina al hombre con aspecto de comadreja blancuzca.

—Bien, ¿no te sientes fenomenal? —comentó el Hombre Rata, y las comisuras de su boca se curvaron hacia arriba en una sonrisa de aspecto desagradable.

A Thomas le vinieron a la mente cientos de preguntas sarcásticas, pero sabía que tenía que hacerlo bien. Lo único que importaba en aquel momento era reunir toda la información posible y hallar a sus amigos.

—Me encuentro muy bien, la verdad, así que… gracias —esbozó una sonrisa informal—. ¿Cuándo me llevarás con los otros clarianos?

—Ahora mismo —el Hombre Rata se puso serio de nuevo. Señaló con la cabeza en la dirección por la que había llegado y le hizo un gesto para que le siguiera—. Todos vosotros habéis pasado por diferentes tipos de exámenes para la Fase 3 de las Pruebas. Esperábamos tener los patrones de la zona letal preparados al final de la segunda fase, pero tuvimos que improvisar para avanzar más. Aunque, como ya he dicho, estamos muy cerca. En el estudio ahora estaréis llenos de patrones y nos ayudaréis a ajustar y profundizar hasta que resolvamos el puzle.

Thomas entrecerró los ojos. Suponía que su Fase 3 había sido la habitación blanca. Pero ¿y los demás? A pesar de lo mucho que odiaba su prueba, no podía imaginarse qué otras cosas peores podría haber hecho CRUEL. Casi esperaba no averiguar lo que habían ideado para sus amigos.

Al fin, el Hombre Rata llegó a una puerta. La abrió sin vacilar y avanzó.

Entraron a un pequeño auditorio y el alivio inundó a Thomas. Sentados, esparcidos por una docena de filas de asientos, estaban sus amigos, aparentemente sanos y salvos. Los clarianos y las chicas del Grupo B. Minho, Fritanga, Newt, Aris, Sonya, Harriet. Todos parecían contentos —hablaban, sonreían, reían—, aunque no debía descartar que estuvieran fingiendo, al menos en parte. Thomas suponía que también les habían dicho que las cosas estaban a punto de terminar, pero dudaba que

alguien se lo creyera. El, desde luego, no. Aún no.

Buscó en la habitación a Jorge y Brenda. Tenía muchas ganas de ver a Brenda; había estado preocupado por ella desde que desapareció nada más recogerlos el iceberg, preocupado porque CRUEL les hubiese enviado a ella y a Jorge de vuelta a la Quemadura, tal como amenazaron. Pero no había ni rastro de ninguno de los dos. Sin embargo, antes de que pudiera preguntarle al Hombre Rata por ellos, una voz interrumpió el barullo y Thomas no pudo contener una enorme sonrisa.

—Bueno, me han fucado y he ido al cielo. ¡Es Thomas! —exclamó Minho.

Tras su anuncio, hubo gritos, vítores y silbidos. Una oleada de alivio mezclada con preocupación inundó a Thomas, que continuó buscando caras por la habitación. Estaba demasiado abrumado para hablar y se limitó a sonreír hasta que se topó con los ojos de Teresa.

La chica estaba en pie y, apartada de su silla, lo miraba desde la última fila. Su pelo negro, limpio y cepillado, brillante, le caía sobre los hombros y enmarcaba su pálida cara. Sus labios rojos se encontraban entreabiertos, formando una gran sonrisa que iluminaba sus rasgos y hacía que sus ojos azules resplandecieran. Thomas estuvo a punto de ir hacia ella, pero se detuvo al nublársele la mente con vividos recuerdos de lo que le había hecho; había dicho que CRUEL era buena incluso después de lo que había pasado.

—¿Me oyes? —la llamó en su mente para comprobar si habían recuperado su habilidad.

Pero ella no respondió y él no sintió su presencia dentro de su cabeza. Se quedaron allí, mirándose el uno al otro, con la vista clavada durante lo que pareció un minuto, pero podrían haber sido sólo segundos. Y entonces Minho y Newt se pusieron a su lado, le dieron una palmada en la espalda, le estrecharon la mano y lo metieron en la habitación.

—Bueno, al menos no te rendiste y moriste, Tommy —dijo Newt, apretándole fuerte la mano. Su voz sonaba más gruñona que de costumbre, sobre todo considerando que no se habían visto en semanas, pero estaba de una pieza, algo de agradecer.

Minho tenía una sonrisita en el rostro, aunque el intenso brillo de sus ojos mostraba lo mal que lo había pasado. Revelaba que aún no era él del todo, tan sólo se esforzaba por parecerlo.

—Los poderosos clarianos vuelven a estar juntos. Me alegro de verte vivo, cara fuco. Te había imaginado muerto de cien formas diferentes. Seguro que has llorado todas las noches porque me echabas de menos.

—Sí —murmuró Thomas, entusiasmado al ver a sus compañeros, pero aún sin encontrar palabras. Se apartó del grupo y se dirigió a Teresa. Sentía unas ganas irresistibles de enfrentarse a ella y llegar a algún tipo de paz hasta decidir qué hacer

—. Hola.

—Hola —contestó ella—. ¿Estás bien?

Thomas asintió.

—Supongo. Han sido unas semanas bastante duras. ¿Podías…?

Se calló. Había estado a punto de preguntarle si le oyó cuando intentaba llegar hasta ella con su mente, pero no quería darle la satisfacción de saber que lo había hecho.

—Lo intenté, Tom. Todos los días intentaba hablar contigo. Nos aislaron, aunque creo que ha merecido la pena.

Extendió el brazo para cogerle la mano y el gesto desencadenó un coro de burlas por parte de los clarianos.

Thomas apartó de golpe la mano y notó que se sonrojaba. Por alguna razón, sus palabras le habían molestado, pero los demás entendieron su rechazo como mera vergüenza.

—¡Aaaah! —exclamó Minho—. Eso es casi tan dulce como cuando te golpeó la fuca cara con el extremo de una lanza.

—Eso es amor de verdad —dijo Fritanga, y soltó su risa profunda—. No me gustaría ver a estos dos peleándose en serio.

A Thomas no le importaba lo que pensaran, pero estaba empeñado en demostrarle a Teresa que no podía irse sin más después de todo lo que le había hecho. La confianza que compartían antes de las pruebas, la relación que habían tenido, fuera la que fuera, ya no importaba nada. Puede que llegara a haber paz entre ellos, pero en aquel momento decidió que sólo se fiaría de Minho y Newt. De nadie más.

Estaba a punto de responder cuando el Hombre Rata se acercó por el pasillo, dando palmadas.

—Que todo el mundo se siente. Tenemos que encargarnos de un par de cosas antes de quitar el Golpe.

Lo dijo con tanta tranquilidad que Thomas casi no lo entendió. Retuvo las palabras «quitar el Golpe» y se quedó estupefacto.

La habitación se silenció; el Hombre Rata subió al estrado y se acercó al atril. Se aferró a los bordes, esbozó la misma sonrisa forzada de antes y luego habló:

—Muy bien, damas y caballeros. Estáis a punto de recuperar todos vuestros recuerdos. Hasta el último de ellos.

Capítulo 5

Thomas se quedó atónito; la cabeza le daba vueltas. Fue a sentarse junto a Minho.

Después de esforzarse durante tanto tiempo por recordar su vida, su familia y su infancia —incluso lo que había hecho el día anterior a despertarse en el Laberinto—, la idea de recuperarlo todo era casi incomprensible. Pero mientras lo asimilaba, se dio cuenta de que algo había cambiado. Recordarlo todo ya no le parecía tan bueno. Y su instinto le confirmó lo que había estado sintiendo desde que el Hombre Rata le dijo que todo había terminado: era demasiado fácil.

El Hombre Rata se aclaró la garganta.

—Como se os ha informado uno a uno, las Pruebas, tal y como las conocéis, han terminado. En cuanto recuperéis la memoria, creo que me creeréis y podremos seguir adelante. Se os ha informado del Destello y de los motivos por los que hemos realizado las Pruebas. Estamos muy cerca de completar nuestro programa de la zona letal. Vuestra entera cooperación con las mentes inalteradas funcionará mejor para perfeccionar lo que ya tenemos. Así que felicidades.

—Debería subir ahí arriba y romperte la fuca nariz —dijo Minho. Su voz sonaba terriblemente calmada, teniendo en cuenta la amenaza de sus palabras—. Estoy harto de que actúes como si todo fuera de perlas, como si más de la mitad de nuestros amigos no hubiera muerto.

—¡Me encantaría ver esa nariz de rata aplastada! —soltó Newt.

La rabia en su voz sobresaltó a Thomas y tuvo que preguntarse por qué cosas horribles habría tenido que pasar Newt durante la Fase 3.

El Hombre Rata puso los ojos en blanco y suspiró.

—Antes que nada, se os ha advertido a todos de que habrá consecuencias si intentáis hacerme daño. Y estad seguros de que nos están vigilando. En segundo lugar, lo siento por aquellos que habéis perdido, pero al final habrá valido la pena. Aunque lo que me preocupa es que al parecer nada de lo que diga va a abriros los ojos. Estamos hablando de la supervivencia de la raza humana.

Minho cogió aire como si estuviera a punto de comenzar a despotricar, pero cerró la boca.

Thomas sabía que no importaba lo sincero que sonara el Hombre Rata, tenía que haber un truco. Todo era un engaño. Pero nada bueno podía resultar de luchar con él a aquellas alturas, con palabras o puños. Lo que más necesitaban en aquel momento era paciencia.

—Cortemos ya el rollo —intervino sin alterarse—. Escuchémosle.

Fritanga habló justo en el momento que el Hombre Rata iba a continuar:

—¿Por qué deberíamos confiar en que nos…? ¿Cómo lo ha llamado? ¿El Golpe? Después de todo lo que nos habéis hecho a nosotros y a nuestros amigos, ¿queréis

quitar el Golpe? Creo que no. Prefiero ignorar mi pasado, muchas gracias.

—CRUEL es buena —dijo Teresa de pronto, como si hablara consigo misma.

—¿Qué? —preguntó Fritanga.

Todos se volvieron hacia ella.

—CRUEL es buena —repitió mucho más alto, y se dio la vuelta en su asiento para mirarlos a todos—. De todas las cosas que pude escribir en mi brazo cuando desperté del coma, elegí esas tres palabras. Sigo pensando en ello y tiene que haber un motivo. Yo digo que nos callemos y hagamos lo que dice. Tan sólo lo entenderemos cuando recuperemos la memoria.

—¡Estoy de acuerdo! —gritó Aris, mucho más alto de lo que parecía necesario.

Thomas guardó silencio cuando los demás empezaron a discutir. Sobre todo los clarianos, que apoyaban a Fritanga, y los miembros del Grupo B, que apoyaban a Teresa. No podían haber elegido peor momento para ponerse en desacuerdo.

—¡Silencio! —bramó el Hombre Rata, golpeando con el puño el atril. Esperó a que todos se callaran antes de continuar—. Mirad, nadie os va echar la culpa por la desconfianza que sentís. Os hemos puesto en vuestro límite físico, habéis visto gente morir, habéis vivido el terror en su forma más pura. Pero os prometo que, cuando se haya dicho y hecho todo, ninguno de vosotros mirará atrás…

—¿Y si no queremos? —preguntó Fritanga—. ¿Y si no queremos recuperar la memoria?

Thomas se volvió para mirar a su amigo, aliviado. Era exactamente lo que él estaba pensando.

El Hombre Rata suspiró.

—¿Es porque no tienes de verdad interés en recordar o porque no te fías de nosotros?

—Oh, vaya, no sé por qué no confiamos en vosotros —replicó Fritanga.

—¿No os habéis dado cuenta a estas alturas de que, si quisiéramos haceros daño, ya os lo habríamos hecho? —el hombre bajó la mirada al atril y volvió a alzar la vista —. Si no queréis quitar el Golpe, no lo hagáis. Podéis quedaros ahí observando al resto.

¿Era una elección o un farol? Thomas no podía discernirlo por el tono de voz, pero en cualquier caso la respuesta le sorprendió.

La habitación quedó otra vez en silencio y, antes de que nadie pudiera hablar, el Hombre Rata se alejó del estrado y comenzó a caminar hacia una puerta al final de la sala. Cuando llegó a ella, se giró.

—¿De verdad queréis pasar el resto de vuestras vidas sin recordar a vuestros padres? ¿A vuestra familia y amigos? ¿De verdad queréis perder la oportunidad de recuperar al menos los buenos recuerdos que podíais tener antes de que todo esto empezara? Pues muy bien. Pero puede que no volváis a tener esta oportunidad.

Thomas consideró su decisión. Era cierto que estaba deseando recordar a su familia; había pensado en eso muchas veces. Pero conocía a CRUEL y no iba a permitirse caer en otra de sus trampas. Lucharía hasta la muerte antes que permitir que aquella gente jugueteara otra vez con su cerebro. ¿Cómo iba a creer en los recuerdos que le implantaran?

Y había otra cosa que le inquietaba: el chispazo que había notado cuando el Hombre Rata había anunciado que CRUEL quitaría el Golpe. A pesar de saber que no podía aceptar los recuerdos que le diera CRUEL, estaba asustado. Si era verdad todo lo que afirmaban, no querría enfrentarse a su pasado ni aunque pudiera. No entendía a la persona que decía que era antes. Y lo que era más: no le gustaba.

Observó cómo el Hombre Rata abría la puerta y se marchaba de la habitación. En cuanto se fue, Thomas se acercó a Minho y Newt para que sólo sus amigos pudieran oírle.

—No vamos a hacerlo. De ninguna manera.

Minho le apretó el hombro a Thomas.

—Amén. Incluso si confiara en esos pingajos, ¿por qué iba querer recordar? Mira lo que les pasó a Ben y Alby.

Newt asintió.

—Pronto tendremos que hacer algo. Y cuando llegue ese momento, voy a golpear unas cuantas cabezas para sentirme mejor.

Thomas estaba de acuerdo, pero sabía que debían tener cuidado.

—Aunque no tan pronto —dijo—. Podemos fastidiarlo. Debemos buscar la mejor oportunidad.

Había pasado tanto tiempo desde que Thomas se sintió animado que la emoción le asombró. Estaba con sus amigos y las Pruebas por fin habían terminado. De un modo u otro, ya no tenían que hacer lo que les dijera CRUEL.

Se levantaron y en grupo fueron hacia la puerta. Pero cuando Thomas puso la mano en el pomo para abrirla, se detuvo. Lo que oyó hizo que le diera un vuelco el corazón. Los demás seguían hablando y muchos habían decidido que les devolvieran la memoria.

• • •

El Hombre Rata les aguardaba fuera del auditorio. Giraron varias veces por el pasillo sin ventanas hasta que por fin llegaron a una gran puerta de acero. Estaba muy bien cerrada y parecía sellada al vacío. Su líder vestido de blanco colocó una tarjeta junto a un recuadro en el acero; tras varios chasquidos, un gran bloque de metal se deslizó con un chirrido que hizo que Thomas evocara las puertas del Claro.

Después había otra puerta. En cuanto el grupo entró en un pequeño vestíbulo, el Hombre Rata cerró la primera puerta y, con la misma tarjeta, abrió la segunda. Al otro lado había una sala grande que no parecía tener nada en especial, con el mismo

suelo enlosado y las paredes *beige* del pasillo. Había muchos armarios y encimeras.

Y varias camas alineadas contra la pared del fondo, sobre las que colgaba un extraño artilugio de aspecto amenazador, con forma de máscara, de metal brillante y tubos de plástico. Thomas no se imaginaba dejando que nadie le pusiera esa cosa en la cara.

El Hombre Rata señaló las camas.

—Así es como vamos a quitar el Golpe de vuestros cerebros —anunció el Hombre Rata—. No os preocupéis, sé que estos aparatos asustan, pero el procedimiento no duele tanto como quizá penséis.

—¿Que no duele tanto? —repitió Fritanga—. No me gusta cómo suena eso. Lo que estás diciendo es que sí duele.

—Sí, sentiréis alguna molestia. Es cirugía —respondió el Hombre Rata al acercarse a una enorme máquina a la izquierda de las camas. Tenía un montón de luces parpadeantes, botones y pantallas—. Extraeremos un pequeño dispositivo de la parte de vuestro cerebro dedicada a la memoria a largo plazo. Pero no es tan malo tomo suena, lo prometo.

Comenzó a pulsar botones y un zumbido inundó la sala.

—Espera un segundo —dijo Teresa—. ¿Se llevará también lo que haya por ahí que os permite controlarnos?

A Thomas le vino a la mente la imagen de Teresa dentro de aquella cabaña en la Quemadura. Y Alby retorciéndose en la cama de la Hacienda. Gally matando a Chuck. Todos estaban bajo el control de CRUEL. Por un segundo, dudó de su decisión. ¿Podía permitirse quedar a su merced? ¿Debería dejarles hacer la operación? Pero entonces las dudas desaparecieron. Se trataba de desconfianza. Se negaba a ceder.

Teresa prosiguió:

—¿Y qué hay de…? —titubeó y miró a Thomas.

Sabía lo que estaba pensando: su habilidad de hablar telepáticamente. Por no mencionar lo otro: aquella extraña sensación que tenían cuando todo iba bien, casi como si compartieran el cerebro. De pronto, a Thomas le encantó la idea de perderlo para siempre. Quizás el vacío de no tener a Teresa también desaparecería.

Teresa se recuperó y continuó:

—¿Saldrá todo de ahí? ¿Todo?

El Hombre Rata asintió.

—Todo salvo el diminuto dispositivo que nos permite seguir vuestros patrones de la zona letal. Y no hace falta que digáis lo que estáis pensando porque lo veo en vuestros ojos. No: ni tú ni Thomas ni Aris volveréis a poder hacer ese truquito. Lo apagamos temporalmente, pero ahora desaparecerá para siempre. Sin embargo, recuperaréis vuestra memoria a largo plazo y no podremos manipular vuestras

mentes. Me temo que va todo en el mismo paquete. Lo tomas o lo dejas.

El resto de la sala se puso a caminar por la habitación, susurrando preguntas entre ellos. A todo el mundo se le debía de estar pasando por la cabeza un millón de cosas. Había mucho en lo que pensar, muchas consecuencias, muchas razones para estar enfadados con CRUEL. Pero parecía no haber más contrariedades en el grupo, sólo impaciencia por terminar con todo aquello.

—Esto es una tontería —dijo Fritanga—. ¿Lo pilláis? Para tontos.

La única respuesta que obtuvo fueron uno o dos gruñidos.

—Vale, creo que ya estamos preparados —anunció el Hombre Rata—. Pero una última cosa: hay algo que tengo que deciros antes de que recuperéis la memoria. Será mejor que lo oigáis de mí que no… recordar las pruebas.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Harriet.

El Hombre Rata juntó las manos a su espalda y adoptó una expresión seria.

—Algunos de vosotros sois inmunes al Destello. Pero… otros, no. Voy a leer la lista. Por favor, haced lo posible por tomároslo con calma.

Capítulo 6

Se hizo el silencio en la habitación, tan sólo roto por el zumbido de la maquinaria y un pitido muy débil. Thomas sabía que él era inmune —al menos, eso era lo que le habían dicho—, pero ¿quién más? Ya se había olvidado por completo, y el miedo que había sentido la primera vez que lo oyó volvió a inundarle.

—Para que un experimento ofrezca resultados exactos —explicó el Hombre Rata — se necesita un grupo de control. Hicimos lo que pudimos con la intención de evitar durante el máximo tiempo posible que os infectarais. Pero se transmite por el aire y es altamente contagioso —hizo una pausa para contemplar las miradas de todos.

—Maldita sea, sigue hablando —dijo Newt—. De todos modos, ya suponíamos que teníamos esa puñetera enfermedad. No es que nos rompáis el corazón precisamente.

—Sí —añadió Sonya—. Corta el drama y dínoslo ya.

Thomas advirtió que Teresa se había colocado a su lado. ¿Ya le habrían contado también algo? Se figuraba que tenía que ser inmune igual que él, porque, de lo contrario, CRUEL no les habría elegido para sus roles especiales.

El Hombre Rata se aclaró la garganta.

—Bien, vamos. La mayoría sois inmunes y nos habéis ayudado a reunir una información inestimable. Tan sólo dos de vosotros se consideran ahora candidatos, pero seguiremos con eso más tarde. Vayamos a la lista. Las siguientes personas no son inmunes: Newt…

Thomas notó una especie de sacudida en el pecho. Agachó la cabeza y clavó la vista en el suelo. El Hombre Rata dijo unos cuantos nombres más, pero ninguno que Thomas conociera. Apenas los captó sobre el zumbido que parecía llenarle los oídos y nublar su mente. Le sorprendió su propia reacción; no se había dado cuenta de lo mucho que significaba Newt para él hasta que oyó la declaración. Se le ocurrió una idea: antes, el Hombre Rata había dicho que los sujetos de control era como una especie de pegamento que unía la información del proyecto, que le daba coherencia y relevancia.

El Pegamento. Ese era el título que le habían dado a Newt, el tatuaje que estaba grabado en su piel como una negra cicatriz.

Thomas alzó la vista para ver a Newt de brazos cruzados y una sonrisa forzada en el rostro. Volvió a ponerse derecho.

—¿Qué? Ese pingajo acaba de decir que no eres inmune al Destello. ¿Cómo puedes…?

—No me preocupa el maldito Destello, tío. Nunca creí que llegara vivo hasta aquí y, de todas formas, la vida tampoco es que haya sido exactamente buena.

Thomas no sabía si lo decía en serio o tan sólo trataba de hacerse el duro. Pero

aquella sonrisa espeluznante no había abandonado la cara de su amigo, así que él se obligó a sonreír también.

—Si te parece bien volverte loco lentamente y quieres comer niños pequeños, entonces creo que no lloraremos por ti.

Las palabras nunca antes habían sonado tan vacías.

—Bien —respondió Newt, aunque la sonrisa desapareció.

Thomas al final centró su atención en el resto de personas de la sala, mareado de tanto pensar. Uno de los clarianos —un chaval llamado Jackson al que nunca había llegado a conocer muy bien— tenía la mirada perdida y vidriosa, y otro intentaba ocultar las lágrimas. Una de las chicas del Grupo B tenía los ojos rojos e hinchados, y un par de amigas suyas se habían apiñado a su alrededor para intentar consolarla.

—Quería quitar eso de en medio —dijo el Hombre Rata—. Principalmente para decíroslo yo mismo y recordaros que el objetivo de esta operación es crear una cura. La mayoría de los que no sois inmunes estáis en las primeras fases del Destello y confío en que se os trate antes de que llegue demasiado lejos. Pero las Pruebas requerían vuestra participación.

—¿Y si no resolvéis nada? —preguntó Minho.

El Hombre Rata le ignoró. Se acercó a la cama más próxima y colocó una mano en el extraño dispositivo que colgaba del techo.

—Esto es algo de lo que estamos muy orgullosos aquí, una proeza de la ingeniería científica y médica. Se llama «retractor» y será lo que realice el procedimiento. Se colocará en vuestra cara y os prometo que estaréis igual de guapos cuando todo haya terminado. Unos pequeños alambres descenderán y entrarán en vuestros canales auditivos; desde allí extraerán la maquinaria de vuestro cerebro. Nuestros doctores y enfermeras os darán un sedante para calmar los nervios y algo para aliviar las molestias —hizo una pausa y echó un vistazo a la habitación—. Caeréis en un estado de trance mientras los nervios se reparan y vuelven los recuerdos, algo parecido a lo que algunos de vosotros experimentasteis durante lo que llamabais «el Cambio» en el Laberinto. Pero no tan malo, lo prometo. La mayoría de lo que sufristeis era para estimular los patrones del cerebro. Tenemos varias salas más como esta y a todo un equipo de médicos esperando para empezar. Bueno, estoy seguro de que tenéis un millón de preguntas, pero la mayoría la responderán vuestros propios recuerdos, así que esperaré hasta que finalice el procedimiento para resolver las dudas que queden —volvió a hacer una pausa y luego terminó—: Dadme un momento para asegurarme de que los equipos médicos están preparados. Podéis aprovechar estos minutos para tomar una decisión.

Cruzó la habitación, el roce de los pantalones blancos era el único sonido que interrumpía el silencio, y desapareció por la primera puerta de acero, después de cerrarla. El ruido inundó la sala cuando todos comenzaron a hablar a la vez.

Teresa se acercó a Thomas. Minho se hallaba justo detrás de ella y se inclinó para que le oyeran por encima de las conversaciones desesperadas.

—Vosotros, pingajos, sabéis y recordáis más que el resto. Teresa, nunca ha sido un secreto, no me gustas. Pero quiero saber, de todos modos, qué opinas.

Thomas tenía la misma curiosidad por saber la opinión de Teresa. Le hizo una señal con la cabeza a su antigua amiga y aguardó a que hablara. Todavía había una pequeña parte de él que esperaba como un tonto que al final ella se pusiera en contra de lo que CRUEL quería.

—Deberíamos hacerlo —dijo Teresa, y a Thomas no le sorprendió lo más mínimo. Su esperanza se esfumó definitivamente—. A mí me parece lo correcto. Necesitamos recuperar la memoria para saberlo todo. Para decidir qué haremos después.

Thomas le dio vueltas al asunto, intentando aclararse.

—Teresa, sé que no eres estúpida; pero también sé que estás enamorada de CRUEL. No sé de qué vas, pero no me lo trago.

—Yo tampoco —terció Minho—. ¡Pueden manipularnos, jugar con nuestros fucos cerebros, tío! ¿Cómo sabremos si nos devuelven nuestros recuerdos o nos están introduciendo unos nuevos?

Teresa dejó escapar un suspiro.

—¡No entendéis nada! Si pueden controlarnos, si pueden hacer lo que quieran con nosotros, si pueden obligarnos a cualquier cosa, entonces ¿por qué se iban a molestarse en montar toda esta farsa de darnos a escoger? Además, ha dicho que también nos van a quitar la parte que les permite controlarnos. A mí me parece justo.

—Bueno, nunca he confiado en ti —dijo Minho, sacudiendo la cabeza despacio —. Y menos aún en ellos. Estoy con Thomas.

—¿Y Aris? —Newt había estado tan callado que Thomas no se dio cuenta hasta entonces de que estaba detrás de él con Fritanga—. ¿No dijisteis que estaba con vosotros antes de llegar al Laberinto? ¿Qué opina él?

Thomas examinó la sala hasta que vio a Aris hablando con algunas de sus amigas del Grupo B. Había estado con ellas desde que Thomas llegó, algo comprensible, puesto que Aris había pasado por la experiencia del Laberinto con ese grupo. Pero él jamás podría perdonarle el papel que había representado ayudando a Teresa en la Quemadura, cuando le llevó a la cámara en las montañas y le obligó a entrar allí.

—Iré a preguntarle —dijo Teresa.

Thomas y sus amigos observaron cómo se acercaba al grupo, que comenzó a susurrar furiosamente.

—Odio a esa tía —dijo al final Minho.

—Vamos, no es tan mala —comentó Fritanga.

Minho puso los ojos en blanco.

—Si ella lo hace, yo no.

—Yo tampoco —estuvo de acuerdo Newt—. Y yo soy el que se supone que tiene el maldito Destello, así que me juego más que ninguno. Pero no voy a caer en ninguna trampa más.

Thomas ya se había decidido.

—Oigamos qué dice. Aquí viene.

La conversación con Aris había sido breve.

—Sonaba incluso más seguro que nosotros. Todos van a hacerlo.

—Bueno, eso lo deja bien claro —respondió Minho—. Si Aris y Teresa están de acuerdo, yo me niego.

Thomas no podría haberlo dicho mejor. Todos sus instintos le decían que Minho tenía razón, pero no expresó su opinión en voz alta y observó la cara de Teresa. Ella se dio la vuelta y le miró. Era una mirada que conocía muy bien: la chica esperaba que se pusiera de su parte. Pero la diferencia era que él encontraba sospechosas las ganas con que Teresa lo deseaba.

Se la quedó mirando, obligándose a mantener un rostro inexpresivo, y el rostro de la chica se ensombreció.

—Haced lo que os dé la gana.

Negó con la cabeza, luego se dio la vuelta y se marchó. A pesar de todo lo sucedido, a Thomas le dio un vuelco el corazón mientras ella se alejaba.

—Ay, tío —dijo Fritanga, dándole una palmada en la espalda—, no podemos dejar que nos pongan eso en la cara, ¿no? ¡Con lo feliz que era yo en mi cocina de la Hacienda! Te lo juro.

—¿Te has olvidado de los laceradores? —preguntó Newt.

Fritanga se detuvo a pensar un segundo y dijo:

—Nunca se metieron conmigo en la cocina, ¿no?

—Sí, bueno, ya te encontraremos un nuevo sitio para que cocines —Newt agarró a Thomas y Minho del brazo y los apartó del grupo—. Ya he oído suficientes argumentos. No voy a tumbarme en una de esas camas.

Minho apretó el hombro de Newt.

—Yo tampoco.

—Lo mismo digo —asintió Thomas, y por fin pronunció lo que había estado pensando durante semanas—: Nos quedaremos por aquí, cooperaremos y seremos agradables —susurró—. Pero en cuanto tengamos una oportunidad, nos escaparemos.

Capítulo 7

El Hombre Rata volvió antes de que Newt o Minho pudieran responder, pero, por sus expresiones, Thomas supo que estaban de acuerdo. Al cien por cien.

Más gente entraba en la sala, y Thomas centró su atención en lo que acontecía. Todos los recién llegados iban vestidos con un traje de una sola pieza, suelto y verde, con CRUEL escrito en el pecho. Le sorprendió lo bien que se había pensado cada detalle de aquel juego, de aquel experimento. ¿Podía ser que el nombre usado para su organización hubiera sido una de las Variables desde el principio? Una palabra con una evidente amenaza, aunque se trataba de una entidad en apariencia buena. Probablemente era otro golpe para ver cómo reaccionaban sus cerebros, qué sentían.

Era todo un acertijo. Lo había sido desde el principio.

Cada médico —supuso que lo eran por lo que había dicho el Hombre Rata— se colocó junto a una cama. Toquetearon las máscaras que colgaban del techo, ajustaron los tubos y comprobaron botones e interruptores que Thomas no alcanzaba a ver.

—Ya os hemos asignado una cama a cada uno —dijo el Hombre Rata, mirando los papeles de una tablillas que llevaba consigo—. Los que se quedan en esta habitación son… —dijo de un tirón algunos nombres, incluyendo Sonya y Aris, pero no Thomas ni ninguno de los otros clarianos—. Si no he dicho vuestro nombre, por favor, seguidme.

La situación se había vuelto extraña, demasiado informal y corriente para la seriedad de lo que ocurría. Eran como unos gánsteres pasando lista antes de matar a un grupo de traidores llorones. Thomas no sabía qué hacer, pero continuaría hasta que se le presentara el momento adecuado.

En silencio, salieron de la habitación tras el Hombre Rata y siguieron por otro pasillo largo y sin ventanas antes de pararse ante otra puerta. Su guía volvió a leer la lista, en la que esta vez estaban incluidos Newt y Fritanga.

—No voy a hacerlo —anunció Newt—. Has dicho que podíamos elegir y esta es mi maldita decisión —intercambió una mirada furiosa con Thomas que parecía insinuar que o hacían algo pronto o se volvería loco.

—Muy bien —respondió el Hombre Rata—, cambiarás de opinión muy pronto. Quédate conmigo hasta que hayamos terminado de distribuir al resto.

—¿Qué pasa con Fritanga? —preguntó Thomas, tratando de ocultar su sorpresa al ver que el Hombre Rata había transigido con Newt tan fácilmente.

El cocinero de pronto pareció avergonzado.

—Yo… creo que voy a dejar que lo hagan.

Thomas se quedó estupefacto.

—¿Estás loco? —exclamó Minho.

Fritanga negó con la cabeza, poniéndose un poco a la defensiva.

—Quiero recordar. Tomad vuestras propias decisiones y dejad que yo tome la mía.

—Sigamos —dijo el Hombre Rata.

Fritanga desapareció en la habitación deprisa, probablemente para evitar más discusiones. Thomas sabía que tenía que dejarlo; por ahora, se preocuparía sólo de sí mismo y de encontrar una salida. Tenía la esperanza de rescatar a todo el mundo cuando lo consiguiera.

El Hombre Rata no llamó a Minho, Teresa y Thomas hasta que llegaron a la última puerta, junto con Harriet y otras dos chicas del Grupo B. Hasta entonces, Newt había sido el único en negarse a seguir el procedimiento.

—No, gracias —dijo Minho cuando el Hombre Rata les indicó que entraran en la sala—, pero aprecio la invitación. Chicos, que os lo paséis muy bien ahí dentro —hizo como si se despidiera.

—Yo tampoco voy a hacerlo —anunció Thomas. Estaba empezando a sentir un presentimiento. Tenían que arriesgarse pronto a hacer algo.

El Hombre Rata se quedó mirándole un buen rato, inexpresivo.

—¿Está bien, señor Hombre Rata? —preguntó Minho.

—Soy el subdirector Janson —respondió con una voz baja y tensa, como si le costara permanecer en calma, y sin apartar la vista de Thomas—. Aprende a mostrar respeto por tus mayores.

—Cuando dejéis de tratar a la gente como animales, puede que me lo plantee —replicó Minho—. ¿Y por qué estás mirando a Thomas con los ojos desorbitados?

Al fin, el Hombre Rata, Janson, miró a Minho.

—Porque hay muchas cosas que tener en cuenta —hizo una pausa y se irguió—. Pero muy bien: hemos dicho que podíais elegir vosotros mismos y mantendremos nuestra palabra. Que entre todo el mundo y comenzaremos con los que deseen participar.

Una vez más, Thomas notó que un escalofrío le recorría todo el cuerpo. Estaba llegando el momento, lo sabía. Y por la cara de Minho, él también lo sabía. Se hicieron una ligera señal con la cabeza y entraron con el Hombre Rata a la habitación.

Era exactamente igual que la primera, con seis camas, las máscaras colgantes y lo demás. La máquina que sin duda lo hacía funcionar todo ya estaba zumbando y chirriando. Algunos individuos, vestidos con el mismo traje verde que los médicos de la primera sala, se hallaban al lado de cada cama.

Thomas miró a su alrededor y contuvo el aliento. Junto a una cama al final de la fila, vestida de verde, se encontraba Brenda. Parecía mucho más joven que el resto de personas y tenía el pelo y la cara notablemente más limpios que en la Quemadura. Le saludó con un gesto rápido de la cabeza y miró al Hombre Rata; luego, antes de que Thomas supiera lo que pasaba, cruzó corriendo la habitación, se aferró a él y le dio un

fuerte abrazo. Él se lo devolvió; estaba conmocionado, pero no quería soltarse.

—Brenda, ¿qué estás haciendo? —gritó Janson—. ¡Vuelve a tu puesto!

La chica apretó los labios contra su oreja y susurró tan bajo que apenas pudo oírla:

—No confíes en ellos. No confíes en ellos. Tan sólo en mí y en la ministra Paige. Nunca. En nadie más.

—¡Brenda! —gritó prácticamente el Hombre Rata.

Entonces se apartó y se alejó.

—Lo siento —murmuró—. Tan sólo me he alegrado de ver que ha pasado la Fase 3. He perdido el control.

Regresó a su puesto y se volvió para mirarlos de nuevo, inmutable. Janson la reprendió:

—Apenas tenemos tiempo para esas cosas.

Thomas no podía apartar la mirada de ella, no sabía qué pensar ni sentir. Ya no confiaba en CRUEL, así que sus palabras los colocaban a ambos en el mismo bando. Pero, entonces, ¿por qué trabajaba con ellos? ¿No estaba enferma? ¿Y quién era esa ministra Paige? ¿Era este otro control? ¿Otra Variable?

Una emoción intensa le había invadido al abrazarse. Recordó cuando Brenda le habló mentalmente después de que lo encerraran en la habitación blanca: le advirtió de que la situación iba a empeorar. Todavía no entendía cómo había podido hacerlo… ¿de verdad estaba de su parte?

Teresa, que había estado callada desde que habían dejado la primera sala, se acercó a él e interrumpió sus pensamientos.

—¿Qué está haciendo aquí? —susurró con un rencor evidente en su voz. Todo lo que hacía o decía Teresa ahora le molestaba—. Creía que era una rara.

—No lo sé —masculló Thomas, y su mente se vio invadida de fragmentos relativos al tiempo que había pasado con Brenda en la ciudad en ruinas. En cierto modo, echaba de menos aquel lugar. Echaba de menos estar a solas con ella—. Quizá sólo está… lanzando una Variable.

—¿Crees que era parte del espectáculo y que la enviaron a la Quemadura para ayudar a que las cosas funcionaran?

—Probablemente.

Aquello le dolía. Tenía sentido que Brenda formara parte de CRUEL desde el principio, pero eso significaba que le había mentido una y otra vez. Deseaba con todas sus fuerzas que hubiera algo diferente en ella.

—No me gusta —dijo Teresa—. Parece… retorcida.

Thomas tuvo que contenerse para no gritar a Teresa o reírse en su cara. En su lugar, le contestó tranquilo:

—Ve a que jueguen con tu cerebro.

Quizá su desconfianza en Brenda era la mejor señal de que debía confiar en Brenda.

Teresa le fulminó con la mirada.

—Júzgame todo lo que quieras. Tan sólo hago lo que creo que está bien.

Luego se alejó y se situó a la espera de las instrucciones del Hombre Rata.

Janson asignó una cama a cada paciente voluntario mientras Thomas, Newt y Minho observaban, renuentes. Thomas echó un vistazo a la puerta y se preguntó si no deberían echar a correr. Estaba a punto de darle un codazo a Minho, cuando el Hombre Rata habló como si le hubiera leído la mente:

—A vosotros tres, rebeldes, os están vigilando. No intentéis hacer nada. Unos guardias armados vienen de camino en estos momentos.

Thomas tuvo la inquietante idea de que, de hecho, a lo mejor alguien le había leído la mente. ¿Podrían interpretar sus verdaderos pensamientos a partir de los patrones cerebrales que recogían con tanto esfuerzo?

—Eso es un montón de clonc —susurró Minho cuando Janson centró su atención en colocar a la gente en las camas—. Creo que deberíamos arriesgarnos, a ver qué pasa.

Thomas no respondió y miró a Brenda. La muchacha tenía la vista clavada en el suelo, al parecer perdida en sus pensamientos. De pronto, se dio cuenta de lo mucho que la añoraba y de que sentía una conexión que no acababa de comprender. Lo único que quería era hablar con ella a solas, y no sólo por lo que le había dicho.

En ese momento se oyeron unos pasos apresurados por el pasillo. Tres hombres y dos mujeres irrumpieron en la sala, todos vestidos de negro, con un equipo echado a la espalda: cuerdas, herramientas y munición. Todos sujetaban algún tipo de arma enorme. Thomas no podía dejar de mirar las armas; removían en su cabeza recuerdos perdidos de los que no sacaba nada en claro, pero a la vez era como si las viera por primera vez. Los artefactos despedían un brillo azul, sin duda provocado por un tubo transparente que, situado en el centro, se hallaba repleto de brillantes granadas metálicas que chisporroteaban y silbaban por la electricidad. Los guardias apuntaban a Thomas y a sus dos amigos.

—Hemos esperado demasiado, maldita sea —masculló Newt entre susurros.

Thomas sabía que pronto se les presentaría una oportunidad.

—Nos habrían cogido ahí fuera de todas formas —respondió calmado, sin apenas mover los labios—. Tened paciencia.

Janson se aproximó a los guardias y señaló una de las armas.

—Esto son lanzagranadas. Los guardias no dudarán en disparar si alguno de vosotros causa problemas. Las armas no os matarán, pero creedme cuando digo que os harán pasar los cinco minutos más incómodos de vuestra vida.

—¿Qué ocurre? —preguntó Thomas, sorprendido por el poco miedo que sentía

—. Acabas de decir que podemos elegir. ¿A qué viene este ejército?

—A que no me fío de vosotros —Janson hizo una pausa y pareció escoger sus palabras con cuidado—. Esperábamos que lo hicierais voluntariamente cuando recuperaseis la memoria. Todo sería más fácil. Pero nunca dije que ya no os necesitáramos.

—¡Menuda sorpresa! —exclamó Minho—. Habéis vuelto a mentir.

—No he mentido en nada. Habéis tomado vuestra decisión, ahora ateneos a las consecuencias —Janson señaló la puerta—. Guardias, escoltad a Thomas y a los demás a sus habitaciones, donde podrán reflexionar sobre su error hasta las pruebas de mañana por la mañana. Usad la fuerza si es necesario.

Capítulo 8

Las dos guardias alzaron aún más sus armas, cuyas anchas y redondas bocas apuntaban a los tres chicos.

—No nos hagáis usar esto —dijo una de las mujeres—. No tenéis margen para errores: un movimiento en falso y apretaremos el gatillo.

Los tres hombres se colocaron la correa de sus lanzagranadas sobre el hombro y se adelantaron hacia los clarianos rebeldes, uno frente a cada chico. Thomas seguía sintiendo una extraña calma, que venía en parte de la profunda determinación de luchar hasta que no pudiera más, y una sensación de satisfacción al comprobar que CRUEL necesitaba a cinco guardias armados para vigilar a tres adolescentes.

El tipo que le había agarrado del brazo era dos veces más corpulento que él, de complexión fuerte. Cruzó la puerta con brío y entró en el pasillo, tirando de Thomas tras él. Este se volvió y vio a otro guardia que medio arrastraba a Minho por el suelo para que le siguiera. Newt estaba justo detrás de ellos, resistiéndose en vano.

Llevaron a los chicos por muchos pasillos donde lo único audible eran los sonidos que provenían de Minho: gruñidos, gritos y maldiciones. Thomas intentó decirle que parara, que tan sólo empeoraba la situación, que seguramente se iba a ganar un disparo, pero Minho le ignoró y luchó con uñas y dientes hasta que el grupo por fin se detuvo enfrente de una puerta.

Una de los guardias armados utilizó una tarjeta para abrirla. Al empujarla, reveló una pequeña habitación con dos literas y una cocina pequeña con una mesa y sillas en un rincón en el otro extremo. Desde luego, no era lo que Thomas se esperaba. Se había imaginado que los llevarían a algo parecido al Trullo del Claro, con el suelo sucio y una silla medio rota.

—Adentro —ordenó la mujer—. Os traeremos algo de comida. Podéis estar contentos de que no os matemos de hambre durante unos días por cómo os habéis portado. Mañana tenéis unas pruebas, así que será mejor que durmáis algo esta noche.

Los tres hombres metieron a los clarianos en la habitación de un empujón y cerraron la puerta; el chasquido de la cerradura resonó en el cuarto.

Inmediatamente todas las sensaciones de cautividad que Thomas había soportado en la prisión blanca volvieron a inundarle. Cruzó la habitación hasta la puerta y giró el pomo, tiró y empujó con todo su peso. La golpeó con ambos puños, gritando lo más fuerte que pudo para que alguien lo sacara de allí.

—Corta ya el rollo —dijo Newt detrás de él—. Nadie va a venir a arroparte.

Thomas empezó a andar de un lado a otro, pero, cuando vio a su amigo delante de él, se detuvo. Minho habló antes de que pudiera pronunciar palabra:

—Supongo que hemos perdido nuestra oportunidad —se dejó caer en una de las literas del fondo—. Seremos ancianos o estaremos muertos antes de que tu momento

mágico venga rodado, Thomas. No es que lo vayan a anunciar a lo grande: «Ahora sería la ocasión perfecta para escapar, porque estaremos ocupados los próximos diez minutos». Tenemos que arriesgarnos un poco.

Thomas odiaba admitir que sus amigos tuviesen razón, pero así era. Deberían haber echado a correr antes de que se presentaran los guardias.

—Lo siento. No me parecía todavía el momento adecuado. Y en cuanto nos pusieron esas armas en la cara, creí que no tenía sentido esforzarse por intentar nada.

—Sí, bueno —fue todo lo que dijo Minho, y después añadió—: Tú y Brenda tuvisteis un bonito reencuentro.

Thomas respiró hondo.

—Me dijo algo.

Minho se incorporó en la cama.

—¿A qué te refieres con que te dijo algo?

—Me dijo que no confiáramos en ellos, que confiáramos sólo en ella y en una ministra llamada Paige.

—Bueno, ¿de qué foño va esa? —preguntó Newt—. ¿Trabaja para CRUEL? ¿Qué, no era más que una maldita actriz en la Quemadura?

—Sí, no parece ser mejor que el resto —opinó Minho.

Thomas no estaba de acuerdo; ni siquiera podía explicárselo a sí mismo, así que mucho menos a sus amigos.

—Mirad, yo también trabajaba para ellos, pero confiáis en mí, ¿verdad? Eso no significa nada. Quizá no le quedaba otra opción, quizás ha cambiado. No sé.

Minho entrecerró los ojos como si estuviera reflexionando, pero no respondió. Newt se limitó a sentarse en el suelo, de brazos cruzados, y se puso de morros como un niño.

Thomas negó con la cabeza; estaba harto de no entender nada. Se acercó al pequeño frigorífico y lo abrió; su estómago rugía de hambre. Encontró unos palitos de queso y unas uvas, y los repartió; luego, prácticamente engulló su parte antes de beberse una botella entera de zumo. Los otros dos también se zamparon lo suyo y nadie dijo ni una palabra.

Una mujer apareció poco después con unos platos de chuletas de cerdo y patatas, y también se los comieron. Era última hora de la tarde, según el reloj de Thomas, pero no se imaginaba durmiendo a esas horas. Se sentó en una silla, de cara a sus amigos, preguntándose qué deberían hacer. Todavía se sentía un poco disgustado, como si fuera culpa suya que no hubiesen intentado nada aún, pero no ofreció ninguna idea.

Minho fue el primero en hablar desde que llegó la comida:

—A lo mejor deberíamos ceder ante esos cara fucos, hacer lo que quieren. Y un día estaremos todos sentados sin hacer nada, gordos y contentos.

Thomas sabía que no lo decía en serio.

—Sí, quizás encuentres a una chica guapa que trabaje aquí, sientes la cabeza, te cases y tengas hijos. Justo a tiempo de que el mundo acabe en un mar de lunáticos.

Minho continuó:

—CRUEL va a conseguir ese programa y viviremos todos felices para siempre.

—No tiene ni pizca de gracia —dijo Newt de mal humor—. Aunque encontraran una cura, ya habéis visto lo que hay en la Quemadura. Va a pasar mucho tiempo antes de que el mundo vuelva a ser normal. Aunque fuera posible, nunca lo veremos.

Thomas se percató de que lo único que estaba haciendo era permanecer allí sentado, con la vista clavada en el suelo.

—Después de todo lo que nos han hecho, no me creo nada —no podía dejar pasar de largo la noticia sobre Newt, su amigo, que haría todo lo posible por cualquiera. Le habían sentenciado a muerte con una enfermedad incurable sólo para ver qué ocurriría—. El Janson ese cree que lo tiene todo solucionado —prosiguió—; piensa que todo se hace por el bien común. O se deja que la raza humana la calme o se hacen cosas horribles para salvarla. Incluso los pocos inmunes probablemente no duremos mucho en un mundo donde el noventa y nueve coma nueve por ciento de la población se convierte en monstruos psicópatas.

—¿Qué quieres decir? —masculló Minho.

—Lo que quiero decir es que, antes de que me borraran la memoria, creo que me tragaba toda esa basura. Pero ya no.

Y lo que más le aterrorizaba ahora era que, si recuperaba los recuerdos, podía cambiar de opinión respecto a aquello.

—Pues entonces no desperdiciemos nuestra oportunidad, Tommy —dijo Newt.

—Mañana —añadió Minho—. Ya encontraremos la manera.

Thomas los miró un buen rato.

—Vale, ya encontraremos la manera.

Newt bostezó y los otros dos le imitaron.

—Será mejor que dejemos de darle a la lengua y durmamos un poco.

Capítulo 9

Estuvo una hora mirando fijamente en la oscuridad, pero al final Thomas se quedó dormido. Y al hacerlo, sus sueños consistieron en un montón de imágenes aisladas y recuerdos.

Una mujer, sentada a una mesa, sonríe sin dejar de mirar a la otra punta de la superficie de madera, directamente a sus ojos. Mientras la observa, ella coge una taza con un líquido humeante y da un sorbo indeciso. Otra sonrisa. Luego dice:

—Cómete ya los cereales. Buen chico.

Es su madre, de rostro amable y cuyo amor por él resulta evidente en cada una de las arrugas que se forman en su piel al sonreírle. No deja de vigilarle hasta que se come el último bocado; entonces se lleva el cuenco al fregadero tras alborotarle el pelo.

Después, él está en el suelo enmoquetado de una habitación pequeña jugando con unos bloques plateados que parecen fusionarse mientras construye un enorme castillo. Su madre está sentada en una silla en el rincón, llorando. Thomas sabe al instante por qué. A su padre le han diagnosticado el Destello y ya muestra síntomas de la enfermedad. Eso no deja duda de que su madre también tiene la enfermedad o la tendrá pronto. El Thomas que sueña sabe que no pasará mucho tiempo antes de que los médicos se den cuenta de que el pequeño tiene el virus y es inmune a sus efectos. Para entonces habrán desarrollado la prueba que lo reconoce.

A continuación está montando en bicicleta en un día caluroso. El calor asciende en oleadas desde el pavimento, lleno de hierbajos a ambos lados de la calle, donde antes había césped. Tiene una sonrisa dibujada en su rostro sudoroso. Su madre le observa de cerca y él advierte que está saboreando cada momento. Se acercan a un estanque que hay allí al lado, donde el agua está estancada y huele mal. La madre recoge unas piedras para que él pueda lanzarlas a las tenebrosas profundidades. Al principio las tira lo más lejos posible, luego intenta hacerlas rebotar como su padre le enseñó el verano anterior. Sigue sin conseguirlo. Cansado, sin energía por el clima sofocante, él y su madre por fin regresan a casa.

Entonces las cosas en el sueño, sus recuerdos, se vuelven más oscuros.

Vuelve a estar dentro y hay un hombre vestido de negro, sentado en un sillón. Tiene unos papeles en la mano y expresión seria. Thomas está junto a su madre, que le coge de la mano. Ya se ha constituido CRUEL, una cooperación de los gobiernos mundiales, de aquellos que sobrevivieron a las erupciones solares, un acontecimiento que tuvo lugar mucho antes de que Thomas naciera. El objetivo de CRUEL es estudiar lo que ahora se conoce como zona letal, donde el Destello causa daños. El cerebro.

El hombre está diciendo que Thomas es inmune. Hay otros inmunes: una cantidad

inferior a un uno por ciento de la población, la mayoría menores de veinte años. Y el mundo es peligroso para ellos; les odian por su inmunidad al terrible virus y se les llama, con sorna, «muñes». La gente les hace cosas horribles. CRUEL dice que puede proteger a Thomas y el niño puede ayudarles a encontrar una cura. Dicen que es inteligente, uno de los más inteligentes a los que les han hecho pruebas. A su madre no le queda otra opción y le deja marchar. Está claro que no quiere que su hijo vea cómo se vuelve loca poco a poco.

Más tarde le dice a Thomas que le quiere y se pone muy contenta al saber que no pasará por lo mismo que su padre. La locura le arrebató hasta el último pedazo del hombre que era, de lo que le hacía humano.

Y tras aquellas palabras, el sueño se desvaneció y Thomas se sumió en un profundo vacío.

• • •

Un fuerte golpeteo le despertó temprano a la mañana siguiente. Apenas se había incorporado sobre los codos, cuando la puerta se abrió y entraron los mismos cinco guardias del día anterior, con los lanzagranadas en alto.

—¡Arriba, chicos! —exclamó el Hombre Rata—. Hemos decidido devolveros vuestros recuerdos, os guste o no.

Capítulo 10

Thomas seguía aturdido. Los sueños que había tenido —los recuerdos de su infancia— le nublaban la mente. Apenas entendía lo que el hombre había dicho.

—¡Y un cuerno! —exclamó Newt. Había salido de la cama, con los puños apretados en sus costados, y tenía la vista clavada en Janson.

Thomas no recordaba haber visto nunca tanta furia en los ojos de su amigo. Y entonces el impacto de las palabras del Hombre Rata le sacó de su aturdimiento. Plantó los pies en el suelo.

—Nos dijiste que no teníamos que hacerlo.

—Me temo que no queda más remedio —respondió Janson—. Se acabaron las mentiras: nada funcionará si vosotros tres seguís nadando en la ignorancia. Lo siento, tenemos que hacerlo. Newt, al fin y al cabo, tú más que nadie sacarás provecho de la cura.

—Ya no me importa nada lo que me pase —contestó Newt con un gruñido.

Entonces Thomas se dejó guiar por su instinto. Sabía que ese era el momento que había estado esperando; aquello era el colmo.

Observó a Janson con detenimiento. La expresión del hombre se suavizó y respiró hondo, como si percibiera que el peligro aumentaba en la habitación y quisiera neutralizarlo.

—Mirad, Newt, Minho, Thomas: entiendo cómo debéis de sentiros. Habéis visto muchas cosas horribles. Pero la peor parte ha terminado. No podemos cambiar el pasado, no podemos borrar lo que os ha sucedido a vosotros y a vuestros amigos; pero ¿no sería un desperdicio no completar el programa a estas alturas?

—¿No se puede borrar? —gritó Newt—. ¿Eso lo único que tienes que decir?

—Cuidado —le advirtió uno de los guardias, apuntando con el lanzagranadas a su pecho.

La habitación se quedó en silencio. Thomas nunca había visto así a Newt, tan enfadado, tan poco dispuesto a serenarse.

Janson continuó:

—Vamos mal de tiempo. Vayámonos o tendremos que repetir la marcha de ayer. Mis guardias están ansiosos, os lo aseguro.

Minho bajó de un salto de la litera que había sobre la de Newt.

—Tiene razón —dijo con total naturalidad—. Pudiendo salvarte, Newt, y quién sabe a cuántos más, seríamos unos fucos idiotas si nos quedáramos en esta habitación otro segundo —le lanzó a Thomas una mirada y señaló la puerta con la cabeza—. Venga, vamos.

Pasó por delante del Hombre Rata y los guardias hasta el pasillo, sin mirar atrás.

Janson miró con las cejas enarcadas a Thomas, que estaba esforzándose por

ocultar su sorpresa. El anuncio de Minho era tan raro que debía de tener alguna clase de plan. Fingir que estaban de acuerdo les haría ganar tiempo.

Apartó la vista de los guardias y el Hombre Rata y le guiñó el ojo a Newt de forma que tan sólo él pudiera verlo.

—Escuchemos qué quieren que hagamos —intentó sonar tranquilo, sincero, pero fue una de las cosas más difíciles que había hecho—. Trabajaba para esta gente antes de llegar al Laberinto. No podía estar totalmente equivocado, ¿no?

—Oh, por favor —Newt puso los ojos en blanco, pero avanzó hacia la puerta y Thomas sonrió para sus adentros ante su pequeña victoria.

—Todos seréis héroes cuando esto termine —dijo Janson cuando Thomas, seguido de Newt, salió de la habitación.

—Ah, cállate —contestó Thomas.

Los tres amigos siguieron una vez más al Hombre Rata por los laberínticos pasillos. Mientras caminaban, Janson iba narrando el trayecto como si fuera un guía turístico. Explicó que las instalaciones no tenían muchas ventanas por el terrible clima que a menudo había y por los ataques de grupos de infectados que deambulaban por allí. Mencionó el duro temporal de lluvias que hubo la noche que se llevaron a los clarianos del Laberinto y cómo un grupo de raros irrumpió en el perímetro exterior para verles subir al autobús.

Thomas recordaba de sobra aquella noche. Aún podía notar la sacudida de los neumáticos al atropellar a la mujer que le había abordado antes de subir al autobús, cómo el conductor ni siquiera redujo la velocidad. Apenas podía creer que hubiera sucedido tan sólo hacía unas semanas; parecía que habían pasado años.

—Me gustaría que cerraras el pico —soltó al final Newt. Y así lo hizo el Hombre Rata, pero no borró aquella sonrisita de su rostro.

Cuando llegaron al área en la que habían estado el día anterior, el Hombre Rata se detuvo y se dio la vuelta para dirigirse a ellos.

—Espero que todos cooperéis hoy. Eso sería lo mínimo.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Thomas.

—Los otros sujetos se están recuperando…

Antes de que pudiera terminar la frase, Newt ya había saltado para agarrar al Hombre Rata de las solapas de su bata blanca y golpearlo contra la puerta más cercana.

—¡Vuelve a llamarlos sujetos y te rompo el maldito cuello!

Dos guardias se echaron encima de Newt al instante; lo apartaron de Janson y lo tiraron al suelo para apuntarle con los lanzagranadas a la cara.

—¡Esperad! —gritó Janson—. Esperad —se serenó y se alisó la camisa y la bata arrugadas—. No le inutilicéis. Acabemos con esto de una vez por todas.

Newt se puso de pie lentamente, con los brazos levantados.

—No nos llames sujetos; no somos ratones intentando encontrar el queso. Y dile a tus fucos amigos que se calmen. No te iba a hacer daño. No mucho.

Posó los ojos en Thomas con aire inquisitivo.

«CRUEL es buena». Por alguna inexplicable razón, aquellas palabras saltaron a la mente de Thomas. Era como si su antiguo yo —el que creía que el objetivo de CRUEL merecía cualquier acción depravada— estuviera intentando convencerle de que era verdad. No importaba lo horrible que pareciera, debían hacer lo que hiciera falta para encontrar una cura al Destello.

Pero ahora había algo distinto: no podía entender quién había sido antes, cómo había creído que todo aquello estaba bien. Había cambiado, pero tenía que darles al antiguo Thomas una vez más.

—Newt, Minho —dijo tranquilo, antes de que el Hombre Rata pudiera volver a hablar—, creo que tiene razón. Creo que ha llegado el momento de que hagamos lo que se supone que tenemos que hacer. Nos pusimos de acuerdo anoche.

Minho soltó una risa nerviosa. Las manos de Newt se convirtieron en puños.

Era ahora o nunca.

Capítulo 11

Thomas no vaciló. Echó el codo hacia atrás para golpear la cara de un guardia justo cuando le dio una patada en la rodilla al que tenía delante. Ambos cayeron al suelo, aturdidos, pero se recuperaron enseguida. Por el rabillo del ojo, Thomas vio que Newt tiraba a un guardia al suelo y que Minho asestaba puñetazos a otro. Pero al quinto, una mujer, no lo habían tocado y estaba alzando su lanzagranadas.

Thomas se abalanzó sobre ella y apuntó con un extremo del arma hacia el techo antes de que pudiera apretar el gatillo, pero ella le dio la vuelta y lo apretó contra su cara. El dolor explotó en sus mejillas y mandíbula. Ya había perdido el equilibrio, estaba de rodillas, y luego cayó plano sobre su estómago. Se impulsó con las manos para levantarse, pero notó un peso aplastante encima de su espalda, que le incrustó en las duras baldosas y le quitó el aire de los pulmones. Una rodilla se le clavó en la columna vertebral y sintió cómo el duro metal presionaba su cráneo.

—¡Deme la orden! —gritó la mujer—. ¡Subdirector Janson, deme la orden! Le freiré el cerebro.

Thomas no veía a los demás, pero los sonidos de la refriega habían cesado. Sabía que significaba que su amotinamiento había sido breve y los tres habían sido sometidos en menos de un minuto. El corazón le dolía de la desesperación.

—¿En qué estáis pensando? —bramó Janson detrás de él. Podía imaginarse la furia que debía de reflejar el rostro del hombre con aspecto de comadreja—. ¿De verdad creéis que tres… críos pueden más que cinco guardas armados? Se supone que sois genios, no idiotas y… rebeldes que desvarían. ¡A lo mejor el Destello ha llegado a vuestras mentes después de todo!

—¡Cállate! —oyó que gritaba Newt—. Cállate la…

Algo amortiguó el resto de sus palabras. Al imaginarse a uno de los guardias haciendo daño a Newt, Thomas tembló de rabia. La mujer presionó el arma con más fuerza contra su cabeza.

—Ni… se te… ocurra —le susurró al oído.

—¡Ponedlos en pie! —ordenó Janson—. ¡Ponedlos en pie!

La guardia levantó a Thomas por la parte trasera de su camiseta, con el extremo del lanzagranadas apretado contra su cabeza. Newt y Minho también estaban amenazados por un lanzagranadas y los dos guardias restantes apuntaban con sus armas a los tres clarianos.

Janson estaba enrojecido por la cólera.

—¡Esto es completamente ridículo! No vamos a permitir que vuelva a suceder.

Le dio la vuelta a Thomas.

—Yo no era más que un niño —dijo Thomas, sorprendiéndose sí mismo.

—¿Disculpa? —preguntó Janson.

Thomas le fulminó con la mirada.

—No era más que un niño. Me lavaron el cerebro para que hiciera estas cosas, para que les ayudara.

Aquello le había estado corroyendo desde que comenzó a recuperar recuerdos. Desde que empezó a poder unir los puntos.

—No estaba allí desde el principio —respondió Janson con tono desapasionado —, pero tú mismo me encargaste este trabajo después de que los fundadores originales fueran purgados. Y deberías saber que nunca he visto a nadie, niño o adulto, con tanta tenacidad como tú —sonrió, y Thomas tuvo ganas de arrancarle la piel a tiras.

—No me importa lo que tú…

—¡Basta! —gritó Janson—. Se lo haremos a él primero —hizo una señal a uno de los guardias—. Dile a una enfermera que baje. Brenda está dentro, insistirá en que quiere ayudar. Quizá sea más fácil tratarlo si ella es la técnico que trabaja con él. Lleva a los otros a la sala de espera; me gustaría hacerlo uno por uno. Tengo que comprobar una cosa, así que nos encontraremos allí.

Thomas estaba tan disgustado que ni siquiera se dio cuenta de que había pronunciado el nombre de Brenda. Otro guardia se unió al que estaba detrás de él y cada uno le cogió de un brazo.

—¡No permitiré que lo hagáis! —gritó Thomas, que cada vez estaba más histérico. La idea de saber quién era le aterrorizaba—. ¡No vais a poner esa cosa en mi cara!

Janson le ignoró y se dirigió directamente a los guardias:

—Aseguraos de que lo seda.

Y se alejó.

Los dos guardias empujaron hacia la puerta a Thomas, que iba arrastrando los pies. Se resistió, intentó soltarse, pero las manos de los guardias eran esposas y, al final, se rindió para conservar las fuerzas. De repente se dio cuenta de que a lo mejor incluso ya había perdido. Su única esperanza era Brenda.

Brenda se hallaba junto a una cama dentro de la habitación. Su expresión era glacial. Thomas le buscó los ojos, pero era imposible saber qué estaba pensando.

Sus captores le arrastraron por la sala. No entendía qué hacía allí Brenda, ayudando a CRUEL a hacer aquello.

—¿Por qué trabajas para ellos? —su voz le sonó débil a sus oídos.

Los guardias le dieron la vuelta.

—Más vale que mantengas la boca cerrada —contestó Brenda—. Necesito que confíes en mí como lo hiciste en la Quemadura. Es lo mejor.

No podía verla, pero había algo en su voz. A pesar de lo que había dicho, sonaba cálida. ¿Acaso estaba de su lado?

Los guardias le llevaron hasta la última cama de la fila. Entonces la mujer le soltó y le apuntó con el lanzagranadas mientras el hombre le sujetaba contra el borde del colchón.

—Túmbate —dijo el guardia.

—No —gruñó Thomas.

El guardia retrocedió y le dio una bofetada.

—¡Túmbate! ¡Ya!

—No.

El hombre le levantó por las axilas y lo lanzó al colchón.

—Vamos a hacerlo, así que no merece la pena resistirse.

La máscara metálica con tubos y cables colgaba sobre él como una araña gigante dispuesta a asfixiarle.

—No vais a ponerme esa cosa en la cara.

El corazón le latía ahora a una velocidad vertiginosa, el miedo que había mantenido a raya se hacía más intenso y empezaba a llevarse la calma que podía ayudarle a averiguar cómo salir de aquella situación.

El guardia le agarró de las dos muñecas y las apretó contra el colchón mientras se inclinaba hacia delante con todo su peso para asegurarse de que no iba a ningún sitio.

—Sédalo.

Thomas hizo un esfuerzo por tranquilizarse, por ahorrar energía para un último intento de huida. Casi le dolía ver a Brenda; le tenía más aprecio del que pensaba. Si les ayudaba a obligarle a hacer aquello, significaría que ella también era el enemigo. Le rompía el corazón incluso planteárselo.

—Por favor, Brenda —dijo—, no lo hagas. No se lo permitas.

Ella se acercó y le tocó dulcemente el hombro.

—Todo va a ir bien. No todo el mundo quiere amargarte la vida. Luego me darás las gracias por lo que estoy a punto de hacer. Ahora deja de lloriquear y relájate.

Por más que lo intentaba, seguía sin poder descifrar sus intenciones.

—¿Eso es todo? ¿Después de todo por lo que pasamos en la Quemadura? ¿Cuántas veces estuvimos a punto de morir en esa ciudad? Todo lo que vivimos juntos, ¿y ahora me abandonas?

—Thomas… —se calló y no se molestó en ocultar su frustración—, es mi trabajo.

—Oí tu voz en mi cabeza. Me avisaste de que las cosas iban a ponerse peor. Por favor, dime que en realidad no estás con ellos.

—Cuando volvimos al cuartel general tras recorrer la Quemadura, pasé al sistema telepático porque quería avisarte, prepararte. Nunca esperé que nos hiciéramos amigos en aquel infierno.

En cierta medida, oír que ella también se había sentido así lo hacía todo más manejable, y entonces no pudo contenerse:

—¿Tienes el Destello? —preguntó.

Ella respondió de forma rápida y breve:

—Estaba actuando. Jorge y yo somos inmunes, lo sabemos desde hace tiempo. Por eso nos utilizaron. Ahora, cállate —dirigió la mirada hacia el guardia.

—¡Hazlo ya! —gritó súbitamente el hombre.

Brenda lo miró malhumorada, pero no dijo nada. Entonces echó un vistazo a Thomas y le sorprendió con un ligero guiño.

—En cuanto te inyecte el sedante, te dormirás en unos segundos. ¿Entiendes?

Puso énfasis en la última palabra y volvió a guiñarle el ojo con sutileza. Por suerte, los dos guardias estaban concentrados en el prisionero y no en ella.

Thomas no sabía qué pensar, pero la esperanza recorría su cuerpo. Brenda tramaba algo.

La chica fue hasta la encimera que tenía detrás de ella y comenzó a preparar lo que necesitaba mientras el guardia continuaba echado con todo su peso sobre las muñecas de Thomas, cortándole la circulación. El hombre tenía la frente cubierta de sudor, pero estaba claro que no iba a soltarle hasta que estuviera inconsciente. La mujer estaba a su lado, con el lanzagranadas apuntándole a la cara.

Brenda se dio la vuelta; llevaba una jeringuilla con la cánula hacia arriba en la mano izquierda y con el pulgar a punto para la inyección. Por la ventanilla lateral se veía un líquido amarillento.

—Vale, Thomas, vamos a hacerlo muy rápido. ¿Estás listo?

Él asintió, sin estar seguro de a qué se refería, pero decidido a estar preparado.

—Bien —respondió la chica—, más vale que lo estés.

Capítulo 12

Brenda sonrió y se acercó a Thomas, luego se tropezó con algo y dio un traspié. Se aferró a la cama con la mano derecha, pero cayó de tal manera que la jeringuilla se clavó en el antebrazo del guardia que agarraba la muñeca del chico. Al instante, presionó la cánula con el pulgar, que soltó un rápido y fuerte silbido, antes de que el hombre se apartara.

—¿Qué demonios…? —gritó el guardia, pero ya tenía los ojos vidriosos.

Thomas reaccionó al instante. Ahora que se había librado de aquellos puños de hierro, se incorporó en la cama y balanceó las piernas en arco hacia la guardia, que había vuelto en sí tras unos segundos de quedarse estupefacta. Un pie le dio a su lanzagranadas y el otro a su hombro. Soltó un alarido al que lo siguió un crujido cuando su cabeza golpeó el suelo.

Thomas cogió el lanzagranadas antes de que se alejara de su alcance y apuntó a la mujer, que se sujetaba la cabeza con las manos. Hienda había rodeado la cama corriendo para coger el arma del hombre y la apuntaba en dirección al cuerpo inerte.

Thomas respiraba con dificultad y su pecho subía y bajaba mientras la adrenalina bombeaba por su cuerpo. No se había sentido tan bien en semanas.

—Sabía que tú…

Antes de que pudiera terminar, Brenda disparó el lanzagranadas.

Un sonido agudo atravesó el aire y aumentó de volumen durante una fracción de segundo antes de que la pistola descargara y diera un culatazo, que hizo que Brenda saliera disparada hacia atrás. Salió una de las brillantes granadas, le dio a la mujer en el pecho y explotó, enviando curvilíneos hilos de luz por todo su cuerpo. Comenzó a retorcerse sin control.

Thomas se quedó mirando, atónito, lo que le había hecho el lanzagranadas a una persona y sorprendido de que Brenda lo hubiera disparado sin vacilación. Si hubiera necesitado más pruebas de que la chica no estaba comprometida con CRUEL, acababa de comprobarlo. La contempló.

Ella le devolvió la mirada con una leve sonrisa.

—Llevaba mucho tiempo queriendo hacer algo parecido. Menos mal que he convencido a Janson de que me encargara a mí tu procedimiento —se agachó, cogió la tarjeta del hombre inconsciente y se la metió en el bolsillo—. Esto nos permitirá entrar en cualquier sitio.

Thomas tuvo que resistirse a la ganas de darle un abrazo.

—Vamos —dijo—, tenemos que ir a por Newt y Minho. Y luego a por los demás.

Doblaron un par de esquinas corriendo por los pasillos, con Brenda a la cabeza. Thomas se acordó de cuando la chica le guio por los túneles subterráneos de la Quemadura. Le metió prisa, puesto que sabía que había más guardias que podían

aparecer en cualquier momento.

Llegaron a una puerta y Brenda pasó la tarjeta para abrirla. Sonó un breve silbido y el bloque de metal se deslizó. Thomas irrumpió en la sala con Brenda pegada a sus talones.

El Hombre Rata estaba sentado en una silla, pero se levantó de un salto y su expresión enseguida se convirtió en una mueca de horror.

—¿Qué diablos estáis haciendo?

Para entonces, Brenda ya había disparado dos granadas a los guardias, un hombre y una mujer que cayeron al suelo, convulsionándose en una nube de humo y rayos diminutos. Newt y Minho se enfrentaron al tercer guardia; Minho le arrebató el arma.

Thomas apuntó a Janson con el lanzagranadas y puso el dedo en el gatillo.

—Dame tu tarjeta y tírate al suelo, con las manos en la cabeza —ordenó con voz firme, pese a que el corazón le latía a toda velocidad.

—Esto es una locura —murmuró Janson, aunque le dio la tarjeta. Hablaba con calma y parecía extremadamente tranquilo a pesar de las circunstancias—. No tenéis ninguna posibilidad de salir de este complejo. Hay más guardias en camino.

Thomas sabía que no tenían muchas posibilidades, pero era lo único que les quedaba.

—Después de lo que hemos pasado, esto no es nada —sonrió al darse cuenta de que era cierto—. Gracias por el entrenamiento. Bueno, di una palabra más y experimentarás… ¿Cómo dijiste? ¿«Los cinco peores minutos de tu vida»?

—¿Cómo puedes…?

Thomas apretó el gatillo. El sonido agudo inundó la habitación, seguido del lanzamiento de la granada. Le dio al hombre en el pecho y explotó en un brillante despliegue de electricidad. Gritó al caer al suelo entre espasmos; el humo le salió del pelo y de la ropa. La sala se llenó de un terrible olor, un hedor que a Thomas le recordó cuando a Minho le alcanzó un rayo en la Quemadura.

—Eso no puede sentar bien —dijo a sus amigos. Sonaba tan tranquilo a sus propios oídos que se inquietó. Mientras contemplaba el daño que habían hecho, casi se sintió avergonzado por no sentirse culpable. Casi.

—Se supone que no le matará —dijo Brenda.

—Qué lástima —respondió Minho, que se levantó después de atar al guardia ileso con su cinturón—. El mundo estaría mejor sin él.

Thomas volvió su atención al hombre que se retorcía a sus pies.

—Nos vamos ya.

—Brindaré por eso —dijo Newt.

—Me has leído el pensamiento —añadió Minho.

Todos se volvieron hacia Brenda. Ella levantó el lanzagranadas en sus brazos y asintió. Parecía preparada para luchar.

—Odio a esta gente tanto como vosotros —afirmó—. Estoy de vuestra parte.

Por segunda vez en los últimos días, a Thomas le inundó aquella extraña sensación de felicidad. Brenda había vuelto. Miró a Janson. El chisporroteo eléctrico empezaba a apagarse; los ojos del hombre estaban cerrados y gradualmente dejó de moverse, pero seguía respirando.

—No sé cuánto tiempo dura una explosión de esto —dijo Brenda— y se va a despertar muy enfadado. Será mejor que nos marchemos de aquí.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Newt.

Thomas no tenía ni idea.

—Lo decidiremos sobre la marcha.

—Jorge es piloto —observó Brenda—. Si conseguimos llegar de algún modo al hangar, a su iceberg…

Antes de que nadie pudiera responder, unos gritos y pasos sonaron por el pasillo.

—Ya vienen —dijo Thomas. La realidad de la situación en que se encontraban volvió a golpearle con fuerza: no iban a poder salir sin más del edificio. A saber cuántos guardias había.

Minho corrió hacia la puerta y se colocó firme junto a ella.

—Van a tener que pasar todos por aquí.

Los sonidos que provenían del pasillo cada vez eran más fuertes. Los guardias estaban cerca.

—Newt —dijo Thomas—, ponte al otro lado de la puerta. Brenda y yo dispararemos al primer par que entre. Vosotros dos, coged al resto por los laterales y después salid al pasillo. Iremos detrás de vosotros.

Tomaron posiciones.

Capítulo 13

La a expresión de Brenda era una extraña mezcla de enfado y entusiasmo. Thomas se preparó junto a ella, agarrando con firmeza el lanzagranadas que tenía en las manos. Sabía que se arriesgaba al confiar en la chica: casi todo el mundo de aquella organización le había engañado; no podía subestimar a CRUEL. Pero ella era la única razón por la que habían llegado tan lejos. Si iba a llevarla consigo, no tenía que dudar más.

Llegó el primer guardia, un hombre vestido con la misma ropa negra que todos los demás, pero que sujetaba con fuerza un tipo de arma distinta, más pequeña y brillante. Thomas disparó y observó cómo la granada impactaba contra el pecho del hombre, que salió volando hacia atrás y se retorció y convulsionó en una maraña de luz.

Dos personas más —un hombre y una mujer— estaban justo detrás de él con unos lanzagranadas alzados.

Minho actuó antes de que a Thomas le diera tiempo: agarró a la mujer por la camisa y tiró de ella hacia él; luego la balanceó para lanzarla contra una pared. Disparó, pero la granada plateada se rompió en el suelo sin causar daños, con una breve explosión de energía chisporroteante sobre las baldosas.

Brenda disparó al hombre y le dio en las piernas; unos diminutos rayos irregulares de electricidad le acribillaron el cuerpo y gritó mientras emprendía la retirada por el pasillo. Su arma cayó al suelo.

Minho había desarmado a la mujer y la estaba obligando a arrodillarse. Ahora él sostenía un lanzagranadas con el que le apuntaba a la cabeza.

Un cuarto hombre entró por la puerta, pero Newt le quitó de un golpe el arma y le dio un puñetazo en la cara. El guardia cayó de rodillas y se llevó una mano a la boca ensangrentada. Después levantó la vista como si fuera a decir algo, pero Newt retrocedió y le disparó en el pecho. A aquella distancia tan corta, la bala emitió un sonido terrible al explotar en el hombre. Un espantoso chillido salió de su garganta cuando cayó al suelo y se retorció en una maraña de pura electricidad.

—Esa maldita cuchilla escarabajo observa todo lo que hacemos —dijo Newt, y señaló con la cabeza hacia algo al fondo de la habitación—. Tenemos que salir de aquí. Van a seguir viniendo.

Thomas se dio la vuelta para ver un robot con forma de lagarto, agazapado, con una luz roja. Luego se volvió hacia la entrada, que estaba vacía. Miró a la mujer. La boca del arma que sostenía Minho se hallaba tan sólo a unos centímetros de su cabeza.

—¿Cuántos sois? —preguntó—. ¿Van a venir más?

Al principio ella no respondió, pero Minho se inclinó hacia delante hasta que el

arma le tocó la mejilla.

—Al menos hay cincuenta de servicio —respondió enseguida.

—¿Y dónde están? —preguntó Minho.

—No lo sé.

—¡No me mientas! —gritó él.

—Nosotros… Está pasando otra cosa. No sé lo que es. Lo juro.

Thomas la miró con detenimiento y vio algo más que miedo en su expresión. ¿Era frustración? Parecía decir la verdad.

—¿Algo más? ¿Cómo qué?

La mujer negó con la cabeza.

—Sólo sé que llamaron a un grupo de los nuestros a una sección diferente, eso es todo.

—¿Y no tienes ni idea de por qué? —intentó que su voz transmitiese toda la incertidumbre posible—. Me cuesta creerlo.

—Lo juro.

Minho la cogió por la espalda de la camisa y la puso de pie.

—Pues tomaremos a esta amable señora de rehén. Vamos.

Thomas se colocó delante de él.

—Brenda tiene que guiarnos, ella conoce este lugar. Detrás iremos yo, tú y tu nueva amiga, y Newt al final.

Brenda corrió a su lado.

—Sigo sin oír a nadie, pero no pueden tardar mucho. Vamos.

Se asomó al pasillo y salió sigilosamente de la habitación.

Thomas se tomó un segundo para secarse las manos sudorosas en los pantalones, después cogió el lanzagranadas y la siguió. Giró a la derecha. Oyó que los demás iban detrás de él; un vistazo rápido le mostró que la cautiva de Minho también iba corriendo y no parecía muy contenta ante la amenaza de un baño eléctrico a poca distancia.

Llegaron al final del pasillo inicial y giraron a la derecha sin detenerse. Su nuevo camino era exactamente igual que el anterior, un pasillo *beige* que se extendía ante ellos al menos quince metros antes de acabar en unas puertas dobles. En cierto modo, la escena le hizo evocar el último tramo del Laberinto justo antes del Precipicio, cuando él, Teresa y Chuck corrieron en busca de la salida mientras todos los demás luchaban contra los laceradores para mantenerlos a salvo.

Al acercarse a las puertas, Thomas sacó de su bolsillo la tarjeta del Hombre Rata. Su rehén le gritó:

—¡Yo no haría eso! Estoy segura de que al otro lado hay veinte armas esperando freírte.

Pero había cierto tono de desesperación en su voz. ¿Podría ser que CRUEL fuera

demasiado confiado y poco estricto? Tan sólo quedaban veinte o treinta adolescentes y no debían de tener a más de una persona de seguridad por sujeto, si es que llegaban.

Ellos tenían que encontrar a Jorge y el iceberg, pero también buscar a todos los demás. Pensó en Fritanga y Teresa. No iba a abandonarles sólo porque hubieran decidido recuperar la memoria.

Se detuvo con un derrape ante las puertas y se volvió hacia Minho y Newt.

—Sólo tenemos cuatro lanzagranadas y debemos asumir que posiblemente haya más guardias esperándonos al otro lado. ¿Estamos preparados?

Minho se acercó al lector de tarjetas y arrastró con él a la guardia que tenía sujeta por la camisa.

—Nos vas a abrir esto para que podamos encargarnos de tus colegas. Quédate ahí y no hagas nada hasta que te avisemos. No me provoques —se dio la vuelta hacia Thomas—. Empieza a disparar en cuanto las puertas se abran.

Thomas asintió.

—Me agacharé. Minho, apóyate en mi hombro. Brenda a la izquierda y Newt a la derecha.

Él se puso en cuclillas y colocó el arma justo donde las puertas se encontraban en el centro. Minho se situó sobre él para hacer lo mismo, mientras Newt y Brenda se colocaban en sus posiciones.

—Ábrelas a la de tres —ordenó Minho—. Y señora, como intentes algo o eches a correr, te aseguro que uno de nosotros te atrapará. Thomas, cuenta.

La mujer sacó su tarjeta, pero no dijo nada.

—Uno —comenzó Thomas—. Dos.

Hizo una pausa para coger aire, pero antes de que pudiera gritar el último número, una alarma atronadora empezó a sonar y las luces se apagaron.

Capítulo 14

Thomas parpadeó rápidamente para intentar adaptarse a la oscuridad. La alarma sonaba en estridentes oleadas ensordecedoras.

Notó que Minho se levantaba y le oyó arrastrar los pies.

—¡La mujer se ha ido! —gritó su amigo—. ¡No la encuentro!

En cuanto dijo la última palabra, el sonido de la energía cargándose llenó los huecos entre los aullidos de la alarma, seguido del estallido de una granada al explotar contra el suelo. Los rayos de electricidad iluminaron la habitación; Thomas vio una figura imprecisa que se alejaba de ellos corriendo por el pasillo y poco a poco desaparecía en la penumbra.

—Ha sido culpa mía —masculló Minho, aunque apenas se le oyó.

—Volved a vuestras posiciones —dijo Thomas, temeroso de lo que aquella alarma significaba—. Palpad las puertas para encontrar por dónde se abren. Yo usaré la tarjeta del Hombre Rata. ¡Preparados!

Palpó la pared hasta que encontró el sitio que buscaba y después pasó la tarjeta; se oyó un chasquido y una de las puertas empezó a moverse hacia dentro.

—¡Empezad a disparar! —gritó Minho.

Newt, Brenda y Minho comenzaron a tirar granadas por la entrada hacia la oscuridad. Thomas tomó posición y les imitó: disparó una ráfaga de electricidad danzante que ahora chisporroteaba al otro lado de las puertas. Hubo unos segundos de diferencia, pero pronto crearon una muestra cegadora de luz y explosiones. Allí no había rastro de gente; nadie les devolvió los disparos.

Thomas dejó caer el arma a un lado.

—¡Basta! —gritó—. ¡No malgastéis más munición!

Minho soltó una granada más, pero después todos esperaron a que la energía se apagara para entrar a salvo en la habitación.

Thomas se volvió hacia Brenda y habló más alto para que le oyera pese al ruido:

—No nos acordamos de muchas cosas. ¿Podrías decirnos algo que nos ayude? ¿Dónde está todo el mundo? ¿Por qué se ha disparado la alarma?

La chica negó con la cabeza.

—Para serte sincera…, algo me huele mal.

—¡Me apuesto lo que sea a que esta es otra de sus pruebas! —gritó Newt—. Todo esto tenía que pasar y nos están analizando otra vez.

Thomas apenas podía oír sus pensamientos y Newt no era de ayuda. Alzó su lanzagranadas y entró en la habitación. Quería estar en un lugar más seguro antes de que la luz de las explosiones desapareciera totalmente. Por sus escasos recuerdos, sabía que se había criado en aquel sitio y deseó acordarse de su distribución. De nuevo se percató de lo importante que era Brenda para su libertad. Jorge también, si

quería sacarlos a todos de allí volando.

La alarma paró.

—¿Y ahora…? —empezó a decir Thomas demasiado alto; bajó la voz—. ¿Y ahora qué?

—Probablemente se hayan hartado de que les sangren los oídos por el ruido —respondió Minho—. Que la hayan apagado no quiere decir nada.

El resplandor de los rayos eléctricos había desaparecido, pero la habitación de aquel lado de la puerta tenía encendidas las luces de emergencia, que lo teñían todo de rojo. Se hallaban en una gran recepción con sillas, sillones y un par de escritorios, pero no había nadie a la vista.

—Nunca he visto a nadie en estas salas de espera —dijo Thomas, al resultarle familiar de repente aquel espacio—. Este sitio está vacío y es espeluznante.

—Estoy segura de que hace mucho tiempo que ya no permiten visitas —respondió Brenda.

—¿Y ahora qué hacemos, Tommy? —preguntó Newt—. No podemos tirarnos aquí todo el día.

Thomas se quedó pensando un segundo. Tenían que encontrar a sus amigos, pero asegurarse de que contaban con un modo de escapar era su prioridad.

—Vale —dijo—. Brenda, nos hace mucha falta tu ayuda. Tenemos que llegar al hangar y encontrar a Jorge para que prepare un iceberg. Newt y Minho, podéis quedaros con él como refuerzo, mientras Brenda y yo vamos a buscar a nuestros amigos. Brenda, ¿sabes dónde almacenan las armas?

—El depósito de armas está de camino al hangar —contestó ella—. Pero seguramente esté vigilado.

—Por peores cosas hemos pasado —comentó Minho—. Empezaremos a disparar hasta que se retiren o nos retiremos.

—Nos los cargaremos a todos —añadió Newt, casi con un gruñido—. Hasta el último de esos indeseables.

Brenda señaló uno de los pasillos que salían de la recepción.

—Es por ahí.

La chica llevó a Thomas y sus amigos por un giro tras otro mientras las tenues luces rojas de emergencia iluminaban el camino. No se toparon con ninguna resistencia, aunque de vez en cuando una cuchilla escarabajo pasaba por allí, emitiendo un ligero ruidito metálico mientras se escabullía. Minho intentó disparar a una, pero falló y casi chamuscó a Newt, que dio un grito y tuvo ganas de devolverle el disparo, a juzgar por la expresión de su cara.

Después de quince minutos trotando, llegaron al almacén de armas. Thomas se detuvo en el pasillo, sorprendido al encontrarse la puerta abierta de par en par. Por lo que veía, las estanterías del interior parecían llenas.

—Se acabó —dijo Minho—. Sin duda.

Thomas sabía exactamente a qué se refería. Había pasado por demasiadas cosas para no saberlo.

—Es todo un montaje —masculló.

—Tiene que serlo —aseguró Minho—. De repente desaparece todo el mundo, se abren las puertas y aquí hay un montón de armas para nosotros. Está claro que nos vigilan con esas fucas cuchillas escarabajo.

—Huele a chamusquina —convino Brenda.

Al oír su voz, Minho se volvió hacia ella.

—¿Cómo sabemos que Brenda no está metida en esto? —preguntó.

La chica respondió con voz cansada:

—Lo único que puedo decir es que juro que no estoy implicada. No tengo ni idea de lo que ocurre.

Thomas odiaba admitirlo, pero lo que Newt había insinuado antes —que la huida no fuera más que un ejercicio organizado— cada vez parecía más probable. De nuevo los habían reducido a ratones que recorrían una clase distinta de laberinto. Deseaba de todo corazón que no fuera cierto.

Newt ya había entrado en la sala de las armas.

—Mirad las marcas en el polvo. Es obvio que se han llevado hace poco algo de material. A lo mejor en esta última hora.

Thomas inspeccionó el área. La sala tenía bastante polvo, el suficiente para hacerte estornudar si te movías demasiado, pero el lugar al que Newt señalaba estaba completamente limpio. Tenía razón.

—¿Qué tiene eso de importante? —preguntó Minho detrás de ellos.

Newt se volvió hacia él.

—¿No puedes pensar por ti mismo ni una sola vez, maldito pingajo?

Minho hizo una mueca. Parecía más sorprendido que enfadado.

—¡Eh, Newt! —exclamó Thomas—. La situación es horrible, sí, pero córtate un poco. ¿Qué te pasa?

—Yo te diré lo que me pasa: vais de duros sin un plan, llevándonos por ahí como un puñado de gallinas que buscan comida, y Minho no puede dar ni un paso sin preguntar qué pie debe usar.

Minho se había recuperado lo suficiente para enfadarse.

—Mira, cara fuco, tú eres el que va de genio porque has descubierto que unos guardias han sacado unas cuantas armas de un almacén de, sí, armas. Creía que estaba dándote el beneficio de la duda al pensar que podías averiguar algo más que eso. La próxima vez te daré una palmadita en la espalda por decir lo que es obvio.

Thomas miró a Newt justo a tiempo de ver que la expresión de su amigo había cambiado. Parecía afectado, casi al borde de las lágrimas.

—Lo siento —murmuró Newt, luego se dio la vuelta y salió de la habitación.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Minho.

Thomas no quería decir lo que estaba pensando: que Newt poco a poco iba perdiendo la cordura. Y por suerte no tuvo que hacerlo. Brenda habló:

—Chicos, no le habéis entendido.

—¿Qué? —preguntó Minho.

—Tenía que haber dos o tres docenas de pistolas y lanzagranadas en esta sección y ahora no hay ninguna. Se las han llevado hace muy poco. En esta última hora, como ha dicho Newt.

—¿Sí? —afirmó Minho, justo cuando Thomas cayó en la cuenta.

Brenda extendió las manos como si la respuesta fuese evidente.

—Los guardias sólo vienen aquí cuando necesitan recambios o quieren usar algo más que un lanzagranadas. ¿Por qué les iba a hacer falta todo esto al mismo tiempo? ¿Hoy? Y los lanzagranadas son tan pesados que no puedes dispararlos si llevas otra arma. ¿Dónde están, entonces, las que no se han llevado?

Capítulo 15

Minho fue el primero en sugerir una explicación.

—Quizá sabían que pasaría algo así y no querían matarnos. Por lo visto, a menos que te den en la cabeza, esos lanzagranadas tan sólo te dejan un rato aturdido. De modo que vinieron a cogerlos para usarlos con las pistolas normales.

Brenda ya estaba negando con la cabeza antes de que terminara de hablar.

—No. Acostumbran a llevar los lanzagranadas todo el tiempo, así que no tiene sentido que hayan venido todos a la vez para coger uno nuevo. Podéis pensar lo que queráis de CRUEL, pero su objetivo no es matar el máximo número de personas posibles. Ni siquiera cuando se cuelan los raros.

—¿Ya han entrado aquí antes los raros? —preguntó Thomas.

Brenda asintió.

—Cuanto más infectados están, cuando más cerca se encuentran del Ido, más crece su desesperación. Dudo mucho que los guardias…

Minho la interrumpió:

—Quizás eso fue lo que sucedió. La alarma puede que se haya disparado porque han entrado unos raros, que se han llevado las armas que había aquí para dejar aturdida a la gente y luego comerse sus fucos cuerpos. ¡A lo mejor hemos visto pocos guardias porque el resto están muertos!

Thomas había visto a raros que habían traspasado el Ido, raros que habían vivido con el Destello durante tanto tiempo que les había corroído el cerebro hasta dejarlos totalmente locos. Casi como animales con forma humana.

Brenda suspiró.

—Odio tener que decirlo, pero creo que tienes razón —se quedó pensando un momento—. En serio. Eso lo explicaría: alguien ha venido aquí y se ha llevado un puñado de armas.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Thomas.

—En tal caso, nuestros problemas son mucho peores de lo que pensaba.

—Me alegro de ver que el chico que no es inmune al Destello no es el único al que le funciona el cerebro.

Thomas se volvió hacia Newt, que estaba junto a la puerta.

—La próxima vez explícate mejor en vez de actuar como un insolente —dijo Minho con una voz carente de compasión—. No creía que se te fuera tan rápido, pero me alegro de que hayas vuelto. Puede que necesitemos a un raro que olisquee a los otros raros, si es que han entrado aquí.

Thomas se estremeció ante aquel comentario hiriente y miró a Newt para ver cómo reaccionaba. A juzgar por su expresión, este no estaba contento.

—Nunca has sabido cuándo cerrar el pico, ¿verdad, Minho? Siempre tienes que

decir la última maldita palabra.

—Cállate de una fuca vez —respondió él. Su voz sonó tan calmada que Thomas habría jurado que Minho también había perdido la cabeza. La tensión en la habitación era palpable.

Newt se acercó despacio a Minho y se detuvo ante él. Después, tan rápido como una serpiente cuando ataca, le dio un puñetazo en la cara. Minho se tambaleó hacia atrás y cayó en un estante vacío de armas. Entonces se abalanzó sobre Newt para tirarlo al suelo.

Todo pasó tan rápido que Thomas no podía creérselo. Corrió hacia ellos y tiró de la camiseta de Minho.

—¡Basta! —gritó, pero los dos clarianos continuaron dándose golpes y no se veían más que brazos y piernas por todos sitios.

Brenda se acercó para ayudar y al final entre ambos consiguieron levantar a Minho, cuyos puños seguían agitándose con violencia. Con un codo le dio sin querer en la barbilla a Thomas, que sintió que una oleada de ira le recorría el cuerpo.

—¡Mira que podéis ser estúpidos! —gritó Thomas, sujetando los brazos de Minho a su espalda—. Estamos huyendo de al menos un enemigo, tal vez dos, ¿y vosotros os ponéis a pelearos?

—¡Ha empezado él! —replicó Minho, salpicando con saliva a Brenda.

Ella se secó la cara.

—¿Tienes ocho años o qué? —espetó.

Minho no respondió. Se esforzó por soltarse unos segundos más antes de rendirse. Thomas estaba harto. No sabía qué era peor, que Newt pareciera estar ya volviéndose loco o que Minho, el que debería estar controlándose, actuara como un gilipullo.

Newt se puso de pie y tocó con cuidado el punto rojo en la mejilla donde Minho debía de haberle golpeado.

—Es culpa mía. Todo me cabrea. Tíos, pensad vosotros qué hacemos, yo necesito un puñetero respiro.

Y al decir eso, se dio la vuelta y volvió a salir de la habitación.

Thomas resopló por la frustración, soltó a Minho y se colocó bien la camiseta. No había tiempo para entretenerse con discusiones sin importancia. Si querían salir de allí, tenían que serenarse y trabajar en equipo.

—Minho, ve a buscar unos cuantos lanzagranadas más y coge un par de pistolas de esa estantería de ahí. Brenda, ¿puedes llenar una caja con la máxima munición posible? Yo iré a por Newt.

—Me parece bien —contestó la chica, que ya observaba en derredor.

Minho no dijo ni una palabra, tan sólo comenzó a buscar por los estantes.

Thomas salió al pasillo; Newt se había sentado en el suelo a unos seis metros y estaba apoyado con la espalda en la pared.

—No digas ni una maldita palabra —rezongó cuando su amigo se le acercó. «Empezamos bien», pensó Thomas—. Escucha, algo extraño está pasando. O CRUEL nos está poniendo a prueba o unos raros han entrado a este sitio para matar a todo con lo que se crucen. Sea lo que sea, tenemos que encontrar a nuestros amigos y salir de aquí.

—Ya —fue cuanto respondió—. Pues levántate y vuelve a entrar ahí para ayudarnos. Tú eras el que estaba frustrado, el que actuaba como si no tuviera tiempo de entretenerse. ¿Y ahora quieres sentarte aquí en el pasillo y ponerte de morros?

—Ya.

La misma respuesta.

Thomas no había visto nunca a Newt así; parecía totalmente descorazonado. Ante aquella reacción, una oleada de desesperanza le azotó.

—Todos nos estamos volviendo un poco loe… —Se calló, no podía haber dicho nada peor—. Quiero decir…

—Cierra el pico —dijo Newt—. Sé que algo ha empezado a ocurrirle a mi cerebro, no me encuentro bien. Pero descuida: si me das un segundo, me recuperaré. Os sacaremos de aquí y luego ya veré.

—¿A qué te refieres con «os sacaremos» de aquí?

—Bueno, saldremos de aquí, como quieras. Tan sólo dame un maldito minuto.

Era como si hiciese eones desde su vida en el Claro. Allí Newt siempre estaba tranquilo, sereno; y ahora se venía abajo. Daba la impresión de referirse a que no importaba si él escapaba o no mientras que el resto sí lo consiguiera.

—Muy bien —respondió Thomas. Se dio cuenta de que lo único que podía hacer era tratar a Newt como lo había hecho siempre—. Ya sabes que no podemos perder más tiempo. Brenda está cogiendo la munición; tendrás que ayudarla a cargar con ella hasta el hangar del iceberg.

—Vale —Newt se levantó enseguida—, pero antes tengo que ir a por una cosa. No tardaré mucho —empezó a alejarse, de vuelta a la recepción.

—¡Newt! —gritó Thomas, preguntándose qué demonios tramaba su amigo—. No seas tonto, tenemos que irnos. Y no debemos separarnos.

Pero Newt siguió caminando; ni siquiera se dio la vuelta para mirarle.

—¡Tú vete a por las cosas! No tardaré más que un par de minutos.

Thomas negó con la cabeza. No había nada que pudiera hacer o decir para recuperar al muchacho razonable que conocía. Giro sobre sus talones y se dirigió al almacén de armas.

Thomas, Minho y Brenda reunieron todo lo que podían llevar entre los tres. Thomas tenía un lanzagranadas atado a cada hombro además del que sujetaba en las manos. Se metió dos pistolas cargadas en los bolsillos delanteros y varios cargadores en los traseros. Minho había hecho lo mismo y Brenda llevaba una caja de cartón

llena de granadas azuladas y más balas, con su lanzagranadas apoyado encima.

—Parece que pesa —dijo Thomas, señalando la caja—. ¿Quieres que…?

Brenda le interrumpió:

—Puedo arreglármelas hasta que Newt vuelva.

—A saber lo que trama —intervino Minho—. Nunca había actuado así. El Destello se le está comiendo ya el cerebro.

—Ha dicho que volvería pronto —Thomas estaba harto de la actitud de Minho. Tan sólo empeoraba las cosas—. Y ten cuidado con lo que dices delante de él: lo último que necesitamos es que vuelvas a picarle.

—¿Recuerdas lo que te dije en el camión, en la ciudad? —le preguntó Brenda a Thomas.

El repentino cambio de tema le sorprendió, y el hecho de que sacara a colación la Quemadura le sorprendió aún más, puesto que le recordaba que le había mentido.

—¿Qué? —inquirió—. ¿Me estás diciendo que algo de lo que dijiste era verdad?

Aquella noche se sintió muy cerca de ella. Se dio cuenta de que esperaba que la chica contestara afirmativamente.

—Siento haberte mentido sobre por qué estaba allí, Thomas.

Y cuando te dije que sentía que el Destello afectaba mi mente. Pero el resto era cierto, lo juro —hizo una pausa y le miró con ojos suplicantes—. Bueno, hablamos de cómo los niveles superiores de actividad cerebral aceleraban el ritmo de la destrucción. Se llama la destrucción cognitiva. Por eso la droga, el Éxtasis, es tan popular entre la gente que puede permitírselo. El Éxtasis ralentiza la actividad cerebral y tardas más en volverte loco de remate. Pero es muy caro.

La idea de personas que no fueran parte de un experimento o vivieran en edificios abandonados, como había visto en la Quemadura, le parecía irreal.

—¿La gente sigue funcionando cuando está drogada? ¿Vive su vida, trabaja o lo que sea?

—La gente hace lo que tiene que hacer, pero está mucho más… relajada. Imagínate que eres un bombero: podrías estar rescatando a treinta niños de un incendio, pero no te pondrías nervioso si por el camino se te cayeran unos cuantos a las llamas.

El simple hecho de pensar en un mundo así aterrorizaba a Thomas.

—Es… enfermizo.

—Tendría que ponerme un poco de eso —masculló Minho.

—No entiendes lo que quiero decir —dijo Brenda—. Piensa el infierno por el que debe de estar pasando Newt, con todas las decisiones que debe tomar. No me extraña que el Destello actúe rápido. Se le ha estimulado demasiado, mucho más que a una persona media en su día a día.

Thomas suspiró, y aquella tristeza que había sentido antes volvió a apoderarse de

él.

—Bueno, no podemos hacer nada hasta que lleguemos a un lugar más seguro.

—¿Hacer qué?

Se volvió para ver a Newt de nuevo en la puerta. Después cerró los ojos un momento y se calmó.

—Nada, no importa… ¿Adónde has ido?

—Tengo que hablar contigo, Tommy. Sólo contigo. Tan sólo será un segundo.

«¿Y ahora qué?», se preguntó Thomas.

—¿De qué va toda esta mierda? —soltó Minho.

—Relájate un poco. Tengo que darle una cosa a Tommy; a Tommy y a nadie más.

—Haz lo que quieras, venga —Minho se colocó bien las correas de los lanzagranadas en sus hombros—. Pero tenemos que darnos prisa.

Thomas salió al pasillo con Newt, muerto de miedo por lo que su amigo pudiera decir o lo loco que pudiera sonar. Los segundos pasaban.

Se alejaron unos pasos de la puerta antes de que Newt se detuviese y se girase para mirarle. Luego sacó un pequeño sobre cerrado.

—Métete esto en el bolsillo.

—¿Qué es? —lo cogió y le dio la vuelta. Estaba en blanco por fuera.

—Tú sólo guárdatelo en el bolsillo, maldita sea.

Thomas obedeció, confundido pero curioso.

—Ahora mírame a los ojos —ordenó Newt, y chascó los dedos.

A Thomas le dio un vuelco el corazón ante la angustia que percibió allí.

—¿Qué pasa?

—No hace falta que lo sepas ahora; no puedes saberlo. Pero tienes que hacerme una promesa. No es ninguna tontería.

—¿Qué?

—Tienes que jurarme que no leerás lo que hay dentro de ese maldito sobre hasta que llegue el momento adecuado.

Thomas no podía esperar a leerlo y empezó a sacarse el sobre del bolsillo, pero Newt le agarró el brazo para detenerle.

—¿Cuando llegue el momento adecuado? —preguntó—. ¿Cómo…?

—¡Lo sabrás, maldita sea! —respondió Newt antes de que terminara la pregunta —. Ahora, júramelo. ¡Júralo! —su cuerpo parecía temblar a cada palabra.

—¡Muy bien! —Thomas estaba más que preocupado por su amigo a aquellas alturas—. Juro que no lo leeré hasta que llegue el momento adecuado. Pero ¿por qué…?

—Vale —le interrumpió Newt—. Si rompes tu promesa, nunca te lo perdonaré.

Thomas quería sacudir a su amigo, golpear la pared por la frustración. Pero no lo hizo. Se quedó quieto mientras Newt se alejaba de él y volvía al depósito de armas.

Capítulo 16

Thomas tenía que confiar en Newt, tenía que hacerlo por su amigo, pero la curiosidad le corroía. Aunque sabía que no tenía tiempo que perder. Debían sacar a todos del edificio de CRUEL. Podría seguir hablando con Newt en el iceberg, si es que llegaban al hangar y convencían a Jorge para que les ayudara.

Newt salió del depósito de armas con una caja de munición en las manos, seguido de Minho y Brenda, que llevaban un par más de lanzagranadas y unas pistolas metidas en los bolsillos.

—Vamos a buscar a nuestros amigos —dijo Thomas.

Luego volvió por donde habían llegado y los otros caminaron en fila detrás de él.

Buscaron durante una hora, pero sus amigos parecían haber desaparecido. El Hombre Rata y los guardias que habían dejado atrás estaban, y la cafetería y los dormitorios, lavabos y salas de reuniones se hallaban vacíos. No se veía a ninguna persona ni a ningún raro. A Thomas le aterraba la posibilidad de que algo horrible hubiera pasado y todavía tuvieran que encontrarse con las secuelas.

Al final, después de haber buscado por todos los rincones, se le ocurrió algo.

—¿Os dejaban moveros con libertad mientras yo estaba encerrado en la habitación blanca? —preguntó—. ¿Estáis seguros de que no estamos pasando por alto ningún sitio?

—No que yo sepa —respondió Minho—. Pero no me sorprendería que hubiera habitaciones ocultas.

Thomas estuvo de acuerdo, pero pensó que no podían permitirse pasar más tiempo buscando. Su única opción era seguir adelante. Asintió.

—Vale. Vayamos en zigzag al hangar y seguiremos buscándoles por el camino.

Llevaban andando bastante rato cuando Minho se paró y señaló su oreja. Costaba apreciarlo porque el pasillo estaba sólo iluminado por las luces rojas de emergencia.

Thomas se detuvo con los demás e intentó calmar su respiración y escuchar. Enseguida lo oyó. Sonaba como un gemido, y él se estremeció. Provenía de unos metros más adelante, a través de una extraña ventana en el pasillo que daba a una habitación amplia. Desde su sitio, la habitación parecía totalmente a oscuras. Habían roto desde dentro el cristal de la ventana y los fragmentos cubrían las baldosas que había debajo.

El gemido sonó de nuevo.

Minho se llevó el índice a los labios y, con cuidado, dejó los dos lanzagranadas que llevaba de más. Thomas y Brenda hicieron lo mismo mientras Newt dejaba la caja de munición en el suelo. Los cuatro cogieron sus armas, con Minho a la cabeza, y avanzaron sigilosamente hacia el ruido. Sonaba como un hombre que intentara despertarse de una horrible pesadilla. La desazón de Thomas aumentaba a cada paso;

tenía miedo de lo que estaba a punto de descubrir.

Minho se paró, con la espalda apoyada en la pared, justo en el borde del marco de la ventana. La puerta de la habitación estaba en el lado opuesto de la ventana, cerrada.

—¿Preparados? —susurró—. Ya.

Giró sobre sus talones y apuntó con el lanzagranadas al interior de la oscura habitación justo cuando Thomas se colocó a su izquierda y Brenda a su derecha, con las armas preparadas. Newt permaneció guardándoles las espaldas.

El dedo de Thomas se mantuvo inmóvil sobre el gatillo, listo para apretarlo en el instante que fuera necesario, pero en el interior no se produjo ningún movimiento. Trató de descifrar lo que ocurría en la habitación. La luz roja de emergencia no revelaba mucho, pero el suelo parecía hallarse repleto de montones oscuros. O de algo que se movía lentamente. Poco a poco, su vista se acostumbró a la penumbra y comenzó a distinguir las formas de los cuerpos vestidos de negro. Y alcanzó a ver unas cuerdas.

—¡Son los guardias! —exclamó Brenda, y su voz cortó el silencio.

Unos gritos ahogados escaparon de la habitación y por fin Thomas vio varios rostros. Amordazados y con los ojos abiertos, presos del pánico, los guardias estaban atados y tumbados completamente en el suelo, unos al lado de otros, a lo largo de toda la habitación. Algunos estaban quietos, pero la mayoría forcejeaba como podía. Thomas se quedó mirando fijamente mientras su cerebro buscaba una explicación.

—Así que aquí era donde estaban —musitó Minho.

Newt se asomó para echar un vistazo.

—Al menos no están colgando del maldito techo con la lengua fuera, como la última vez.

Thomas no podía estar más de acuerdo. Recordaba aquella escena demasiado vívidamente, hubiera sido real o no.

—Tenemos que interrogarles para ver qué ha pasado —dijo Brenda, avanzando ya hacia la puerta.

Thomas la agarró antes de que le diera tiempo a pensar.

—No.

—¿Qué quieres decir con no? ¿Por qué no? ¡Nos lo pueden contar todo!

Retorció el brazo y se soltó, pero esperó a ver qué tenía que decir.

—Puede que sea una trampa o que el que haya hecho esto esté a punto de volver. Tenemos que salir de aquí.

—Sí —afirmó Minho—, no hay discusión que valga. No me importa si se trata de raros, rebeldes o gorilas corriendo por aquí. Estos fucos guardias no son asunto nuestro ahora mismo.

Brenda se encogió de hombros.

—Muy bien. Tan sólo creía que podríamos sacar algo de información —hizo una pausa y señaló—. El hangar está por ahí.

Después de recoger la munición y las armas, corrieron pasillo tras pasillo, pendientes en todo momento de dar con quienquiera que hubiese maniatado a los guardias. Finalmente Brenda se detuvo ante otras puertas dobles. Una de ellas estaba entreabierta y dejaba pasar una brisa que hizo que se estremeciera.

Sin necesidad de que les dijesen nada, Minho y Newt se colocaron a ambos lados de la puerta, con los lanzagranadas preparados. Brenda cogió el pomo, apuntando con la pistola hacia el interior. No se oía nada al otro lado.

Thomas sujetó bien fuerte su lanzagranadas, con el extremo de atrás apoyado en su hombro y la boca hacia delante.

—Abre —dijo con el corazón latiéndole a toda velocidad. Brenda abrió la puerta de par en par y él se abalanzó al interior. Apuntó con el lanzagranadas a izquierda y derecha, girando en círculo mientras avanzaba.

El enorme hangar parecía haber sido construido para contener tres icebergs gigantescos, pero tan sólo había dos en su zona de carga. Tenían el aspecto de unas descomunales ranas en cuclillas y, a juzgar por sus bordes metálicos, desgastados y con quemaduras, se diría que hubieran transportado soldados hasta cientos de encarnizadas batallas. A excepción de unos cuantos cajones de carga y lo que parecía el puesto de los mecánicos, el resto de la zona era un espacio abierto.

Thomas siguió adelante para inspeccionar el hangar al tiempo que los otros tres caminaban a su alrededor. No se movía nada.

—¡Eh! —gritó Minho—. Por aquí. Hay alguien en…

No terminó la frase, pero se había parado cerca de un cajón y su arma apuntaba a algo de detrás.

Thomas fue el primero en colocarse junto a Minho y se sorprendió al ver a un hombre tumbado, oculto al otro lado de la caja de madera, que se quejaba mientras se frotaba la cabeza. No tenía sangre en sus cabellos oscuros, pero, a juzgar por cómo le costaba incorporarse, lo más probable era que hubiese recibido un buen golpe.

—Cuidado, amigo —advirtió Minho—. Tranquilo, no hagas ningún movimiento brusco u olerás a beicon quemado antes de que te des cuenta.

El hombre se apoyó sobre un codo y, cuando se quitó la mano de la cara, Brenda dejó escapar un gritito y echó a correr hacia él para darle un abrazo.

Era Jorge. Thomas sintió un gran alivio. Habían encontrado a su piloto y estaba bien, aunque un poco machacado. Brenda no parecía verlo de ese modo; examinó a Jorge para comprobar si tenía heridas mientras no dejaba de hacerle preguntas:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo te has hecho daño? ¿Quién se ha llevado el iceberg? ¿Dónde está todo el mundo?

Jorge volvió a quejarse y la apartó con cuidado.

—Para el carro, hermana. Tengo la cabeza como si me hubieran arrollado unos raros bailando. Dame un segundo mientras me recupero.

Brenda le dejó un poco de espacio y, ruborizada por los nervios y con aire preocupado, se sentó. Thomas también tenía un millón de preguntas que hacerle, pero sabía de sobra cómo se sentía uno tras recibir un golpe en la cabeza. Observó a Jorge mientras se orientaba y recordó el miedo que sintió al conocer a aquel chico, lo mucho que le aterrorizó. Nunca podría borrar de su mente las imágenes de Jorge peleando con Minho dentro de aquel edificio en ruinas en la Quemadura. Pero al final, como Brenda, Jorge se había dado cuenta de que él y los clarianos estaban en su mismo bando.

Jorge cerró los ojos con fuerza y los abrió unas cuantas veces más antes de comenzar a hablar:

—No sé cómo lo hicieron, pero se apoderaron del complejo, se deshicieron de los guardias, robaron el iceberg y se marcharon volando de aquí con otro piloto. Fui un idiota e intenté retenerlos hasta averiguar lo que sucedía, y mi cabeza ha pagado por ello.

—¿Quién? —preguntó Brenda—. ¿De quién estás hablando? ¿Quién se ha marchado?

Por alguna razón, Jorge miró a Thomas cuando respondió.

—Esa tía, Teresa. Ella y el resto de los sujetos. Bueno, todos menos vosotros, muchachos.

Capítulo 17

Thomas se tambaleó uno o dos pasos a la izquierda y se aferró al pesado cajón. Durante todo ese tiempo, había pensado que quizá los raros habían atacado o que otro grupo se había infiltrado en CRUEL para llevarse a Teresa y los demás. Para rescatarlos, incluso.

Pero ¿Teresa había liderado una huida? ¿Habían conseguido escapar, someter a los guardias y salir volando en iceberg? ¿Sin ellos? Había muchos elementos en aquel escenario y ninguno encajaba.

—¡Cerrad el pico! —gritó Jorge por encima del barullo de preguntas que le hacían Minho y Newt, y Thomas volvió al presente—. Me estáis haciendo trizas la cabeza. Dejad de hablar… un minuto… y que alguien me ayude a levantarme.

Newt le agarró de la mano para ponerle de pie.

—Será mejor que empieces a contar lo que ha pasado, maldita sea. Desde el principio.

—Y date prisa —añadió Minho.

Jorge apoyó la espalda en la caja de madera y se cruzó de brazos; hacía muecas doloridas por cualquier movimiento.

—Mira, hermano, ya te he dicho que no sé mucho. Lo que he contado es lo que ha pasado. Mi cabeza está…

—Sí, lo pillamos —le interrumpió Minho—. Te duele la cabeza. Cuéntanos lo que sepas e iré a buscarte una fuca aspirina.

Jorge soltó una risita.

—Valientes palabras, chico. Si no recuerdo mal, tú eres el que tuvo que pedir perdón y suplicar por su vida en la Quemadura.

Minho frunció el ceño y se sonrojó.

—Bueno, es fácil hacerse el duro cuando tienes para protegerte a un puñado de lunáticos con cuchillos. Ahora la situación es un poco distinta.

—¡Parad ya! —les ordenó Brenda—. Todos estamos en el mismo bando.

—Pues sigue —dijo Newt—. Habla para saber de una puñetera vez lo que tenemos que hacer.

Thomas continuaba sorprendido. Estaba escuchando a Jorge, Newt y Minho, pero era como si lo viera en una pantalla, como si no ocurriera delante de él. Pensaba que Teresa no podía serle más indescifrable de lo que ya era. Y ahora aquello.

—Mira —dijo Jorge—, paso la mayoría del tiempo en este hangar, ¿vale? Empecé a oír gritos de todo tipo y advertencias, y luego las luces de alarma silenciosa comenzaron a parpadear. Salí para investigar y entonces fue cuando por poco me cortan la cabeza.

—Al menos así no te dolería —masculló Minho.

Jorge no oyó el comentario o lo ignoró.

—Luego las luces se apagaron y vine a toda prisa a buscar mi pistola. Lo siguiente que recuerdo es que Teresa y un puñado de sus amigas gamberras llegaron corriendo como si el mundo estuviera a punto de acabarse y se llevaron a Tommy para que pilotara el iceberg. Dejé caer mi pésima pistola cuando siete u ocho lanzagranadas me apuntaron al pecho; después les supliqué que esperaran, que me explicaran qué pasaba, pero una rubia me golpeó la frente con la culata de su pistola. Me desmayé y al despertarme vi vuestras caras feas mirándome y que el iceberg ya no estaba. Eso es todo lo que sé.

Thomas asimiló la información, pero se dio cuenta de que no importaban los detalles. Tan sólo destacaba una cosa de todo aquel asunto y no sólo le confundía, sino que le dolía afrontarlo.

—Han pasado de nosotros —murmuró—. No me lo puedo creer.

—¿Eh? —preguntó Minho.

—Habla más alto, Tommy —añadió Newt.

Thomas intercambio una larga mirada con ambos.

—Nos han dejado aquí. Al menos, nosotros volvimos a buscarlas. Nos han dejado aquí para que CRUEL haga lo que quiera con nosotros.

No respondieron, pero sus ojos revelaron que estaban pensando lo mismo.

—Quizá sí os buscaron —comentó Brenda— y no pudieron encontraros. O tal vez el tiroteo se complicó y tuvieron que marcharse.

Minho se rio al oír eso.

—¡Todos los guardias están atados en esa habitación de ahí atrás! Tuvieron muchísimo tiempo para ir a buscarnos. Ni de coña. Han pasado de nosotros.

—Fue a propósito —dijo Newt en voz baja.

A Thomas no le encajaba nada.

—Algo va mal. Teresa ha estado actuando últimamente como la fan número uno de CRUEL. ¿Por qué iba a escapar? Tiene que ser alguna especie de truco. Vamos, Brenda, me dijiste que no confiara en ellos. Tienes que saber algo. Habla.

Brenda negó con la cabeza.

—No sé nada de esto. Pero ¿por qué cuesta tanto creer que los otros sujetos hayan tenido la misma idea que nosotros? ¿Que quisieran escapar? Tan sólo lo hicieron mejor.

Minho hizo un sonido parecido al de un lobo gruñendo.

—Yo ahora mismo no me dedicaría a insultarnos. Y como vuelvas a usar la palabra «sujetos», te daré una piña sin importarme que seas una chica.

—Inténtalo —le advirtió Jorge—. Si la pegas, será lo último que hagas en tu vida.

—¿Podemos dejar un rato los juegos de macho? —Brenda puso los ojos en blanco—. Tenemos que averiguar lo que vamos a hacer ahora.

Thomas no podía quitarse de la cabeza lo mucho que le fastidiaba que Teresa y los demás —¡hasta Fritanga!— se hubieran marchado sin ellos. Si su grupo hubiera atado a todos los guardias, ¿no habrían buscado hasta encontrar a sus otros amigos? ¿Y por qué Teresa quería marcharse? ¿Sus recuerdos habían despertado algo que no se esperaba?

—No tenemos que averiguar nada —dijo Newt—. Salgamos de aquí y punto —señaló al iceberg.

Thomas no pudo estar más de acuerdo y se giró hacia Jorge.

—Tú eres piloto, ¿no? —le preguntó.

Este sonrió con suficiencia.

—Eso mismo, muchacho. Uno de los mejores.

—Entonces, ¿por qué te enviaron a la Quemadura? ¿No eras tan valioso?

Jorge miró a Brenda.

—Donde va Brenda, allí estoy yo. Y odio decirlo, pero ir a la Quemadura me pareció mejor que quedarme aquí. Me lo tomé como unas vacaciones, aunque resultó ser un poco más duro de lo que yo…

Comenzó a resonar una alarma, el mismo estruendo que antes. A Thomas le dio un vuelco el corazón. El ruido parecía más fuerte en el hangar que en el pasillo y retumbaba por las paredes y el techo.

Brenda miró con los ojos como platos a las puertas por las que habían entrado. Thomas se volvió para ver lo que había llamado su atención.

Al menos una docena de guardias vestidos de negro entraban por la abertura con las armas levantadas. Entonces empezaron a disparar.

Capítulo 18

Alguien agarró a Thomas por la espalda de su camiseta y tiró fuerte de él hacia la izquierda; tropezó y cayó detrás de una caja de carga justo cuando el sonido de un cristal haciéndose añicos y el chisporroteo de la electricidad inundaron el hangar. Varios arcos de luz amenazaron el cajón por encima y en derredor, chamuscando el aire. No habían ni pestañeado cuando unos disparos alcanzaron la madera.

—¿Quién los ha soltado? —gritó Minho.

—¡Creo que eso no importa ahora mismo! —respondió Newt.

El grupo se agachó todo lo que pudo, con los cuerpos bien pegados unos a otros. Parecía imposible defenderse desde aquella posición.

—Nos tendrán rodeados en cualquier momento —dijo Jorge—. ¡Hay que empezar a devolverles los disparos!

A pesar del violento ataque que se producía a su alrededor, aquella declaración sobresaltó a Thomas.

—Supongo que eso significa que estás con nosotros, ¿no?

El piloto miró a Brenda y se encogió de hombros.

—Si ella os ayuda, yo también. Y por si no te has dado cuenta, ¡están intentando matarme!

Una oleada de alivio superó el terror que sentía Thomas. Ahora tan sólo tenían que conseguir subir a uno de esos icebergs.

El ataque había cesado momentáneamente. Thomas oyó unos pies que se arrastraban y alguien que gritaba unas órdenes. Si querían aprovecharse, tenían que actuar rápido.

—¿Cómo lo hacemos? —le preguntó a Minho—. Ahora estás tú al mando.

Su amigo le miró con acritud, pero asintió secamente.

—Vale, yo dispararé a la derecha y Newt, a la izquierda. Thomas y Brenda, disparad por encima de la caja. Jorge, buscarás un lugar por el que podamos llegar a tu fuco iceberg. Dispara a cualquier cosa que se mueva o vaya de negro. Preparaos.

Thomas se arrodilló de cara a la caja, listo para ponerse de pie a la señal de Minho. Brenda estaba justo a su lado, con dos pistolas en vez de un lanzagranadas. Tenía la mirada encendida.

—¿Planeas matar a alguien? —inquirió Thomas.

—No. Apuntaré a las rodillas. Pero nunca se sabe, a lo mejor le doy a alguien más arriba por accidente.

Le dedicó una sonrisa; a Thomas cada vez le gustaba más.

—¡Vale! —gritó Minho—. ¡Ya!

Se colocaron en sus posiciones. Thomas se levantó, alzando el lanzagranadas por encima de la caja. Disparó sin arriesgarse a mirar muy bien y, en cuanto oyó explotar

la granada, se puso a buscar un objetivo específico. Un hombre se estaba acercando a ellos poco a poco desde el otro extremo del hangar, y Thomas apuntó y disparó. La granada estalló en un rayo cuando alcanzó el pecho del hombre y le lanzó al suelo con un ataque de espasmos.

El aire estaba repleto de disparos y gritos, además de electricidad estática. Los guardias caían uno tras otro, agarrándose las heridas, la mayoría en las piernas, como Brenda había prometido. Otros echaron a correr en buscar de refugio.

—¡Les estamos haciendo correr! —gritó Minho—. Pero no durará mucho. Lo más seguro es que no supieran que teníamos armas. Jorge, ¿dónde está tu iceberg?

—Es ese de ahí —Jorge señaló hacia la izquierda, en el otro extremo del hangar —. Esa es mi niña. No tardaré mucho en prepararla para volar.

Thomas se volvió hacia donde indicaba. La gran escotilla del iceberg, que le recordaba a cuando el grupo había escapado de la Quemadura, estaba abierta y apoyada en el suelo, a la espera de que los pasajeros subieran corriendo la pendiente de metal. Nada le había parecido nunca tan tentador.

Minho disparó otra granada.

—Vale. Primero que todo el mundo recargue; después, Newt y yo cubriremos a Thomas, Jorge y Brenda para que salgan corriendo hacia el iceberg. Jorge, lo pondrás en marcha mientras Thomas y Brenda nos cubren a nosotros desde el otro lado de la escotilla. ¿Os parece bien?

—¿Los lanzagranadas pueden dañar el iceberg? —preguntó Thomas al tiempo que todos se cargaban las armas y los bolsillos de munición adicional.

Jorge negó con la cabeza.

—No mucho. Esas bestias son más duras que un camello de la Quemadura. Si le dan a la nave en vez de a nosotros, mejor. ¡Vamos, muchachos!

—¡Pues venga, venga, venga! —gritó Minho sin avisar.

Él y Newt comenzaron a lanzar granadas como locos por todo el espacio abierto enfrente del iceberg.

Thomas notó que le subía la adrenalina. Brenda y él se colocaron a izquierda y derecha de Jorge y se alejaron a toda velocidad de la protección de la caja de carga. Una oleada de disparos llenó el aire, pero había tanta electricidad y humo que era imposible apuntar a nadie. Thomas disparó lo mejor que pudo mientras corría, igual que Brenda. Podía notar las balas pasando por su lado, fallando por muy poco. Las granadas explotaban en un estrépito de cristales y luz a ambos lados.

—¡Corred! —gritó Jorge.

Thomas aceleró el ritmo; las piernas le ardían. Unos rayos como dagas cruzaban el suelo en todas las direcciones, las balas sonaban al chocar contra las paredes metálicas del hangar, el humo giraba como dedos de niebla en sitios extraños; todo se hizo borroso cuando se concentró en el iceberg, que ahora tan sólo estaba a unos

pasos de distancia.

Casi lo habían conseguido cuando una granada alcanzó la espalda de Brenda; la chica dio un grito y cayó de bruces al suelo de cemento a la vez que la electricidad se extendía como una telaraña por todo su cuerpo.

Thomas se detuvo tras un derrape y gritó su nombre; luego se echó al suelo para no ser un blanco fácil. Unos hilos de electricidad serpentearon por el cuerpo de Brenda y se redujeron a volutas humeantes cuando bajaron al suelo. Thomas estaba tumbado bocabajo a unos pasos de distancia, esquivando los rayos de calor blanco mientras buscaba un modo de llegar hasta ella.

Era evidente que Newt y Minho habían visto el desastroso giro de los acontecimientos y habían anulado el plan, puesto que corrían hacia él sin dejar de disparar. Jorge consiguió llegar al iceberg y desapareció por la escotilla, pero enseguida salió y comenzó a disparar una clase distinta de lanzagranadas que explotaban en llamaradas cuando entraban en contacto con algo. Varios guardias gritaron al empezar a arder y los demás retrocedieron un poco por la nueva amenaza.

Inquieto, Thomas esperó en el suelo junto a Brenda, maldiciendo su incapacidad para ayudar. Sabía que tenía que aguardar a que la electricidad disminuyera antes de agarrarla y arrastrarla hacia el iceberg, pero no sabía si quedaba tiempo. Se le había puesto la cara completamente blanca, le goteaba sangre de la nariz y un hilo de baba le salía de la boca al tiempo que sus extremidades se sacudían y el torso parecía rebotar en el suelo. Tenía los ojos abiertos de par en par debido a la impresión y el terror.

Newt y Minho llegaron hasta él y se tiraron al suelo.

—¡No! —gritó Thomas—. Marchaos al iceberg. Refugiaos detrás de la escotilla, esperad a que empecemos a movernos y luego cubridnos. Disparad como locos hasta que lleguemos allí.

—¡Ah, venga ya! —replicó Minho, y cogió a Brenda por los hombros. A Thomas se le cortó la respiración cuando su amigo hizo un gesto de dolor. Varios rayos irregulares se arqueaban en sus brazos. Pero la energía se había debilitado considerablemente y Minho pudo llevársela a rastras.

Thomas pasó los brazos por debajo de los hombros de Brenda y Newt la cogió por las piernas. Volvieron a dirigirse al iceberg. El hangar estaba sumido en el ruido, el humo y luces intermitentes. Una bala rozó la pierna de Thomas, que sintió mucho dolor y notó que comenzaba a sangrar. Un centímetro más y podría haberse quedado cojo de por vida o haberse desangrando hasta morir. Dejó escapar un grito de furia y se imaginó que todos los de negro eran el que le había disparado.

Le echó una mirada furtiva a Minho, cuyo rostro sólo denotaba esfuerzo por arrastrar a Brenda; entonces aprovechó la violenta oleada de adrenalina para arriesgarse, levantó su lanzagranadas con una mano y disparó a diestro y siniestro

mientras usaba la otra para ayudar a arrastrar a Brenda por el suelo.

Llegaron al pie de la escotilla. De inmediato, Jorge tiró a un lado su arma y se deslizó por la rampa para coger uno de los brazos de Brenda. Thomas le soltó la camiseta y dejó que Minho y Jorge la subieran a la nave. Los talones de la chica golpeaban la moldura de agarre.

Newt volvió a disparar, soltando granadas a izquierda y derecha, hasta que se quedó sin munición. Thomas disparó una vez más y su lanzagranadas también se vació.

Los guardias del hangar sabían que se les acababa el tiempo, así que una horda echó a correr hacia la nave y abrieron fuego otra vez.

—¡Olvídate de recargar! —gritó Thomas—. ¡Vamos!

Newt se dio la vuelta y subió a toda prisa la rampa. Thomas iba justo detrás de él. Su cabeza había cruzado el umbral cuando algo le golpeó la espalda. Al instante sintió la abrasadora fuerza de múltiples rayos alcanzándole a la par. Cayó hacia atrás y dio vueltas hasta llegar al suelo del hangar, donde su cuerpo se convulsionó y todo se volvió negro.

Capítulo 19

Thomas tenía los ojos abiertos, pero no veía nada. No, no era eso. Unas luces brillantes se arqueaban en su campo de visión y le cegaban. No podía pestañear ni cerrar los párpados para dejar de verlas. El dolor anegaba su cuerpo; su piel parecía haberse fundido con los músculos y los huesos. Intentó gritar, pero era como si hubiese perdido el control total de sus funciones. Los brazos, las piernas y el torso se sacudían sin importar lo mucho que se esforzara por detenerlos.

El chisporroteo y estallido de la electricidad inundaban sus oídos, pero pronto los sustituyó otro ruido: un zumbido grave que retumbaba en sus oídos y vibraba en su cabeza. Apenas estaba consciente, entraba y salía de un abismo que quería tragárselo. Pero en su interior sabía lo que era aquel sonido. Los motores del iceberg se habían puesto en marcha y los propulsores despedían llamas azules.

Inmediatamente pensó que le estaban abandonando. Primero, Teresa y los demás; y ahora, sus mejores amigos y Jorge. No podía soportar más traiciones; dolían demasiado. Le dieron ganas de gritar; aguijonazos de dolor se clavaban en cada centímetro de su cuerpo, el olor a quemado le abrumaba. No, no le habían abandonado. Lo sabía.

Poco a poco, su visión comenzó a aclararse y las cargas blancas de calor disminuyeron en fuerza y número. Parpadeó. Había dos y, luego, tres figuras vestidas de negro sobre él, con las armas apuntándole a la cara. Guardias. ¿Iban a matarle? ¿Le arrastrarían de nuevo con el Hombre Rata para que le hiciera más pruebas? Uno de ellos habló, pero Thomas no oyó sus palabras; la estática zumbaba en sus oídos.

De repente, los guardias desaparecieron, derrotados por dos figuras que parecían volar en el aire. Sus amigos, tenían que ser sus amigos. A través de una nube de humo, Thomas vio el techo del hangar muy arriba. El dolor casi se había ido, reemplazado por un entumecimiento que le hacía preguntarse si podía moverse. Rodó a la derecha, luego a la izquierda, después se apoyó sobre un codo, débil y atontado. Unos cuantos hilos de electricidad recorrieron su cuerpo y desaparecieron en el cemento. Lo peor había pasado. O eso esperaba.

Volvió a moverse y miró por encima del hombro. Minho y Newt estaban sentados a horcajadas sobre un guardia cada uno, dándoles una paliza de muerte. Jorge se hallaba entre los clarianos, disparando su abrasador lanzagranadas en todas las direcciones. La mayoría de los guardias debía de haberse rendido o los habían inutilizado; de lo contrario, Thomas y el resto no podrían haber llegado tan lejos. O quizá, pensó, los guardias estaban fingiendo y representaban un papel, como todos los demás en las Pruebas.

No le importaba. Tan sólo quería salir de allí. Y su vía de escape estaba delante de él.

Con un gemido se colocó bocabajo para después tomar impulso con las manos y las rodillas. Cristales rotos, el crepitar de los rayos, el estrépito de las armas disparando y el silbido de las balas al tocar el metal inundaban el aire a su alrededor. Si alguien le disparaba entonces, no podría hacer nada. Tan sólo podía arrastrarse hacia el iceberg. Los propulsores de la nave zumbaron al cargarse y aquella cosa vibró entera al tiempo que sacudía el suelo bajo sus pies. La escotilla estaba a pocos pasos. Tenían que subir a la nave.

Intentó gritarle algo a Minho y los otros, pero sólo emitió un gorjeo. A cuatro patas, como un perro herido, comenzó a avanzar tan rápido como se lo permitía el cuerpo; tenía que esforzarse para sacar la fuerza que le quedaba. Llegó al borde de la rampa, se colocó encima y comenzó a subir poco a poco. Los músculos le dolían y las náuseas trepaban por su estómago. Los ruidos de la batalla golpeaban sus oídos y le desquiciaban al recordarle que algo podía darle en cualquier momento.

Ya se encontraba a medio camino. Se volvió para mirar a sus amigos: retrocedían hacia él y ahora los tres disparaban. Minho tuvo que pararse para recargar y Thomas se preparó para ver cómo le disparaban con una pistola o una granada. Pero su amigo terminó y siguió subiendo. Los tres habían llegado al final de la escotilla y estaban muy cerca de conseguirlo.

Thomas intentó hablar de nuevo; en esta ocasión sí lo logró, aunque sonó como un perro herido.

—¡Ya vale! —gritó Jorge—. ¡Sujétalo y arrástralo!

Jorge subió corriendo la rampa, pasó junto a él y desapareció en el interior. Se oyó un fuerte chasquido, la rampa comenzó a elevarse y las bisagras chirriaron. Thomas se dio cuenta de que se había caído y su rostro descansaba sobre la plataforma de metal, aunque no recordaba cuándo había sucedido. Notó que unas manos tiraban de su camiseta y que lo elevaban por el aire. A continuación, cayó de nuevo en el interior de la escotilla cuando se cerró herméticamente.

—Perdona, Tommy —murmuró Newt a su oído—. Creo que podría haber sido un poco más delicado.

Aunque estaba casi inconsciente, una alegría indescifrable se apoderó de su corazón: estaban escapando de CRUEL. Soltó un débil gruñido con la intención de compartirlo con su amigo. Luego cerró los ojos y se desmayó.

Capítulo 20

Al despertarse, Thomas vio que Brenda le miraba. Parecía preocupada. Tenía la piel pálida y marcada con rayas de sangre seca, la frente manchada de negro y se le estaba formando un moretón en la mejilla. Como si las heridas de la chica fueran un recordatorio, de pronto sintió las suyas por todo el cuerpo. No tenía ni idea de cómo funcionaban esos lanzagranadas, pero se alegraba de que sólo le hubieran alcanzado una vez.

—Me acabo de levantar —dijo Brenda—. ¿Cómo te encuentras?

Thomas se movió para apoyarse sobre su codo e hizo un gesto de dolor cuando sintió un fuerte pinchazo en la pierna, donde le había rozado la bala.

—Como un cubo de clonc.

Estaba tumbado en un catre dentro del compartimento de carga, que ahora no cargaba nada, salvo unos cuantos muebles desparejados. Minho y Newt se estaban echando una merecida siesta en un par de feos sofás, cubiertos por unas mantas que les tapaban hasta la barbilla. Thomas sospechaba que Brenda era la que les había arropado. Parecían niños pequeños, acurrucados y calentitos.

Brenda había estado arrodillada junto a su cama y ahora se levantaba para sentarse en un anticuado sillón a unos pasos de distancia.

—Hemos dormido casi diez horas.

—¿En serio? —Thomas no podía creérselo. Era como si se hubiera quedado traspuesto. O, mejor dicho, como si se hubiera desmayado.

Brenda asintió.

—¿Hemos estado volando todo ese tiempo? ¿Adónde vamos, a la luna? —bajó las piernas del catre y se sentó en el borde.

—No. Jorge nos llevó a unos ciento sesenta kilómetros y aterrizó en un gran claro. Ahora también está echando una cabezada. El piloto no puede estar cansado.

—No puedo creer que a ambos nos hayan disparado con un lanzagranadas. Prefiero ser el que aprieta el gatillo —Thomas se frotó la cara y dio un gran bostezo. Luego examinó algunas de las quemaduras en sus brazos—. ¿Crees que dejarán cicatriz?

Brenda se rio.

—¡Menudas cosas te preocupan!

No pudo evitar sonreír. Tenía razón.

—Bueno —comenzó a decir, y luego continuó despacio—, lo de escapar de CRUEL en su momento me pareció genial, pero… no tengo ni idea de cómo es el mundo real… No es todo como la Quemadura, ¿verdad?

—No —respondió ella—, sólo la zona entre los Trópicos es tierra baldía. En el resto del planeta se producen cambios extremos en el clima. Existen unas cuantas

ciudades en las que podemos estar a salvo, sobre todo al ser inmunes. Encontraremos trabajo con facilidad.

—Trabajo —repitió Thomas, como si aquella palabra fuera la más extraña que había oído en su vida—. ¿Ya estás pensando en buscar trabajo?

—Quieres comer, ¿no?

Él no contestó, abrumado por el peso de la realidad. Si iban a escapar al mundo real, tenían que empezar a vivir como la gente real. Pero ¿era posible en un mundo donde existía el Destello? Pensó en sus amigos.

—Teresa —dijo.

Brenda se echó un poco hacia atrás, sorprendida.

—¿Qué pasa?

—¿Hay alguna manera de saber adónde han ido ella y los otros?

—Jorge ya lo ha averiguado; comprobó el sistema de rastreo del iceberg. Han ido a una ciudad llamada Denver.

Thomas se alarmó.

—¿Significa eso que CRUEL podrá localizarnos?

—No conoces a Jorge —repuso con una sonrisa pícara en su rostro—. Puede manipular el sistema de forma increíble. Como mínimo, deberíamos llevarles cierta ventaja durante un rato.

—Denver —repitió él al cabo de un rato. Sonaba extraño en su boca—. ¿Dónde está?

—En las Montañas Rocosas, en una ubicación elevada. Es una de las elecciones obvias como zona de cuarentena porque allí el clima se recuperó rápido tras las erupciones solares. Un sitio tan bueno como otro cualquiera.

A Thomas no le importaba dónde estuviera la ciudad, sólo la certeza de que tenía que reunirse con Teresa y los otros. Aún no sabía muy bien por qué y no estaba preparado para discutirlo con Brenda, así que se quedó paralizado un momento.

—¿Cómo es? —preguntó al final.

—Bueno, como en la mayoría de las grandes ciudades, son implacables en cuanto a mantener fuera a los raros, y por eso a menudo se hacen pruebas al azar a los residentes para comprobar si tienen el Destello. De hecho, han edificado una ciudad al otro lado del valle, donde envían a los nuevos infectados. Los inmunes que se encargan de ellos cobran mucho, dado que es extremadamente peligroso. Ambos lugares están muy vigilados.

Aunque había recuperado algunos recuerdos, Thomas no sabía muchas cosas sobre la población que era inmune al Destello. Pero se acordaba de lo que le había contado el Hombre Rata.

—Janson dijo que la gente odia a los inmunes y que los llama «muñes». ¿A qué se refería?

—Cuando tienes el Destello, sabes que vas a volverte loco y que morirás; la cuestión estriba en cuándo sucederá. Y aunque el mundo se ha esforzado mucho, el virus siempre encuentra una forma de abrirse paso entre los raros en cuarentena. Imagínate saber eso y que a los inmunes no les va a pasar nada. El Destello no nos hace nada, ni siquiera transmitimos el virus. ¿No odiarías tú a los sanos?

—Probablemente —respondió Thomas, contento de estar en el bando de los inmunes. Mejor ser odiado que estar enfermo—. Pero ¿no les parece útil tenernos cerca? Bueno, saben que no podemos contagiarnos.

Brenda se encogió de hombros.

—Están acostumbrados, sobre todo los del gobierno y seguridad, pero el resto nos trata como basura. Hay muchísimas más personas que no son inmunes. Por eso a los muñes les pagan tanto por ser guardias; de lo contrario, no lo aguantarían. Muchos de ellos incluso tratan de ocultar su inmunidad. O se meten a trabajar para CRUEL, como hicimos Jorge y yo.

—Entonces, ¿ya os conocíais antes de trabajar allí?

—Nos conocimos en Alaska, después de averiguar que éramos inmunes. Había un lugar de reunión para las personas como nosotros, una especie de campamento escondido. Jorge era como un tío para mí y juró ser mi guardián. A mi padre ya lo habían matado y mi madre me apartó de ella cuando cogió el Destello.

Thomas se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas.

—Me dijiste que CRUEL había matado a tu padre. ¿Y aun así te prestaste voluntaria para trabajar con ellos?

—Supervivencia, Thomas —una sombra oscureció su rostro por un momento—. No sabes lo fácil que lo has tenido al criarte bajo el ala de CRUEL. En el mundo real, la mayoría de la gente haría lo que fuera por sobrevivir un día más. Los raros y los inmunes tienen problemas diferentes, sí, pero ambos tratan de sobrevivir. Todos quieren vivir.

Thomas no respondió, no sabía qué decir. Lo único que sabía de la vida era lo que había experimentado en el Laberinto y en la Quemadura, y algunos recuerdos difusos de su infancia con CRUEL. Se sentía vacío y perdido, como si en realidad no perteneciera a ninguna parte. Un dolor repentino le sacudió.

—Me pregunto qué le pasó a mi madre —dijo, sorprendiéndose a sí mismo.

—¿A tu madre? —inquirió Brenda—. ¿Te acuerdas de ella?

—He tenido unos cuantos sueños. Creo que eran recuerdos.

—¿Qué viste? ¿Cómo era?

—Era… una madre. Ya sabes, me quería, se ocupaba de mí, se preocupaba por mí —se le quebró la voz—. Creo que nadie más lo ha hecho desde que me separaron de ella. Me duele pensar que se volvió loca, pensar en lo que pudo haberle pasado, que algún raro sediento de sangre le…

—Basta, Thomas. Basta —le cogió la mano y se la apretó; aquel gesto le ayudó —. Piensa en lo feliz que sería al saber que sigues vivo, que sigues luchando. Murió sabiendo que eras inmune y que tendrías oportunidad de envejecer, a pesar de la porquería de mundo en el que nos encontramos. Además, estás totalmente equivocado.

Thomas había estado con la mirada clavada en el suelo, pero al oír aquello alzó la vista hacia Brenda.

—¿Eh?

—Minho, Newt, Fritanga. Todos tus amigos se preocupan por ti, incluso Teresa. Hizo todas aquellas cosas en la Quemadura porque pensaba que no le quedaba otra opción —Brenda hizo una pausa y luego añadió en voz baja—: Chuck.

La punzada que Thomas sentía en el pecho aumentó.

—Chuck. Él…, él… —tuvo que callarse un momento para recuperar la compostura. Chuck era la razón más vivida por la que despreciaba a CRUEL. ¿Cómo podían sacar nada bueno matando a un niño como Chuck? Después continuó—: Me quedé mirando cómo moría el chaval. En sus últimos segundos de vida, sus ojos reflejaron puro terror. No se puede hacer eso; no se le puede hacer eso a una persona. No me importa lo que digan, no me importa cuánta gente se haya vuelto loca y haya muerto, no me importa que se extinga la fuca raza humana. Aunque esa fuera la única manera de encontrar la cura, seguiría estando en contra.

—Thomas, relájate. Vas a arrancarte los dedos.

No recordaba haberle soltado la mano. Bajó la vista para ver que se estaba aferrando sus propias manos y la piel estaba completamente blanca. Se calmó un poco y notó cómo la sangre volvía a ellas.

Brenda asintió con aire de gravedad.

—Cambié cuando volví a la ciudad en la Quemadura. Me arrepiento de todo.

Thomas negó con la cabeza.

—No tienes más motivos que yo para pedir disculpas. Es todo un desastre —se quejó, y volvió a recostarse en el catre con la vista clavada en la rejilla metálica del techo.

Tras una larga pausa, Brenda volvió a hablar:

—¿Sabes?, a lo mejor podemos encontrar a Teresa y a los demás para juntarnos todos. Escaparon, lo que significa que están de nuestro lado. Creo que deberíamos darles el beneficio de la duda. Quizá no les quedó más remedio que marcharse sin nosotros. Y no me sorprende nada que hayan ido allí.

Thomas se movió para mirarla y se atrevió a albergar la esperanza de que tuviera razón.

—Así que crees que tenemos que ir a…

—Denver.

Él asintió; de repente se sentía seguro, una sensación que le encantó.

—Sí, a Denver.

—Pero tus amigos no son el único motivo —Brenda sonrió—. Allí hay algo todavía más importante.

Capítulo 21

Thomas clavó la vista en Brenda, impaciente por oír lo que tenía que decir.

—Sabes lo que está en tu cerebro —dijo ella—, así que ¿cuál es nuestra mayor preocupación?

Thomas pensó en ello.

—CRUEL puede seguirnos el rastro o controlarnos.

—Exacto —contestó Brenda.

—¿Y? —la impaciencia le inundaba en su interior.

Ella volvió a sentarse frente a él y se inclinó hacia delante, apoyada en las rodillas mientras se frotaba las manos por el entusiasmo.

—Conozco a un tipo llamado Hans que se mudó a Denver y que es inmune, como nosotros. Es médico. Trabajaba en CRUEL hasta que tuvo una discusión con los de arriba sobre los protocolos que rodeaban los implantes en el cerebro. Pensaba que lo que hacían era demasiado arriesgado, que estaban cruzando una línea roja, siendo inhumanos. CRUEL no quería dejarle marchar, pero consiguió huir.

—Esos tíos tienen que mejorar su seguridad —musitó Thomas.

—Una suerte para nosotros —Brenda esbozó una amplia sonrisa—. Bueno, Hans es un genio; conoce cada mínimo detalle de los implantes que tenéis en la cabeza. Sé que fue a Denver porque me envió un mensaje por el Netblock justo antes de que me mandaran a la Quemadura. Si podemos localizarle, os quitará esas cosas de la cabeza. O al menos las inhabilitará. No estoy segura de cómo funciona, pero si alguien puede hacerlo, ese es él. Lo hará con mucho gusto. Ese hombre odia a CRUEL tanto como nosotros.

Thomas reflexionó unos segundos.

—Y si nos controlan, tenemos un gran problema. Ya lo he visto tres veces.

Alby luchando contra una fuerza invisible en la Hacienda, Gally controlado para usar el cuchillo que acabó clavándose en Chuck y Teresa esforzándose por decirle algo fuera de la choza en la Quemadura. Aquellos tres recuerdos eran de los más perturbadores que tenía.

—Exacto. Podrían manipularte, obligarte a hacer cosas. No pueden ver a través de tus ojos ni oír tu voz ni nada por el estilo, pero tenemos que solucionarlo. Si están lo bastante cerca para tenerte bajo observación y si deciden que merece la pena arriesgarse, lo intentarán. Y es lo último que necesitamos.

Había que arreglar muchas cosas.

—Bueno, por lo visto tenemos bastantes razones para ir a Denver. Ya veremos lo que opinan Minho y Newt cuando se despierten.

Brenda asintió.

—Me parece bien —se puso de pie para acercarse, se inclinó y le dio un beso en

la mejilla. A Thomas se le puso la piel de gallina en el pecho y los brazos—. Lo que pasó en los túneles no fue teatro, ¿sabes? —se incorporó y le miró un rato en silencio —. Voy a despertar a Jorge; está durmiendo en las dependencias del capitán.

Se dio la vuelta para marcharse y Thomas se quedó allí sentado, con la esperanza de no haberse sonrojado al recordar lo cerca que estuvo Brenda de él en los túneles de Abajo. Colocó las manos detrás de la cabeza y se recostó en la cama para intentar procesar todo lo que acababa de oír. Por fin tomaban una dirección. Notó que una sonrisa se dibujaba en su rostro, y no fue sólo por el beso.

Minho llamó a su charla «Reunión», en honor a los viejos tiempos.

Cuando terminaron, Thomas tenía un dolor de cabeza tan fuerte que creyó que los ojos se le iban a salir de las órbitas. Minho estuvo haciendo de abogado del diablo en cualquier tema de discusión y por alguna razón le lanzaba todo el rato a Brenda miradas asesinas. Thomas sabía que debían repasar la situación desde todos los ángulos posibles, pero deseaba que Minho dejara en paz a la chica.

Al final, tras una hora de discusión, de avanzar y retroceder y dar mil vueltas, decidieron, por unanimidad, ir a Denver. Planearon aterrizar en un aeropuerto privado con la historia de que eran inmunes que buscaban trabajo en el transporte del gobierno. Por suerte, el iceberg no estaba marcado. Por lo visto, CRUEL no revelaba su identidad cuando salía al mundo real. Les harían pruebas y les calificarían de inmunes al Destello, lo que les permitiría acceder a la ciudad como Dios manda. Todos excepto Newt, que, como estaba infectado, tendría que quedarse en el iceberg hasta que ingeniaran algo.

Comieron rápido y luego Jorge fue a pilotar la nave. Dijo que había descansado bien y quería que el resto se echara un rato porque tardarían unas horas en llegar a la ciudad. Después de aquello, quién sabía cuánto tardarían en encontrar un lugar donde pasar la noche.

Lo único que quería Thomas era estar solo, así que utilizó su dolor de cabeza como excusa. Encontró una silla que se reclinaba un poco en un rincón apartado y se acurrucó de espaldas al espacio abierto que había detrás de él. Se envolvió en una manta y se sintió más cómodo que en mucho tiempo. Y aunque estaba asustado por lo que le esperaba, también le embargaba una sensación de paz. Quizás estaban por fin cerca de romper el vínculo con CRUEL para siempre.

Pensó en su huida y en todo lo que había pasado. Cuanto más lo meditaba, más dudaba que aquello hubiera estado orquestado por CRUEL. Se habían improvisado demasiadas cosas y los guardias habían luchado con uñas y dientes para mantenerlos allí.

Al final, Morfeo le apartó de aquellos pensamientos y soñó.

Tiene tan sólo doce años, está sentado en una silla de cara a un hombre al que parece no gustarle estar allí. Se encuentran en un cuarto con una ventana de

observación.

—Thomas —comienza a decir el hombre—, últimamente has estado un poco… distante. Necesito que te centres. Teresa y tú os estáis desenvolviendo muy bien con la telepatía y todo progresa según los cálculos. Ha llegado el momento de reorientarse.

Thomas siente vergüenza y vergüenza de estar avergonzado. Le confunde, le hace desear echar a correr de vuelta a su dormitorio. El hombre lo nota.

—No saldremos de esta habitación hasta que esté satisfecho con tus obligaciones —las palabras son como una sentencia de muerte dictada por un juez implacable—. Responderás a mis preguntas, y será mejor que denotes sinceridad, ¿entiendes?

Thomas asiente.

—¿Por qué estamos aquí? —pregunta el hombre.

—Por el Destello.

—Quiero más que eso. Elabora la respuesta.

Thomas hace una pausa. Desde hace poco, experimenta una sensación de rebeldía; pero sabe que, en cuanto diga todo lo que quiere oír aquel hombre, se desvanecerá. Volverá a hacer lo que le pidan y a asumir lo que han preparado para él.

—Vamos —insiste el hombre.

Thomas lo suelta enseguida, palabra por palabra, como lo memorizó hace mucho tiempo:

—Las erupciones solares azotaron la Tierra; la seguridad de muchos edificios gubernamentales se vio comprometida. Un virus fabricado por el hombre, diseñado para guerras bacteriológicas, se filtró de un centro militar para el control de enfermedades. Ese virus infectó a la mayoría de la población y se extendió rápidamente. Se conoce como el Destello. Los gobiernos supervivientes centraron todos sus recursos en CRUEL, que se dedicaba a buscar a los mejores y más brillantes inmunes a la enfermedad. Iniciaron un plan para estimular y trazar los patrones cerebrales de todas las emociones humanas conocidas, con objeto de estudiar cómo funcionamos pese a tener el Destello arraigado en el cerebro. La investigación llevará a…

Sigue, no se detiene; inspira y espira con palabras que odia.

El Thomas que duerme gira y se aleja hacia la oscuridad.

Capítulo 22

Thomas decidió que era hora de contar a los demás los sueños que tenía, que sospechaba que eran recuerdos que estaba recuperando.

Cuando se sentaron para la segunda Reunión del día, les hizo jurar que mantendrían la boca cerrada hasta que terminase y colocaron las sillas cerca de la cabina de mando del iceberg para que Jorge lo oyera todo. Entonces, Thomas empezó a contarles los sueños que había tenido, recuerdos de su infancia, cuando CRUEL se lo llevó al descubrir que era inmune, su entrenamiento con Teresa y demás. Una vez que acabó de relatar todo lo que recordaba, guardó silencio, a la espera de una reacción.

—No sé qué tiene que ver eso con nada —dijo Minho—; sólo me hace odiar a CRUEL aún más. Menos mal que nos fuimos… y espero no tener que volver a ver la fuca cara de Teresa nunca más.

Newt, que había estado irritable y distante, habló por primera vez desde que se reunieron:

—Brenda es una maldita princesa comparada con esa sabelotodo.

—Um… ¿Gracias? —respondió Brenda, y puso los ojos en blanco.

—¿Cuándo cambiaste? —soltó Minho.

—¿Eh?

—¿Cuándo se te fue la fuca olla para volverte tan en contra de CRUEL? Has trabajado para ellos, hiciste todo lo que querían que hicieras en la Quemadura. Estabas dispuesta a ayudarles a ponernos esa máscara para volver a engañarnos. ¿Cuándo y por qué te pusiste de nuestro lado?

Brenda suspiró; parecía cansada, pero sus palabras tenían un deje iracundo:

—Nunca he estado de su parte. Nunca. Nunca he estado de acuerdo con su manera de funcionar, pero ¿qué podía hacer yo sola? Ni siquiera con Jorge. Hice lo que tuve que hacer para sobrevivir; pero luego atravesé la Quemadura con vosotros y me di cuenta…, bueno, me di cuenta de que teníamos una oportunidad.

Thomas quería cambiar de tema:

—Brenda, ¿crees que CRUEL empezará a obligarnos a hacer cosas? ¿Nos liará, nos manipulará o lo que sea?

—Por eso tenemos que encontrar a Hans —se encogió de hombros—. Yo tan sólo puedo suponer lo que os harán. Siempre que les he visto controlar a alguien con el dispositivo que tenía en el cerebro, esa persona estaba cerca y sometida a observación. Puesto que estáis huyendo y no tienen manera de ver lo que estáis haciendo exactamente, puede que no quieran arriesgarse.

—¿Por qué no? —preguntó Newt—. ¿Por qué no hacen que nos apuñalemos en una pierna o que nos encadenemos a una silla hasta que nos encuentren?

—Como he dicho, no están lo bastante cerca —respondió Brenda—. Es evidente que os necesitan, chicos. No pueden arriesgarse a que os hagáis daño o muráis. Me apuesto lo que sea a que tienen a todo tipo de personas detrás de vosotros. En cuanto estén lo bastante cerca para observar, es posible que empiecen a haceros cosas en la cabeza. Y tengo la impresión de que lo harán, y por eso llegar a Denver es indispensable.

Thomas ya se había decidido:

—Vamos a ir y punto. Y esperaremos cien años antes de volver a celebrar una reunión para hablar de estas cosas.

—Bien dicho —asintió Minho—. Estoy de acuerdo.

Dos de tres. Todos miraron a Newt.

—Soy un raro —dijo él—. No importa una clonc lo que piense.

—Podemos meterte en la ciudad —replicó Brenda, ignorándole—. Al menos, el tiempo suficiente para que Hans te quite eso de la cabeza. Tendremos que tener mucho cuidado y mantenerte alejado de…

Newt se levantó a toda velocidad y le dio un puñetazo a la pared que tenía detrás de la silla.

—En primer lugar, no importa si tengo esa cosa en mi cerebro; de todos modos, pasaré al puñetero Ido en breve. Y no quiero morir sabiendo que voy por una ciudad de gente sana propagando la infección.

Thomas recordó el sobre de su bolsillo; se había olvidado de él por completo hasta entonces. Movió los dedos para sacarlo y leerlo.

Nadie dijo nada. La expresión de Newt se ensombreció.

—Bueno, no os herniéis intentando convencerme —gruñó al final—. Todos sabemos que la elaborada cura de CRUEL no funcionará y tampoco quiero que lo haga. Menuda suerte vivir en esta clonc de planeta. Me quedaré en el iceberg mientras vais a la ciudad.

Se dio la vuelta y se alejó a zancadas para desaparecer al doblar la esquina del área común.

—No ha ido mal la cosa —masculló Minho—. Supongo que se ha acabado la Reunión —se levantó y siguió a su amigo.

Brenda frunció el entrecejo y se centró en Thomas.

—Estás…, estamos haciendo lo correcto.

—Yo ya no creo que haya nada correcto o incorrecto —dijo él, y notó la somnolencia de su voz. Lo único que quería era dormir—. Tan sólo algo horrible y algo no tan horrible.

Se levantó para unirse a los otros dos clarianos y palpó la nota en su bolsillo. Mientras se marchaba, se preguntó qué diría. ¿Cómo sabría cuándo había llegado el momento adecuado para abrirla?

Capítulo 23

Thomas no había tenido demasiado tiempo para pensar en cómo sería el mundo no controlado por CRUEL; pero ahora que de verdad iban a verlo, tenía los nervios a flor de piel. Estaba a punto de entrar en un territorio desconocido.

—¿Listos? —inquirió Brenda.

Estaban fuera del iceberg, al pie de la rampa de carga, a unos treinta metros delante de un muro de cemento con unas grandes puertas de hierro. Jorge resopló.

—Me había olvidado de lo acogedor que era este lugar.

—¿Estás seguro de que sabes lo que haces? —le preguntó Thomas.

—Cierra el pico, hermano, y déjamelo a mí. Usaremos nuestro nombre de pila real con un apellido falso. Lo único que les importa, al fin y al cabo, es que seamos inmunes. Les encanta llevar un registro. No pasará más de un día o dos antes de que encuentren algo que podamos hacer para el gobierno. Somos valiosos. Y no puedo repetirlo más veces: Thomas, tienes que cerrar ya esa bocaza tuya.

—Y tú también, Minho —añadió Brenda—. ¿Entendéis? Jorge ha creado documentación falsa para todos nosotros y miente como un ladrón profesional.

—No me digas —murmuró Minho.

Jorge y Brenda se dirigieron hacia las puertas con Minho pegado a sus talones. Thomas vaciló y alzó la mirada al muro: le recordaba al Laberinto. Por la mente le pasó una imagen rápida de aquel horrible lugar, sobre todo por la noche, un recuerdo de cuando ató a Alby a aquella espesa enredadera para ocultarlo de los laceradores. Daba las gracias porque estas paredes estuvieran desnudas.

El camino hacia la salida pareció durar una eternidad; el enorme muro y las puertas daban la impresión de hacerse cada vez más altos mientras el grupo se aproximaba a ellos. Cuando por fin alcanzaron el pie de las inmensas puertas, un zumbido electrónico sonó desde algún sitio, seguido de una voz femenina.

—Digan su nombre y el motivo de su visita.

Jorge respondió a voces:

—Soy Jorge Gallaraga, y estos son mis socios Brenda Despain, Thomas Murphy y Minho Park. Estamos aquí para reunir información y hacer unas pruebas. Soy piloto de iceberg acreditado. Llevo encima toda la documentación necesaria y si quiere puede comprobarla.

Sacó unas cuantas tarjetas de su bolsillo trasero y se las enseñó a la cámara del muro.

—Espere, por favor —le indicó la voz.

Thomas estaba sudando, convencido de que la mujer haría sonar una alarma en cualquier momento, los guardias saldrían a toda velocidad y les enviarían de nuevo a CRUEL, a la habitación blanca o a algo peor.

Esperó mientras su mente daba vueltas; al cabo de unos minutos, una serie de chasquidos sonaron por el aire, seguidos de un fuerte golpe seco. Después, una de las puertas de hierro se abrió hacia fuera, con las bisagras rechinando. Thomas se asomó por la amplia abertura y sintió alivio al ver que el estrecho pasillo al otro lado estaba vacío. En el otro extremo había otro muro gigantesco con otras puertas, aunque aquellas parecían más modernas y había varias pantallas y paneles incrustados en el cemento a su derecha.

—Vamos —dijo Jorge, y atravesó las puertas abiertas como si lo hiciera todos los días.

Thomas, Brenda y Minho le siguieron por el pasillo hacia el muro exterior, donde se detuvo. Las pantallas y los paneles que Thomas había visto desde el otro lado, de cerca, eran complejos. Jorge pulsó un botón en el más grande y comenzó a introducir sus nombres y números de identificación falsos. Escribió otro tipo de información y luego metió sus tarjetas de datos en una gran ranura.

El grupo esperó en silencio unos minutos, mientras la ansiedad de Thomas aumentaba a cada segundo. Intentó no exteriorizarlo, pero de repente tuvo la sensación de que aquello era un gran error, de que deberían haber ido a algún lugar más seguro o haberse colado en la ciudad de otra forma. Aquella gente les iba a calar. A lo mejor CRUEL ya había avisado de que buscaba a unos fugitivos.

«Corta el rollo, Thomas», se dijo, y por una fracción de segundo temió haberlo dicho en voz alta.

La voz femenina volvió a oírse:

—La documentación está en orden. Por favor, acérquense a la estación de pruebas de virus.

Jorge se movió a la derecha, donde se abrió un panel en la pared. Thomas observó cómo de allí brotaba un brazo mecánico, un extraño aparato con lo que parecía una cavidad para los ojos. Jorge se inclinó hacia delante y presionó la cara contra la máquina. En cuanto sus ojos quedaron alineados con las cavidades, salió un pequeño alambre que le picó el cuello. Se oyeron varios silbidos y chasquidos; luego, el alambre se retiró hacia el aparato y Jorge se apartó.

Todo el panel volvió a la pared dando vueltas y el aparato que Jorge había usado desapareció y fue sustituido por uno nuevo, aparentemente idéntico al anterior.

—El siguiente —anunció la mujer.

Brenda intercambió una mirada de preocupación con Thomas, se acercó a la máquina y se inclinó hacia ella. El alambre le pinchó el cuello, el aparato emitió unos silbidos y chasquidos y se acabó. La muchacha se apartó y soltó un notable suspiro de alivio.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que usé uno de estos —le susurró a Thomas—. Me ponen nerviosa, como si de repente fuera a dejar de ser inmune.

Una vez más, la mujer dijo:

—Siguiente.

Minho siguió el mismo procedimiento y por fin le tocó a Thomas.

Se acercó al panel de pruebas cuando volvió a rotar y, en cuanto apareció el nuevo aparato y se colocó en su sitio, se inclinó para acercar los ojos a donde se suponía que iban. Se preparó para el dolor del alambre, pero apenas notó el pinchazo en el cuello antes de que hubiera salido. Todo lo que vio dentro de la máquina fueron unos destellos de luz y color. Notó una ráfaga que le hizo cerrar fuerte los ojos; al abrirlos, todo estaba a oscuras.

La mujer habló de nuevo:

—Todos estáis libres de ACV y habéis confirmado vuestra inmunidad. Sabed que las oportunidades para los de vuestra clase son enormes aquí, en Denver. Pero no lo vayáis pregonando. Todos los residentes están sanos y no tienen el virus, pero hay muchos que todavía no son indulgentes con los inmunes.

—Hemos venido para unas simples tareas y volveremos a marcharnos. Probablemente dentro de una semana —dijo Jorge—. Esperemos que nuestro secreto siga siendo… un secreto.

—¿Qué es ACV? —le susurró Thomas a Minho.

—¿Crees que yo lo sé?

—Amenaza de Contagio Vírico —respondió Brenda antes de que Thomas le preguntara—. Pero cállate. El que no sepa esto por aquí parecerá sospechoso.

Thomas abrió la boca para decir algo, pero le sobresaltó un fuerte pitido cuando las puertas comenzaron a abrirse. Ante ellos se reveló otro pasillo, con las paredes de metal. Había otras puertas cerradas al otro extremo. Thomas se preguntó cuánto tardaría todo aquello.

—Entren al detector de uno en uno, por favor —indicó la mujer, cuya voz parecía haberles seguido hasta el tercer pasillo—. El señor Gallaraga primero.

Jorge entró a un pequeño espacio y las puertas se cerraron detrás de él.

—¿Qué es el detector? —quiso saber Thomas.

—Detecta cosas —espetó Brenda.

Él la miró con el ceño fruncido. Más rápido de lo que pensaba, volvió a sonar una alarma y las puertas se abrieron. Jorge ya no estaba allí.

—La señorita Despain es la siguiente —ordenó la voz, que ahora sonaba aburrida.

Brenda le hizo un gesto a Thomas con la cabeza y entró al detector. Alrededor de un minuto más tarde, le tocó a Minho, que le miró con expresión seria.

—Si no te veo al otro lado —dijo con tono ñoño—, recuerda que te quiero.

Soltó una risita cuando Thomas puso los ojos en blanco, cruzó las puertas y estas se cerraron tras él.

La mujer no tardó en indicarle a Thomas que entrara.

Al hacerlo, las puertas se cerraron y una ráfaga le azotó cuando sonaron varios pitidos bajos. Después, las puertas que tenía delante se abrieron; había gente por todas partes. El corazón se le aceleró, pero vio a sus amigos esperándole y entonces se relajó. Le llamó la atención el ajetreo que había a su alrededor cuando se acercó a ellos. Una muchedumbre bulliciosa de hombres y mujeres —muchos de ellos con trapos en la boca— llenaba un enorme atrio coronado por un techo de cristal muy alto, que dejaba entrar un montón de luz. Por una esquina vio la parte superior de muchos rascacielos, aunque no eran nada comparados con los que se habían topado en la Quemadura. Brillaban a la luz del sol. Thomas estaba tan asombrado por todo lo que veía que casi se olvidó de lo nervioso que había estado un instante antes.

—No ha ido tan mal, ¿verdad, muchacho? —comentó Jorge.

—A mí me ha gustado, en cierta manera —dijo Minho.

Thomas estaba embelesado; no podía dejar de estirar el cuello para asimilar el enorme edificio al que habían entrado.

—¿Qué es este lugar? —preguntó al final—. ¿Quiénes son todas estas personas?

Miró a sus tres compañeros, esperando una respuesta. Jorge y Brenda parecían avergonzados de ir con él. Pero la expresión de la chica cambió de repente y se tradujo en algo que parecía tristeza.

—Siempre se me olvida que habéis perdido la memoria —murmuró, y abrió los brazos para señalar a su alrededor—. Se llama centro comercial. Básicamente recorre toda la muralla que rodea la ciudad. Son tiendas y negocios.

—Nunca había visto tantas…

Se calló. Un hombre con una chaqueta azul marino se acercaba a ellos con la vista clavada en Thomas. Y no parecía muy contento.

—Eh —susurró, y señaló con la cabeza al desconocido.

El hombre les alcanzó antes de que nadie pudiera responder. Saludó al grupo con un movimiento breve de la cabeza y anunció:

—Sabemos que algunas personas han escapado de CRUEL y, a juzgar por el iceberg en el que habéis llegado, supongo que sois parte de ese grupo. Os recomiendo que aceptéis el consejo que voy a daros. No tenéis nada que temer. Tan sólo pedimos ayuda y os protegeremos cuando lleguéis.

Le dio a Thomas un papelito, giró sobre sus talones y se marchó sin mediar más palabra.

—¿A qué ha venido eso? —inquirió Minho—. ¿Qué pone?

Thomas bajó la mirada y leyó.

—Dice: «Tenéis que venir conmigo inmediatamente. Pertenezco a un grupo llamado el Brazo Derecho. En la esquina con Kenwood y Brookshire, apartamento 2792» —y entonces se le formó un nudo en la garganta al ver la firma al final del papelito. Miró a Minho, seguro de que se había quedado pálido—. Es de Gally.

Capítulo 24

Resultó que no había necesidad de dar explicaciones. Brenda y Jorge llevaban el tiempo suficiente en CRUEL para saber quién era Gally, una especie de marginado en el Claro, y que él y Thomas se habían convertido en acérrimos rivales por los recuerdos de Gally desde el Cambio. Pero Thomas sólo podía pensar en el chico enfadado que arrojó el cuchillo que mató a Chuck, que hizo desangrarse al muchacho hasta la muerte, en el suelo, mientras él le sostenía.

Luego había perdido la cabeza: golpeó a Gally hasta que creyó haberlo matado. Una sorprendente oleada de alivio le inundó al darse cuenta de que tal vez no lo había hecho, si es que aquella nota era realmente de Gally. A pesar de lo mucho que odiaba a aquel tío, no quería ser un asesino.

—Es imposible que sea él —dijo Brenda.

—¿Por qué? —preguntó Thomas, y la sensación de alivio comenzó a desaparecer —. ¿Qué le pasó cuando se nos llevaron? ¿Se…?

—¿Murió? No. Pasó una semana en la enfermería para recuperarse de un pómulo roto. Pero aquello no fue nada comparado con el daño psicológico. Le utilizaron para matar a Chuck porque los psicólogos creyeron que los patrones merecerían la pena. Estaba todo planeado. Obligaron a Chuck a ponerse delante de ti.

Toda la ira que sentía hacia Gally se concentró en CRUEL y alimentó su odio creciente por la organización. El tío había sido un gilipullo total, pero si Brenda decía la verdad, tan sólo fue un instrumento de CRUEL. Thomas se puso aún más furioso al oír que no fue un error que Chuck muriera en su lugar.

Brenda continuó:

—Oí que uno de los psicólogos diseñó la interacción con objeto de que fuera una Variable no sólo para ti y los clarianos que lo presenciaron, sino… sino también para Chuck en sus últimos momentos.

Por un breve pero espantoso instante, Thomas pensó que la rabia se apoderaría de él, que cogería a un desconocido al azar y le daría una paliza de muerte, como la que le había propinado a Gally.

Inspiró y se pasó una mano temblorosa por el pelo.

—Ya nada me sorprende —masculló.

—La mente de Gally no soportó lo que había hecho —explicó Brenda—; se volvió completamente loco y tuvieron que echarlo. Estoy segura de que suponían que nadie se creería su historia.

—¿Y por qué piensas que no puede ser él? —inquirió Thomas—. Quizá se recuperó y volvió en sí.

Brenda negó con la cabeza.

—Mira, todo es posible. Pero vi a ese chaval y era como si tuviese el Destello.

Intentaba comerse las sillas, escupía, gritaba y se arrancaba su propio pelo.

—Yo también le vi —añadió Jorge—. Un día escapó de los guardias. Corrió desnudo por los pasillos, gritando a pleno pulmón que tenía escarabajos en las venas.

Thomas trató de aclarar su mente.

—Me pregunto qué querrá decir con Brazo Derecho.

—Se rumorea sobre ellos por todas partes —contestó Jorge—. Se supone que es un grupo clandestino cuyo fin es desmantelar CRUEL.

—Pues con mayor motivo para hacer lo que dice la nota —dijo Thomas.

El rostro de Brenda reflejó duda.

—Yo creo que deberíamos encontrar a Hans antes que nada.

Thomas levantó el trozo de papel y lo agitó.

—Vamos a ver a Gally. Necesitamos a alguien que conozca la ciudad.

Más que eso, su instinto le decía que debían empezar por allí.

—¿Y si es alguna especie de trampa?

—Sí —dijo Minho—, tal vez deberíamos pensarlo.

—No —Thomas negó con la cabeza—, ya no podemos intentar anticiparnos a ellos. A veces hacen cosas para obligarme a hacer lo contrario de lo que piensan que pienso que ellos quieren que haga.

—¿Eh? —preguntaron los tres al mismo tiempo, mientras la confusión transformaba sus caras.

—A partir de ahora, haré lo que considere correcto —explicó Thomas—. Y algo me dice que tenemos que ir a ese sitio para ver a Gally, al menos para averiguar si de verdad es él. Es una conexión con el Claro y tiene muchos motivos para estar de nuestro lado.

Los otros se quedaron mirándole fijamente, inexpresivos, como si intentaran buscar más argumentos.

—Bien —dijo Thomas—, me tomaré esas expresiones como un sí. Me alegra ver que estáis todos de acuerdo conmigo. Bueno, ¿cómo llegamos ahí?

Brenda dejó escapar un suspiro exagerado.

—¿Alguna vez has oído hablar de los taxis?

Tras una comida rápida en el centro comercial, cogieron un taxi para que les llevara a la ciudad. Cuando Jorge pagó al taxista con una tarjeta, Thomas se inquietó porque CRUEL pudiera seguirles el rastro y, en cuanto se sentaron, le preguntó al respecto entre susurros para que el taxista no les oyera.

Jorge se limitó a lanzarle una mirada inquieta.

—Estás preocupado porque Gally sabía que veníamos, ¿no? —preguntó Thomas.

Jorge asintió.

—Un poco. Pero por el modo en que se presentó aquel hombre, espero que la noticia de la huida se filtrara y ese Brazo Derecho nos haya estado buscando desde

entonces. He oído que tienen aquí la base.

—O quizá tenga algo que ver con el grupo de Teresa, puesto que llegaron aquí primero —sugirió Brenda.

Thomas no se sentía muy reconfortado.

—¿Estás seguro de lo que haces? —le preguntó a Jorge.

—No pasará nada, muchacho. Ahora que estamos aquí, CRUEL tardará mucho en alcanzarnos. En la ciudad, mezclarse entre la gente es más fácil de lo que piensas. Relájate.

Thomas no sabía si podría hacerlo, pero se recostó en el asiento para mirar por la ventanilla.

El recorrido por Denver le dejó sin respiración. Recordaba de su infancia los vehículos que se sostenían en el aire —unos vehículos de la policía sin conductor y con armas que todo el mundo llamaba «máquinas poli». Pero en general no se parecía nada a lo que había visto antes—, los enormes rascacielos, los brillantes expositores de publicidad holográfica, la infinidad de personas… Le costaba mucho creer que fuera real. Una pequeña parte de él se preguntaba si CRUEL estaba manipulando sus nervios ópticos de alguna forma, si aquello no era más que otra simulación. Se preguntó si antes había vivido en una ciudad así y, en tal caso, cómo era posible que hubiera olvidado un esplendor como aquel.

Mientras avanzaban por las concurridas calles, se le ocurrió que quizás el mundo no estaba tan mal después de todo. Allí había una comunidad entera, miles de personas que se ocupaban de sus vidas diarias. Pero el recorrido continuó y, poco a poco, comenzó a fijarse en detalles que no había advertido. Y cuanto más avanzaban, más nervioso se ponía. Casi todos a los que miraba parecían preocupados. Era como si se evitaran los unos a los otros y no sólo por educación. Resultaba evidente que tomaban medidas para no acercarse al resto. Como en el centro comercial, muchos llevaban máscaras o se tapaban la boca y la nariz con trapos mientras caminaban.

Las paredes de los edificios estaban llenas de pósteres y carteles, la mayoría rotos o cubiertos con pintura de espray. Algunos advertían del Destello y explicaban con detalle las precauciones; otros hablaban de los peligros de abandonar las ciudades o de qué hacer si alguien se encontraba con una persona infectada. Algunos tenían aterradoras fotografías de raros que habían traspasado la barrera del Ido. Thomas vio un póster de una mujer en primer plano con el pelo peinado hacia atrás, en cuya parte inferior se leía el eslogan «La ministra Paige te quiere».

«La ministra Paige».

Enseguida reconoció el nombre. Era en la que Brenda le había dicho que podía confiar, la única. Se volvió para preguntarle a Brenda por ella, pero se detuvo. Algo le dijo que esperara hasta que estuviesen a solas. Mientras avanzaban, vio varios pósteres de ella, pero la mayoría tenían pintados grafitis. Costaba ver el auténtico

aspecto de aquella mujer debajo de los cuernos de demonio y bigotes ridículos.

Una especie de fuerza de seguridad patrullaba las calles en grupos numerosos. Había cientos de ellos; llevaban camisas rojas, máscaras de gas, un arma en una mano y en la otra, una versión más pequeña del aparato para analizar el virus que habían probado Thomas y sus amigos antes de entrar a la ciudad. Cuanto más se alejaban del muro exterior, más sucias eran las calles. Había basura por todas partes, las ventanas estaban rotas y los grafitis decoraban casi todas las paredes.

Y aunque el sol brillaba en las ventanas de arriba, la oscuridad reinaba en aquel lugar.

El taxi se metió en un callejón; Thomas se sorprendió al ver que estaba desierto. El coche se detuvo junto a un edificio de cemento que se elevaba al menos veinte plantas y el conductor sacó la tarjeta de Jorge de una ranura para devolvérsela, lo que Thomas interpretó como una señal para salir del vehículo.

En cuanto estuvieron todos fuera y el taxi se hubo marchado, Jorge señaló la escalera más cercana.

—El número 2792 está ahí, en el segundo piso.

Minho silbó y exclamó:

—¡Qué acogedor!

Thomas estaba de acuerdo. Aquel lugar no invitaba a entrar y los ladrillos grises, cubiertos de grafitis, le ponían nervioso. No quería acercarse a aquellos escalones y descubrir lo que les esperaba en el interior.

Brenda le dio un empujón.

—Ha sido idea tuya, así que tú delante.

Tragó saliva, pero no dijo nada y se limitó a caminar hacia las escaleras para subirlas despacio con los otros tres a sus talones. Parecía que la agrietada puerta de madera combada del apartamento 2792 llevara allí mil años; apenas quedaban unos pocos restos de pintura verde desvaída.

—Esto es una locura —susurró Jorge—; es una locura total.

Minho resopló.

—Thomas le dio una paliza de muerte una vez y se la puede volver a dar.

—A menos que se líe a tiros —replicó Jorge.

—¿Podéis callaros? —espetó Thomas con los nervios a flor de piel.

Sin mediar más palabra, llamó a la puerta. Unos angustiosos segundos más tarde, esta se abrió.

Thomas supo inmediatamente que el chico de pelo negro que respondió era el Gally del Claro. No cabía duda. Pero tenía la cara llena de cicatrices, surcada por rayas blancas como babosas. El ojo derecho parecía irreparablemente hinchado y la nariz, que antes del incidente con Chuck había sido grande y un poco deforme, se hallaba aún más torcida.

—Me alegro de que hayáis venido —dijo Gally con voz ronca—, porque el fin del mundo se cierne sobre nosotros.

Capítulo 25

Gally retrocedió y abrió del todo la puerta.

—Entrad.

Thomas sintió una oleada de culpabilidad al ver los efectos de lo que le había hecho. No tenía ni idea de cómo actuar o qué decir, por lo que sólo le saludó con la cabeza y se obligó a entrar en el apartamento.

Era una habitación oscura pero ordenada, sin muebles, y olía a beicon. Habían cubierto el único ventanal con una manta amarilla, lo que otorgaba a la estancia un toque fantasmagórico.

—Sentaos —dijo Gally.

En lo único que podía pensar Thomas era en cómo el Brazo Derecho había averiguado que estaban en Denver y en qué querían, pero el instinto le dijo que tendría que jugar según sus normas antes de obtener respuestas. Él y sus amigos se sentaron en el suelo uno al lado del otro, de cara a Gally, como si fuera un juez. Su rostro tenía un aspecto horrible bajo aquella luz tenue y su ojo derecho hinchado estaba inyectado en sangre.

—Ya conoces a Minho —dijo Thomas, incómodo, y ambos se saludaron con un movimiento breve de la cabeza—. Estos son Brenda y Jorge. Son de CRUEL, pero…

—Ya sé quiénes son —le interrumpió Gally. No sonó enfadado, tan sólo algo apático—. Esos fucos en CRUEL me devolvieron mi pasado. Sin que yo lo pidiera, debo añadir —clavó la vista en Minho—. Eh, tú fuiste muy amable conmigo en nuestra última Reunión. Gracias —el sarcasmo era evidente.

Thomas se encogió ante el recuerdo de Minho tirando a Gally al suelo para amenazarlo. Ya se le había olvidado por completo.

—Tuve un mal día —respondió Minho con una expresión que hacía imposible saber si lo decía en serio o con el más mínimo arrepentimiento.

—Sí, bueno —repuso Gally—. Olvidemos el pasado, ¿vale? —su risita dejó bien claro que no pretendía hacerlo.

Puede que Minho no se arrepintiera, pero Thomas sí.

—Siento lo que te hice, Gally —mantuvo los ojos fijos en los del chico mientras se disculpaba. Quería que Gally le creyera, que supiera que entendía que CRUEL era el enemigo de ambos.

—¿Que lo sientes? Maté a Chuck. Está muerto. Por mi culpa.

Al oírle decir aquellas palabras, Thomas no sintió alivio, sino tristeza.

—No fue culpa tuya —terció Brenda en un tono tranquilizador.

—Eso es un montón de clonc —replicó Gally con frialdad—. Si hubiera tenido agallas, podría haber impedido que me controlaran. Pero se lo permití porque pensé que iba a matar a Thomas, no a Chuck. Ni en un millón de años habría matado a ese

pobre niño.

—Qué generoso por tu parte —dijo Minho.

—¿Así que me querías muerto? —preguntó Thomas, sorprendido por la honestidad del chico.

Gally resopló.

—No te me pongas a lloriquear: te odiaba más que a nadie en toda mi vida. Pero lo que sucedió en el pasado ya no importa. Tenemos que hablar del futuro, del fin del mundo.

—Espera un segundo, muchacho —intervino Jorge—. Primero vas a contarnos lo que pasó desde que te echaron de CRUEL hasta este mismo instante.

—Quiero saber cómo averiguaste que veníamos a esta ciudad —añadió Minho—. Y cuándo. ¿Y quién es ese tío extraño que nos entregó el mensaje?

Gally volvió a soltar una risita, gesto que volvió su rostro aún más aterrador.

—Supongo que no os fiáis mucho de los que han estado en contacto con CRUEL, ¿no?

—Tienen razón —repuso Thomas—, debes contarnos qué pasa. Sobre todo si quieres nuestra ayuda.

—¿Vuestra ayuda? —preguntó Gally—. Yo no lo diría así. Pero estoy seguro de que tenemos el mismo objetivo.

—Escucha —dijo Thomas—, necesitamos un motivo para confiar en ti. Habla.

Tras una larga pausa, Gally empezó:

—El tío que os ha dado la nota se llama Richard. Es miembro de un grupo denominado Brazo Derecho. Tienen gente en todas las ciudades que quedan en este planeta de mierda. Su misión es acabar con nuestros viejos amigos para usar el dinero y la influencia de CRUEL para cosas que realmente importan, pero no tienen los recursos para desestabilizar una organización tan grande y poderosa. Quieren actuar, pero les falta información.

—Hemos oído hablar de ellos —afirmó Brenda—. Pero ¿qué tienes que ver tú en todo esto?

—Tienen un par de espías en el complejo principal de CRUEL y dieron conmigo; me explicaron que si fingía volverme loco, me echarían. Habría hecho cualquier cosa por salir de allí. Total, que el Brazo Derecho quería una persona que estuviera dentro y conociese las funciones del edificio, los sistemas de seguridad, ese tipo de clonc. Así que atacaron al coche que me escoltaba y se me llevaron. Me trajeron aquí. En cuanto a cómo sabía que habíais llegado, nos llegó un mensaje anónimo por la Netblock. Supuse que lo habíais enviado vosotros.

Thomas miró a Brenda en busca de una explicación, pero la chica se limitó a encoger los hombros.

—Es decir, que no fuisteis vosotros —dijo Gally—. Entonces quizá fue alguien

del cuartel general, alguien que envió un aviso para convocar cazarrecompensas o lo que sea. La cuestión es que, en cuanto lo supimos, pirateamos el sistema del aeropuerto para ver dónde había aparecido un iceberg.

—¿Y nos has traído aquí para hablar sobre cómo desmontar CRUEL? —preguntó Thomas. Incluso la más remota posibilidad de conseguirlo le llenaba de esperanza.

Gally asintió lenta y deliberadamente antes de hablar.

—Lo dices como si fuera muy fácil. Pero sí, eso es en esencia. Aunque tenemos dos problemones entre manos.

Saltaba a la vista que Brenda sentía impaciencia.

—¿Qué? Suéltalo ya.

—Cierra el pico, chica.

—¿Cuáles son esos problemas? —insistió Thomas.

Gally le lanzó a Brenda una mirada asesina y volvió a centrarse en Thomas.

—Antes que nada, se ha difundido la noticia de que el Destello está proliferando en esta fuca ciudad y que existe todo tipo de corrupción para ocultarlo porque los que están enfermos son unos peces gordos del gobierno. Ocultan el virus con el Éxtasis, que ralentiza el Destello para que la gente que lo tenga pueda convivir con el resto, pero el virus sigue propagándose. Y me imagino que sucede lo mismo en todo el mundo. No hay manera de quitar esa bestia de en medio.

Thomas sintió miedo. La idea de un mundo arrollado por hordas de raros era aterradora; no podía imaginarse lo espantosa que podía llegar a ser semejante situación. Ser inmune no valdría de nada cuando aquello ocurriera.

—¿Cuál es el otro problema? —preguntó Minho—. Como si ese no fuera lo bastante malo.

—La gente como nosotros.

—¿La gente como nosotros? —repitió Brenda, con una mirada de confusión en su rostro—. ¿Te refieres a los inmunes?

—Sí —Gally se inclinó hacia delante—. Están desapareciendo. Los secuestran o huyen, se desvanecen en el aire, nadie lo sabe. Un pajarito me ha dicho que los están reuniendo para venderlos a CRUEL y que así puedan continuar las Pruebas. Empezar de nuevo si fuera necesario. Sea cierto o no, la población inmune de esta ciudad y de otras se ha reducido a la mitad en los últimos seis meses, y la mayoría está desapareciendo sin dejar rastro. Eso está causando muchos dolores de cabeza. La ciudad los necesita más de lo que la gente se da cuenta.

La ansiedad de Thomas aumentó.

—¿No odia casi todo el mundo a los muñes? ¿No es así como nos llaman? A lo mejor los han matado o algo así —no soportaba la otra posibilidad que se le había ocurrido: que CRUEL estuviera secuestrándolos y haciéndoles pasar por lo mismo que ellos había vivido.

—Lo dudo —dijo Gally—. Mi pajarito es una fuente de confianza y esto apesta a CRUEL. Esos problemas no combinan muy bien. El Destello está por toda la ciudad aunque el gobierno afirme lo contrario. Y los inmunes están desapareciendo. Sea lo que sea lo que pasa, al final no va a quedar nadie en Denver. Quién sabe en otras ciudades.

—¿Y qué tiene que ver esto con nosotros? —replicó Jorge.

Gally parecía sorprendido.

—¿Qué, no te importa que la civilización se extinga? Las ciudades se desmoronan. Pronto el mundo estará lleno de psicópatas que quieren tomarte de cena.

—¡Por supuesto que nos importa! —exclamó Thomas—. Pero ¿qué quieres que hagamos nosotros?

—Eh, lo único que sé es que CRUEL tiene una sola directriz: encontrar una cura. Y es bastante obvio que no lo van a conseguir nunca. Si tuviéramos su dinero, sus recursos, podríamos usarlos para ayudar de verdad, para proteger a los sanos. Creí que os gustaría eso.

A Thomas le gustaba, desde luego. Con desesperación.

Gally se encogió de hombros cuando vio que nadie respondía.

—No tenemos mucho que perder. Podríamos intentar hacer algo.

—Gally —dijo Thomas—, ¿sabes algo de Teresa y el grupo de gente que también escapó hoy?

Gally asintió.

—Sí, también los encontramos y les dimos el mismo mensaje que os estoy comunicando a vosotros. ¿Quién crees que era mi pajarito?

—Teresa —susurró Thomas.

Un destello de esperanza brotó en su interior. La chica debió de recordar todo lo de CRUEL cuando le quitaron el Golpe. ¿Acaso la operación le había hecho cambiar de idea? ¿Su insistencia en que CRUEL era buena formaba ya parte del pasado?

—Exacto. Me dijo que no podía aceptar que volvieran a comenzar el programa. También dijo que esperaba encontrarte. Pero hay una cosa más.

Thomas gruñó.

—Eso no suena tan bien.

Gally se encogió de hombros.

—Ahora mismo todo suena mal. Uno de los nuestros que os estaba buscando oyó un extraño rumor. Dijo que tenía algo que ver con toda la gente que había huido del cuartel general de CRUEL. No estoy seguro de si os pueden seguir o no la pista, pero parece bastante probable que hayan supuesto que veníais a Denver.

—¿Por qué? —inquirió Thomas—. ¿Cuál es el rumor?

—Hay una gran recompensa por un tío llamado Hans que antes trabajaba para ellos y que ahora vive aquí. CRUEL cree que vinisteis a buscarlo y lo quieren muerto.

Capítulo 26

Brenda se levantó.

—Nos marchamos. Ya. Vamos.

Jorge y Minho se pusieron de pie y Thomas les imitó; sabía que Brenda estaba en lo cierto. Encontrar a Hans era su prioridad: tenía que sacarles de la cabeza el dispositivo de rastreo y, si le perseguían, debían dar con él antes.

—Gally, ¿nos juras que todo lo que has dicho es verdad?

—Hasta el último detalle —el clariano no se había movido de su posición en el suelo—. El Brazo Derecho quiere actuar. Están planeando algo mientras hablamos, aunque necesitan información de CRUEL. Y ¿quién mejor que vosotros para dárnosla? Si consiguiéramos a Teresa y los demás, sería aún mejor. Cuantos más, mejor.

Thomas decidió confiar en Gally. Puede que nunca se hubieran caído bien, pero tenían el mismo enemigo, lo que les situaba en el mismo equipo.

—¿Qué hacemos si queremos unirnos? —preguntó al final—. ¿Volvemos aquí? ¿Vamos a otro sitio?

Gally sonrió.

—Volved aquí. Estaré por aquí a cualquier hora antes de las nueve de la mañana durante una semana más. No creo que hagamos ningún movimiento hasta entonces.

—¿Movimiento? —a Thomas le picaba la curiosidad.

—Ya te he contado suficiente. Si quieres más, vuelve. Estaré aquí.

Asintió y extendió la mano. Gally se la estrechó.

—No te echo la culpa de nada —dijo Thomas—. Viste lo que hice para CRUEL cuando pasaste por el Cambio; yo tampoco habría confiado en mí. Y sé que no querías matar a Chuck. Aunque no voy a abrazarte cada vez que te vea.

—El sentimiento es mutuo.

Brenda ya estaba en la puerta esperándole cuando se dio la vuelta para marcharse. Antes de que se fuera, Gally le apretó el codo.

—Se nos agota el tiempo. Pero podemos hacer algo.

—Volveremos —prometió él, y siguió a sus amigos.

El miedo hacia lo desconocido ya no le controlaba. La esperanza se había abierto camino y arraigaba.

No encontraron a Hans hasta el día siguiente.

Jorge los llevó a un motel barato después de comprar algo de ropa y comida, y Thomas y Minho usaron la sala de ordenadores para buscar en Netblock mientras Jorge y Brenda hacían un montón de llamadas a personas de las que Thomas nunca había oído hablar.

Tras horas de trabajo, por fin encontraron una dirección a través de alguien que

Jorge llamaba «un amigo de un amigo del enemigo de un enemigo». Pero para entonces ya se había hecho de noche.

Thomas y Minho durmieron en el suelo, mientras que los otros dos se tumbaron en las camas.

A la mañana siguiente se ducharon, comieron y se pusieron la ropa nueva. Luego cogieron un taxi y fueron directos al lugar donde les habían dicho que vivía Hans, un edificio de apartamentos que apenas tenía mejor aspecto que el de Gally. Subieron al cuarto piso y llamaron a una puerta gris de metal. La mujer que respondió no dejaba de decir que no conocía a ningún Hans, pero Jorge siguió insistiendo. Luego, un hombre de pelo canoso y mandíbula ancha se asomó por encima de su hombro.

—Déjalos entrar —ordenó con voz áspera.

Un minuto más tarde, Thomas y sus tres amigos estaban en una cocina, sentados alrededor de una mesa desvencijada y concentrados en Hans, un hombre de carácter brusco y frío.

—Me alegra ver que estás bien, Brenda —observó—. También tú, Jorge. Pero no estoy de humor para ponernos al día. ¿Por qué no me decís qué queréis?

—Creo que ya sabes el motivo principal de nuestra visita —contestó Brenda, y señaló con la cabeza a Thomas y Minho—. Pero también hemos oído que CRUEL le ha puesto precio a tu cabeza.

Tenemos que darnos prisa en hacerlo y luego tienes que salir de aquí.

Hans pareció quitarle importancia a la última parte y miró a sus dos clientes potenciales.

—Todavía tenéis los implantes, ¿no?

Thomas asintió, nervioso, pero decidido a acabar con aquello.

—Sólo quiero que me quiten el dispositivo de control. No quiero recuperar la memoria. Y antes quiero saber en qué consiste la operación.

Hans torció el gesto, indignado.

—¿Qué tonterías son esas? ¿Qué clase de cobarde pusilánime has traído a mi casa, Brenda?

—No soy un cobarde —replicó Thomas antes de que ella pudiera responder—. Es que he tenido mucha gente toqueteando mi cabeza.

Hans levantó las manos y después golpeó la mesa.

—¿Quién ha dicho que voy a hacerte algo en la cabeza? ¿Quién ha dicho que me gustas lo suficiente para hacerlo?

—¿Hay alguien simpático en Denver? —murmuró Minho.

—Tíos, os quedan tres segundos para que os eche de mi apartamento.

—¡Que todo el mundo se calle un momento! —gritó Brenda. Se inclinó hacia Hans y le habló en voz más baja—: Escucha, esto es importante. Thomas es importante y CRUEL hará cualquier cosa para echarle el guante. No podemos

arriesgarnos a que se acerquen lo suficiente para empezar a controlarles a él y a Minho.

Hans fulminó a Thomas con la mirada y lo examinó como un científico analiza un espécimen.

—A mí no me parece tan importante —negó con la cabeza y se levantó—. Dame cinco minutos para prepararme —dijo, y desapareció por una puerta lateral sin dar más explicaciones.

Thomas se preguntó si el hombre le habría reconocido, si sabría lo que había hecho para CRUEL antes de llegar al Laberinto.

Brenda se recostó en la silla y dejó escapar un suspiro.

—No ha ido tan mal.

«Ya —pensó él—, la peor parte viene ahora». Le aliviaba que Hans fuera a ayudarles, pero, al mirar a su alrededor, sus nervios se acrecentaron. Estaba a punto de dejar que un desconocido juguetera con su cerebro en un viejo y sucio apartamento.

Minho se rio por lo bajo.

—Pareces asustado, Tommy.

—No olvides, muchacho —dijo Jorge—, que tú también vas a hacerlo. Ese abuelo canoso ha dicho cinco minutos, así que preparaos.

—Cuanto antes, mejor —contestó Minho.

Thomas apoyó los codos en la mesa y la cabeza, que había empezado a dolerle, en las manos.

—¿Thomas? —susurró Brenda—. ¿Estás bien?

El alzó la vista.

—Necesito…

Las palabras se le atascaron en la garganta cuando un fuerte dolor descendió por su columna vertebral. Pero se fue tan rápido como había llegado. Se incorporó en la silla, asustado; luego un espasmo envaró sus brazos y le sacudió las piernas, retorciendo su cuerpo hasta que separó la silla de la mesa y cayó al suelo, agitándose. Gritó cuando su espalda tocó las duras baldosas y se esforzó por controlar las extremidades que se movían bruscamente. Pero no pudo. Sus pies dieron contra el suelo y las espinillas golpearon las patas de la mesa.

—¡Thomas! —chilló Brenda—. ¿Qué pasa?

A pesar de la pérdida de control total de su cuerpo, Thomas tenía la mente despejada. Por el rabillo del ojo vio que Minho estaba a su lado en el suelo, intentando calmarlo, y que Jorge se hallaba paralizado, con los ojos de par en par.

Intentó hablar, pero de su boca sólo salió baba.

—¿Me oyes? —gritó Brenda, inclinada sobre él—. ¡Thomas, qué pasa!

Entonces, de pronto sus extremidades dejaron de sacudirse, las piernas quedaron

rectas, descansando, y los brazos cayeron sin fuerzas a ambos lados de su cuerpo. No podía moverlos. Hizo un gran esfuerzo, pero no pasó nada. Volvió a intentar hablar, pero las palabras no se formaban.

La expresión de Brenda cambió a algo parecido al terror.

—¿Thomas?

No sabía cómo, pero su cuerpo empezó a moverse aunque él no lo ordenaba. Sus brazos y piernas cambiaron de posición y comenzó a levantarse. Era como si fuese una marioneta. Trató de gritar, pero no pudo.

—¿Estás bien? —exclamó Minho.

El pánico se apoderó de Thomas mientras seguía haciendo cosas en contra de su voluntad. Giró la cabeza y luego se volvió hacia la puerta por la que su anfitrión había desaparecido. Unas palabras salieron de su boca, pero no tenía ni idea de dónde procedían:

—No puedo… dejaros… hacer esto.

Capítulo 27

Thomas luchó desesperadamente y se esforzó por recobrar el control de sus músculos, pero algo extraño se había apoderado de su cuerpo.

—¡Thomas, te tienen! —gritó Brenda—. ¡Resiste!

Observó, impotente, como su propia mano apartaba la cara de la chica y la tiraba al suelo. Jorge fue a protegerla, pero le dio un puñetazo en la barbilla con un golpe rápido. La cabeza de Jorge rebotó hacia atrás y un hilo de sangre manó de sus labios.

De nuevo salieron de Thomas unas palabras que no eran suyas:

—¡No puedo… dejaros… hacer esto!

Para entonces estaba gritando y el esfuerzo le dañaba la garganta. Era como si su cerebro hubiese sido programado con esa única frase y no pudiera decir nada más.

Brenda se había vuelto a poner de pie. Minho estaba aturdido, con la cara llena de confusión. Jorge se estaba limpiando la sangre de la barbilla y sus ojos reflejaban ira.

Y entonces recobró un recuerdo, algo de un programa infalible de su implante para evitar que lo extrajeran. Quería decirles a sus amigos que le sedaran, pero no podía. Comenzó a avanzar hacia la puerta a pasos agigantados y apartó a Minho de su camino con un empujón. Pasó medio tambaleándose por la barra de la cocina y cogió un cuchillo que había junto al fregadero. Lo agarró por el mango y, cuanto más intentaba tirarlo, más se cerraban sus dedos.

—¡Thomas! —gritó Minho al salir por fin de su estupor—. ¡Resiste, tío! ¡Saca a esa fuca gente de tu cabeza!

Thomas se volvió para mirarle, con el cuchillo levantado. Se odiaba a sí mismo por ser tan débil, por no ser capaz de controlar su cuerpo. Una vez más, intentó hablar, pero nada. Su cuerpo haría ahora todo lo posible por evitar que le extrajeran el implante de la cabeza.

—¿Vas a matarme, gilipullo? —preguntó Minho—. ¿Vas a lanzarme esa cosa como Gally a Chuck? Pues hazlo. Lánzalo.

Por un segundo, Thomas temió que eso fuera exactamente lo que iba a hacer, pero su cuerpo se dio la vuelta para mirar en dirección contraria. Mientras lo hacía, Hans cruzó la puerta y abrió los ojos como platos. Thomas supuso que Hans era su objetivo principal y que el programa infalible atacaría a todo aquel que intentara quitar el implante.

—¿Qué coño es esto? —preguntó Hans.

—No puedo… dejar… que hagáis esto —contestó Thomas.

—Ah, me temía algo así —murmuró Hans y se volvió hacia el grupo—. ¡Chicos, venid aquí a ayudarme!

Thomas se imaginó el funcionamiento interno del mecanismo en su cerebro como minúsculos instrumentos manejados por arañas minúsculas. Luchó contra ellos y

apretó los dientes, pero empezó a levantar el brazo con el cuchillo bien agarrado en su puño.

—No pue…

Antes de que pudiera terminar, alguien le golpeó por la espalda y le quitó el cuchillo de la mano. Cayó al suelo y se dio la vuelta para ver a Minho.

—No voy a dejar que mates a nadie —dijo su amigo.

—¡Apártate de mí! —gritó, sin estar seguro de si eran sus propias palabras o las de CRUEL.

Pero Minho apretaba sus brazos contra el suelo. Se cernía sobre él y jadeaba para recuperar el aliento.

—No voy a soltarte hasta que dejen de controlar tu mente.

Thomas quiso sonreír, pero su rostro no podía obedecer aquella simple orden. Notaba tensos todos sus músculos.

—No parará hasta que Hans lo arregle —dijo Brenda—. ¿Hans?

El hombre mayor se arrodilló junto a Thomas y Minho.

—No puedo creer que trabajara alguna vez para esa gente. Para ti —casi escupió la última palabra, mirando directamente a Thomas.

Este observaba todo aquello, impotente. En su interior ansiaba relajarse para ayudar a Hans a hacer lo que fuera necesario. Entonces algo se encendió e hizo que la parte superior de su cuerpo se arqueara. Dio unas cuantas sacudidas y luchó por soltarse. Minho empujó hacia abajo y trató de colocar las piernas para sentarse sobre él otra vez, pero lo que controlaba a Thomas parecía despedir adrenalina en su interior. Su fuerza superaba la de Minho, que salió disparado.

Thomas se puso de pie en un instante, cogió el cuchillo del suelo y lo dirigió hacia Hans, arremetiendo con la hoja. El hombre lo desvió con el antebrazo, donde apareció un corte profundo y rojo cuando ambos chocaron y rodaron por el suelo, luchando. Thomas hizo todo lo posible para detenerse, pero el cuchillo seguía atacando al tiempo que Hans lo esquivaba.

—¡Atrapadle! —gritó Brenda desde algún lugar cercano.

Thomas vio aparecer unas manos y notó que le agarraban los brazos. Alguien le cogió del pelo y tiró hacia atrás. Thomas gritó, desesperado, y cortó a ciegas con el cuchillo. Entonces sintió un gran alivio: Jorge y Minho habían conseguido controlarle y le estaban apartando de Hans. Cayó de espaldas y dejó de sujetar el cuchillo; oyó cómo repiqueteaba sobre las baldosas mientras alguien le daba una patada para lanzarlo al otro lado de la cocina.

—¡No puedo dejaros hacer esto! —gritó. Se odiaba a sí mismo aunque sabía que no podía controlarse.

—¡Cállate —espetó Minho mientras Jorge y él luchaban contra sus intentos por soltarse—, tío loco! ¡Te están volviendo loco!

Thomas se moría por decirle a Minho que tenía razón. No se creía de verdad lo que estaba diciendo.

Minho se dio la vuelta y le gritó a Hans:

—¡Quítale eso de la cabeza!

—¡No! —gritó Thomas—. ¡No!

Se retorció y sacudió los brazos, luchó con una fuerza feroz, pero los otros cuatro también demostraron tenerla. De alguna manera, terminaron aferrándolo por cada una de las extremidades, lo levantaron del suelo y lo sacaron de la cocina para llevarlo a un corto pasillo, que recorrieron mientras él pataleaba y se retorcía, tirando de las paredes varias fotografías enmarcadas. A continuación se oyó el sonido de unos cristales rotos.

Thomas gritó una vez, luego otra y otra. No le quedaba energía para resistirse a las fuerzas internas. Su cuerpo luchaba contra Minho y los demás y decía lo que CRUEL quería que dijera. Se había rendido.

—¡Por aquí! —gritó Hans.

Entraron a una pequeña habitación, un estrecho laboratorio con dos mesas llenas de instrumentos y una cama. Una versión de aspecto rudimentario de la máscara que habían visto en CRUEL colgaba sobre un colchón vacío.

—¡Ponedle en la cama! —gritó Hans. Le colocaron bocarriba y él continuó luchando—. Coged la pierna que sujetaba yo. Tengo que dejarle sin conocimiento.

Minho, que había estado aferrando la otra pierna, ahora agarraba ambas y usaba su cuerpo para pegarlas a la cama. De inmediato, Thomas recordó cuando Newt y él hicieron lo mismo con Alby después de que despertara tras el Cambio en la Hacienda del Claro.

Hans rebuscó con estrépito en un cajón y después volvió.

—¡Mantenedle lo más quieto posible!

Por última vez, Thomas se esforzó por soltarse y gritó a pulmón abierto. Consiguió liberar el brazo que le aguantaba Brenda y le dio un puñetazo a Jorge en la cara.

—¡Basta! —gritó la chica mientras trataba de agarrarle.

El volvió a arquear el torso.

—¡No puedo… dejaros hacer esto!

Nunca había sentido tanta frustración.

—¡Mantenedle inmóvil, maldita sea! —gritó Hans.

De algún modo, Brenda logró sujetarle el brazo de nuevo y lo aplastó con el torso.

Thomas notó un fuerte pinchazo en la pierna. Era extraño estar luchando contra algo tan violentamente y, aun así, desear que sucediera. Cuando la oscuridad comenzó a envolverle y su cuerpo se quedó quieto, por fin recuperó el control de sí mismo. En el último segundo dijo:

—Odio a esos cara fucos.
Y luego perdió el conocimiento.

Capítulo 28

Perdido en la oscura bruma de los fármacos, Thomas soñó.

Tiene quince años y está sentado en una cama. La habitación se encuentra a oscuras, salvo por el brillo ambarino de una lámpara en el escritorio. Teresa está allí; ha cogido una silla y se ha sentado a su lado. Su rostro refleja angustia, es una máscara de sufrimiento.

—Tenemos que hacerlo —dice la chica en voz baja.

Thomas está allí, pero a la vez no está allí. No recuerda los detalles de lo sucedido, aunque en su interior se siente sucio y podrido. Teresa y él han hecho algo horrible, pero el sueño no le acaba de revelar lo que es. Algo espantoso que no es menos repulsivo porque la gente a la que se lo han hecho les dijese que lo hicieran.

—Tenemos que hacerlo —repite.

—Lo sé —responde Thomas con una voz que suena tan muerta como el polvo.

Dos palabras aparecen en su cabeza: la Purga. El muro que le bloquea los recuerdos disminuye por un momento y un hecho terrible surge al otro lado.

Teresa comienza a hablar de nuevo:

—Querían que acabara así, Tom. Mejor morir que pasar los años enloqueciendo cada vez más. Ya no están. No nos quedaba otra opción y no había mejor manera de hacerlo. Se ha hecho y ya está. Tenemos que formar a los nuevos y seguir con las Pruebas. Hemos llegado demasiado lejos para dejar que todo esto se desbarate.

Por un instante, Thomas la odia, pero es breve. Sabe que sólo intenta ser fuerte.

—Eso no significa que tenga que gustarme.

Y así es. Nunca antes se había odiado con tanta intensidad.

Teresa asiente, pero no dice nada.

El Thomas que sueña intenta invadir la mente de su yo más joven, explorar los recuerdos en aquel espacio sin límites. Los creadores originales, infectados con el Destello, fueron purgados hasta la muerte. Hubo un sinfín de voluntarios para ocupar su lugar. Los dos laberintos en curso son más fuertes después de un año y generan cada vez más resultados conforme pasan los días. Van creando el programa lenta, pero seguramente mientras los sustitutos se forman.

Todo queda ahí, para el recuerdo. Pero entonces cambia de opinión y le da la espalda a todo. El pasado es el pasado. Ahora sólo existe el futuro.

Se hunde en el oscuro olvido.

Thomas se despertó adormilado y con un ligero dolor detrás de los ojos. El sueño aún latía en su cráneo como un pulso, aunque los detalles se habían hecho confusos. Sabía lo suficiente sobre la Purga, que era el cambio de los creadores originales por sus sustitutos. Teresa y él habían tenido que exterminar a todo el personal después de un brote. No habían tenido más remedio; eran los únicos que quedaban inmunes. Juró

no volver a pensar en aquello.

Minho estaba sentado en una silla a su lado, con la cabeza colgando mientras roncaba durante su sueño irregular.

—Minho —susurró Thomas—. Eh, Minho. Despierta.

—¿Eh? —Minho abrió los ojos despacio y tosió—. ¿Qué? ¿Qué pasa?

—Nada. Sólo quiero saber qué ha ocurrido. ¿Consiguió Hans apagar esa cosa? ¿Ya estamos bien?

Minho asintió a través de un gran bostezo.

—Sí, los dos. Al menos, dijo que lo había hecho. Tío, se te fue la olla a lo bestia. ¿Te acuerdas de eso?

—Claro que sí —una oleada de vergüenza hizo que se sonrojara—. Pero era como si estuviese paralizado o algo así. No dejaba de intentarlo, pero no podía parar lo que fuera que estuviese controlándome.

—¡Macho, intentaste cortarme lo que ya sabes!

Thomas se rio, algo que llevaba sin hacer mucho tiempo. Lo recibió con agrado.

—Qué pena que no lo llegara a hacer. Podría haber salvado el mundo de pequeños Minhos.

—Sólo recuerda que me debes una.

—Bien.

Se la debía a todos.

Brenda, Jorge y Hans se acercaron, los tres con una expresión muy seria, y la sonrisa desapareció del rostro de Thomas.

—¿Se ha pasado Gally por aquí y os ha regalado otra arenga? —preguntó, forzando un tono desenfadado—. Parecéis deprimidísimos.

—¿Cuándo te has puesto de tan buen humor, muchacho? —respondió Jorge—. Hace unas horas tratabas de apuñalarnos.

Thomas abrió la boca para disculparse, para dar explicaciones, pero Hans le acalló; se inclinó sobre la cama y pasó una lucecita por sus ojos.

—Parece que tu cabeza se está despejando bien. El dolor debería desaparecer pronto. Tu operación fue más difícil por el programa infalible.

Thomas centró su atención en Brenda.

—¿Ya está arreglado?

—Funcionó —dijo ella—. A juzgar por el hecho de que ya no intentas matarnos, se ha desactivado. Y…

—¿Y qué?

—Bueno, no deberías poder hablar ni oír a Teresa o a Aris.

Quizás el día anterior hubiera sentido una punzada de tristeza al oír aquello, pero ahora sólo sentía alivio.

—Me parece bien. ¿Queda algún problema?

La chica negó con la cabeza.

—No, pero no pueden arriesgarse. Hans y su mujer van a marcharse, pero antes él quería decirte algo.

Hans había retrocedido hasta la pared, probablemente para darles un poco de espacio. En ese momento se acercó a ellos con la cabeza gacha.

—Ojalá pudiera acompañaros y ayudaros, pero tengo una esposa y ella es mi familia; es mi prioridad. Quería desearos suerte. Espero que consigáis lo que yo no tuve el valor de intentar.

Thomas asintió. El cambio en la actitud del hombre era notable. Tal vez el reciente suceso le había recordado de lo que era capaz CRUEL.

—Gracias. Y si podemos detener a CRUEL, volveremos a por vosotros.

—Ya veremos —murmuró Hans—. Hay mucho por hacer —se dio la vuelta para colocarse de nuevo junto a la pared. Era evidente que el hombre guardaba muchos recuerdos oscuros en su memoria.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Brenda.

Thomas sabía que no tenían tiempo para descansar; su mente se puso a trabajar en lo que tenían que hacer.

—Encontraremos a nuestros amigos y les convenceremos para que se unan a nosotros. Luego volveremos con Gally. Lo único que he logrado en mi vida ha sido ayudar a organizar un experimento fallido que ha atormentado a un puñado de críos. Es hora de añadir algo más a esa lista. Vamos a detener toda la operación antes de que vuelvan a hacérselo a nuevos inmunes.

Jorge habló después de llevar un buen rato callado:

—¿Vamos? ¿De qué estás hablando, hermano?

Thomas miró al hombre con aún más determinación.

—Tenemos que ayudar al Brazo Derecho.

Nadie dijo nada.

—Vale —habló Minho finalmente—, pero antes vamos a comer algo.

Capítulo 29

Fueron a una cafetería cercana, que les habían recomendado Hans y su esposa.

Thomas no había estado en un lugar así antes. Al menos, no lo recordaba. Los clientes hacían cola junto al mostrador para que les sirvieran café y dulces, y luego se dirigían a una mesa o volvían a salir por la puerta. Observó cómo una anciana nerviosa no dejaba de levantar su mascarilla para darle sorbos a una bebida caliente. Uno de los guardias con camisa roja se hallaba en la entrada y, cuando transcurría un par de minutos, utilizaba un artefacto para hacer la prueba del Destello a gente al azar. Un extraño aparato metálico le tapaba la boca y la nariz.

Thomas se sentó con Minho y Brenda a una mesa del fondo mientras Jorge iba a buscar la comida y las bebidas. Los ojos de Thomas no podían apartarse de un hombre, de unos treinta y cinco o cuarenta años, que estaba sentado en un banco cerca de ellos, enfrente de una gran ventana que daba a la calle. No había tocado su café desde que ellos llegaron y ya no salía humo de la taza. El hombre estaba encorvado, con los codos sobre las rodillas, las manos juntas pero no apretadas, y la mirada fija en un punto al otro extremo del local.

Había algo inquietante en su rostro, que se revelaba totalmente inexpresivo. Los ojos aparentaban flotar en sus cuencas, pero aun así había cierta satisfacción en ellos. Cuando Thomas se lo señaló a Brenda, ella le susurró que debía de estar bajo la influencia del Éxtasis y le encarcelarían si le pillaban. A él se le pusieron los pelos de punta. Esperaba que aquel hombre se marchara pronto.

Jorge volvió con unos bocadillos y unas tazas humeantes de café, y los cuatro comieron y bebieron en silencio. Thomas sabía que todos eran conscientes de la urgencia de la situación, pero agradecía poder descansar y recuperar fuerzas.

Acabaron, pero cuando ya se disponían a marcharse, Brenda se quedó sentada.

—¿Os importaría esperar fuera unos minutos? —pidió. Por su mirada era obvio que se refería a Jorge y Minho.

—¿Disculpa? —respondió Minho con un tono exasperado—. ¿Más secretos?

—No. No es nada de eso, lo prometo. Es que necesito un momento. Quiero decirle algo a Thomas.

Thomas estaba sorprendido, pero sentía curiosidad y volvió a sentarse.

—Sal —dijo, dirigiéndose a Minho—. Ya sabes que no te oculto nada. Y ella también lo sabe.

Su amigo refunfuñó, pero al final se marchó con Jorge y ambos les esperaron en la acera, cerca de la ventana más próxima. Minho le dedicó a Thomas una sonrisa bobalicona y le saludó con la mano. Su sarcasmo dejaba claro que no estaba precisamente contento. Thomas le devolvió el saludo y se centró en Brenda.

—¿Y bien? ¿De qué va todo esto? —preguntó.

—Sé que debemos darnos prisa, pero no tardaré mucho. No hemos tenido tiempo de estar solos y quiero asegurarme de que sabes que lo que sucedió en la Quemadura no fue teatro. Estaba trabajando, fui hasta allí para ayudarles a avanzar, pero me acerqué a ti y eso me cambió. Y creo que hay un par de cosas que mereces saber sobre mí, sobre la ministra Paige, sobre…

Thomas levantó la mano para interrumpirla.

—Por favor, para.

La chica se retiró con expresión de sorpresa.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No quiero saber nada; no quiero saber nada más. Lo único que me importa es lo que vamos a hacer a partir de ahora. No quiero saber nada sobre mi pasado ni el tuyo ni el de CRUEL. Nada. Y tenemos que ponernos en marcha.

—Pero…

—No, Brenda. Lo digo en serio. Estamos aquí, tenemos un objetivo y eso es en lo que debemos centrarnos. No se hable más.

Ella le miró sin decir nada y bajó la vista a sus manos, que estaban apoyadas sobre la mesa.

—Pues lo único que diré es que creo que lo estás haciendo bien y vas bien encaminado. Y yo seguiré ayudándote lo mejor que pueda.

Thomas esperó no haber herido sus sentimientos, pero lo había dicho en serio. Ya era hora de dejar pasar algunas cosas, aunque resultara evidente que la chica se moría por contarle algo. Mientras buscaba una respuesta, sus ojos volvieron al hombre extraño del banco. Había sacado algo de su bolsillo que no alcanzaba a ver y lo estaba apretando contra la parte interior de su codo. Cerró los ojos en un largo parpadeo y pareció algo aturdido cuando los volvió a abrir. Echó la cabeza despacio hacia atrás hasta que la apoyó en la ventana.

El guardia de la camisa roja entró a la cafetería y Thomas se inclinó hacia delante para verlo mejor. El Camisa Roja se acercó al banco donde el hombre drogado descansaba plácidamente. Una mujer bajita se colocó junto al controlador para susurrarle algo al oído mientras se movía con nerviosismo.

—¿Thomas? —lo llamó Brenda.

Él se llevó un dedo a los labios y señaló con la cabeza hacia la potencial confrontación. La chica se volvió en su asiento para ver lo que pasaba.

El Camisa Roja le dio una patada en el pie al tipo del banco, que se estremeció y alzó la vista. Los hombres comenzaron a intercambiar palabras, pero Thomas no oyó lo que decían por el bullicio y los murmullos de la atestada cafetería. El hombre que minutos atrás había estado tranquilo de pronto pareció asustado.

Brenda se volvió hacia Thomas.

—Tenemos que salir de aquí. Ya.

—¿Por qué?

El aire pareció condensarse. Thomas sentía curiosidad por lo que estaba a punto de suceder.

Ella ya se estaba levantando.

—¡Vamos!

Se dio la vuelta y caminó con brío hacia la salida, y él finalmente la siguió. Acababa de levantarse de la silla cuando el Camisa Roja sacó una pistola, apuntó al hombre del banco y colocó el dispositivo de análisis ante su cara. Pero el hombre le asestó un golpe y se precipitó hacia delante, empujando al controlador. Thomas, paralizado por la impresión, no pudo despegar la vista de la escena al tiempo que la pistola desaparecía bajo un mostrador. Los dos hombres se estrellaron contra una mesa y cayeron al suelo.

El Camisa Roja comenzó a gritar; su voz sonaba casi como la de un robot al atravesar la máscara metálica protectora que le tapaba la boca y la nariz:

—¡Tenemos a un infectado! ¡Que todo el mundo evacúe el edificio!

Se hizo el caos absoluto y los gritos inundaron el aire mientras todos corrían hacia la única salida.

Capítulo 30

Thomas deseó no haber dudado; debería haber corrido cuando tuvo oportunidad. Una marabunta de cuerpos le arrastró al frente y bloqueó la puerta. Brenda no podría regresar a por él ni aunque lo intentara. Se metió debajo de la mesa y contempló, mudo de asombro, cómo ambos hombres peleaban en el suelo, se daban puñetazos, se agarraban y trataban de obtener ventaja el uno sobre el otro.

Thomas se dio cuenta de que, aunque la multitud que huía podía hacerle daño, en realidad no tenía por qué preocuparse. Era inmune. El resto de personas en la cafetería se habían puesto histéricas porque el virus estaba muy cerca, lo que era comprensible, puesto que al menos uno de ellos se contagiaría. Pero mientras se mantuviera lejos del alboroto, estaría a salvo justo donde se hallaba.

Alguien golpeó la ventana y, cuando se volvió, vio a Brenda junto a Minho y Jorge en la acera. Le hacía señas como una desesperada para que saliera. Pero Thomas quería ver lo que pasaba.

El Camisa Roja por fin había inmovilizado al hombre en el suelo.

—¡Se acabó! Ya están de camino —gritó con aquella espeluznante voz mecanizada.

El hombre infectado dejó de luchar y estalló en sollozos. Fue entonces cuando Thomas se percató de que la multitud había desalojado el local y la cafetería estaba totalmente vacía, salvo por los dos hombres y él mismo. Un silencio sobrecogedor reinaba en el ambiente.

El Camisa Roja le miró.

—¿Por qué sigues aquí, chaval? ¿Quieres morir? —aunque no le dejó contestar—: Si vas a quedarte por aquí, haz algo útil. Encuentra mi pistola —volvió su atención al hombre inmovilizado.

Thomas se sintió como si estuviera en un sueño. Había visto mucha violencia, pero aquello en cierto modo era distinto. Fue a buscar la pistola que había caído bajo el mostrador.

—Soy… soy inmune —tartamudeó. Se arrodilló y alargó el brazo hasta que tocó con los dedos el frío metal. Sacó la pistola y se la llevó al Camisa Roja.

El hombre no le dio las gracias. Cogió su arma y se puso en pie de un salto, apuntando a la cara del infectado.

—Esto es malo, muy malo. Cada vez sucede con más frecuencia. Se sabe cuando alguien se ha drogado con el Éxtasis.

—Así que era el Éxtasis —murmuró Thomas.

—¿Lo sabías? —inquirió el Camisa Roja.

—Bueno, le vi algo raro cuando entré aquí.

—¿Y no dijiste nada? —la piel alrededor de la máscara del guardia casi hacía

juego con el color de su camisa—. ¿Qué te pasa?

A Thomas le desconcertó la cólera repentina del Camisa Roja.

—Lo… lo siento. No sabía muy bien lo que pasaba.

El infectado se había hecho un ovillo en el suelo y sollozaba. El Camisa Roja se apartó de él y miró a Thomas con dureza.

—¿No lo sabías? ¿Qué clase de…? ¿De dónde eres?

Entonces a él le entraron unas ganas terribles de echar a correr.

—Soy… me llamo Thomas. No soy nadie. Es que… —buscó algo que decir para explicarse— no soy de aquí. Lo siento.

El Camisa Roja le apuntó con la pistola.

—Siéntate. Siéntate aquí —señaló con la pistola una silla que había allí cerca.

—¡Espera. Juro que soy inmune! —su corazón latía a toda velocidad—. Por eso…

—¡Siéntate, maldita sea! ¡Ya!

Las rodillas de Thomas cedieron y cayó en la silla. Echó un vistazo a la puerta y se calmó un poco cuando vio allí a Minho, acompañado de Brenda y Jorge a sus espaldas. Pero no quería involucrar a sus amigos, no quería que les hicieran daño, por lo que les hizo un gesto de negación con la cabeza para que se mantuvieran al margen.

El Camisa Roja ignoró a la gente de la puerta y se concentró en Thomas.

—Si estás tan seguro de que eres un muñe, entonces no te importará que te haga la prueba, ¿no?

—No —en realidad, la idea le aliviaba. A lo mejor aquel hombre le dejaba marchar en cuanto se diera cuenta de que decía la verdad—. Hazla, adelante.

El Camisa Roja enfundó su pistola y se le acercó. Cogió su dispositivo y se inclinó hacia delante para colocárselo en la cara.

—Mira dentro. Abre los ojos —dijo—. No tardará más que unos segundos.

Thomas obedeció, pues quería terminar lo antes posible. Vio el mismo destello de luces multicolores que había visto en la puerta de la ciudad y sintió el mismo soplo de aire y el pinchazo en el cuello.

El Camisa Roja retiró el dispositivo y leyó los resultados en una pequeña pantalla.

—Bueno, mira por donde, eres un maldito muñe después de todo. Ahora explícame qué haces en Denver y por qué no sabes nada del Éxtasis o cómo identificar a un usuario.

—Trabajo para CRUEL —aquello salió de su boca antes de pensarlo. Tan sólo quería salir de allí.

—Me creo esa mierda tanto como que el problema de ese no tiene nada que ver con el Destello. Como te levantes, empezaré a disparar.

Thomas tragó saliva. No estaba más asustado que enfadado consigo mismo por

haberse metido en aquella ridícula situación.

—Vale —asintió.

Pero el Camisa Roja ya se había dado la vuelta en dirección a los refuerzos que acababan de llegar: cuatro personas cubiertas de la cabeza a los pies, salvo la cara, con un grueso plástico verde. Llevaban unas gafas protectoras y debajo, una máscara como la del Camisa Roja. A Thomas le vinieron unas imágenes a la cabeza, pero la que duró fue el recuerdo más nítido: cuando se le llevaron de la Quemadura en un iceberg después de que se le infectara la herida de bala. Los de aquella nave vestían igual que esas cuatro personas.

—¿Qué es esto? —dijo uno de ellos, con la voz también mecanizada—. ¿Has atrapado a dos?

—No exactamente —contestó el Camisa Roja—. Este es un muñe, que por lo visto quiso quedarse por aquí a contemplar el espectáculo.

—¿Un muñe? —sonó incrédulo.

—Un muñe. Se quedó ahí quieto cuando el resto salió huyendo; dice que quería ver lo que pasaba. Para más inri, dice que sospechaba que nuestro futuro raro estaba bajo los efectos del Éxtasis y no se lo dijo a nadie, sino que continuó bebiendo café como si no sucediera nada malo.

Todos miraron a Thomas, pero este permaneció callado y se encogió de hombros.

El Camisa Roja retrocedió cuando los cuatro trabajadores protegidos rodearon al infectado, que seguía sollozando y estaba tumbado sobre un costado en el suelo. Uno de los recién llegados sujetaba con ambas manos un grueso objeto de plástico azul cuyo extremo tenía una extraña cánula. Apuntaba al hombre del suelo como si se tratara de un arma. Su propósito no presagiaba nada bueno y Thomas buscó en su mente desprovista de recuerdos para averiguar qué podría ser, sin que al final se le ocurriera nada.

—Necesitamos que estire las piernas, señor —dijo el que parecía ser el jefe del grupo—. Mantenga el cuerpo quieto, no se mueva y relájese.

—¡No lo sabía! —gimió el hombre—. ¿Cómo iba a saberlo?

—¡Sí lo sabías! —gritó el Camisa Roja a su lado—. Nadie toma el Éxtasis por placer.

—¡Me gusta cómo me hace sentir!

La súplica en la voz del hombre hizo que Thomas sintiera una lástima increíble por él.

—Hay un montón de drogas más baratas que esa. Deja de mentir y cierra el pico —el Camisa Roja movió la mano como si estuviera espantando una mosca—. A quién le importa. Meted en una bolsa a este imbécil.

Thomas observó cómo el infectado se encogía aún más, pegándose las rodillas al pecho con ambos brazos.

—No es justo, ¡no lo sabía! Echadme de la ciudad: juro que no regresaré nunca. Lo juro, ¡lo juro! —rompió en otra serie angustiosa de sollozos.

—Ah, sí, te sacarán —dijo el Camisa Roja, y por algún motivo miró de soslayo a Thomas. Parecía sonreír detrás de la máscara; sus ojos brillaban con algo parecido al júbilo—. Sigue mirando, muñe. Te va a gustar.

De improviso, Thomas odió al Camisa Roja como no había odiado a nadie en su vida. Dejó de mirarle y se centró en las cuatro personas que se habían arrodillado para acercarse al pobre hombre del suelo.

—¡Estire las piernas! —repitió uno de ellos—. O le va a doler muchísimo. Estírelas, ¡ya!

—¡No puedo! ¡Por favor, dejen que me marche!

El Camisa Roja pasó por encima del hombre y empujó a uno de los trabajadores para agacharse y colocar la pistola en la cabeza del enfermo.

—Estira las piernas o te meto una bala en el cerebro y lo hago más fácil para todo el mundo. ¡Hazlo!

Thomas no podía concebir la total falta de compasión del guardia.

Lloriqueando, con los ojos llenos de terror, el infectado extendió las piernas poco a poco y todo su cuerpo tembló cuando se tumbó en el suelo. El Camisa Roja se apartó y volvió a enfundar su pistola.

La persona con el extraño objeto azul enseguida se colocó detrás de la cabeza del enfermo y apoyó la cánula en la coronilla de su cráneo, apretándolo contra el pelo.

—Intente no moverse —era una mujer, y la voz que se filtraba por la máscara a Thomas le sonó aún más espeluznante que las de los hombres—. O perderá algo.

Thomas apenas tuvo tiempo de pensar a qué se refería antes de que apretara un botón y una sustancia parecida a un gel saliera por la cánula. Era azul y viscoso, pero se movía rápido. Se extendió por la cabeza del hombre y le envolvió las orejas y el rostro. Este gritó, pero el sonido se interrumpió cuando el gel alcanzó su boca y le bajó por el cuello y los hombros. La sustancia se endurecía al moverse, se convertía en una especie de caparazón traslúcido. En cuestión de segundos, la mitad del cuerpo infectado estaba rígido, envuelto en aquella cosa que calaba hasta la última grieta de su piel y la última arruga de su ropa.

Thomas advirtió que el Camisa Roja le observaba y por fin se decidió a mirarle a los ojos.

—¿Qué? —preguntó.

—Menudo espectáculo, ¿eh? —respondió el Camisa Roja—. Disfruta mientras dure. Cuando termine, te vienes conmigo.

Capítulo 31

A Thomas le dio un vuelco el corazón. Había algo sádico en los ojos del Camisa Roja, por lo que apartó la mirada y se concentró en el infectado justo cuando el gel azul le llegaba a los pies y se solidificaba a su alrededor. Ahora el hombre estaba totalmente inmóvil, envuelto en una dura capa de plástico. La mujer con la pistola de gel se levantó; ahora no llevaba sino una bolsa vacía. La plegó y se la metió en el bolsillo de su mono verde.

—Saquémoslo de aquí —dijo.

Mientras los cuatro trabajadores levantaban al infectado, Thomas volvió a posar la vista en el Camisa Roja, que observaba cómo los otros se llevaban al cautivo. ¿Qué habría querido decir con que iba irse con él? ¿Dónde? ¿Por qué? Si no estuviera armado, Thomas habría salido corriendo.

Cuando los demás salieron por la puerta, Minho apareció de nuevo. Estaba a punto de entrar cuando el Camisa Roja sacó el arma.

—¡Detente! —gritó el hombre—. ¡Sal!

—Pero estamos con él —señaló a Thomas—. Y tenemos que marcharnos.

—Este no va a ninguna parte —hizo una pausa, como si acabara de ocurrírsele algo. Miró a Thomas y otra vez a Minho—. Un momento… ¿Vosotros también sois muñes?

El pánico estalló en Thomas, pero Minho fue rápido: echó a correr sin el menor asomo de duda.

—¡Detente! —gritó el Camisa Roja, y se abalanzó contra la puerta.

Thomas fue a trompicones hasta la ventana; allí se asomó y vio a Minho, Brenda y Jorge cruzando la calle y desapareciendo por una esquina. El Camisa Roja se había parado a la salida de la cafetería; dejó escapar a los otros y volvió a entrar con la pistola apuntándole.

—Debería pegarte un tiro en el cuello y ver cómo te desangras por lo que acaba de hacer tu amigo. Da gracias a Dios porque los muñes sean tan valiosos, o lo haría sólo para sentirme mejor. Ha sido un día horrible.

Thomas no se podía creer que, después de todo por lo que había pasado, estuviera metido en una situación tan estúpida. No tenía miedo, sólo se sentía frustrado.

—Bueno, para mí tampoco ha sido muy bueno —masculló.

—Me darán un buen puñado de dinero por ti, por eso vas a venir conmigo. Y para tu información, no me gustas. Lo supe en cuanto te vi.

Thomas sonrió.

—Sí, bueno, el sentimiento es mutuo.

—Eres un tío divertido, para troncharse de risa. Ya veremos cómo te sientes cuando se ponga el sol esta noche. Vamos —señaló la puerta con su arma—. Y

créeme, se me está acabando la paciencia. Si intentas cualquier cosa, te dispararé en la nuca y le diré a la policía que te comportabas como un infectado y echaste a correr. Nuestra política es de tolerancia cero. No lo cuestionarán lo más mínimo.

Thomas siguió en su sitio, repasando sus opciones. La ironía de la situación no se le escapaba: había huido de CRUEL para que un funcionario cualquiera le apuntara con una pistola.

—No me hagas repetirlo —le advirtió el Camisa Roja.

—¿Adónde vamos?

—Lo sabrás a su tiempo y yo me forraré. Vamos, en marcha.

A él ya le habían disparado dos veces y sabía lo mucho que dolía. Por lo visto, si no quería volver a experimentarlo, su única alternativa era acompañar a aquel tipo. Le fulminó con la mirada y echó a andar hacia la puerta. Cuando llegó a ella, se detuvo.

—¿Por dónde? —inquirió.

—Ve hacia la izquierda. Caminaremos despacito tres manzanas y luego volveremos a girar a la izquierda. Tengo un coche allí, esperándonos. ¿He de recordarte lo que te pasará si intentas cualquier cosa?

—Dispararás en la nuca a un chico desarmado. Lo he pillado, más claro que el agua.

—Ah, cómo odio a los muñes. Empieza a caminar.

Le empujó con la punta de su pistola en la espalda y Thomas se encaminó por la calle.

Llegaron al final de la tercera manzana y giraron a la derecha sin decirse una palabra. El ambiente era sofocante y el sudor humedecía cada centímetro del cuerpo de Thomas. Al levantar la mano para secarse la frente, el Camisa Roja le golpeó en la cabeza con la culata de la pistola.

—No hagas eso —ordenó—. Puede que me ponga nervioso y te haga un agujero en la cabeza.

Thomas recurrió a toda su fuerza de voluntad para permanecer en silencio.

La calle estaba abandonada y había basura por todos lados. Los carteles —algunos con advertencias sobre el Destello, otros con imágenes de la ministra Paige— cubrían la parte inferior de las paredes de los edificios y todo aparentaba estar pintado con capas y capas de espray. Al llegar a una intersección y tener que esperar para que pasaran unos cuantos coches, Thomas se fijó en un póster limpio que había justo a su lado, uno que supuso que era nuevo por la falta de grafitis. Leyó las palabras de advertencia.

Anuncio del Servicio Público ¡¡¡Detén la propagación del Destello!!!

Ayuda a detener la propagación del Destello. Conoce los síntomas antes de infectar a tus vecinos y seres queridos.

El Destello es el Destellovirus (VC321 xb47), una enfermedad altamente contagiosa y creada por el hombre que se filtró por error durante el caos que originaron las erupciones solares. El Destello causa una enfermedad progresiva, degenerativa, del cerebro, que ocasiona movimientos involuntarios, alteraciones emocionales y deterioro mental. El resultado ha sido el Destello pandémico.

Los científicos están realizando las últimas pruebas clínicas, pero no hay un tratamiento estándar para el Destello en estos momentos. El virus generalmente es mortal y puede transmitirse por el aire.

Ahora los ciudadanos deben unirse para impedir que se propague aún más esta pandemia. Al aprender a distinguir si tú u otros sois una Amenaza de Contagio Vírico (ACV), habrás dado el primer paso en la lucha contra el Destello.[1]

El texto continuaba acerca del periodo de incubación —entre cinco y siete días— y de los síntomas. La irritabilidad y la pérdida de equilibrio eran las primeras señales, seguidas de la demencia, la paranoia y, más adelante, una severa agresividad. Thomas los había presenciado todos al toparse con raros en más de una ocasión.

El Camisa Roja le dio un ligero empujón y continuaron caminando. Mientras avanzaban, Thomas no podía dejar de pensar en el funesto mensaje del póster; la parte en que se decía que el Destello había sido creación del hombre no sólo le obsesionaba, sino que despertó algo en su cerebro, un recuerdo que no acababa de entender. Aunque el cartel no concretaba, sabía que había algo más y, por primera vez en un tiempo, deseó poder acceder durante unos instantes al pasado.

—Es ahí.

La voz del Camisa Roja le trajo de vuelta al presente. Un pequeño coche blanco esperaba al final de la manzana, a unos metros en esa misma calle. Desesperado, trató de pensar cómo salir de allí; si entraba en el vehículo, todo habría terminado. Pero ¿podía arriesgarse a que le dispararan?

—Vas a meterte sin problemas en el asiento trasero —dijo el Camisa Roja—. Ahí tengo unas esposas y voy a ver cómo te las pones tú mismo. ¿Crees que puedes hacerlo sin cometer ninguna estupidez?

Thomas no respondió. Quería creer que Minho y los demás estaban cerca, trazando un plan. Necesitaba que alguien o algo distrajera a su captor.

Llegaron al coche y el Camisa Roja sacó una tarjeta, que metió por la ventana delantera. Una vez que el seguro se desbloqueó, abrió la puerta del asiento trasero sin dejar de apuntar a Thomas.

—Entra. Despacio.

Thomas vaciló y echó un vistazo a la calle en busca de alguien, algo. La zona

estaba desierta, pero por el rabillo del ojo advirtió un movimiento: una máquina flotante, casi tan grande como un coche. Se dio la vuelta para mirar. La máquina poli viró bruscamente a dos manzanas y empezó a dirigirse hacia ellos. El zumbido que producía aumentaba de intensidad conforme se aproximaba.

—He dicho que entres —repitió el Camisa Roja—. Las esposas están entre los asientos.

—Viene una de esas máquinas poli —dijo Thomas.

—Sí, ¿y qué? Tan sólo está patrullando y ve este tipo de cosas todos los días. La gente que la controla está de mi lado, no del tuyo. Así que mala suerte, colega.

Thomas suspiró; al menos lo había intentado. ¿Dónde estaban sus amigos? Examinó la zona una última vez y entró en el coche. Justo al levantar la vista hacia el hombre, un fuerte tiroteo resonó a su alrededor. El Camisa Roja retrocedió a trompicones, bruscamente; las balas le atravesaron el pecho y unas chispas saltaron por los aires nada más alcanzar la máscara metálica. Soltó el arma y la máscara se le despegó del rostro cuando chocó contra la pared del edificio más cercano. Thomas observó horrorizado cómo el hombre caía a su lado.

Luego cesó. Thomas se quedó paralizado, preguntándose si él sería el siguiente. Oyó el zumbido constante de la máquina mientras flotaba cerca de su puerta abierta y advirtió que había sido la fuente del ataque. Aquellas cosas no llevaban tripulación, pero iban bien armadas. Una voz familiar resonó por el altavoz del techo:

—Sal del coche, Thomas.

Se estremeció. Habría reconocido aquella voz en cualquier lugar.

Era Janson. El Hombre Rata.

Capítulo 32

Thomas no podía estar más sorprendido. Al principio vaciló, pero luego salió a toda prisa del coche. La máquina poli estaba a sólo unos metros de distancia y en su lateral se había abierto un panel con una pantalla desde la que le miraba el rostro de Janson.

El alivio le inundó. Era el Hombre Rata, pero no estaba en la máquina poli, no era más que una imagen de vídeo. Supuso que el hombre también le veía.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, todavía asombrado. Intentó apartar la vista del hombre que ahora yacía en el suelo—. ¿Cómo me has encontrado?

Janson tenía la expresión más adusta que nunca.

—Hizo falta una cantidad considerable de esfuerzos y suerte, créeme. Y de nada. Acabo de salvarte de este cazarrecompensas.

Thomas se rio.

—Bueno, vosotros sois los que les pagáis. ¿Qué quieres?

—Thomas, voy a ser franco contigo. La única razón por la que no hemos ido a Denver para recuperarte es porque la infección allí aumenta de manera astronómica. Este es el medio más seguro de contactar contigo. Te pido que vuelvas y completes las pruebas.

Thomas tuvo ganas de gritar al hombre. ¿Por qué iba a volver a CRUEL? Pero el ataque al Camisa Roja, cuyo cadáver se hallaba ahí mismo, seguía demasiado vivido en su mente. Tenía que hacerlo bien.

—¿Por qué iba a regresar?

La expresión de Janson era impávida.

—Hemos estado usando nuestros datos para seleccionar al candidato final y ese eres tú. Te necesitamos, Thomas; todo depende de ti.

«Ni en un millón de años», pensó. Pero, aunque dijera eso, no se libraría del Hombre Rata, así que ladeó la cabeza y fingió planteárselo antes de responder:

—Lo pensaré.

—Confiaba en que lo harías —el Hombre Rata hizo una pausa—. Hay algo que me siento obligado a contarte, sobre todo porque creo que influirá en tu decisión y te hará darte cuenta de que tienes que hacer lo que te pedimos.

Thomas apoyó la espalda en el capó redondo del coche. Aquella terrible experiencia le había agotado emocional y físicamente.

—¿Qué?

El Hombre Rata torció el gesto para parecer todavía más malhumorado, como si se deleitara dando malas noticias.

—Es sobre tu amigo, Newt. Me temo que está metido en una gran cantidad de problemas.

—¿Qué tipo de problemas? —preguntó Thomas con el alma a los pies.

—Sé que eres consciente de que tiene el Destello y ya has visto algunos de sus efectos.

Thomas asintió; de pronto, recordó la nota de su bolsillo.

—Sí.

—Bien, pues parece que está sucumbiendo a ellos rápidamente. El hecho de que hayas visto síntomas de ira y pérdida de concentración antes de que os marcharais significa que enloquecerá muy pronto.

Thomas notó como si un puño le apretara el corazón. Había asumido que Newt no era inmune, pero creía que tardaría semanas, incluso meses, en empeorar. Aun así, lo que decía Janson tenía sentido; el estrés al que se había visto sometido podía estar acelerando la enfermedad de Newt. Y lo habían dejado solo fuera de la ciudad.

—Podrías salvarlo —dijo Janson en voz baja.

—¿Disfrutas con esto? —espetó Thomas—. Porque a veces parece que disfrutas mucho.

Janson negó con la cabeza.

—Tan sólo hago mi trabajo, Thomas. Deseo esta cura más que nadie. Salvo tú, quizás, antes de que te quitáramos la memoria.

—Vete —dijo Thomas.

—Espero que vengas —respondió Janson—. Tienes la oportunidad de hacer algo importante. Siento nuestras diferencias; pero, Thomas, debes darte prisa. Se nos agota el tiempo.

—Lo pensaré —se obligó a repetir.

Le ponía enfermo apaciguar al Hombre Rata, pero era la única cosa que se le ocurría para ganar tiempo. Y cabía la posibilidad de que, si no le daba coba, acabara como el Camisa Roja: acribillado por la máquina poli que flotaba delante de él.

Janson sonrió.

—Eso es lo único que pido. Espero verte aquí.

La pantalla se apagó y el panel se cerró. A continuación, la máquina poli se elevó por los aires y se marchó, mientras su zumbido se perdía lentamente. Thomas la observó hasta que desapareció al doblar una esquina. Entonces bajó la vista hacia el muerto, aunque enseguida la apartó: aquello era lo último que quería ver.

—¡Allí está!

Giró la cabeza para ver a Minho corriendo por la acera hacia él, con Brenda y Jorge a la zaga. Nunca se había alegrado tanto de ver a alguien.

Minho se paró en seco cuando vio al Camisa Roja en el suelo.

—Dios… ¿Qué le ha pasado? —se fijó en Thomas—. ¿Y tú? ¿Estás bien? ¿Has hecho tú eso?

A él le entraron unas ganas absurdas de reírse.

—Sí, saqué mi arma y le hice estallar en pedacitos.

A su amigo no pareció hacerle gracia el sarcasmo, pero Brenda habló antes de que pudiera salir con una réplica:

—¿Quién le ha matado?

Thomas señaló al cielo.

—Una de esas máquinas poli. Vino volando, le disparó hasta matarlo y lo siguiente que recuerdo es que el Hombre Rata apareció en una pantalla e intentó convencerme de que tenía que volver a CRUEL.

—Tío —dijo Minho—, ni siquiera…

—¡Confía un poco en mí! —gritó Thomas—. No voy a regresar, pero quizá podamos aprovecharnos de que me necesiten tanto. El que debería preocuparnos es Newt. Janson cree que Newt está sucumbiendo al Destello mucho más rápido que la media. Tenemos que ir a ver cómo se encuentra.

—¿De verdad dijo eso?

—Sí —se sintió mal por haber perdido los nervios con su amigo—, y esta vez le creo. Ya habéis visto cómo ha actuado Newt últimamente.

Minho clavó la vista en él con los ojos llenos de dolor, y entonces Thomas cayó en la cuenta de que el chico conoció a Newt dos años antes que él. Habían tenido más tiempo para hacerse amigos.

—Será mejor que vayamos a ver cómo está —repitió—. Que hagamos algo por él.

Minho asintió y apartó la mirada. Thomas se sintió tentado de sacar la nota de su bolsillo y leerla allí mismo, pero le había prometido a Newt que lo haría cuando llegara el momento adecuado.

—Se está haciendo tarde —intervino Brenda— y no dejan entrar ni salir de la ciudad por la noche. Ya es bastante difícil mantener la situación controlada por el día.

Thomas advirtió por primera vez que empezaba a oscurecer y el cielo sobre los edificios adquiría un tono anaranjado.

Jorge, que había estado callado hasta entonces, habló:

—Ese es el menor de nuestros problemas. Aquí ocurre algo extraño, muchachos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Thomas.

—Es como si hubiera desaparecido todo el mundo en la última media hora, y los pocos que he visto no tenían muy buen aspecto.

—La escena de la cafetería ha dispersado a la población —señaló Brenda.

Jorge se encogió de hombros.

—No sé. Esta ciudad me pone los pelos de punta, hermana. Como si estuviera viva y fuera a desatar algo muy desagradable.

Un extraño desasosiego subió por la columna vertebral de Thomas. Volvió a concentrarse en Newt.

—¿Podemos salir si nos damos prisa? ¿O escapar sin que nadie nos vea?

—Podemos intentarlo —respondió Brenda—. Será mejor que encontremos un taxi, porque estamos en la otra punta de la ciudad.

—Intentémoslo —asintió él.

Comenzaron a caminar, pero la expresión del rostro de Minho no era alentadora. Thomas esperaba que no fuera una señal de que algo malo iba a suceder.

Capítulo 33

Caminaron durante una hora y no vieron ni un solo coche, mucho menos un taxi. Se toparon con algunas personas desperdigadas y con máquinas poli, que soltaban sus inquietantes zumbidos mientras revolaban aleatoriamente. De vez en cuando oían un ruido en la distancia que a Thomas le hacía evocar la Quemadura: alguien que hablaba demasiado alto, un grito, una risa extraña. A medida que oscurecía, se sentía cada vez más asustado.

Finalmente, Brenda se detuvo y se giró hacia ellos.

—Tendremos que esperar a mañana —anunció—. No vamos a encontrar un transporte esta noche y estamos demasiado lejos para ir a pie. Necesitamos dormir para estar frescos por la mañana.

Thomas odiaba admitirlo, pero tenía razón.

—Tiene que haber un modo de salir ahí —objetó Minho.

Jorge le apretó el hombro.

—Es inútil, hermano. El aeropuerto está a por lo menos quince kilómetros de aquí. Y a juzgar por las pintas de la ciudad, antes de llegar nos asaltarían, nos dispararían o nos matarían de una paliza. Brenda tiene razón: es mejor que descansemos y vayamos a ayudarle mañana.

Thomas advirtió que Minho quería actuar con la rebeldía de siempre, pero cedió sin rechistar. Lo que había dicho Jorge tenía sentido: estaban en una ciudad enorme, de noche, como peces fuera del agua.

—¿Estamos cerca del motel? —preguntó Thomas, y se dijo que Newt podría arreglárselas solo otra noche más.

Jorge señaló a su izquierda.

—Está a apenas unas manzanas.

Se dirigieron en aquella dirección.

• • •

Se hallaban a una manzana de distancia cuando Jorge se paró en seco, alzó una mano y se llevó el dedo índice de la otra a los labios. Thomas se quedó paralizado; una alarma se disparó por su sistema nervioso.

—¿Qué? —susurró Minho.

Jorge se dio la vuelta despacio para examinar la zona que les rodeaba y Thomas le imitó, preguntándose qué habría provocado su inquietud. Ya era noche cerrada y las pocas farolas junto a las que pasaban no eran de mucha ayuda. El mundo que veía Thomas parecía estar hecho de sombras, y se imaginó las cosas horribles que podrían esconderse tras cada una de ellas.

—¿Qué? —repitió Minho.

—Sigo pensando que he oído algo detrás de nosotros —contestó Jorge—. Un

susurro. A otra persona…

—¡Allí! —gritó Brenda. Su voz cortó el silencio como un trueno—. ¿Lo habéis visto? —señalaba a su izquierda.

Thomas forzó la vista, pero no vio nada. Las calles estaban vacías, o eso le parecía.

—Alguien acaba de salir de ese edificio y luego ha retrocedido de golpe. Juro que lo he visto.

—¡Eh! —gritó Minho—. ¿Quién anda ahí?

—¿Estás loco? —susurró Thomas—. ¡Entremos en el motel!

—Corta el rollo, macho. Si quisieran dispararnos o algo así, ¿no crees que ya lo habrían hecho?

Thomas suspiró, exasperado. No le gustaba cómo pintaba aquello.

—Debería haber dicho algo la primera vez que lo oí —musitó Jorge.

—Quizá no es nada —respondió Brenda—. Y en caso contrario, no logramos gran cosa quedándonos por aquí. Larguémonos.

—¡Eh! —volvió a gritar Minho, lo que sobresaltó a Thomas—. ¡Eh, tú! ¿Quién anda ahí?

Thomas le dio una palmada en el hombro.

—En serio, ¿quieres dejar de hacer eso?

Su amigo le ignoró.

—¡Sal y muéstrate!

Quienquiera que fuese no respondió. Minho se movió como si fuera a cruzar la calle y echar una ojeada, pero Thomas le agarró del brazo.

—Ni en broma. Es la peor idea de la historia. Está oscuro, podría ser una trampa, podría ser un montón de cosas horribles. Vayamos a dormir y ya echaremos un vistazo mañana.

Minho no se resistió.

—Muy bien, sé un cobarde. Pero yo me pido una de las camas esta noche.

Dicho aquello, subieron a su habitación. A Thomas le costó una eternidad conciliar el sueño; su mente no dejaba de dar vueltas a las posibilidades de quién podía estar siguiéndoles. Pero no importaba por donde vagaran sus pensamientos, siempre volvían a Teresa y los otros. ¿Dónde estaban? ¿Podía haberse tratado de Teresa la que les espiaba en la calle? ¿O serían Gally y el Brazo Derecho?

Y Thomas odiaba que no les quedara más remedio que esperar toda una noche para ir a ver a Newt. ¿Y si le había sucedido algo?

Por fin su mente se sosegó, las preguntas se desvanecieron y se quedó dormido.

Capítulo 34

A la mañana siguiente, Thomas se sorprendió al comprobar lo descansado que se encontraba. Pese a que se había pasado toda la noche dando vueltas, en algún momento había entrado en un sueño profundo y reparador. Tras una larga ducha caliente y el desayuno sacado de una máquina expendedora, estaba preparado para enfrentarse a un nuevo día.

Dejaron el motel sobre las ocho de la mañana, preguntándose qué se encontrarían en la ciudad ahora que iban a comprobar el estado de Newt. Vieron a algunas personas desperdigadas, pero muchas menos que durante las horas punta del día anterior. Y Thomas no oyó ningún ruido extraño como los que habían percibido durante su largo paseo.

—Os digo que algo está pasando —dijo Jorge mientras recorrían la calle en busca de un taxi—. Debería haber más gente por aquí.

Thomas observó a los pocos transeúntes que había a su alrededor. Ninguno le miraba a los ojos; todos tenían la cabeza gacha y muchos se apretaban la mascarilla a la cara como si temieran que un viento repentino fuera a llevársela. Y caminaban de forma apresurada, frenética, casi saltaban cuando otra persona se les acercaba demasiado. Vio a una mujer examinando un cartel sobre el Destello idéntico al que él había leído el día anterior en compañía del Camisa Roja. Aquello le trajo a la memoria aquel recuerdo que no había conseguido recobrar del todo; iba a volverle loco.

—Démonos prisa en llegar a ese fuco aeropuerto —masculló Minho—. Este lugar me pone los pelos de punta.

—Probablemente deberíamos ir por ahí —dijo Brenda, señalando—. Tiene que haber taxis cerca de esas oficinas.

Cruzaron la calle y se dirigieron a una más estrecha que pasaba por un aparcamiento vacío a un lado y un viejo edificio en ruinas, al otro.

Minho se inclinó hacia Thomas y medio susurró:

—Macho, estoy un poco fucado de la cabeza ahora mismo. Me asusta cómo vamos a encontrar a Newt.

Él también tenía miedo, pero no lo admitió.

—No te preocupes. Estoy seguro de que seguirá bien.

—Vale. Y en cualquier momento vomitarás la cura del Destello.

—Quién sabe, a lo mejor. Aunque olería raro —a su amigo no pareció hacerle mucha gracia—. Mira, no podemos hacer nada hasta que lleguemos allí y le veamos.

Thomas odiaba sonar tan insensible, pero la situación ya era difícil y no podían suponer lo peor.

—Gracias por los ánimos.

El aparcamiento vacío a su derecha contenía los restos desperdigados de un viejo edificio de ladrillos del que cada centímetro cuadrado estaba lleno de hierbajos. Un enorme trozo de pared se erigía en medio y, cuando pasaron junto a ella, Thomas percibió un movimiento al otro lado. Se detuvo y, por instinto, alzó una mano para detener también a Minho. Le acalló antes de que pudiera preguntar qué ocurría.

Brenda y Jorge se dieron cuenta y se quedaron inmóviles. Thomas señaló lo que había visto y después intentó verlo mejor.

Un hombre sin camisa estaba de espaldas a ellos, encorvado sobre algo, escarbando con las manos como si hubiera perdido algo en el barro e intentara encontrarlo. Unos extraños arañazos le cubrían los hombros y una larga costra le atravesaba la columna vertebral. Sus movimientos eran entrecortados y… desesperados, pensó Thomas. Sus codos no dejaban de saltar hacia atrás como si arrancara algo del suelo. Los altos hierbajos le impedían ver el centro de atención del hombre desesperado.

—Sigamos —susurró Brenda desde atrás.

—Ese tipo está enfermo —comentó Minho—. ¿Cómo se le habrá ido tanto?

Thomas no supo qué decir.

—Vamos.

El grupo comenzó a caminar de nuevo, pero Thomas no podía apartar los ojos de la perturbadora escena. ¿Qué estaba haciendo aquel tipo?

Al llegar al final de la manzana, Thomas se detuvo con los demás. Era evidente que a todos les inquietaba y querían echar un último vistazo.

Sin previo aviso, el hombre se incorporó de un salto y se volvió hacia ellos; tenía la boca y la nariz llenas de sangre. Thomas se estremeció y, al retroceder, tropezó con Minho. El hombre enseñó los dientes con una sonrisa desagradable y levantó sus manos ensangrentadas como para enseñárselas. Thomas estaba a punto de gritarle cuando volvió a agacharse para retornar a su tarea. Por suerte, no vieron exactamente de qué se trataba.

—Este sería un buen momento para irse —murmuró Brenda.

Thomas sintió como si unos dedos helados le recorrieran la espalda y los hombros. No podía estar más de acuerdo. Todos se dieron la vuelta y echaron a correr hasta que pasaron dos manzanas y comenzaron a caminar de nuevo.

Tardaron otra media hora en encontrar un taxi, pero por fin se dirigían a su objetivo. Thomas quería hablar de lo que habían visto en el aparcamiento vacío, pero no podía expresarlo con palabras. Le había revuelto de arriba abajo.

Minho fue el primero en sacar el tema:

—Aquel tipo estaba comiéndose a una persona. Lo sé.

—Quizá… —dijo Brenda—. A lo mejor tan sólo era un perro callejero —su tono le hizo pensar a Thomas que ni ella misma se lo creía—. Aunque eso tampoco estaría

bien.

—Estoy seguro de que eso no es algo que debas ver durante un bonito paseo por una ciudad en cuarentena y en pleno día —se burló Minho—. Creo a Gally. Tengo la certeza de que este lugar se está abarrotando de raros y pronto se matarán unos a otros.

Nadie respondió. Se quedaron callados durante el resto del camino al aeropuerto.

No tardaron en pasar el control de seguridad y salir por la enorme muralla que cercaba la ciudad. Como poco, el personal con el que se encontraron parecía encantado porque se marcharan.

El iceberg estaba justo donde lo habían dejado, esperando como el caparazón de un insecto gigantesco, sobre el cemento caliente y humeante. Nada se movía a su alrededor.

—Date prisa y ábrelo —dijo Minho.

Jorge ni se inmutó por aquella orden cortante; sacó un pequeño mando de su bolsillo y apretó unos cuantos botones. La rampa de la escotilla de carga bajó despacio, entre los quejidos de las bisagras, hasta que el borde tocó el suelo con un chirrido. Thomas esperaba que Newt bajara corriendo por la rampa, con una gran sonrisa en el rostro, contento de verlos.

Pero nada se movía dentro ni fuera, y el corazón le dio un vuelco. Sin duda, Minho se sentía igual.

—Algo va mal.

Corrió hacia la puerta y subió por la rampa antes de que a Thomas le diera tiempo a reaccionar.

—Será mejor que entremos —dijo Brenda—. ¿Y si Newt se ha vuelto peligroso?

A Thomas no le gustó cómo sonó aquello, pero sabía que tenía razón. Sin responder, echó a correr detrás de Minho y entró al oscuro y agobiante iceberg. En algún momento se habían apagado todos los sistemas: no había aire acondicionado, ni luces; nada.

Jorge siguió a Thomas.

—Déjame que la encienda o empezaremos a sudar hasta que no quede más que un montón de piel y huesos.

Fue hacia la cabina de mando.

Brenda estaba al lado de Thomas, ambos con la vista fija en la penumbra de la nave, bajo la poca luz que procedía de unos ojos de buey desperdigados. Oyeron que Minho llamaba a Newt más al fondo, pero el chico infectado no respondía. Una hendidura pareció abrirse dentro de Thomas, un vacío que se ensanchaba y absorbía la esperanza hasta agotarla.

—Iré a la izquierda —dijo, señalando hacia el pequeño pasillo que llevaba al área común—. ¿Por qué no acompañas a Jorge y buscáis por ahí? Algo no va bien. Habría

salido a recibirnos si no pasara nada.

—Por no mencionar que las luces y el aire acondicionado estarían encendidos —Brenda le miró sombríamente y se marchó.

Thomas avanzó por el pasillo hacia la sala principal. Allí, Minho estaba sentado en uno de los sillones. Observaba un trozo de papel con la expresión más fría que Thomas le había visto nunca. El vacío en su interior aumentó aún más y se desvaneció la última pizca de esperanza que le quedaba.

—Eh —dijo—, ¿qué pasa?

Su amigo no respondió. Siguió mirando fijamente el papel.

—¿Qué pasa?

Minho levantó la mirada.

—Ven a verlo tú mismo —le tendió el papel con una mano mientras se recostaba en el sillón. Tenía aspecto de hallarse al borde del llanto—. Se ha ido.

Thomas se acercó y le quitó el papel, al que dio la vuelta. Escrito en rotulador negro, ponía:

> No sé cómo, pero han entrado. Me llevan a vivir con los demás raros.
> Es lo mejor. Gracias por ser mis amigos.
> Adiós.

—Newt —susurró Thomas.

El nombre de su amigo colgó en el aire como una declaración de muerte.

Capítulo 35

Pronto estuvieron todos sentados juntos. El objetivo era hablar sobre lo que deberían hacer a continuación, pero la realidad era que no tenían nada que decir. Los cuatro se quedaron con la vista clavada en el suelo sin pronunciar palabra. Por alguna razón, Thomas no podía quitarse a Janson de la cabeza. ¿Volver con ellos de verdad podía ser un modo de salvar a Newt? Todas las partes de su cuerpo se rebelaban contra la idea de regresar a CRUEL, pero si volvían atrás y era capaz de completar la prueba…

Minho rompió el sombrío silencio:

—Quiero que me escuchéis los tres —se tomó un momento para mirar a cada uno de ellos y luego continuó—: Desde que nos escapamos de CRUEL, he aceptado cualquier cosa que hayáis dicho de hacer, gilipullos. Y no me he quejado. Mucho —le dedicó a Thomas una sonrisa irónica—. Pero ahora mismo voy a ser yo el que tome la decisión y vosotros los que hagáis lo que yo diga. Y si alguien se niega, que os den.

Thomas sabía lo que quería su amigo y se alegraba.

—Sé que tenemos en mente metas más importantes —continuó Minho—. Tenemos que ponernos en contacto con el Brazo Derecho, saber qué vamos a hacer respecto a CRUEL y toda esa clonc de salvar el mundo. Pero antes vamos a ir a buscar a Newt. Aquí no hay discusión posible. Los cuatro, todos nosotros, volaremos a donde haga falta para sacar a Newt de allí.

—Lo llaman el Palacio de los Raros —dijo Brenda. Thomas se volvió hacia ella y vio que tenía la vista perdida—. Debe de ser eso de lo que habla. Algunos de esos Camisas Rojas probablemente entraron en el iceberg, encontraron a Newt y vieron que estaba infectado. Le permitieron dejar una nota. No me cabe duda de que eso es lo que ocurrió.

—Suena elegante —replicó Minho—. ¿Has estado allí?

—No. Todas las ciudades importantes tienen un Palacio de los Raros, un lugar donde envían a los infectados y tratan de que la enfermedad sea soportable hasta que alcanzan el Ido. Después no sé qué les hacen, pero no es un sitio agradable, no importa quién seas, así que sólo puedo imaginármelo. Los inmunes se encargan de todo allí y cobran mucho, puesto que alguien no inmune no se arriesgaría a contraer el Destello. Si quieres ir, deberíamos pensarlo muy bien antes. Nos hemos quedado sin munición, así que iremos desarmados.

A pesar de la inquietante descripción, Minho tenía un brillo de esperanza en los ojos.

—Yo ya lo he pensado suficiente. ¿Sabes dónde está el más próximo?

—Sí —contestó Jorge—, pasamos por delante de camino aquí. Está al otro lado del valle, pegado a esas montañas al oeste.

Minho dio una palmada.

—Pues ahí es donde vamos a ir. Jorge, haz que este trozo de clonc despegue.

Thomas esperaba que se produjera al menos una pequeña discusión o algunas objeciones, pero no fue así.

—Me gustará un poco de aventura, muchacho —dijo Jorge—. Estaremos allí en veinte minutos.

Jorge fue fiel a su palabra en cuanto al tiempo, y aterrizó en un claro desde el que un bosque se extendía por la ladera sorprendentemente verde de la montaña. La mitad de los árboles estaba muerta, pero la otra mitad parecía como si hubiera empezado a recuperarse tras largas e intensas olas de calor. A Thomas le entristeció pensar en la posibilidad de que, cuando llegara el día en que el mundo se recuperase de las erupciones solares, ya se hallara deshabitado.

Bajó por la rampa de carga y echó un vistazo a la muralla que rodeaba lo que debía de ser el Palacio de los Raros, a unos metros de distancia. Estaba hecha de gruesas tablas de madera. La puerta más próxima comenzó a abrirse y aparecieron dos personas, ambas con enormes lanzagranadas. Parecían agotadas, pero, pese al cansancio, adoptaban una posición defensiva y apuntaban con sus armas. Sin duda, habían visto u oído acercarse el iceberg.

—Empezamos mal —comentó Jorge.

Uno de los guardias gritó algo, pero Thomas no distinguió lo que dijo.

—Acerquémonos a hablar con ellos. Tienen que ser inmunes si llevan esos lanzagranadas.

—A menos que los raros hayan tomado el mando —sugirió Minho, y miró a Thomas con una extraña sonrisa—. Sea como sea, vamos a entrar y no vamos a marcharnos sin Newt.

Con las cabezas bien altas, caminaron despacio hacia la puerta, asegurándose de no hacer nada que provocara la alarma. Lo último que quería Thomas era que le dispararan otra vez con un lanzagranadas. Al acercarse, vio que los dos guardias tenían peor aspecto de lo que pensaba. Estaban sucios, sudorosos y llenos de moratones y arañazos.

Se detuvieron en la entrada y uno de los guardias salió a su encuentro.

—¿Quiénes demonios sois vosotros? —preguntó. Tenía el pelo negro y bigote, y le sacaba unos centímetros a su compañero—. No tenéis pinta de ser los memos de los científicos que vienen a veces.

Fue Jorge el que habló, como había hecho en el aeropuerto al llegar a Denver:

—No habrías sabido que veníamos, muchacho. Somos de CRUEL; capturaron a uno de los nuestros y lo trajeron aquí por error. Hemos venido a buscarle.

Thomas estaba sorprendido. Lo que Jorge acababa de decir era técnicamente cierto, ahora que lo pensaba.

El guardia no parecía demasiado impresionado.

—¿Crees que me importáis una mierda tú y tu sofisticado trabajo en CRUEL? No sois los primeros que vienen aquí dándose aires de superioridad como si este sitio fuera suyo. ¿Queréis venir a pasar el rato con los raros? ¡Faltaría más! Sobre todo después de lo que ha pasado últimamente —se apartó e hizo un gesto exagerado de bienvenida—. Disfrutad de vuestra estancia en el Palacio de los Raros. No se admiten devoluciones ni cambios en caso de perder un brazo o un ojo.

Thomas casi podía oler la tensión en el ambiente y, preocupado porque Minho exasperase a aquellos tipos con alguno de sus comentarios mordaces, se apresuró en hablar:

—¿A qué os referís con «lo que ha pasado últimamente»? ¿Qué ha sucedido?

El tipo se encogió de hombros.

—Bueno, no es un lugar agradable y eso es todo lo que debéis saber —no añadió nada más.

A Thomas no le gustaba nada cómo se estaba desarrollando la situación.

—Bien, ¿sabéis si han traído en los últimos días a un nuevo… —a Thomas no le pareció bien usar la palabra «raro»— a alguien nuevo? ¿Tenéis un registro?

El otro guardia, bajo y fornido, con la cabeza rapada, se aclaró la garganta y escupió.

—¿A quién buscas? ¿A un chico o a una chica?

—A un chico —respondió Thomas—. Se llama Newt. Es algo más alto que yo, rubio, con el pelo un poco largo. Y cojea.

El hombre volvió a escupir.

—Puede que sepa algo, pero una cosa es saber y otra decírtelo. Parecéis tener mucho dinero. ¿Queréis compartirlo?

Thomas, que se atrevió a tener esperanza, miró a Jorge. Este había torcido el gesto con aire colérico. Minho habló antes de que pudiera decir nada:

—Tenemos dinero, cara fuco, así que dinos dónde está nuestro amigo.

El guardia les apuntó con el lanzagranadas con un poco más de violencia.

—Enseñadme vuestras tarjetas o esta conversación se habrá terminado. Quiero por lo menos mil.

—Las tiene él —respondió Minho, y señaló a Jorge con un pulgar mientras fulminaba con la mirada al guardia—, gilipullo codicioso.

Jorge sacó su tarjeta y la agitó en el aire.

—Tendrás que pegarme un tiro y matarme para quitármela. Ya sabes que no te servirá de nada sin mis huellas. Tendrás tu dinero, hermano, pero muéstranos el camino.

—Muy bien —contestó el hombre—, seguidme. Y recordad: si perdéis alguna parte de vuestro cuerpo debido a un encuentro desafortunado con un raro, os

recomiendo que dejéis esa parte de vuestro cuerpo y echéis a correr como alma que lleva el diablo. A menos que sea una pierna, claro.

Giró sobre sus talones y cruzó la puerta abierta.

Capítulo 36

El Palacio de los Raros era un lugar sucio y horrible. El guardia más bajo resultó ser muy hablador y, mientras se abrían camino por el caos de aquellos espantosos dominios, les dio más información de la que Thomas habría pedido.

Describió el pueblo para los infectados como un conjunto de círculos dentro de círculos, con todas las zonas comunes —la cafetería, la enfermería y las instalaciones de ocio— ubicadas en el centro y rodeadas por una fila tras otra de casas mal construidas. Los palacios se habían concebido como opciones humanitarias, refugios para los infectados hasta que la locura les dominara. Después se les destinaba a lugares remotos, abandonados durante las peores erupciones solares. Los responsables de los palacios habían querido otorgar a los infectados una última oportunidad de vivir decentemente antes de que llegara el final, de modo que aquellos proyectos se habían llevado a cabo cerca de casi todas las grandes ciudades que quedaban en el mundo.

Pero aquella idea bienintencionada había tenido muy malos resultados. Llenar un lugar de gente sin esperanza, sabedora de que se está sumiendo en una espantosa espiral de locura, equivale a convertirlo en una de las zonas más anárquicas que jamás haya conocido el hombre. Los residentes sabían de sobra que no podía haber un castigo real ni consecuencias peores a las que ya se habían enfrentado, así que los índices de delincuencia se dispararon. Y las urbanizaciones se convirtieron en refugios de libertinaje.

Mientras el grupo pasaba por las casas, meras chozas deterioradas, Thomas se imaginó lo horrible que debía de ser vivir en semejante sitio. La mayoría de las ventanas de los edificios estaban rotas, y el guardia les explicó que había sido un error mayúsculo permitir que allí hubiera cristal, puesto se había convertido en el arma principal. La basura abarrotaba las calles y, aunque aún no había visto a nadie, Thomas notaba que les observaban desde las sombras. En la distancia oyó a alguien gritar obscenidades; luego, un alarido proveniente de otra dirección le puso aún más nervioso.

—¿Por qué no lo cierran? —preguntó. Fue el primero del grupo en hablar—. Bueno, si ha empeorado tanto…

—¿Que ha empeorado? —repitió el guardia—. Chaval, empeorar es un término relativo. Simplemente está así. ¿Qué otra cosa se iba a hacer con esta gente? No se la puede dejar con los sanos en las ciudades fortificadas, pero tampoco dejarla tirada en un lugar donde los raros han traspasado el Ido y se la comería viva. Y ningún gobierno está todavía lo bastante desesperado para empezar a matar gente en cuanto contrae el Destello. Así está la situación. Y para nosotros, los inmunes, es una manera de ganar dinero, puesto que nadie más trabajaría aquí.

Sus declaraciones dejaron a Thomas con una gran pesadumbre. El mundo estaba en un estado lamentable. Quizás era un egoísta por no ayudar a CRUEL a completar las pruebas.

—¿Por qué no lo dices tal cual? —dijo Brenda, cuyo gesto torcido desde que entraron en el pueblo no denotaba sino repugnancia—. Dejáis a los infectados en este lugar de mala muerte hasta que empeoran tanto que vuestra consciencia no os impide deshaceros de ellos.

—Así lo disfrazan —respondió el guardia con total naturalidad.

A Thomas le costaba tenerle antipatía a aquel tipo; más bien, le daba lástima.

Siguieron caminando y pasaron por filas y filas de casas, todas destartaladas, abandonadas y sucias.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Thomas—. Creía que este sitio estaría hasta los topes. ¿Y a qué te referías antes con que había pasado algo?

Esta vez contestó el del bigote —y estuvo bien oír otra voz para variar—:

—Algunos, los que tuvieron suerte, vegetan en sus casas gracias al Éxtasis. Pero la mayoría está en la Zona Central, comiendo, jugando o tramando algo turbio. Nos envían demasiados y mucho más rápido de lo que salen. Para colmo, desaparecen inmunes a diestro y siniestro quién sabe dónde, y conforme pasan los días disminuimos en número; la situación se está poniendo al rojo vivo. Y digamos que esta mañana la temperatura ha subido al máximo.

—¿Desaparecen inmunes a diestro y siniestro? —repitió Thomas.

Por lo visto, CRUEL aprovechaba todos los recursos que podía para obtener más Pruebas. Aunque las consecuencias fueran peligrosas.

—Sí, casi la mitad de nuestros trabajadores ha desaparecido en los últimos meses. No hay rastro de ellos ni explicaciones. Lo que hace mi trabajo mil veces más difícil.

Thomas refunfuñó.

—Tú limítate a alejarnos de las multitudes y llevarnos a un lugar seguro hasta que encontréis a Newt.

—Esa es la idea —añadió Minho.

El guardia se limitó a encogerse de hombros.

—Vale. Siempre y cuando reciba mi dinero.

Al fin, los guardias se detuvieron a dos círculos de la Zona Central y dijeron al grupo que esperara. Ellos se acurrucaron en un rincón a la sombra, detrás de una de las chozas. La algarabía aumentaba por minutos, y ahora se hallaban tan cerca de la población del Palacio que sonaba como si se estuviera produciendo una gran pelea a la vuelta de la esquina. Thomas no soportaba estar allí sentado, esperando, escuchando aquellos espantosos ruidos, preguntándose todo el tiempo si el guardia regresaría y si Newt iría con él.

Unos cinco minutos después de marcharse, dos personas salieron de una pequeña

cabaña al otro lado del estrecho camino. A Thomas se le aceleró el pulso y estuvo a punto de levantarse y echar a correr antes de darse cuenta de que no tenían aspecto amenazador. Eran una pareja que iba cogida de la mano y, aparte de ir un poco sucios y llevar ropa desgastada y arrugada, parecían bastante cuerdos.

Ambos se acercaron al grupo y se pararon frente a ellos.

—¿Cuándo habéis llegado? —preguntó la mujer.

Thomas trató de encontrar las palabras, pero fue Brenda la que habló:

—Entramos con el último grupo. En realidad, estamos buscando a un amigo que iba con nosotros. Se llama Newt, es rubio y cojea. ¿Le habéis visto?

El hombre respondió como si acabara de oír la pregunta más estúpida del mundo:

—Hay mucha gente rubia por aquí. ¿Cómo vamos a saber quién es quién? Por cierto, ¿qué clase de nombre es Newt?

Minho abrió la boca para responder, pero el ruido proveniente del centro del pueblo se hizo más fuerte y todos se dieron la vuelta para mirar. La pareja intercambió una mirada de preocupación. Después, sin mediar palabra, volvieron a escabullirse en su casa y cerraron la puerta con un clic. Segundos más tarde, una tabla de madera apareció en su ventana y la tapó; un fragmento de cristal cayó al suelo de fuera.

—Parecen tan contentos como nosotros de estar aquí —comentó Thomas.

Jorge resopló.

—Muy simpáticos. Creo que volveré a visitarlos.

—Es evidente que no llevan aquí mucho tiempo —dijo Brenda—. No puedo ni imaginarme cómo será descubrir que estás infectado, que te envíen a vivir con los raros y ser testigo de en lo que vas a convertirte.

Thomas negó despacio con la cabeza. Aquello tenía que ser el sufrimiento personificado.

—¿Dónde están esos guardias? —inquirió Minho con tono impaciente—. ¿Cuánto se tarda en encontrar a alguien y decirle que sus amigos están aquí?

Diez minutos después, los dos guardias reaparecieron por una esquina. Thomas y sus amigos se pusieron de pie de un salto.

—¿Qué habéis averiguado? —preguntó Minho enseguida.

El más bajo parecía inquieto y desviaba la vista como si hubiera perdido el descaro de antes. Thomas se preguntó si visitar la llamada Zona Central provocaría siempre reacciones así.

—Tuvimos que hacer unas cuantas preguntas —contestó su compañero—, pero creo que hemos encontrado a vuestro amigo. Se ajusta a vuestra descripción y se volvió hacia nosotros cuando le llamamos por su nombre. Pero…

Los guardias intercambiaron una mirada incómoda.

—Pero ¿qué? —insistió Minho.

—Dijo (muy directamente, debo añadir) que os contestáramos de su parte que os perdieseis.

Capítulo 37

Aquellas palabras fueron como una puñalada para Thomas, que no podía ni imaginarse cómo se sentiría Minho.

—Muéstranos dónde está —ordenó secamente su amigo.

El guardia levantó las manos.

—¿No has oído lo que acabo de decir?

—No has terminado tu trabajo —insistió Thomas. Estaba con Minho al cien por cien. No importaba lo que hubiera dicho Newt: si estaban tan cerca, irían a hablar con él.

El guardia más bajo negó con la cabeza categóricamente.

—Ni hablar. Nos pedisteis que encontráramos a vuestro amigo y lo hemos hecho. Dadnos el dinero.

—¿Os parece que estamos ya con él? —preguntó Jorge—. Nadie recibirá un dólar hasta que estemos todos juntos.

Brenda no dijo nada, pero se quedó al lado de Jorge y asintió para mostrar su apoyo. A Thomas le alivió que todos estuvieran de acuerdo y quisieran ir en busca de Newt, pese al mensaje que les había enviado.

Los guardias no estaban nada contentos e intercambiaron unos cuantos susurros, discutiendo.

—¡Eh! —espetó Minho—. Si queréis el dinero, ¡vamos!

—Muy bien —dijo por fin el guardia con bigote, y su compañero le lanzó una mirada exasperada—, venid con nosotros.

Se dieron la vuelta y tomaron la dirección por la que habían venido. Minho giró sobre sus talones, seguido de todos los demás.

Conforme se adentraban en el complejo, Thomas pensaba que las cosas no podían ir a peor, pero lo hacían. Los edificios estaban más degradados y las calles, más sucias. Vio a varias personas tumbadas en las aceras, con las cabezas apoyadas sobre bolsas mugrientas o andrajos de ropa, la vista clavada en el cielo, los ojos vidriosos y una expresión de júbilo inconsciente. El Éxtasis tenía un nombre muy acertado, pensó Thomas.

Los guardias encabezaban la marcha, moviendo sus lanzagranadas de izquierda a derecha, apuntando a cualquiera que se acercara a menos de diez pasos. En un momento dado, se cruzaron con un hombre de aspecto devastado. Tenía la ropa hecha harapos, el pelo enmarañado y apelmazado con algún tipo de pringue negro, y la piel cubierta de un sarpullido. Tan pronto como se topó con un adolescente drogado, empezó a golpearle.

Thomas se detuvo, inseguro sobre si debía ayudarlos.

—Ni se te ocurra —le advirtió el guardia más bajo antes de que dijera nada—.

Sigue avanzando.

—Pero ¿no es vuestro trabajo…?

El otro guardia le interrumpió:

—Cállate y déjanoslo a nosotros. Si nos metiéramos en todas las riñas o peleas que vemos, no acabaríamos nunca. Probablemente estaríamos muertos. Esos dos pueden resolver sus propios problemas.

—Tú llévanos hasta Newt —dijo Minho sin alterarse.

Mientras continuaban, Thomas trató de ignorar el grito gargarizante que se alzó a sus espaldas.

Por fin, llegaron a un muro alto con un gran arco que daba a un espacio abierto lleno de gente. Un cartel en la parte superior anunciaba en brillantes letras que estaban en la Zona Central. Thomas no tenía ni idea de lo que sucedía allí dentro, pero todo el mundo parecía ocupado.

Los guardias se detuvieron y el del bigote se dirigió al grupo:

—Sólo os lo voy a preguntar una vez: ¿estáis seguros de que queréis entrar ahí?

—Sí —respondió Minho enseguida.

—De acuerdo. Vuestro amigo está en la bolera. En cuanto le señalemos, quiero nuestro dinero.

—Vamos ya —gruñó Jorge.

Siguieron a los guardias, cruzaron el arco y entraron en la Zona Central. A continuación se detuvieron para mirar a su alrededor.

La primera palabra que saltó a la mente de Thomas fue «manicomio», y entonces se dio cuenta de que en esencia era prácticamente cierto.

Había raros por todas partes. Pululaban por un área circular de varios metros de diámetro que estaba rodeada por lo que antes habían sido tiendas, restaurantes y locales de entretenimiento, casi todos destartalados y cerrados. La mayoría de los infectados no parecía tan ida como el del pelo enmarañado que habían visto por la calle, pero se respiraba un ambiente desenfrenado. A Thomas todas las acciones y gestos le parecían… exagerados. Algunos soltaban risas histéricas, con los ojos rebosantes de locura, mientras se asestaban golpetazos en la espalda. Otros lloraban sin control, sollozaban solos en el suelo o caminaban en círculos con la cara entre las manos. Había pequeñas peleas por todas partes, y aquí y allá podías encontrar a una mujer o a un hombre inmóvil, gritando a pleno pulmón, con la cara colorada y el cuello tenso.

Tampoco faltaban los que se apiñaban en grupos, de brazos cruzados, moviendo la cabeza de izquierda a derecha, como si esperaran que los atacasen en cualquier momento. Y al igual que habían visto en los círculos exteriores, algunos de los raros estaban perdidos en la bruma del Éxtasis, sentados o tumbados en el suelo, sonriendo, ajenos al caos. Unos cuantos guardias caminaban por allí, con las armas preparadas,

pero les superaban en número con creces.

—Recuérdame que no compre por aquí ninguna propiedad —bromeó Minho.

Thomas no pudo reírse. Le invadían la angustia y la desesperación por que todo aquello terminara.

—¿Dónde está la bolera? —quiso saber.

—Por ahí —contestó el guardia más bajo, y echó a andar hacia la izquierda, pegado a la pared mientras ellos le seguían.

Brenda caminaba junto a Thomas, sus brazos se rozaban a cada paso. Él tenía ganas de cogerla de la mano, pero no quería hacer ningún movimiento que atrajera la atención. Todo en aquel lugar era tan imprevisible que no veía conveniente hacer nada que no fuera absolutamente necesario.

La mayor parte de los raros detenía sus febriles actividades para mirar al pequeño grupo de recién llegados cuando se acercaban y pasaban por su lado. Thomas mantuvo la mirada en el suelo por miedo a mirar a alguien a los ojos y provocar hostilidad o que le hablaran. Hubo abucheos, silbidos y una gran cantidad de bromas pesadas o insultos mientras avanzaban. Pasaron por una ruinosa tienda de comestibles; allí, Thomas vio a través de las ventanas abiertas, cuyos cristales hacía tiempo habían desaparecido, que casi todas las estanterías estaban vacías. Había una consulta de un médico y un puesto de bocadillos, pero ninguno de los dos locales tenía las luces encendidas.

Alguien le agarró de la camiseta a la altura del hombro y Thomas se dio la vuelta para ver quién era, al tiempo que apartaba la mano. Ante él se hallaba una mujer con el pelo oscuro y sucio y un arañazo en la barbilla, pero por lo demás de apariencia normal. Tenía el entrecejo fruncido y se le quedó mirando un momento antes de abrir la boca cuanto pudo. Al hacerlo, reveló unos dientes en buenas condiciones, salvo porque resultaba evidente que no se los había cepillado en bastante tiempo, y una lengua hinchada y descolorida. Después volvió a cerrarla.

—Quiero besarte —dijo—. ¿Qué dices, muñe? —emitió una maniaca llena de resoplidos y le pasó la mano suavemente por el pecho.

Thomas se apartó y continuó caminando. Advirtió que los guardias ni siquiera se habían parado para asegurarse de que no le ocurría nada malo.

Brenda se acercó más y le susurró:

—Eso habría sido lo más espeluznante que hemos visto hasta ahora.

Él asintió y siguió avanzando.

Capítulo 38

La bolera no tenía puerta. A juzgar por la gruesa capa de óxido que cubría las bisagras al descubierto, se habían deshecho de ella hacía tiempo. Un gran cartel de madera colgaba de la entrada, pero las palabras que antes mostrara habían desaparecido y sólo quedaban rayas de colores apenas visibles.

—Está ahí dentro —anunció el guardia del bigote—. Ahora, pagadnos.

Minho pasó a su lado, se asomó por la abertura y estiró el cuello para observar el interior. Después se volvió y miró a Thomas.

—Le veo al fondo —dijo con expresión preocupada—. Está oscuro ahí dentro, pero sin duda es él.

Thomas había estado tan concentrado en encontrar a su amigo que ahora no tenía ni idea de qué decirle. ¿Por qué les había dicho que se perdieran?

—Queremos nuestro dinero —repitió el guardia.

Jorge no se inmutó.

—Conseguiréis el doble si os aseguráis de que volvemos sanos y salvos a nuestro iceberg.

Los guardias lo discutieron y contestó el bajo:

—El triple. Y queremos la mitad ahora para comprobar que no nos estáis tomando el pelo.

—Trato hecho, muchacho.

Al ver cómo Jorge sacaba su tarjeta y le hacía una transferencia al guardia, Thomas tuvo la desagradable satisfacción de que le estaban robando dinero a CRUEL.

—Esperaremos aquí —dijo el guardia cuando acabaron.

—Vamos —instó Minho, y entró en el edificio sin esperar respuesta.

Thomas miró a Brenda, que tenía el entrecejo fruncido.

—¿Qué pasa? —preguntó, como si pudiera resumirse en una sola cosa.

—No lo sé —respondió ella—. Tengo un mal presentimiento.

—Sí, tú y yo.

Ella le dedicó media sonrisa y le cogió de la mano, gesto que él acogió de buen grado. Entraron en la bolera con Jorge a su espalda.

Al igual que le ocurría con muchas otras cosas desde que le borraron la memoria, a Thomas le venían imágenes de lo que debía de ser una bolera y de cómo funcionaba, pero no recordaba haber jugado a los bolos. La sala en la que entraron no se parecía en nada a lo que se esperaba.

Las pistas estaban devastadas, habían arrancado o roto la mayoría de los paneles de madera. El espacio estaba lleno de sacos de dormir y mantas, con gente echada la siesta o aturdida, sin despegar la vista del techo. Brenda le había dicho a Thomas que

tan sólo los ricos podía permitirse el Éxtasis, así que se preguntó cómo se atrevían a revelar a los demás que lo estaban usando en un lugar como aquel. Se imaginó que alguien no tardaría mucho en hacer lo que hiciera falta para conseguir la droga.

En los huecos donde se colocaban los bolos ardían varias hogueras, algo no precisamente seguro. Pero al menos una persona estaba sentada junto a cada una de ellas, al tanto de todo. El olor a madera quemada floraba en el aire y una nube de humo invadía la oscuridad.

Minho señaló la pista del extremo izquierdo, a unos treinta metros. No había mucha gente por allí, dado que la mayor parte se concentraba en las pistas de en medio, pero Thomas localizó a Newt enseguida pese a la escasa iluminación, gracias a un destello de su pelo largo y rubio a la luz del fuego y a la forma familiar de su cuerpo alicaído. Estaba de espaldas a ellos.

—Vamos allá —le susurró a Brenda.

Nadie les impidió llegar hasta Newt. Avanzaron con cuidado a través del laberinto de gente que dormitaba en mantas, hasta que llegaron a la pista del fondo. Thomas no desviaba su atención del suelo que pisaba. Lo último que quería era molestar a un raro y que le mordiera la pierna.

Estaban a unos tres metros de Newt, cuando de repente habló con una voz que retumbó en las oscuras paredes de la bolera:

—¡Malditos pingajos, os dije que os perdierais!

Minho se detuvo y Thomas estuvo a punto de tropezarse con él. Brenda le apretó la mano, luego se la soltó y entonces él se dio cuenta de lo mucho que le sudaba. Al oír aquellas palabras salir de la boca de Newt, supo que todo había terminado. Su amigo no volvería a ser el mismo, tan sólo le quedaban unos desagradables días por delante.

—Tenemos que hablar —dijo Minho, acercándose un poco más a Newt, para lo que tuvo que pasar por encima de una mujer flaca que estaba tumbada de lado.

—No te acerques más —contestó Newt en voz baja, pero amenazante—. Esos matones me trajeron aquí por una razón. Creían que era un maldito inmune escondido en un fuco iceberg. Imaginaos su sorpresa cuando supieron que el Destello me estaba corroyendo el cerebro. Dijeron que estaban cumpliendo con su deber cívico cuando me tiraron en esta ratonera.

Al ver que Minho no respondía, Thomas habló, intentando que las palabras de Newt no le abrumasen:

—¿Por qué crees que estamos aquí, Newt? Siento que tuvieras que quedarte y te pillaran, siento que te trajeran aquí. Pero podemos sacarte. Por lo visto, a nadie le importa una clonc quién entra o quién sale.

Newt se dio la vuelta despacio para mirarles, y a Thomas se le cayó el alma a los pies cuando vio que sostenía un lanzagranadas en las manos. Y tenía mal aspecto,

como si hubiera estado corriendo, luchando y cayendo por precipicios tres días seguidos. Pero, a pesar de la ira que inundaba sus ojos, todavía no le vencía la locura.

—¡Vaya! —exclamó Minho, que retrocedió un paso y casi pisó a la señora que tenía detrás—. Tranquilito: no tienes por qué apuntarme con un fuco lanzagranadas a la cara mientras hablamos. ¿De dónde has sacado esa cosa, por cierto?

—Lo robé —contestó Newt—. Se lo quité a un guardia que me hizo… enfadar —le temblaban ligeramente las manos, lo que puso a Thomas nervioso, y apoyó el dedo sobre el gatillo—. No estoy… bien. En serio, agradezco que hayáis venido a por mí, puñeteros pingajos, de verdad. Pero aquí es donde termina todo. Aquí es donde os dais la vuelta, salís por la puerta, os dirigís a vuestro iceberg y os marcháis. ¿Está claro?

—No, Newt, no está claro —replicó Minho con un tono cada vez más frustrado—. Nos hemos arriesgado a venir a este lugar porque eres nuestro amigo y queremos llevarte a casa. Si quieres lloriquear mientras te vuelves loco, muy bien; pero lo vas a hacer con nosotros, no con estos fucos raros.

De repente, Newt se incorporó, tan rápido que Thomas casi dio un traspié. Levantó el lanzagranadas y apuntó a Minho.

—¡Yo soy un raro, Minho! ¿Por qué no te metes eso en tu maldita mollera? Si tuvieras el Destello y supieras por lo que estás a punto de pasar, ¿te gustaría que tus amigos te vieran? ¿Eh? ¿Te gustaría? —las últimas palabras las gritó, sacudido por un temblor que aumentaba gradualmente.

Minho no dijo nada, y Thomas sabía por qué. Él mismo intentaba encontrar palabras, pero sin éxito. Ahora Newt le fulminaba con la mirada.

—Y tú, Tommy —dijo, bajando la voz—, tienes mucho morro viniendo aquí para pedirme que me marche con vosotros. Mucho morro. Tu mera presencia me pone enfermo.

Thomas se quedó mudo de asombro. Nunca nada que le hubieran dicho le había dolido tanto. Nada.

Capítulo 39

Thomas no podía pensar en una explicación posible para aquel comentario.

—¿De qué hablas? —preguntó.

Newt no respondió, sino que siguió mirándole duramente mientras le temblaban los brazos y le apuntaba con el lanzagranadas al pecho. Pero entonces se calmó y su expresión se suavizó. Bajó el arma y miró al suelo.

—Newt, no lo pillo —insistió Thomas en voz baja—. ¿Por qué dices todo esto?

Su amigo volvió a alzar la vista. Sus ojos ya no poseían la amargura de hacía tan sólo unos segundos.

—Lo siento, tíos. Lo siento, pero necesito que me escuchéis. Conforme pasan las horas, empeoro y ya no me queda mucha cordura. Por favor, marchaos.

Cuando Thomas abrió la boca para rebatirle, Newt levantó las manos.

—¡No! Tú no hables más. Es que… por favor. Por favor, marchaos. Os lo suplico. Os ruego que me hagáis este último favor. Os lo pido con toda sinceridad: hacedme este favor. He conocido a un grupo que es como yo y planea escaparse para ir a Denver hoy, más tarde. Voy a ir con ellos —hizo una pausa, y a Thomas le costó muchísimo permanecer callado. ¿Por qué querrían escaparse e ir a Denver?—. No espero que lo entendáis, pero ya no puedo seguir con vosotros. Ya es bastante duro para mí y empeoraré si sé que estáis presentes. Y lo peor de todo es que podría haceros daño. Así que despidámonos de una maldita vez y prometedme que me recordaréis como en los viejos tiempos.

—No puedo —musitó Minho.

—¡No me fuques! —gritó Newt—. ¿Tienes idea de lo que me cuesta estar calmado ahora mismo? Ya he dicho lo que tenía que decir, he terminado. ¡Largaos de aquí! ¿Lo entendéis? ¡Largaos de aquí!

Alguien le dio a Thomas en el hombro; al darse la vuelta, vio que varios raros se habían reunido detrás de ellos. Quien le había tocado era un hombre alto, de pecho ancho, con el pelo largo y grasiento. Volvió a alargar el brazo y le empujó con la punta del dedo.

—Creo que nuestro nuevo amigo os ha pedido que le dejéis en paz —dijo, y se lamió los labios al tiempo que hablaba.

—No es asunto tuyo —contestó Thomas. Percibía el peligro, pero por alguna razón no le importaba. En su interior sólo había espacio para la rabia que le provocaba Newt—. Era nuestro amigo mucho antes de llegar aquí.

El hombre se alisó su grasiento pelo con la mano.

—Ahora el chico es un raro, lo mismo que nosotros. Eso le convierte en asunto nuestro. Así que… dejadlo en paz.

Minho habló antes de que Thomas pudiera responder:

—Eh, psicópata, a lo mejor se te han taponado los oídos con el Destello: esto es entre Newt y nosotros. Vete tú.

El hombre frunció el ceño y levantó la mano para enseñar un largo fragmento de cristal que apretaba con el puño. La sangre goteaba por donde lo sujetaba.

—Esperaba que os resistierais —gruñó—. Estaba aburrido.

Movió el brazo con rapidez para cortar a Thomas en la cara con el cristal. Él se agachó y alzó las manos para desviar el golpe, pero, antes de que el arma le alcanzara, Brenda se interpuso y apartó la mano del tipo, lo que lanzó el trozo de cristal por los aires. Minho se abalanzó sobre el raro y lo tiró al suelo. Cayeron encima de la mujer por la que habían pasado antes para llegar a Newt y esta comenzó a soltar gritos desaforados, a sacudirse y a dar patadas. Pronto los tres se enzarzaron en una pelea.

—¡Basta! —gritó Newt—. ¡Parad ya!

Thomas se había quedado quieto como un clavo, agazapado y a la espera de una oportunidad para saltar en auxilio de Minho. Sin embargo, al darse la vuelta descubrió a Newt con el lanzagranadas dispuesto para disparar y los ojos coléricos.

—Parad o empezaré a disparar sin importarme una puñetera clonc quién salga herido.

El hombre con el pelo grasiento se apartó de la pelea y se levantó al tiempo que le daba una patada a la mujer, que soltó un quejido mientras Minho se levantaba con la cara llena de arañazos.

El sonido eléctrico de la carga del lanzagranadas resonó justo cuando a Thomas le vino un olorcillo a ozono quemado. Luego Newt apretó el gatillo. Una granada chocó contra el pecho del Pelo Grasiento y unos rayos de luz envolvieron su cuerpo mientras caía gritando al suelo, retorciéndose, con las piernas rígidas y babeando espuma por la boca.

Thomas no podía creer el repentino giro de los acontecimientos. Miró a Newt con los ojos como platos, contento porque hubiera hecho aquello y feliz porque no hubiera apuntado el lanzagranadas hacia él o Minho.

—Le dije que parara —medio susurró Newt. Después apuntó a Minho con el arma, pero se agitaba porque sus brazos estaban temblando—. Ahora marchaos. No hay discusión posible. Lo siento.

Minho levantó las manos.

—¿Vas a dispararme, viejo amigo?

—Vete —dijo Newt—. Te lo he pedido de buenas maneras. Te lo digo en serio, esto ya es difícil. Vete.

—Newt, vamos fuera…

—¡Marchaos! —Newt se acercó más y los apuntó con más fiereza—. ¡Largaos de aquí!

Thomas odiaba ser testigo de semejante escena, de la furia que tenía dominado a Newt. Todo su cuerpo temblaba, sus ojos habían perdido cualquier rastro de cordura. Estaba perdiendo la cabeza por completo.

—Vamos —dijo Thomas, y esa fue una de las palabras más tristes que había pronunciado—. Venga.

La mirada de Minho voló hacia él; parecía destrozado.

—No puedes hablar en serio.

Thomas se limitó a asentir. Minho hundió los hombros y clavó los ojos en el suelo.

—¿Cómo se ha fucado tanto el mundo? —murmuró en voz baja y con la voz rebosante de dolor.

—Lo siento —dijo Newt, y las lágrimas surcaron su rostro—. Voy… voy a disparar si no os vais. Ya.

Thomas no podía soportarlo ni un segundo más. Cogió a Brenda de la mano, a Minho del brazo, y tiró de ellos hacia la salida, pasando por encima de los cuerpos, abriéndose camino entre las mantas. Minho no se resistió y él no se atrevió a mirarle; sólo esperaba que Jorge les estuviera siguiendo. Continuó caminando por el vestíbulo, hasta las puertas y más allá, a la Zona Central, a la caótica multitud de raros.

Lejos de Newt. Lejos de su amigo y de su cerebro enfermo.

Capítulo 40

No había ni rastro de los guardias que les escoltaron hasta allí, pero se veían más raros que cuando entraron a la bolera. La mayoría parecía esperar a los recién llegados. Probablemente habían oído los sonidos del lanzagranadas y los gritos del tío al que habían disparado. O quizás alguien había salido a decírselo. En cualquier caso, Thomas sintió como si las personas que le miraban hubieran traspasado el Ido y tuvieran ganas de comer humanos.

—Mirad a esos idiotas —dijo alguien.

—¡Sí, no tienen mala pinta! —contestó otro—. Venid a jugar con los raros. ¿O ya ibais a uniros a nosotros?

Thomas siguió avanzando en dirección a la entrada arqueada de la Zona Central. Había soltado el brazo de Minho, pero continuaba agarrado a la mano de Brenda. Marcharon a través de la muchedumbre, aunque al final él tuvo que apartar la mirada de los ojos de la gente. Lo único que veía en los innumerables rostros ensangrentados y destrozados era locura, sed de sangre y celos. Quería echar a correr, pero tenía la impresión de que, si lo hacía, toda la multitud atacaría como una manada de lobos.

Llegaron al arco y lo cruzaron sin vacilar. Thomas los llevó por la calle principal, atravesando los círculos de casas en ruinas. El jaleo de la zona parecía haber vuelto a empezar ahora que se habían ido, e inquietantes sonidos de risas desquiciadas y gritos salvajes siguieron al grupo durante su trayecto. Cuanto más se alejaban del ruido, menos tenso estaba Thomas, aunque no se atrevía a preguntarle a Minho cómo se encontraba. Además, ya sabía la respuesta.

Pasaban por otro grupo de casas destartaladas cuando oyeron un par de gritos y luego unas pisadas.

—¡Corred! —gritó alguien—. ¡Corred!

Thomas se detuvo cuando los dos guardias que los habían abandonado aparecieron a toda velocidad por una esquina. No aflojaron el paso, sino que continuaron corriendo hacia el círculo exterior de la ciudad, donde estaba el iceberg. Ninguno de los dos tenía ya su lanzagranadas.

—¡Eh! —gritó Minho—. ¡Volved aquí!

El guardia del bigote volvió la vista.

—¡He dicho que corráis, idiotas! ¡Vamos!

Thomas no se paró a pensarlo y echó a correr detrás de ellos, sabedor de que esa era su única opción. Minho, Jorge y Brenda iban pegados a sus talones. Miró atrás y vio un grupo de raros persiguiéndoles, al menos una docena. Y parecían frenéticos, como si alguien hubiera dado a un interruptor y todos hubiesen traspasado el Ido a la vez.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Minho entre fuertes jadeos.

—¡Nos han sacado de la Zona! —gritó el más bajo—. Te juro por Dios que iban a comernos. Escapamos por los pelos.

—¡No dejéis de correr! —añadió el otro guardia.

De pronto, ambos cambiaron de rumbo por un callejón oculto.

Thomas y sus amigos continuaron hacia la salida que llevaba al iceberg. Los silbidos se elevaban detrás de ellos y él se arriesgó a echar un vistazo para ver a sus perseguidores. Llevaban la ropa hecha jirones, el pelo enmarañado y la cara cubierta de barro. Pero no les ganaban terreno.

—¡No pueden alcanzarnos! —gritó justo cuando vio la puerta exterior delante de ellos—. ¡Continuad, ya casi estamos!

Aun así, él aceleró más que en toda su vida, esforzándose todavía más que en el Laberinto, puesto que la mera idea de que uno de esos raros le atrapara le aterraba. Consiguieron llegar a la puerta y la cruzaron sin detenerse. No se molestaron en cerrarla, sino que corrieron hacia el iceberg, cuya escotilla se abrió tan pronto como Jorge presionó los botones del mando.

Llegaron a la rampa y Thomas la subió a toda prisa y se abalanzó dentro. Después se volvió para ver cómo sus amigos se deslizaban por el suelo a su alrededor. La rampa chirrió cuando empezó a subir para cerrarse. El grupo de raros que les perseguía no llegaría a tiempo, pero continuaban corriendo, gritando sandeces. Uno de ellos se agachó para coger una piedra y lanzarla. Cayó a unos seis metros.

El iceberg se elevó en el aire mientras la puerta se cerraba.

Jorge dejó la nave flotando en el aire a unos cuantos metros del suelo mientras se recuperaban. Los raros no eran una amenaza en el suelo, ninguno llevaba armas. Al menos, no los que les habían seguido hasta la muralla exterior.

Thomas se quedó con Brenda y Minho junto a uno de los ojos de buey para observar a la furiosa muchedumbre de abajo. Costaba creer que esa escena fuera real.

—Miradlos —dijo—. A saber qué estaban haciendo hace unos meses. Tal vez vivían en un edificio alto o trabajaban en una oficina.

Y ahora persiguen a la gente como animales.

—Yo te diré lo que estaban haciendo hace unos meses —contestó Brenda—: estaban deprimidos, tenían miedo de contraer el Destello, pero sabían que era inevitable.

Minho levantó las manos.

—¿Cómo pueden importarte? ¿Es que acaso estaba yo solo hace un rato? ¿Con mi amigo? Se llama Newt.

—No podíamos hacer nada —replicó Jorge desde la cabina de mando, y Thomas se estremeció ante su falta de compasión.

Minho se dio la vuelta para mirarle.

—Tú calla y pilota, cara fuco.

—Hago lo que puedo —respondió con un suspiro. Toqueteó unos instrumentos y puso en marcha el iceberg.

Minho se tiró al suelo, casi como si se hubiera derretido.

—¿Qué le pasará cuando se quede sin munición en el lanzagranadas? —preguntó en voz alta aunque a nadie en particular, y se quedó con la mirada perdida en la pared.

Thomas no tenía ni idea de qué responder, no había forma de expresar la pena que le inundaba el pecho. Se sentó junto a Minho en el suelo y permaneció allí sin decir nada mientras el iceberg se elevaba cada vez más y se alejaba del Palacio de los Raros.

Newt se había ido.

Capítulo 41

Al cabo de un rato, Thomas y Minho se levantaron y fueron a sentarse al sofá de la zona común mientras Brenda ayudaba a Jorge en la cabina de mandos.

Ahora que disponían de tiempo para pensar, la realidad de lo sucedido azotó a Thomas como una enorme piedra. Desde que entró en el Laberinto, había podido contar con Newt. Thomas no se había dado cuenta hasta entonces del amigo que tenía, y ahora sólo sentía dolor.

Intentó recordarse a sí mismo que Newt no estaba muerto; pero, de alguna manera, aquello era peor. De muchas maneras. Se había sumido en el declive de la demencia y estaba rodeado de raros sedientos de sangre. La posibilidad de no volverle a ver le resultaba casi insoportable.

Minho por fin habló con voz apagada:

—¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué no ha vuelto con nosotros? ¿Por qué me apuntó a la cara con esa arma?

—No habría apretado nunca el gatillo —le animó Thomas, aunque dudaba que fuera verdad.

Minho negó con la cabeza.

—Viste sus ojos cuando cambiaron: reflejaban una locura total. Estaría frito si hubiera seguido insistiendo. Está loco, macho. Está como unas maracas.

—Tal vez eso sea bueno.

—¿Cómo? —preguntó Minho mientras se volvía hacia Thomas.

—Tal vez, cuando se les va la cabeza, ya no sean ellos mismos. A lo mejor el Newt que conocemos ya no está y no es consciente de lo que le pasa. Así que en realidad no sufre.

A Minho pareció ofenderle la idea.

—Buen intento, gilipullo, pero no me lo creo. En mi opinión, siempre estará ahí para gritar desde el interior, desquiciado, padeciendo cada fuco segundo. Atormentado como si le estuvieran quemando vivo.

La imagen hizo que Thomas no quisiera hablar más, por lo que volvieron a guardar silencio. Él se quedó mirando al mismo sitio del suelo, sintiendo el terror del destino de Newt, hasta que el iceberg aterrizó de golpe en el aeropuerto de Denver. Entonces se restregó la cara con ambas manos.

—Supongo que ya hemos llegado.

—Creo que ahora entiendo a CRUEL un poco más —dijo Minho, ausente—. Después de ver esos ojos de cerca, de ver la locura… No es lo mismo cuando es alguien que conoces desde hace tiempo. He visto morir a muchos amigos, pero no puedo imaginarme nada peor. El Destello, macho. Si pudiéramos encontrar una cura para eso…

No terminó la frase, pero Thomas sabía lo que estaba pensando. Cerró los ojos un segundo. Nada era blanco o negro. Nunca lo sería.

Jorge y Brenda se reunieron con ellos tras un rato sentados en silencio.

—Lo siento —murmuró Brenda.

Minho gruñó algo; Thomas asintió y la contempló detenidamente, intentando hacerle comprender con los ojos lo mal que se sentía. Jorge permaneció allí sentado, con la vista clavada en el suelo.

Brenda se aclaró la garganta.

—Sé que es duro, pero tenemos que pensar en lo que vamos a hacer ahora.

Minho se puso de pie y la señaló.

—Puedes pensar lo que quieras sobre lo que quieras, señorita Brenda. Nosotros hemos dejado a nuestro amigo con un puñado de psicópatas —y salió furioso de la habitación.

Brenda posó la mirada en Thomas.

—Lo siento.

Él se encogió de hombros.

—No pasa nada. Estuvo con Newt dos años antes de que yo apareciera en el Laberinto. Le llevará un tiempo asumirlo.

—Estamos agotados, muchachos —dijo Jorge—. Quizá deberíamos descansar un par de días para reflexionar.

—Sí —murmuró Thomas.

Brenda se inclinó hacia él y le apretó la mano.

—Ya se nos ocurrirá algo.

—Sólo hay un sitio por donde empezar —contestó Thomas—. La casa de Gally.

—Tal vez tengas razón —volvió a apretarle la mano, la soltó y se levantó—. Vamos, Jorge. Vamos a hacer algo de comer.

Dejaron a Thomas solo con su dolor.

Tras una comida espantosa durante la que nadie intercambió más que un par de palabras sin sentido, los cuatro se fueron a sitios diferentes. Thomas no podía sacarse a Newt de la cabeza mientras andaba por el iceberg sin rumbo fijo. El corazón le daba un vuelco cada vez que pensaba en lo que se convertiría la vida del amigo que habían perdido, lo poco que le quedaba de ella.

«La nota».

Se quedó aturdido un momento, después corrió al baño y cerró la puerta. ¡La nota! En medio del caos del Palacio de los Raros, se había olvidado por completo. Newt le había dicho que sabría cuándo habría llegado el momento de leerla. Y tendría que haberlo hecho antes de dejarlo en aquel lugar rancio. Si el momento adecuado no había sido entonces, ¿cuándo lo habría sido?

Sacó el sobre de su bolsillo y lo abrió para extraer la nota de papel. La suave luz

que rodeaba el espejo iluminaba el mensaje en un cálido resplandor. Eran dos frases cortas:

> Mátame.
> Si alguna vez has sido mi amigo, mátame.

Lo leyó una y otra vez, deseando que las palabras cambiaran. El hecho de pensar que su amigo había estado tan asustado como para escribir esas palabras le revolvía el estómago. Y recordó lo mucho que se había enfadado Newt cuando lo encontraron en la bolera. Tan sólo quería soslayar el inevitable destino de convertirse en un raro.

Y Thomas le había fallado.

Capítulo 42

Decidió no contarles a los demás nada sobre el mensaje de Newt. No veía para qué podía servir. Había llegado el momento de seguir adelante, y lo hizo con una frialdad que no sabía que tuviera.

Pasaron dos noches en el iceberg, descansando y haciendo planes. Ninguno conocía muy bien la ciudad ni tenía buenos contactos. Sus conversaciones siempre volvían a Gally y el Brazo Derecho. El Brazo Derecho quería detener a CRUEL. Y si era cierto que CRUEL iba a empezar las Pruebas otra vez con nuevos inmunes, Thomas y sus amigos tenían los mismos objetivos que el Brazo Derecho.

Gally. Tenían que volver con Gally.

A la mañana del tercer día tras su roce con Newt, Thomas apareció y se unió a los demás para una comida rápida. Eran evidentes las ganas que tenían todos de ponerse en marcha después de dos días sentados sin hacer nada. El plan era ir al apartamento de Gally y empezar por allí. Les preocupaba un poco lo que Newt les había dicho, sobre que algunos raros tenían pensado escapar del Palacio de los Raros para ir a Denver, pero desde el aire no habían visto ni rastro de ellos.

En cuanto estuvieron preparados, se reunieron en la escotilla.

—Dejadme hablar a mí otra vez —dijo Jorge.

Brenda asintió.

—Y cuando entremos, iremos a buscar un taxi.

—Muy bien —mascculló Minho—. Basta de fuca cháchara y vámonos.

Thomas no podía haberlo dicho mejor. El movimiento era lo único que atenuaría la desesperanza que sentía por Newt y aquella terrible nota.

Jorge pulsó un botón y la enorme rampa de carga empezó a bajar. La puerta no había hecho más que abrirse a medias cuando vieron a tres personas esperando de pie ante el iceberg. Para cuando la rampa tocó el suelo, Thomas ya se había dado cuenta de que no les aguardaban con una pancarta de bienvenida.

Dos hombres. Una mujer. Llevaban las mismas máscaras protectoras de los Camisas Rojas de la cafetería. Los hombres sostenían unas pistolas y la mujer, un lanzagranadas. Tenían la cara sucia y sudorosa, y la ropa hecha jirones, como si hubieran tenido que luchar contra un ejército entero para llegar hasta allí. Thomas esperaba que fuera una medida prudente de seguridad.

—¿Qué es esto? —preguntó Jorge.

—Cierra el pico, mune —dijo uno de los hombres, cuya voz mecanizada hacía más siniestras las palabras—. Baja hasta aquí tranquilo o no te gustará el resultado. No. Intentes. Nada.

Thomas miró más allá de sus atacantes y se sorprendió al ver que las dos puertas que daban a la ciudad de Denver estaban abiertas de par en par y dos personas yacían

inertes en el callejón que llevaba a la ciudad.

Jorge fue el primero en responder:

—Como empieces a disparar, hermano, nos echaremos sobre ti como moscas a una boñiga. Puede que le des a uno de nosotros, pero podremos con vosotros tres, gamberro.

Thomas sabía que aquella era una amenaza vacía.

—No tenemos nada que perder —respondió el hombre—. Mostradnos de qué sois capaces. Estoy seguro de que alcanzaré a dos de vosotros antes de que nadie dé un paso —alzó el arma un par de centímetros y apuntó a la cara de Jorge.

—Muy bien —farfulló este, y alzó las manos—. Ganas de momento.

Minho gruñó.

—Eres un gilipullo testarudo —pero también levantó las manos—. Tíos, será mejor que no bajéis la guardia. Sólo os digo eso.

Thomas sabía que no les quedaba más remedio que obedecer. Levantó las manos y fue el primero en bajar la rampa. Los demás le siguieron y les llevaron a la parte trasera del iceberg, donde les esperaba una destartalada camioneta cuyo motor emitía un gran estruendo. Dentro, una mujer con una máscara protectora estaba sentada al volante y dos más, armados con lanzagranadas, sentados en los asientos traseros.

Uno de los hombres abrió la puerta lateral y les indicó con un gesto de la cabeza que entraran.

—Adentro. Un movimiento en falso y las balas empezarán a volar. Como he dicho, no tenemos nada que perder. Y se me ocurren un par de cosas peores que uno o dos munes menos en el mundo.

Thomas subió a la parte trasera de la furgoneta, pensando todo el tiempo en sus posibilidades. Seis contra seis, se dijo. Pero ellos tenían armas.

—¿Quién os paga para que secuestréis inmunes? —inquirió mientras sus amigos se sentaban detrás de él. Quería que alguien le confirmara lo que Teresa le había contado a Gally, que estaban reuniendo muñes para venderlos.

Nadie respondió.

Los tres que les habían recibido a la salida del iceberg subieron a la furgoneta y cerraron las puertas. Luego apuntaron con las armas hacia atrás.

—Hay un montón de capuchas negras en esa esquina —dijo el líder—. Ponéoslas. Y no me tomaré bien que os asoméis para echar un vistazo durante el viaje. Nos gusta mantener a salvo nuestro secretos.

Thomas suspiró; discutir sería inútil. Cogió una de las capuchas y se la puso en la cabeza. Para cuando la furgoneta arrancó con un rugido del motor, lo único que veía era oscuridad.

Capítulo 43

Fue un viaje sin complicaciones, pero pareció durar una eternidad. Y tanto tiempo para pensar no era precisamente lo que Thomas necesitaba, sobre todo sin poder ver. Tenía náuseas cuando por fin se detuvieron.

Al oír cómo se abría la puerta de la furgoneta, instintivamente se echó la mano a la cabeza para quitarse la capucha.

—No lo hagas —espetó el líder—, no te atrevas a quitártela hasta que te lo digamos. Ahora sal despacio. Hacednos el favor de manteneros con vida.

—Está claro que eres un pingajo bravucón —oyó decir a Minho—. Es fácil cuando tienes a seis personas armadas. ¿Por qué no…? —fue interrumpido por un fuerte puñetazo, seguido de un gruñido.

Unas manos agarraron a Thomas y le sacaron de la furgoneta con tanta violencia que casi se cayó. En cuanto recuperó el equilibrio, alguien volvió a tirar de él y a arrastrarlo; Thomas apenas podía mantenerse en pie.

Guardó silencio mientras bajaban unas escaleras y luego caminaban por un largo pasillo. Se detuvieron y oyó cómo pasaban una tarjeta, el chasquido de la cerradura y el crujido de una puerta al abrirse. Los murmullos de unas voces inundaron el aire como si un montón de personas estuvieran esperando dentro.

La mujer le dio un empujón y él avanzó unos cuantos pasos a trompicones. Después se echó de inmediato la mano a la cabeza y se quitó la capucha justo cuando la puerta se cerró detrás de él.

Estaban en una enorme sala llena de gente, la mayoría sentada en el suelo. Unas luces tenues en el techo iluminaban los rostros que les miraban fijamente, algunos de ellos sucios, la mayoría con arañazos o moratones.

Una mujer se acercó, presa del miedo y la preocupación.

—¿Qué pasa ahí fuera? —preguntó—. Llevamos aquí dentro unas horas y entonces todo se venía abajo. ¿Ha empeorado?

Más personas empezaron a acercarse al grupo mientras Thomas contestaba:

—Estábamos fuera de la ciudad, nos pillaron en la entrada. ¿A qué te refieres con que todo se venía abajo? ¿Qué ha pasado?

La mujer bajó la vista al suelo.

—El gobierno ha declarado el estado de emergencia, sin ningún tipo de aviso. Luego, la policía, las máquinas poli, los controladores del Destello…, todos desaparecieron. Todos a la vez, por lo visto. Nos atraparon cuando buscábamos empleo en el edificio de la ciudad. Ni siquiera tuvimos tiempo de saber lo que pasaba o por qué.

—Nosotros éramos guardias del Palacio de los Raros —dijo otro hombre—. Han desaparecido más como nosotros, así que hace unos días renunciamos y fuimos a

Denver. También nos pillaron en el aeropuerto.

—¿Cómo es qué todo se ha puesto tan mal de repente? —quiso saber Brenda—. Estuvimos aquí hace tres días.

El hombre soltó una fuerte y amarga carcajada.

—La ciudad entera está llena de idiotas que creen haber estado conteniendo el virus. Era un murmullo largo y lento, pero al final nos ha explotado en la cara. El mundo no tiene esperanza, el virus es demasiado resistente. Algunos lo veíamos venir desde hacía tiempo.

La mirada de Thomas se volvió hacia el grupo que se aproximaba y se quedó atónito al ver a Aris.

—Minho, mira —dijo, dándole un codazo y señalando.

El chico del Grupo B había esbozado una amplia sonrisa y corría hacia ellos. Detrás de él, Thomas vio a un par de chicas que en el Laberinto habían pertenecido al grupo de Aris. Fueran quienes fueran las personas que se los habían llevado, se les daba bien su trabajo.

Aris alcanzó a Thomas y aguardó como si estuviera a punto de abrazarle, pero acabó dándole la mano. Él se la estrechó.

—Me alegro de que estéis bien —dijo el chico.

—Lo mismo digo —al ver la cara familiar de Aris, Thomas se dio cuenta de que el resentimiento que había experimentado por lo sucedido en la Quemadura había desaparecido—. ¿Dónde está el resto?

El semblante de Aris se ensombreció.

—La mayoría ya no está con nosotros. Los llevaron con otro grupo.

Antes de que Thomas pudiera procesar sus palabras, apareció Teresa. Thomas tuvo que aclararse la garganta para deshacer el nudo que de pronto se le había formado.

—¿Teresa? —sentía tal ráfaga de emociones contradictorias que apenas podía pronunciar palabra.

—Eh, Tom —se acercó a él con mirada triste—. Me alegro mucho de que estés bien.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Sí, lo mismo digo.

Una parte de él la odiaba, otra la echaba de menos. Quería gritarle por haberse marchado de CRUEL sin ellos.

—¿Adónde fuisteis, chicos? —preguntó ella—. ¿Cómo habéis llegado a Denver?

—¿A qué te refieres con que adonde fuimos? —repuso Thomas, confundido.

Ella le observó unos segundos.

—Tenemos mucho de que hablar.

Thomas entrecerró los ojos.

—¿En qué estás metida ahora?

—No estoy metida en… —sonaba desafiante—. Es obvio que ha habido una falta de comunicación. Mira, ayer casi todo nuestro grupo fue capturado por diversos cazarrecompensas. Lo más seguro es que los hayan vendido a CRUEL. Incluido Fritanga. Lo siento.

Una imagen del cocinero saltó a la cabeza de Thomas. No sabía si podría soportar la pérdida de otro amigo.

Minho se inclinó para hablar:

—Veo que sigues tan alegre como siempre. Me alegro de contar con tu positiva presencia.

Teresa le ignoró.

—Tom, no tardarán en trasladarnos. Por favor, ven a hablar conmigo. En privado. Ahora.

Thomas odió percatarse de sus ganas de hacerlo e intentó ocultar su impaciencia.

—El Hombre Rata ya me ha soltado el discurso. Por favor, dime que no estás de acuerdo con él y no crees que debería regresar a CRUEL.

—No sé de qué estás hablando —hizo una pausa, como si tratase de vencer su orgullo—. Por favor.

Él la contempló un buen rato, inseguro de cómo se sentía. Brenda se encontraba a tan sólo unos pasos y estaba claro que no se alegraba de ver a Teresa.

—¿Y bien? —preguntó Teresa, y señaló a su alrededor—. No hay mucho que hacer aquí, salvo esperar. ¿Estás demasiado ocupado para hablar conmigo?

Thomas tuvo que obligarse a no poner los ojos en blanco. Señaló a un par de sillas vacías que había en un rincón de la gran sala.

—Vamos, pero date prisa.

Capítulo 44

Thomas se sentó con la cabeza apoyada en la pared y los brazos cruzados. Teresa se había sentado con las piernas dobladas, de cara a él. Minho le había advertido que no la escuchara y que se alejara de ella.

—Bueno —dijo la chica.

—Bueno.

—¿Por dónde empezamos?

—Esto ha sido idea tuya. Dímelo tú. Si no tienes nada que decir, lo damos por concluido.

Teresa suspiró.

—Quizá podrías empezar dándome el beneficio de la duda y dejar de actuar como un capullo. Sí, sé que hice cosas en la Quemadura, pero también sabes por qué las hice: para salvarte a la larga. Entonces no sabía que se trataba de Variables y patrones. ¿Me crees? Háblame como una persona normal.

Thomas dejó que el silencio inundara el aire por unos instantes antes de responder.

—Vale, muy bien. Pero me dejaste tirado en CRUEL, lo que demuestra que…

—¡Tom! —gritó, y por su expresión se diría que le habían dado una bofetada—. ¡No os dejamos tirados! ¿Qué dices?

—¿Qué dices tú? —Thomas no comprendía nada.

—¡No os dejamos tirados! Fuimos a buscaros. ¡Vosotros fuisteis los que nos dejasteis tirados!

Thomas se limitó a mirarla fijamente.

—¿Crees que soy estúpido?

—Lo único de lo que se hablaba en el complejo era de que tú, Newt y Minho os habíais escapado y estabais en algún sitio del bosque circundante. Os buscamos, pero no encontramos ni rastro de vosotros. Tenía la esperanza de que hubierais conseguido llegar a la civilización. ¿Por qué crees que me ha hecho tanta ilusión verte vivo?

Thomas notó que se revolvía una ira familiar.

—¿Cómo puedes pensar que voy a creerme eso? Seguro que sabías lo que intentó decirme el Hombre Rata: que me necesitaban, que soy lo que llaman el Candidato Final.

Teresa se encorvó.

—Crees que soy la persona más malvada de la Tierra, ¿verdad? —no esperó a que le contestara—. Si hubieras recuperado la memoria como se suponía que tenías que hacer, verías que soy la misma de siempre. Hice lo que hice en la Quemadura para salvarte y desde entonces he estado intentando compensarlo.

A Thomas le estaba costando seguir enfadado, pues la chica no parecía estar

actuando.

—¿Por qué debería creerte, Teresa? ¿Por qué?

Ella levantó la vista para mirarle. Tenía los ojos vidriosos.

—Te lo juro, no lo sé todo sobre el Candidato Final. Eso se desarrolló después de que fuéramos al Laberinto, así que no tengo recuerdos sobre ese asunto. Pero sí que me he enterado de que CRUEL no tiene intención de parar las Pruebas hasta que consiga el programa. Se están preparando para empezar otra ronda, Thomas. CRUEL está reuniendo a más inmunes para que participen en las nuevas pruebas si las anteriores no funcionan. Y no puedo volver a hacerlo. Me marché para encontrarte. Eso es todo.

Thomas no respondió. Una parte de él quería creerla. Desesperadamente.

—Lo siento mucho —añadió Teresa con un suspiro. Apartó la mirada y se pasó la mano por el pelo. Esperó varios segundos antes de volver a mirarle—. Lo único que puedo decirte es que estoy destrozada, hecha polvo. Antes creía que podían descubrir una cura y que te necesitaban para conseguirlo. Pero ahora es distinto. He recuperado la memoria, aunque no puedo pensar como antes. Ahora me doy cuenta de que esto no terminará nunca.

Dejó de hablar, pero Thomas no tenía nada que decir. La miró a la cara y distinguió un dolor que nunca le había visto antes. Le estaba diciendo la verdad.

Ella no esperó a que hablara antes de continuar:

—Así que he hecho un trato conmigo misma: haré lo que haga falta para compensar mis errores. Antes quería salvar a mis amigos y a los otros inmunes, si era posible. Y mira qué gran trabajo he hecho.

Thomas pensó en qué decir.

—Bueno, nosotros no lo hemos hecho mejor, ¿no?

Teresa enarcó las cejas.

—¿Esperabas detenerlos?

—Estamos a punto de que nos vendan a CRUEL, así que ¿qué importa?

No respondió de inmediato. Thomas habría dado cualquier cosa por estar dentro de su cabeza, pero no como antes. Por un instante, se puso triste; sabía que habían pasado muchísimas horas juntos de las que ya no tenía ningún recuerdo. Habían llegado a ser mejores amigos.

—Si pudiéramos hacer algo —dijo finalmente—, me gustaría que volvieras a confiar en mí. Sé que podemos convencer a Aris y a los demás para que nos ayuden. Se sienten igual que yo.

Thomas sabía que debía tener cuidado. Era extraño que estuviera de acuerdo con él respecto a CRUEL ahora que había recuperado la memoria.

—Veremos qué pasa —dijo al final.

Ella frunció el entrecejo.

—No confías en mí para nada, ¿no?

—Veremos qué pasa —repitió. Luego se levantó y se alejó. No soportaba el dolor que reflejaba su rostro. Y se odiaba a sí mismo por preocuparse después de todo lo que le había hecho.

Capítulo 45

Thomas encontró a Minho sentado con Brenda y Jorge cuando regresó, y Minho no parecía contento de verle. Le lanzó una mirada desagradable.

—Bueno, ¿qué tiene que decir esa fuca traidora?

Se sentó a su lado. Varios desconocidos se reunieron a su alrededor y se quedaron escuchando.

—¿Y bien? —insistió Minho.

—Me ha dicho que escaparon porque descubrieron los planes de CRUEL para empezar todo otra vez si era necesario. Que estaban reuniendo inmunes, como Gally nos contó. Jura que les hicieron creer que nos habíamos escapado y nos estaban buscando —hizo una pausa. Sabía que a su amigo no le gustaría la siguiente parte—. Y nos ayudará si puede.

Minho negó con la cabeza.

—Eres un gilipullo. No deberías haber hablado con ella.

—Gracias —Thomas se frotó la cara. Minho tenía razón.

—No quisiera interrumpir, muchachos —dijo Jorge—. Podéis pasaros todo el día hablando sobre esa mierda, pero no tendrá ninguna importancia a menos que salgamos de aquí. No importa quién esté de parte de quién.

Justo entonces se abrió la puerta de la sala y entraron tres de sus captores con unos grandes sacos repletos de algo. Les seguía un cuarto, armado con un lanzagranadas y una pistola. Recorrió con la vista la sala en busca de problemas y los otros comenzaron a pasar lo que había dentro de las bolsas: pan y botellas de agua.

—¿Cómo es posible que siempre nos metamos en estos líos? —preguntó Minho—. Al menos antes podíamos echarle la culpa de todo a CRUEL.

—Sí, bueno, aún podemos hacerlo —murmuró Thomas.

Minho sonrió abiertamente.

—Sí, menudos cara fucos.

Un silencio incómodo se asentó en la habitación mientras los secuestradores deambulaban a su alrededor. La gente empezó a comer, y Thomas se dio cuenta de que tendrían que susurrar si querían seguir hablando. Minho le codeó suavemente.

—Sólo uno de ellos está armado —murmuró—. Y no parece tan malo. Me apuesto lo que sea a que podemos con él.

—Quizá —respondió él por lo bajo—, pero no hagas ninguna estupidez. Tiene una pistola y un lanzagranadas. Y créeme, no te gustaría que te dispararan con ninguno de los dos.

—Bueno, confía en mí esta vez.

Minho le guiñó el ojo y Thomas se limitó a suspirar. No había muchas probabilidades de que lo que estaba a punto de suceder pasara desapercibido.

Los secuestradores se acercaron a ambos y se detuvieron junto a su pequeño grupo. Thomas cogió un panecillo y una botella de agua, pero, cuando el hombre intentó pasarle el pan a Minho, este lo retiró.

—¿Por qué iba a aceptar nada de vosotros? Seguramente esté envenenado.

—¿Quieres pasar hambre? Muy bien —replicó el tipo y siguió caminando.

Ya casi había pasado de largo cuando Minho se puso en pie de un salto y se enfrentó al hombre que llevaba el lanzagranadas. Thomas se estremeció cuando el arma se deslizó por el brazo del tipo y descargó, enviando una granada al techo, donde se estrelló en un espectáculo de luz. El secuestrador estaba aún en el suelo cuando Minho comenzó a asestarle puñetazos, esforzándose por arrebatarle la pistola con la mano que tenía libre.

Por un momento, todos se quedaron quietos. Pero entonces el movimiento explotó antes de que Thomas pudiera reaccionar. Los tres guardias restantes dejaron sus sacos para ir a por Minho y, antes de que pudieran dar un paso, seis personas se les echaron encima y les tiraron al suelo. Jorge ayudó a Minho a arrastrar al guardia y le pisoteó el brazo hasta que por fin soltó la pistola que se había sacado del cinturón; Minho le dio una patada y otra mujer la recogió. Thomas vio que Brenda había cogido el lanzagranadas.

—¡Quietos! —gritó, apuntando con el arma a los secuestradores.

Minho se levantó y se apartó del hombre, cuya cara estaba llena de sangre. La gente arrastró a los otros tres guardias para colocarlos junto a su compañero con la intención de que los cuatro estuvieran bocarriba, en fila.

Había ocurrido todo tan rápido que Thomas no se había movido de su sitio en el suelo, pero enseguida se puso en marcha.

—Tenemos que hacerles hablar —dijo—. Tenemos que apresurarnos antes de que vengan los refuerzos.

—¡Deberíamos dispararles en la cabeza! —dijo un hombre—. Dispararles y largarnos de aquí.

Unos cuantos le hicieron eco, y Thomas se dio cuenta de que el grupo se había convertido en una turba. Si quería información, debía actuar rápido, antes de que la situación empeorara. Se levantó y se acercó a la mujer con la pistola para convencerla de que se la entregara; luego se dio la vuelta, se arrodilló junto al hombre que le había dado el pan y le puso la pistola en la sien.

—Voy a contar hasta tres. O empiezas a contarme qué planea hacer CRUEL con nosotros y dónde ibais a encontraros con ellos, o aprieto el gatillo. Uno.

El hombre no vaciló.

—¿CRUEL? No tenemos nada que ver con CRUEL.

—Estás mintiendo. Dos.

—¡No, lo juro! ¡Esto no tiene nada que ver con ellos! Al menos, que yo sepa.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿por qué estáis secuestrando inmunes?

El hombre desvió la vista hacia sus compañeros, pero, cuando respondió, lo hizo mirando a Thomas directamente:

—Trabajamos para el Brazo Derecho.

Capítulo 46

—¿A qué te refieres con que trabajáis para el Brazo Derecho? —inquirió Thomas. Aquello no tenía sentido.

—¿A qué te refieres con que a qué me refiero? —masculló el hombre, pese a la pistola que le apuntaba a la cabeza—. Trabajo para el puñetero Brazo Derecho. ¿Por qué es tan difícil de entender?

Thomas retiró el arma y se recostó, confundido.

—¿Por qué ibais a capturar inmunes, entonces?

—Porque nos da la gana —respondió al tiempo que le echaba un vistazo al arma que había bajado—. No tienes que saber nada más.

—Dispárale y sigue por el de al lado —exclamó alguien del gentío.

Thomas se inclinó y apretó la pistola contra la sien del hombre.

—Eres muy valiente, si tenemos en cuenta que yo soy el que va armado. Volveré a contar hasta tres. Dime por qué el Brazo Derecho quiere inmunes o tendré que asumir que estás mintiendo. Uno.

—Ya sabes que no miento, chaval.

—Dos.

—No vas a matarme. Lo veo en tus ojos.

El hombre le había puesto en evidencia. Thomas no iba a disparar a un desconocido en la cabeza. Suspiró y retiró el arma.

—Si trabajas para el Brazo Derecho, entonces se supone que estamos en el mismo bando. Dinos qué ocurre.

El tipo se incorporó despacio, igual que sus tres amigos, aunque el de la cara ensangrentada gruñó por el esfuerzo.

—Si quieres respuestas —dijo uno—, tendrás que preguntarle al jefe. Nosotros no sabemos nada.

—Sí —añadió el que estaba al lado de Thomas—, no somos nadie.

Brenda se acercó con su lanzagranadas.

—¿Y cómo contactamos con ese jefe vuestro?

El hombre se encogió de hombros.

—No tengo ni idea.

Minho refunfuñó y le arrebató la pistola a Thomas.

—Ya he tenido bastante de esta clonc —apuntó el arma al pie del hombre—. Muy bien, no te mataremos, pero ese dedo te va a doler muchísimo dentro de tres segundos si no empiezas a hablar. Uno.

—Ya te lo he dicho, no sabemos nada —el rostro del hombre estaba transido de ira.

—Muy bien —respondió Minho, y disparó.

Thomas observó, impresionado, cómo el hombre se agarraba el pie, gimiendo de dolor. Minho le había disparado justo en el meñique. Aquella parte del zapato y el propio dedo habían desaparecido para ser sustituidos por una herida sangrante.

—¿Cómo has podido? —gritó la guardia que estaba sentada a su lado en el suelo mientras se acercaba para ayudar a su amigo. Sacó un fajo de servilletas de sus pantalones y lo presionó contra el pie.

A Thomas le horrorizaba lo que Minho acababa de hacer, pero tenía que respetarlo. Él no habría apretado el gatillo y, si no conseguían respuestas ahora, nunca las tendrían. Echó un vistazo a Brenda y su encogimiento de hombros le dijo que estaba de acuerdo. Teresa observaba a cierta distancia, inexpresiva.

—Vale, mientras ella se encarga de su pobre pie, que alguien empiece a hablar —insistió Minho—. Decidnos qué pasa o alguien va a perder otro dedo —agitó la pistola en dirección a la mujer y los otros dos hombres—. ¿Por qué secuestráis gente para el Brazo Derecho?

—Ya os lo hemos dicho, no sabemos nada —respondió la mujer—. Nos pagan y hacemos lo que nos dicen.

—¿Y tú? —preguntó Minho, apuntando con la pistola a uno de los hombres—. ¿Quieres decir algo para salvar uno o dos dedos?

El hombre levantó las manos.

—Juro por la vida de mi madre que no sé nada. Pero… —acto seguido, pareció arrepentirse de la última parte. Miró a sus amigos y empalideció.

—Pero ¿qué? Suéltalo, sé que ocultas algo.

—Nada.

—¿Tenemos que seguir con este jueguecito? —Minho movió la pistola para colocarla contra el pie del hombre—. Ya no voy a contar.

—¡Para! —gritó el guardia—. Vale, escucha. Podemos llevarnos a un par de vosotros para que les preguntéis en persona. No sé si os dejarán hablar con el que está al mando, pero puede que sí. No voy a permitir que me vuelen un dedo sin ningún motivo.

—Muy bien —dijo Minho; retrocedió un paso y le hizo un gesto al tipo para que se levantara—. ¿Ves? No ha ido tan mal. Vamos a visitar a tu jefe. Tú, yo y mis amigos.

La sala estalló en una avalancha de voces. Nadie quería quedarse allí y nadie pensaba quedarse callado. La mujer que había llevado el agua se levantó, comenzó a gritar y logró que la muchedumbre guardara silencio.

—¡Aquí estáis mucho más a salvo! Confiad en mí. Si todos vamos donde tenemos que ir, os garantizo que la mitad no lo conseguirá. Si estos chicos quieren ver al jefe, que arriesguen el pellejo. Ni las pistolas ni los lanzagranadas ayudarán ahí fuera. Pero aquí podemos cerrar las puertas con llave y no hay ventanas.

Cuando terminó de hablar, otro coro de quejas inundó la sala. La mujer se volvió hacia Minho y Thomas y habló por encima del ruido:

—Escuchad, ahí fuera hay peligro. Yo no me llevaría a más de un par de personas. Cuanto más seáis, más posibilidades hay de que os vean —hizo una pausa y examinó la habitación—. Y si estuviera en vuestro lugar, no tardaría en marcharme. Esta gente se está inquietando cada vez más. Pronto no habrá forma de contenerlos. Y ahí fuera… —frunció los labios y continuó—: hay raros por todas partes. Matan a todo lo que se mueve.

Capítulo 47

Minho apuntó al techo con su arma y disparó, para sobresalto de Thomas. El ruido de la multitud disminuyó hasta convertirse en silencio.

No hizo falta que Minho dijera una palabra. Le hizo un gesto a la mujer para que hablara.

—Ahí fuera es una locura. Todo ha pasado muy deprisa. Es como si hubieran estado escondidos o esperando alguna señal. Esta mañana vencieron a la policía y abrieron las puertas. Algunos raros del Palacio se les han unido. Ahora están por todas partes —hizo una pausa y se tomó un tiempo para mirar a algunas personas a los ojos—. Os prometo que no quiero salir ahí y también que somos los buenos. No sé qué ha planeado el Brazo Derecho, pero sí sé que una parte incluye sacarnos a todos de Denver.

—Entonces, ¿por qué nos tratáis como prisioneros? —gritó alguien.

—Tan sólo hago aquello para lo que me contrataron —volvió a centrar su atención en Thomas y continuó—: Creo que es una idea estúpida salir de aquí; pero, como he dicho, si vais a hacerlo, no podéis llevaros más que a un par de personas. Esos raros localizarán a un grupo grande de carne fresca andante y todo habrá acabado. Con armas o sin ellas. Y al jefe no le va a hacer gracia que aparezca una muchedumbre. Si nuestros guardias ven una furgoneta llena de gente, puede que empiecen a disparar.

—Iremos Brenda y yo —contestó Thomas. Ni siquiera sabía lo que iba a decir hasta que salió de su boca.

—Ni hablar —Minho negó con la cabeza—. Iremos tú y yo.

Minho sería un lastre; tenía muy mal genio. Brenda pensaba antes de actuar y eso era lo que necesitaban para salir vivos de aquella. Además, no quería perderla de vista, así de sencillo.

—Ella y yo. Nos las apañamos bastante bien en la Quemadura. Podemos hacerlo.

—¡Ni hablar, tío! —Thomas podía jurar que su amigo se sentía herido—. No deberíamos separarnos. Deberíamos ir los cuatro, será más seguro.

—Minho, necesitamos que alguien se quede aquí vigilando —repuso, y lo decía de verdad. Había una sala entera llena de personas que podían ayudarles a acabar con CRUEL—. Odio decirlo, pero ¿y si nos pasa algo? Quedaos aquí y aseguraos de que nuestros planes se llevan a cabo. Tienen a Fritanga, Minho. Quién sabe a quién más. Una vez dijiste que yo debía ser el guardián de los corredores. Bueno, déjame desempeñar hoy ese papel. Confía en mí. Como ha dicho la señora, cuantos menos seamos, más posibilidades tendremos de pasar desapercibidos —miró a su amigo a los ojos y esperó una respuesta.

Minho se quedó callado un buen rato.

—Muy bien —dijo por fin—. Pero si mueres, no me alegraré.

—Bien —asintió Thomas. No se había dado cuenta de lo importante que era que Minho siguiera creyendo en él. En parte, le dio el valor necesario para hacer lo que tenía que hacer.

El hombre que había dicho que podía llevarles hasta el jefe resultó ser quien les guio. Se llamaba Lawrence y, a pesar de lo que les esperaba fuera, parecía ansioso por salir de aquella sala repleta de personas furiosas. Abrió el portón y les hizo un gesto a Thomas y Brenda para que le siguieran. Thomas llevaba la pistola y Brenda, el lanzagranadas.

El grupo volvió a recorrer el largo pasillo y Lawrence se detuvo en la salida del edificio. La tenue luz que procedía del techo iluminó su rostro y Thomas vio que estaba preocupado.

—Vale, tenemos que tomar una decisión. Si vamos a pie, tardaremos un par de horas, pero tenemos más posibilidades de avanzar por las calles. A pie nos podremos esconder con más facilidad que si cogemos la furgoneta. Con la furgoneta iremos más rápido, pero nos verán seguro.

—Velocidad o sigilo —dijo Thomas, y miró a Brenda—. ¿Qué opinas?

—La furgoneta —contestó.

—Sí —convino él. No podía quitarse de la cabeza la imagen del día anterior del raro con la cara ensangrentada—. La idea de salir ahí fuera a pie me da un miedo de muerte. Está claro, la furgoneta.

Lawrence asintió.

—Vale, pues la furgoneta. Ahora mantened la boca cerrada y preparad esas armas. Lo primero que debemos hacer es llegar al vehículo y cerrar las puertas. Está justo al otro lado. ¿Listos?

Thomas miró a Brenda con las cejas arqueadas y ambos asintieron. Más listos que nunca.

Lawrence sacó un montón de tarjetas de su bolsillo y desbloqueó todos los seguros del muro. Agarró las tarjetas y presionó con el cuerpo la puerta, que se abrió lentamente. Fuera estaba a oscuras y lo único que emitía luz era una farola. Thomas se preguntó cuánto tiempo aguantaría la electricidad antes de que dejara de funcionar, como todo al final. Denver podía morir en cuestión de días.

Vio la furgoneta aparcada en un estrecho callejón, a unos seis metros de distancia. Lawrence asomó la cabeza, miró a izquierda y derecha y luego volvió a meterla.

—Parece despejado. Vamos.

Los tres salieron con sigilo; Thomas y Brenda corrieron a la furgoneta mientras Lawrence aseguraba la puerta que acababan de cruzar. Thomas se sentía con las pilas cargadas. La ansiedad le hacía mirar a ambos lados de la calle, seguro de que vería aparecer a un raro en cualquier momento. Pero, aunque oía el lejano sonido de una

risa maniaca, el lugar estaba desierto.

Las cerraduras de la furgoneta se desbloquearon, Brenda abrió la puerta y entró justo al mismo tiempo que Lawrence. Thomas se subió con ellos a la parte delantera y cerró la puerta. De inmediato, Lawrence cerró el coche y puso en marcha el motor. Estaba a punto de acelerar cuando se oyó un estruendo encima de sus cabezas y el vehículo se sacudió con un par de golpazos. Después, silencio. Luego, el sonido sordo de una tos.

Alguien había saltado al techo de la furgoneta.

Capítulo 48

La furgoneta salió disparada hacia delante al tiempo que las manos de Lawrence se aferraban con firmeza al volante. Thomas se dio la vuelta para mirar por las ventanas traseras, pero no había nada. De alguna manera, la persona que se hallaba encima aguantaba el tirón.

Justo cuando Thomas volvió a darse la vuelta, una cara comenzó a bajar por el parabrisas, observándoles, bocabajo. Era una mujer, cuyo pelo se agitaba al viento mientras Lawrence recorría el callejón a una velocidad vertiginosa. Miró a Thomas a los ojos y sonrió, mostrando unos dientes sorprendentemente perfectos.

—¿A qué se está agarrando? —gritó él.

—Quién sabe. Pero no puede durar mucho —respondió Lawrence con voz forzada.

La mujer seguía con los ojos clavados en Thomas, pero entonces soltó una de sus manos y la cerró en un puño, para a continuación comenzar a golpear la ventana. Pum, pum, pum. Su sonrisa se mantenía igual de amplia y sus dientes relucían a la luz de las farolas.

—Por favor, ¿puedes deshacerte de ella? —chilló Brenda.

—Muy bien.

Lawrence apretó los frenos.

La mujer voló por los aires como una granada, con los brazos y las piernas separados, hasta que se estrelló contra el suelo. Thomas se estremeció, cerró los ojos con fuerza y luego se obligó a mirarla. Era increíble: ya estaba moviéndose, se ponía en pie de forma temblorosa. Recuperó el equilibrio y se volvió hacia ellos despacio; los faros de la furgoneta iluminaban intensamente cada centímetro de su cuerpo.

Ya no sonreía lo más mínimo. En su lugar, había contraído los labios para emitir un fiero gruñido; un gran verdugón enrojecía una parte de su cara. Volvió a clavar la vista en Thomas y él se estremeció.

Lawrence aceleró y, por un momento, pareció que la rara fuera a lanzarse sobre el vehículo, como si de algún modo pudiera detenerlo, pero en el último segundo frunció el entrecejo y los ojos se le despejaron, como si se hubiera dado cuenta de lo que acababa de hacer. Como si quedara algo de la persona que era antes.

Ver aquello hizo que a Thomas le resultara más difícil asumir la situación.

—Es como una mezcla de locura y cordura.

—Alégrate de que haya sido la única —masculló Lawrence.

Brenda le apretó el brazo.

—Cuesta verlo. Sé cómo os sentisteis Minho y tú al presenciar lo que le ha ocurrido a Newt.

Thomas no respondió, pero puso su mano encima de la de ella.

Llegaron al final del callejón y Lawrence viró a la derecha, hacia una calle más grande. Pequeños grupos de gente salpicaban la zona que tenían delante. Unos cuantos aparentaban estar peleándose, pero la mayoría revolvía en la basura o comía cosas que Thomas no podía distinguir. Varios rostros angustiados y fantasmales les miraban fijamente con ojos muertos a su paso.

Nadie dijo nada en el interior de la furgoneta, como si tuvieran miedo de que al hablar alertasen a los raros de fuera.

—No puedo creer que haya ocurrido tan rápido —dijo Brenda finalmente—. ¿Creéis que planeaban quedarse con Denver? ¿Pueden de verdad organizar algo como eso?

—Es difícil de saber —respondió Lawrence—. Había señales. Desaparecían civiles y representantes del gobierno, y cada vez se descubrían más casos de infectados. Pero da la sensación de que muchos de esos mamones esperaban el momento adecuado para ponerse en marcha.

—Sí —convino Brenda—. Por lo visto, se trataba de que los raros superaran en número a las personas sanas. En cuanto se inclinó la balanza, se inclinó del todo.

—Qué más da cómo sucedió —respondió él—. Lo único que importa es cómo está ahora. Mirad a nuestro alrededor. Este lugar es una pesadilla —redujo la velocidad para girar hacia un callejón largo—. Ya casi hemos llegado. Ahora debemos tener más cuidado —apagó las luces y volvió a acelerar.

Mientras avanzaban, la oscuridad aumentaba, hasta que llegó un momento en que Thomas no veía más que unas grandes sombras amorfas que se imaginaba que en cualquier momento les saltarían encima.

—Quizá no deberías conducir tan rápido.

—No pasará nada —contestó el hombre—, he hecho este recorrido miles de veces. Lo conozco como la palma de…

Thomas salió disparado hacia delante, pero lo retuvo el cinturón de seguridad. Habían arrollado algo con la furgoneta; metálico, a juzgar por el sonido que había producido. La furgoneta botó un par de veces y luego se detuvo.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Brenda.

—No lo sé —respondió Lawrence en una voz todavía más queda—. Probablemente un cubo de basura o algo por el estilo. Me ha dado un susto de muerte —avanzó un poco y un fuerte chirrido inundó el aire. Luego se oyó un golpazo y otro estruendo, tras lo que todo se sumió de nuevo en silencio—. Ya la he soltado —murmuró, sin molestarse en ocultar su alivio.

Continuó, pero redujo un poco la velocidad anterior.

—¿Y si vuelves a encender las luces? —sugirió Thomas, asombrado por lo rápido que le latía el corazón—. No veo nada ahí fuera.

—Sí —añadió Brenda—. Estoy segurísima de que alguien habrá oído ese jaleo.

—Supongo.

Lawrence las encendió. Los faros iluminaron todo el callejón con un haz de luz blanca azulada que, comparado con la oscuridad previa, parecía más brillante que el sol. Thomas entrecerró los ojos por el resplandor. Cuando los abrió del todo, el horror brotó en su interior. A unos seis metros delante de ellos, habían aparecido al menos treinta personas que ahora se agrupaban para bloquear completamente el camino.

Sus caras estaban pálidas, demacradas, arañadas y amoratadas. De sus cuerpos colgaban ropas rasgadas y sucias. Allí estaban todos, mirando las luces brillantes como si no les desconcertaran lo más mínimo. Eran como cadáveres andantes, muertos vivientes.

Thomas tembló por el escalofrío que le recorrió el cuerpo.

La multitud comenzó a separarse. Se movían sincronizados y un gran espacio se abrió en medio mientras retrocedían a los laterales del callejón. Entonces uno de ellos movió un brazo para indicar que la furgoneta debía seguir adelante y pasar de largo.

—Menudos raros tan educados —susurró Lawrence.

Capítulo 49

—A lo mejor todavía no han traspasado el Ido —sugirió Thomas, aunque aquella afirmación le sonaba estúpida incluso a él—. O no están de humor para que les arrolle una furgoneta grande.

—Bueno, acelera —dijo Brenda— antes de que cambien de opinión.

Para alivio de Thomas, Lawrence la obedeció; la furgoneta salió disparada y no redujo la velocidad. Los raros que cubrían las paredes se les quedaron mirando mientras pasaban. Al verlos de cerca —los arañazos, la sangre, los morados y aquellos ojos de loco—, Thomas se estremeció de nuevo.

Se estaban acercando al final del grupo cuando se oyó un fuerte estallido y la furgoneta salió disparada hacia la derecha. La parte delantera chocó con la pared del callejón y aplastó a dos raros. Horrorizado, Thomas contempló a través del parabrisas cómo gritaban de dolor y golpeaban con los puños ensangrentados la parte delantera del vehículo.

—¿Qué demonios…? —bramó Lawrence mientras daba marcha atrás.

Retrocedieron unos metros con un chirrido y grandes sacudidas. Los dos raros cayeron al suelo y enseguida les atacaron los que estaban más cerca de la parte delantera de la furgoneta. Thomas apartó de inmediato la vista, abrumado por un nauseabundo terror. Por todos lados, los raros comenzaron a golpear la furgoneta con los puños. Al mismo tiempo, los neumáticos giraron y chirriaron, incapaces de conseguir tracción. La mezcla de ruidos parecía sacada de una pesadilla.

—¿Qué pasa? —gritó Brenda.

—¡Le han hecho algo a los neumáticos! O a los ejes. ¡A algo!

Lawrence siguió dando marcha atrás y adelante, pero casi no avanzaba. Una mujer con el pelo alborotado se acercó a la ventana que Thomas tenía a su derecha. Sostenía una pala enorme con ambas manos, que levantó por encima de su cabeza y balanceó hacia la ventana. El cristal no cedió.

—¡Tenemos que marcharnos ya de aquí! —gritó Thomas. Impotente, no sabía qué más decir. Habían sido estúpidos al caer en una trampa tan obvia.

Lawrence siguió moviendo el volante y acelerando, pero apenas se sacudía adelante y atrás. Una serie de golpazos familiares sonaron en el techo. Alguien estaba allí arriba. Los raros atacaban las ventanas con toda clase de cosas, desde palos de madera hasta sus propias cabezas. La mujer junto a la ventana de Thomas no se rendía, continuaba dando con la pala en el cristal una y otra vez. Al final, a la quinta o sexta vez, se abrió una fina grieta en la ventana.

El pánico en aumento le cerró la garganta.

—¡Va a romperla!

—¡Sácanos de aquí! —dijo Brenda al mismo tiempo.

La furgoneta se movió unos centímetros, lo suficiente para que la mujer fallara su siguiente golpe. Pero alguien dio con un mazo en el parabrisas desde arriba y una telaraña floreció como una rosa blanca en el cristal.

La furgoneta volvió a sacudirse hacia atrás. El hombre que sujetaba el mazo cayó sobre el capó antes de que pudiera volver a golpear el cristal y aterrizó en la calle. Un raro con un corte profundo en la calva le arrebató la herramienta al otro hombre y dio un par de porrazos más antes de que un grupo comenzara a pelearse con él por el arma. Las grietas del parabrisas apenas dejaban ver desde el interior de la furgoneta. Se oyó cómo rompían el cristal trasero. Thomas se volvió para ver un brazo moviéndose por un hueco en la ventana mientras los bordes dentados le rasgaban la piel.

Entonces se desabrochó el cinturón de seguridad y se escurrió hacia la parte trasera de la furgoneta. Cogió lo primero que encontró, un utensilio largo de plástico con un cepillo en un extremo y una punta afilada en el otro —un recoge nieve—, y se arrastró por el centro de la fila de asientos. Asestó con aquella tres golpes en el brazo y el raro se puso a gritar mientras lo sacaba. Trozos de cristal llovían sobre el cemento.

—¿Quieres el lanzagranadas? —le ofreció Brenda.

—¡No! —gritó Thomas—. Es demasiado grande para manejarlo aquí dentro. ¡Coge la pistola!

La furgoneta dio una sacudida y volvió a pararse; la cara de Thomas chocó con el respaldo del banco en el centro y sintió un dolor terrible en la mejilla y la mandíbula. Se dio la vuelta y vio a un hombre y una mujer quitando los trozos restantes de cristal en la ventana rota. La sangre de sus manos rezumaba por ambos lados del agujero conforme este se hacía más grande.

—¡Ten! —gritó Brenda detrás de él.

Se dio la vuelta y cogió la pistola, luego apuntó y disparó una, dos veces, y los raros cayeron al suelo; cualquier grito de dolor quedó ahogado por el horrible ruido de los neumáticos chirriantes, el motor forzado y el martilleo del ataque de los raros.

—¡Creo que casi nos hemos soltado! —gritó Lawrence—. ¡No sé qué demonios han hecho!

Thomas se volvió para mirarle; estaba empapado en sudor. Un agujero había aparecido en medio de la telaraña del parabrisas. Los raros rodeaban por completo el resto de ventanas, ya casi no se veía nada. Brenda agarró su lanzagranadas, dispuesta a usarlo si la situación se volvía desesperada.

La furgoneta retrocedió, avanzó y volvió a tirar marcha atrás. Parecía haber recuperado un poco el control, se sacudía menos que antes. Unos brazos entraron por el gran agujero de la parte trasera y Thomas disparó dos veces más. Oyeron gritos y en la ventana apareció el rostro de una mujer que fruncía el entrecejo de manera

espantosa y tenía los dientes llenos de mugre.

—Déjanos entrar, chico —dijo en voz queda—. Sólo queremos comida. Danos un poco de comida. ¡Déjame entrar! —las últimas palabras las dijo gritando y empujó la cabeza hacia la abertura, como convencida de caber por allí. Thomas no quería dispararla, pero alzó la pistola y se preparó en caso de que de algún modo se las apañara para entrar. Sin embargo, cuando la furgoneta salió disparada hacia atrás otra vez, la mujer cayó y dejó los bordes de la ventana rota impregnados de sangre.

Thomas se preparó para que la furgoneta volviera a tirar marcha atrás. Pero, tras una breve parada con sacudida, avanzó unos cuantos metros y giró en la dirección correcta. Después marchó unos cuantos más.

—¡Creo que lo tengo! —gritó Lawrence.

Avanzó de nuevo, esta vez unos tres metros. Los raros les siguieron como pudieron, aunque el breve instante de silencio al dejarlos atrás no duró mucho. Los gritos y los golpes se reanudaron. Un hombre apareció por el hueco de atrás con un largo cuchillo y comenzó a cortar a diestro y siniestro, a todo lo que alcanzaba. Thomas levantó la pistola y disparó. ¿A cuántos había matado? ¿A tres? ¿Cuatro? ¿Los había matado?

Con un último y terrible chirrido, la furgoneta salió disparada hacia delante y no se detuvo. Rebotó un par de veces mientras pasaba por encima de los raros que se encontraban en su camino; luego el suelo se allanó y cogió velocidad. Thomas echó la vista atrás y vio cuerpos que caían del techo hacia la calle. El resto de raros salió tras ellos, pero pronto todos quedaron atrás.

Se derrumbó en el asiento y se tumbó bocarriba, mirando al techo abollado. Tomó varias bocanadas de aire e intentó recobrar la compostura. Apenas se fijó en que Lawrence había apagado el único faro que no estaba roto, giró dos veces y entró a un aparcamiento con la puerta abierta, que se cerró en cuanto pasaron.

Capítulo 50

Cuando la furgoneta se detuvo y Lawrence apagó el motor, el silencio envolvió el mundo de Thomas. Lo único que oía era la sangre que bombeaba en el interior de su cabeza. Cerró los ojos y trató de reducir el ritmo de la respiración. Ninguno de los otros dos dijo nada durante un par de minutos, hasta que Lawrence rompió el silencio:

—Están ahí fuera, rodeándonos, esperando a que salgamos.

Thomas se obligó a enderezarse y a mirar de nuevo al frente. Al otro lado de las ventanas rotas estaba totalmente a oscuras.

—¿Quién? —preguntó Brenda.

—Los guardias del jefe. Saben que es una de sus furgonetas, pero no se acercarán a nosotros hasta que salgamos y nos dejemos ver. Necesitan confirmar quiénes somos. Supongo que tendremos unas veinte armas apuntándonos ahora mismo.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Thomas, que no estaba preparado para otra confrontación.

—Saldremos despacio. Me reconocerán en cuanto me vean.

Thomas pasó al asiento delantero.

—¿Salimos a la vez o debería ir antes uno de nosotros solo?

—Yo saldré primero y les diré que no pasa nada. Esperad hasta que os dé unos toques en la ventana para avisaros de que podéis salir —respondió Lawrence—. ¿Listos?

—Supongo —susurró.

—Sería una mierda que hubiéramos pasado por todo esto sólo para que nos dispararan. Estoy segura de que debo de parecer una rara ahora mismo.

Lawrence abrió su portezuela y Thomas esperó, ansioso, a que les hiciera la señal. El fuerte golpe del marco de la puerta le sobresaltó, pero estaba preparado.

Brenda abrió la suya con cuidado y salió. Él la siguió, esforzándose por ver en la oscuridad, pero estaba negro como boca de lobo.

Sonó un fuerte chasquido y al momento aquel sitio se inundó de una luz brillante. Thomas alzó las manos y cerró los ojos con fuerza; después, protegiéndolos, los entreabrió para ver qué sucedía. Un enorme foco montado sobre un trípode les apuntaba directamente. Tan sólo pudo distinguir las siluetas de dos figuras a cada lado. Al recorrer con la vista el resto de la habitación, vio que había al menos una docena de personas, todas con varios tipos de armas, justo como Lawrence había dicho.

—Lawrence, ¿eres tú? —preguntó un hombre cuya voz retumbó en las paredes de cemento. Era imposible saber quién había hablado.

—Sí, soy yo.

—¿Qué le ha pasado a nuestra camioneta y quién es esta gente? Dime que no nos has traído infectados.

—Nos asaltó un grupo enorme de raros en un callejón. Y estos son muñes que me han obligado a traerlos aquí. Quieren ver al jefe.

—¿Por qué? —preguntó el hombre.

—Dicen…

El hombre interrumpió a Lawrence:

—No, quiero que respondan ellos. Decid vuestros nombres, por qué habéis obligado a uno de nuestros hombres a venir hasta aquí y habéis destrozado uno de los pocos vehículos que nos quedan. Y más vale que sea una buena razón.

Thomas y Brenda intercambiaron una mirada para ver quién debía hablar. Brenda le señaló a él con la cabeza.

Volvió su mirada al foco para centrarse en la persona que estaba a su derecha e intentó averiguar quién iba a ser su interlocutor.

—Me llamo Thomas; esta es Brenda. Conocemos a Gally. Estábamos con él en CRUEL y nos habló del Brazo Derecho y de lo que estabais haciendo hace unos días. Queríamos ayudaros, pero no así. Sólo queremos saber qué planes tenéis, por qué estáis secuestrando inmunes y los estáis encerrando. Creía que eso era más propio de CRUEL.

Thomas no sabía qué se esperaba, pero el tipo empezó a reírse.

—Creo que os dejaré ver al jefe para que os metáis en la cabeza que no tenemos nada que ver con CRUEL.

Él se encogió de hombros.

—Muy bien. Veamos a vuestro jefe.

El hombre parecía realmente indignado respecto a CRUEL. Pero seguía sin tener sentido que se llevaran a esa gente.

—Será mejor que no te estés tirando un farol, chaval —dijo el tipo—. Lawrence, tráelos. Otra persona comprobará las armas de la camioneta.

Thomas permaneció en silencio mientras Brenda y él subían por dos tramos de unas sombrías escaleras metálicas. A continuación atravesaron una puerta de madera desgastada, siguieron por un sucio pasillo con sólo una bombilla y un papel de pared que se caía a tiras y después, por fin, llegaron a un gran espacio que cincuenta años atrás podría haberse tratado de una bonita sala de conferencias. Ahora lo único que había era una mesa grande y llena de marcas con unas cuantas sillas de plástico, esparcidas al azar por la sala.

Dos personas estaban sentadas al otro extremo de la mesa. Thomas advirtió la presencia de Gally, a la derecha. Parecía cansado y despeinado, pero le saludó con un gesto de la cabeza y una breve sonrisa, nada sino una desafortunada arruga en la ruina que tenía por cara. A su lado se hallaba un hombre corpulento, más gordo que

musculoso, cuyo contorno apenas cabía entre los brazos de la silla de plástico blanca.

—¿Este es el cuartel general del Brazo Izquierdo? —se asombró Brenda—. Perdona si estoy un poco desanimada.

—Nos trasladamos más veces de las que podemos contar —respondió Gally, que ya no sonreía—. Pero gracias por el cumplido.

—¿Y quién de vosotros es el jefe? —preguntó Thomas.

Gally señaló con la cabeza a su compañero.

—No seas gilipullo. Vince está al mando. Y muestra algo de respeto; ha arriesgado su vida sólo porque cree que las cosas deberían hacerse bien en el mundo.

Thomas levantó las manos en un gesto conciliatorio.

—No iba con ninguna intención. Por cómo actuabas en tu apartamento, creía que tal vez eras tú el que estaba al mando.

—Bueno, pues no. Es Vince.

—¡Basta! —gritó el hombre corpulento con una voz profunda y retumbante—. La ciudad entera está plagada de raros. No tengo tiempo para quedarme sentado a escuchar niñerías. ¿Qué queréis?

Thomas trató de ocultar la ira que se había encendido en su interior.

—Sólo una cosa: queremos saber por qué nos habéis capturado, por qué estáis capturando gente para CRUEL. Gally nos dio tanta esperanza que creímos estar en el mismo bando. Imagina nuestra sorpresa cuando descubrimos que el Brazo Derecho era tan malo como contra los que supuestamente estaba luchando. ¿Cuánto dinero vais a ganar vendiendo humanos?

—Gally —dijo el hombre, como si no hubiera oído ni una sola palabra de lo que acababa de soltar Thomas.

¿Sí?

—¿Confías en estos dos?

Gally se negó a mirar a Thomas a los ojos.

—Sí —asintió—. Podemos confiar en ellos.

Vince se inclinó hacia delante y apoyó sus enormes brazos sobre la mesa.

—Entonces, no hay tiempo que perder. Chico, es una operación semejante, pero no pretendemos sacar ni un centavo con nadie. Estamos reuniendo inmunes para imitar a CRUEL.

Aquella respuesta sorprendió a Thomas.

—¿Por qué diantres ibais a hacer algo así?

—Vamos a utilizarlos para entrar en su sede.

Capítulo 51

Thomas fijó la vista en el hombre unos segundos. Si CRUEL de verdad era responsable de la desaparición de los otros inmunes, era tan simple que casi le entraban ganas de reír.

—Puede funcionar.

—Me alegro de que lo apruebes —el rostro del hombre permaneció inexpresivo y no supo si lo decía con sarcasmo o no—. Uno de nuestros contactos ya ha cerrado un trato para la venta. Ahora nos toca actuar. Tenemos que detener a esa gente, evitar que malgaste más recursos en un experimento inútil. Si el mundo va a sobrevivir, deberían usar lo que tienen para ayudar a los supervivientes. Mantener a la raza humana de un modo que tenga sentido.

—¿Crees que existe alguna posibilidad de que encuentren una cura? —preguntó Thomas.

Vince soltó una larga y grave risa que retumbó en su pecho.

—Si tuvieras un ápice de fe en eso, no estarías delante de mí, ¿no? No habrías escapado ni buscarías venganza. Que es lo que supongo que estás haciendo. Sé por lo que has pasado, Gally me lo ha contado todo —hizo una pausa—. No, hace mucho tiempo que… que dimos por perdida esa cura.

—No estamos aquí por venganza —le corrigió Thomas—, sino por nosotros. Por eso me gusta cuando hablas de usar los recursos para algo distinto. ¿Qué sabes de lo que CRUEL está haciendo?

Vince volvió a recostarse en su asiento, que chirrió mientras cambiaba de postura.

—Acabo de contarte un secreto, algo que hemos guardado a costa de derramamientos de sangre. Te toca devolvernos la confianza. Si Lawrence y los suyos hubieran sabido quiénes sois, os habrían traído aquí enseguida. Lamento cómo os han tratado.

—No me hacen falta disculpas —respondió Thomas, aunque sí le molestaba enterarse de que el Brazo Derecho le hubiera tratado de forma diferente al resto de haber sabido quién era—. Sólo quiero saber qué tenéis planeado.

—No diremos más hasta que no compartáis lo que sabéis vosotros. ¿Qué nos ofrecéis?

—Cuéntaselo —susurró Brenda, dándole un empujoncito con el codo—. A eso hemos venido.

Tenía razón. Su instinto le había dicho que confiara en Gally desde el momento en que recibieron su nota y había llegado el momento de comprometerse. Sin ayuda no conseguirían llegar de nuevo al iceberg y mucho menos lograr nada más.

—De acuerdo —asintió—. CRUEL cree que puede completar la cura, que casi lo han conseguido. La única pieza que les falta soy yo. Juran que es la verdad, pero han

manipulado y mentido tanto que resulta imposible saber lo que es real y lo que no. Quién sabe cuáles son sus motivos ahora, cuán desesperados están o lo que pretenden hacer.

—¿Cuántos sois? —preguntó Vince.

Thomas lo pensó.

—Unos cuatro más. Nos están esperando donde nos llevó Lawrence. No somos muchos, pero tenemos mucha información interna. ¿Cuántos sois en tu grupo?

—Bueno, Thomas, esa es una pregunta difícil de contestar. Si me estás preguntando cuánta gente se ha aliado con el Brazo Derecho desde que empezamos a reunimos y unir fuerzas hace unos años, entonces debe de haber unos mil. Pero respecto a cuántos quedan por aquí, a salvo, que quieran ver cómo termina todo… Bueno, entonces hablamos de unos cien, desgraciadamente.

—¿Alguno de vosotros es inmune? —preguntó Brenda.

—Casi nadie. Yo mismo no lo soy y, después de lo que salió a la luz en Denver, estoy segurísimo de que a estas alturas tengo el Destello. Por suerte, la mayoría de nosotros no ha contraído el virus todavía, pero es inevitable en este mundo que se desmorona. Y queremos asegurarnos de que se hace algo para salvar lo que queda de la raza humana.

Thomas señaló un par de sillas que había cerca.

—¿Podemos sentarnos?

—Claro.

Casi en cuanto tomó asiento, empezó a hacer todas las preguntas que había estado acumulando:

—Bueno, ¿y qué planeáis hacer exactamente?

Vince volvió a soltar aquella carcajada retumbante.

—Tranquilo, hijo. Dime lo que podéis ofrecernos y luego te contaré mis planes.

Thomas se dio cuenta de que casi estaba fuera de su asiento, apoyado sobre la mesa. Se relajó y se recostó en la silla.

—Mira, sabemos muchas cosas sobre la sede de CRUEL y cómo funcionan allí las cosas. Y algunos de nuestro grupo han recuperado la memoria. Pero lo más importante es que CRUEL quiere que vuelva. Y creo que podemos aprovecharnos de eso de alguna manera.

—¿Y ya está? —preguntó Vince—. ¿Eso es todo lo que tienes?

—Nunca dije que pudiéramos conseguir mucho sin ayuda. O sin armas.

Al oír ese último comentario, Vince y Gally intercambiaron una mirada de complicidad. Thomas supo que con eso había provocado una reacción singular.

—¿Qué?

Vince centró su atención en Brenda y luego en él.

—Tenemos algo infinitamente mejor que las armas.

Thomas volvió a inclinarse hacia delante.
—¿Y qué podría ser eso?
—Tenemos un modo de asegurarnos de que nadie use ningún arma.

Capítulo 52

—¿Cómo? —exclamó Brenda antes de que a Thomas le diera tiempo a hablar.

—Dejaré que Gally os lo explique.

Vince le hizo una seña al chico.

—Vale, pensad en el Brazo Derecho —dijo Gally, y se levantó—. No está constituido por soldados. Son contables, porteros, fontaneros o profesores. CRUEL básicamente tiene su propio ejército, entrenado para usar el mejor armamento y el más caro. Aunque encontráramos el mayor alijo del mundo de lanzagranadas y todo lo que usan, seguiríamos estando en desventaja.

Thomas no se imaginaba hacia dónde iba.

—Y entonces, ¿cuál es el plan?

—La única manera de equilibrar el campo de juego es asegurarnos de que no tienen armas. En tal caso, puede que tengamos una oportunidad.

—Entonces, ¿vais a robárselas? —preguntó Brenda—. ¿Vais a detener un envío? ¿Qué?

—No, nada de eso —respondió Gally, negando con la cabeza, y en su rostro apareció una expresión de entusiasmo infantil—. No se trata de a cuántos puedas reclutar para tu causa, sino de a quién reclutas. De todos los que el Brazo Derecho ha reunido, una mujer es la clave.

—¿Quién? —preguntó Thomas.

—Se llama Charlotte Chiswell. Era la ingeniera jefe de las mayores armas fabricadas en el mundo, al menos para el armamento avanzado que usa tecnología de segunda generación. Todas las pistolas, lanzagranadas, granadas…, lo que sea que utilice CRUEL viene de aquí, y todos confían en que la electrónica avanzada y los sistemas de computadoras funcione. Y Charlotte ha averiguado una manera de hacer que sus armas resulten inútiles.

—¿En serio? —inquirió Brenda, con un tono impregnado de duda.

Thomas también encontró aquella idea difícil de creer, pero escuchó atentamente mientras Gally lo explicaba.

—Hay un chip común en todas las armas que usan. Ella ha pasado los últimos meses intentando averiguar un modo de reprogramarlos desde lejos para bloquearlas. Al final lo ha conseguido. Tardará unas horas en cuanto empiece y se tiene que colocar un pequeño dispositivo dentro del edificio para que funcione, pero de eso se encargarán los nuestros que vayan a llevarles los inmunes. Si funciona, nosotros tampoco dispondremos de armas, pero al menos tendremos un campo de juego igualado.

—Es una ventaja —añadió Vince—. Sus guardias y su equipo de seguridad están tan entrenados para usar esas armas que son como una reacción instintiva a estas

alturas, estoy seguro. Pero me apuesto cualquier cosa a que se han relajado en el combate cuerpo a cuerpo, en luchar de verdad. En entrenarse con cuchillos, bates, palas, palos, piedras y puños —sonrió con malicia—. Será una pelea a la vieja usanza y creo que podemos vencerlos. Si no lo hiciéramos de esa manera, si sus armas siguieran funcionando, nos destruirían antes incluso de que nos pusiéramos en marcha.

Thomas pensó en la batalla que habían tenido con los laceradores dentro del Laberinto. Había sido como Vince acababa de describir. Se estremeció ante el recuerdo, pero seguro que era mejor que enfrentarse a auténticas armas. Y si funcionaba, tendrían una oportunidad. Un torrente de entusiasmo le sacudió.

—¿Y cómo vais a hacerlo?

Vince hizo una pausa.

—Tenemos tres icebergs. Vamos a entrar con unas ochenta personas, las más fuertes que encontremos de nuestro grupo. Entregaremos los inmunes a nuestro contacto dentro de CRUEL, colocaremos el dispositivo (eso será lo más complicado) y, cuando haga su función, abriremos un agujero en la pared para que entre el resto. En cuanto nos hagamos con el control de las instalaciones, Charlotte nos ayudará a que funcionen otra vez las armas suficientes como para seguir con el control. Lo conseguiremos o todos moriremos en el intento. Volaremos por los aires el sitio si hace falta.

Thomas lo asimiló. Su grupo podía ser inestimable en un asalto como aquel. Sobre todo con aquellos que tenían la memoria intacta. Conocían la distribución del complejo de CRUEL.

Vince continuó; pareció haberle leído la mente:

—Si lo que ha dicho Gally es cierto, tú y tus amigos seréis una gran ayuda para nuestro plan, puesto que algunos conocéis las instalaciones por dentro y por fuera. Y todos los cuerpos extra cuentan. No me importa la edad que tengáis.

—También tenemos un iceberg —añadió Brenda—. A menos que los raros lo hayan hecho pedazos. Está justo en la muralla de Denver, en el lado noroeste. El piloto está con nuestros otros amigos.

—¿Dónde tenéis los icebergs? —quiso saber Thomas.

Vince movió la mano hacia la parte trasera de la sala.

—Por ahí. Están en lugar seguro; todo está cerrado. Nos encantaría tener una o dos semanas más para prepararnos, pero no nos queda otra opción. El dispositivo de Charlotte está preparado. Puede pasar otro día para que compartáis con los demás lo que sabéis, organizar las preparaciones finales, pero luego tendremos que ponernos en marcha. No hay razón para hacer que suene más sofisticado. Nos limitaremos a entrar y a hacerlo.

Al oírle decirlo así, a Thomas le dio la impresión de que era aún más real.

—¿Estás seguro?

—Chico, escúchame —dijo Vince, serio—. Durante años, de lo que único que hemos oído hablar es de la misión de CRUEL. Cómo cada centavo, cada hombre, cada mujer, cada recurso…, cómo todo tenía que ser dedicado a la causa de encontrar una cura al Destello. Nos dijeron que encontrarían inmunes y, si podíamos averiguar por qué sus cerebros no sucumbían al virus, ¡el mundo entero se salvaría! Mientras tanto, las ciudades se desmoronaban; la educación, la seguridad, la medicina para cualquier otra enfermedad del hombre, la caridad, la ayuda humanitaria… Todo el mundo se va a la mierda para que CRUEL pueda hacer lo que quiera.

—Lo sé —dijo Thomas—. Lo sé muy bien.

Vince no podía parar de verter los pensamientos que evidentemente llevaban años arremolinándose en su cabeza:

—Podríamos haber detenido la propagación del virus mucho mejor de lo que hemos curado la enfermedad. Pero CRUEL se quedó con todo el dinero y las mejores personas. No sólo eso, nos dieron falsas esperanzas y nadie tuvo el suficiente cuidado. Creían que al final la cura mágica les salvaría. Pero si esperamos más, nos quedaremos sin gente a la que salvar.

Vince parecía cansado. La sala se quedó en silencio mientras permanecía sentado, con la vista clavada en Thomas, a la espera de una reacción. Pero él no podía rebatir sus palabras. Finalmente, el hombre volvió a hablar:

—La gente que venda a los inmunes podrá colocar el dispositivo en cuanto estén dentro, pero sería mucho más fácil si ya estuviera colocado cuando llegáramos. Al contar con los inmunes, podremos entrar en espacio aéreo y tendremos permiso para aterrizar, pero… —enarcó las cejas mirándole, como si quisiera que él mismo afirmara lo obvio.

Thomas asintió.

—Ahí es donde entro yo.

—Sí —convino Vince, sonriendo—, creo que ahí es donde entras.

Capítulo 53

Una sorprendente calma inundó a Thomas.

—Podrías dejarme a unos kilómetros y que fuese caminando. Fingiré volver para terminar las Pruebas. Por lo que he visto y oído, me recibirán con los brazos abiertos. Tan sólo dime qué me hace falta para colocar el dispositivo.

Otra sonrisa genuina cruzó el rostro de Vince.

—Te lo explicará Charlotte.

—Tendrás información y ayuda de mis amigos: Teresa, Aris y los otros. Brenda también sabe mucho.

La decisión de Thomas fue rápida e incuestionable; había aceptado la peligrosa tarea. Era la mejor opción.

—Muy bien, Gally —dijo Vince—. Y ahora ¿qué? ¿Cómo vas a hacerlo?

El viejo enemigo de Thomas se levantó y le miró.

—Iré a buscar a Charlotte para que te enseñe el dispositivo. Luego te llevaremos a nuestro hangar de icebergs y te acercaremos a la sede de CRUEL mientras el resto nos preparamos con el equipo principal de asalto. Será mejor que estés listo para dar lo mejor de ti ahí fuera. Tendremos que esperar un par de horas antes de entrar con los inmunes o resultaría sospechoso.

—Está bien —Thomas hizo un esfuerzo para respirar hondo, para calmarse.

—Bien. Traeremos a Teresa y a los demás cuando te marches. Espero que no te importe otra pequeña excursión por la ciudad.

• • •

Charlotte era una mujer sosegada y menuda, y no se anduvo con rodeos. Le explicó sucinta y eficientemente cómo el dispositivo inutilizaba las armas. Era lo bastante pequeño para meterlo en la mochila que le habían dado con algo de comida y ropa para la fría caminata que debía emprender. En cuanto el dispositivo estuviera colocado y activado, buscaría y conectaría con las señales de cada arma; después interferiría en su sistema. Tardaría una hora en inutilizar todas las armas de CRUEL.

Bastante sencillo, pensó Thomas. La parte más difícil sería colocar el artefacto cuando entrara sin levantar sospechas.

Gally decidió que Lawrence llevaría a Thomas y al piloto al hangar abandonado donde guardaban los icebergs. Volarían hasta la sede de CRUEL desde allí, lo que significaba otro recorrido en furgoneta por las calles de Denver, infestadas de raros, pero tomarían la ruta más directa, por una carretera principal, y con luz, ahora que el alba había llegado. Por alguna razón, aquello hacía que Thomas se sintiera un poco mejor.

Thomas estaba ayudando a reunir las provisiones de última hora para el viaje cuando apareció Brenda. La saludó con un gesto de cabeza y le dedicó una pequeña

sonrisa.

—¿Vas a echarme de menos? —preguntó. Lo había dicho como una broma, pero la verdad era que deseaba que ella respondiera que sí.

La chica puso los ojos en blanco.

—Ni lo menciones. Parece que ya te hayas rendido. Todos regresaremos juntos y nos reiremos de los viejos tiempos antes de que te des cuenta.

—Te conozco desde hace sólo unas pocas semanas —volvió a sonreír.

—Da igual —ella le rodeó con los brazos y le habló al oído—: Sé que me enviaron a aquella ciudad de la Quemadura para encontrarte y fingir que era tu amiga, pero quiero que sepas que eres mi amigo. Eres…

Thomas se apartó para volver a mirarla a la cara, que estaba inexpresiva.

—¿Qué?

—Bueno…, tú no dejes que te maten.

Él tragó saliva y no supo qué decir.

—¿Bien? —dijo ella.

—Ten cuidado tú también —fue todo lo que le salió.

Brenda le besó en la mejilla.

—Eso es lo más dulce que te he oído decir —volvió a poner los ojos en blanco, pero sonrió. Y su sonrisa hizo que a Thomas le pareciera todo más halagüeño.

—Asegúrate de que no fastidian nada —dijo—. Asegúrate de que todos los planes tengan sentido.

—Lo haré. Nos veremos en un día o así.

—Vale.

—Y no permitiré que me maten si tú haces lo mismo. Lo prometo.

Thomas la abrazó por última vez.

—Trato hecho.

Capítulo 54

El Brazo Derecho les dio una furgoneta más nueva. Lawrence conducía, con la piloto sentada a su lado. Estaba callada y no era demasiado simpática ni sociable, aunque tampoco es que Lawrence estuviese de muy buen humor, probablemente porque había pasado de ser repartidor de comida en unas instalaciones cerradas a servir como conductor por una ciudad de raros. En dos ocasiones.

El sol había salido y se reflejaba en los edificios de lo que parecía ser una ciudad totalmente distinta a la de la noche anterior. Por alguna razón, la luz hacía que el mundo pareciera un poco más seguro.

A Thomas le habían devuelto su pistola, cargada, y ahora la llevaba metida en la cintura de los vaqueros. Sabía que doce balas no harían gran cosa si volvían a tenderles una emboscada, pero le tranquilizaba.

—Vale, recuerda el plan —dijo Lawrence por fin, rompiendo el silencio.

—¿Y cuál era el plan? —preguntó.

—Llegar al hangar sin morir.

Aquello no sonaba del todo mal.

Volvieron a sumirse en el silencio y los únicos sonidos audibles fueron los del motor y los baches de la carretera. En aquel momento, Thomas no pudo evitar pensar en todas las cosas horribles que podían suceder dentro de uno o dos días. Se esforzó por dejar la mente en blanco, por concentrarse en la ciudad en ruinas que recorrían. Hasta entonces sólo había visto a unas cuantas personas aquí y allá, la mayoría a lo lejos. Se preguntó si se habrían quedado despiertas hasta tarde por miedo a que alguien saliera de la oscuridad. Quizás ellas mismas se hubieran abalanzado sobre alguien.

El sol brillaba en las altas ventanas de los rascacielos, que parecían extenderse en todas las direcciones hasta el infinito. La furgoneta atravesó el corazón de la ciudad por una amplia calle con coches abandonados, esparcidos. Thomas vio a unos cuantos raros escondidos en vehículos, asomándose por las ventanas como si esperaran sorprenderlos con una trampa.

Lawrence tomó una salida a un par de kilómetros para meterse en una carretera larga y recta que desembocaba en una de las puertas de la ciudad amurallada. Barricadas bordeaban ambos lados del camino, probablemente construidas en tiempos mejores para evitar que el ruido de innumerables coches molestara a los residentes de las casas próximas a la carretera. Parecía imposible que hubiera existido un mundo así, un mundo donde no temías por tu vida a diario.

—Por aquí llegaremos —afirmó Lawrence—. El hangar es probablemente nuestro centro más protegido, así que lo único que debemos hacer es conseguir llegar allí. Dentro de una hora estaremos en el aire, felices y a salvo.

—Bien —contestó Thomas, aunque, después de lo vivido la noche anterior, eso parecía demasiado fácil.

La piloto permaneció en silencio.

Habían recorrido unos cinco kilómetros cuando Lawrence empezó a reducir la velocidad.

—¿Qué demonios…? —murmuró.

Thomas volvió su atención a la carretera para ver a qué se refería y vio varios coches moviéndose en círculo.

—Supongo que tendré que intentar pasar —dijo Lawrence, casi hablando para sí.

Thomas no respondió, pues era consciente de que los tres sabían muy bien que aquello implicaba problemas.

Lawrence volvió a acelerar.

—Tardaremos una eternidad en dar marcha atrás y encontrar otro modo de llegar. Voy a intentar pasar.

—Pero no hagas ninguna estupidez —masculló la piloto—. Desde luego, no llegaremos si tenemos que ir a pie.

Cuando se acercaron, Thomas se inclinó hacia delante para ver lo que sucedía. Un grupo de unas veinte personas se peleaba por una gran pila de algo que no acertaba a distinguir; tiraban escombros, se empujaban y se asestaban puñetazos. A unos treinta metros se encontraban los coches, que viraban bruscamente, daban vueltas y chocaban unos con otros. Era un milagro que todavía no hubieran atropellado a nadie.

—¿Qué tienes pensado? —quiso saber Thomas. Lawrence no había reducido la velocidad lo más mínimo y ya estaban casi allí.

—¡Tienes que parar! —gritó la piloto.

Lawrence ignoró la orden.

—No, voy a pasar.

—¡Nos vas a matar!

—No pasará nada. ¡Cállate un segundo!

Se acercaron al grupo de gente, que seguía empujándose y arremetiendo contra lo que hubiera en aquel montón. Thomas se deslizó al lateral de la furgoneta para verlo mejor. Los raros estaban destrozando grandes bolsas de basura, sacando viejos paquetes de comida, carne medio podrida y sobras; pero ninguno conseguía asir nada antes de que otro intentara quitárselo. Por todas partes volaban puñetazos, desgarrones y rasguños. El rostro de un hombre con un corte profundo bajo el ojo estaba surcado por hilos de sangre como lágrimas rojas.

La furgoneta viró con un chirrido y Thomas volvió la vista al frente. Los conductores de los coches —antiguos modelos abollados, en los que apenas quedaba ya pintura— se habían detenido y tres de ellos estaban alineados de cara al vehículo que se aproximaba. Lawrence no redujo la velocidad; en su lugar, giró hacia el hueco

más grande, entre el coche de la derecha y el de en medio. En cuestión de segundos, el coche de la izquierda salió disparado hacia delante para intentar alcanzar a la furgoneta antes de que pasara.

—¡Sujetaos! —gritó Lawrence, y aceleró aún más.

Thomas se aferró cuanto pudo al asiento mientras se lanzaban a toda velocidad hacia el hueco. Los dos coches que dejaban el espacio no se movieron, pero el tercero iba directo hacia ellos. Thomas vio que no lo iban a conseguir y estuvo a punto de gritarlo, pero era demasiado tarde.

El capó delantero de la furgoneta había cruzado el umbral del hueco cuando el tercer coche chocó con la parte izquierda trasera. Thomas salió volando hacia la izquierda y se estrelló contra la barra entre las dos ventanas, que se rompió con un horrible crujido. Los cristales salieron disparados en todas las direcciones y la furgoneta giró en círculos, con la parte trasera sacudiéndose. Thomas rebotaba de un lado a otro, intentando agarrarse a cualquier lado. El sonido chirriante de los frenos y del metal arañando el metal inundó el ambiente.

Por fin, el ruido cesó cuando la furgoneta chocó contra la pared de cemento.

Thomas, maltrecho y magullado, estaba en el suelo, de rodillas. Se incorporó justo a tiempo de ver cómo los tres vehículos se alejaban, con el sonido de sus motores apagándose mientras desaparecían por la larga y recta carretera que ellos habían tomado a la ida. Echó un vistazo a Lawrence y a la piloto. Ambos estaban bien.

Entonces pasó algo muy extraño. Thomas miró por la ventana y vio a un raro magullado con los ojos clavados en él, a unos seis metros de distancia. Tardó un instante en caer en la cuenta de que el raro era su amigo.

Newt.

Capítulo 55

Newt tenía un aspecto horrible. Le habían arrancado mechones y mechones de pelo, y las calvas no eran sino verdugones rojos. Arañazos y moratones cubrían su rostro; llevaba la camiseta rota, apenas colgando de su delgado cuerpo, y los pantalones estaban manchados de mugre y sangre. Daba la impresión de haber sucumbido a los raros, de haberse unido a sus filas por completo.

Pero no apartaba la vista de Thomas, como si se hubiera dado cuenta de que había tropezado con un amigo.

Lawrence llevaba un rato hablando, pero sólo ahora empezó a procesar Thomas sus palabras:

—Estamos bien. Ha recibido lo suyo, pero con un poco de suerte nos llevará unos cuantos kilómetros más hasta el hangar.

Lawrence dio marcha atrás y la furgoneta se alejó bamboleándose de la pared de cemento. El crujido del metal y el plástico roto y el chirrido de los frenos resonaron en el silencio absoluto en el que se habían sumido. Después comenzó a alejarse, y aquello encendió un interruptor en la mente de Thomas.

—¡Para! —gritó—. ¡Para la furgoneta! ¡Ya!

—¿Qué? —dijo Lawrence—. ¿Qué dices?

—¡Tú para la maldita furgoneta!

Lawrence pisó el pedal del freno mientras él se incorporaba e iba hacia la puerta. Empezó a abrirla cuando Lawrence le agarró de la camiseta y tiró de él.

—¿Qué demonios te crees que haces? —le gritó el hombre.

Thomas no estaba dispuesto a dejar que nada le detuviera. Se sacó la pistola de los pantalones y apuntó a Lawrence.

—Suéltame. ¡Suéltame!

Lawrence le obedeció, lanzando las manos hacia arriba.

—Vaya, chaval. ¡Cálmate! ¿Qué te pasa?

Thomas se apartó de él.

—He visto a mi amigo ahí fuera. Quiero comprobar si está bien. Si hay algún problema, volveré corriendo a la furgoneta. Tan sólo estate atento para salir de aquí cuando acabe.

—¿Crees que esa cosa de ahí fuera todavía es tu amigo? —preguntó la piloto fríamente—. Esos raros hace tiempo que traspasaron el Ido. ¿No lo ves? Tu amigo ahora no es más que un animal. Peor que un animal.

—Entonces será una breve despedida, ¿no? —respondió Thomas. Abrió la puerta y salió a la calle—. Cubridme si es necesario. Tengo que hacer esto.

—Te voy a patear el culo antes de que lleguemos al iceberg, te lo prometo —gruñó Lawrence—. Date prisa. Si los raros junto a la montaña de basura se dirigen

aquí, empezaremos a disparar. No me importa si tu mami y el tío Frank están entre ellos.

—Bien.

Thomas se apartó de ellos y volvió a meterse la pistola en los vaqueros. Caminó despacio hacia su amigo, que estaba solo, lejos del grupo de raros que seguían rebuscando en el montón de basura. De momento parecían satisfechos con eso, no estaban interesados en él.

Thomas ya había recorrido medio camino para llegar hasta Newt cuando se detuvo. Lo peor de su amigo era el salvajismo que traslucían sus ojos. La locura se hallaba tras ellos, eran dos pozos inundados de males. ¿Cómo había ocurrido tan rápido?

—Eh, Newt. Soy yo, Thomas. Aún me recuerdas, ¿verdad?

La mirada de Newt se iluminó con una repentina claridad. Thomas estuvo a punto de retroceder por la sorpresa.

—Claro que te recuerdo, maldita sea, Tommy. Viniste a visitarme al Palacio y me restregarte por la cara que habías ignorado mi nota. No voy a volverme completamente loco en unos días.

A Thomas le dolieron aquellas palabras más que el aspecto lamentable de su amigo.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? ¿Por qué estás… con ellos?

Newt miró a los raros; después, volvió a observarle.

—Va y viene, tío. No puedo explicarlo. A veces no puedo controlarme, apenas sé lo que hago. Pero normalmente es como una comezón en el cerebro que desequilibra todo lo suficiente para molestarme, para enfadarme.

—Ahora parece que estés bien.

—Sí, bueno. La única razón por la que estoy con estos pirados del Palacio es porque no sé qué otra cosa hacer. Se pelean, pero también son un grupo. Si estás solo, no tienes una maldita oportunidad.

—Newt, ven conmigo esta vez, ahora mismo. Podemos llevarte a un lugar más seguro, a algún lugar mejor para…

Newt se rio; al hacerlo, agitó la cabeza un par de veces con un movimiento extraño.

—Lárgate de aquí, Tommy. Vete.

—Ven conmigo —le suplicó Thomas—. Te ataré si eso te hace sentir mejor.

De repente, la expresión de Newt se endureció por la furia y exclamó, lleno de cólera:

—¡Cállate, fuco traidor! ¿No leíste mi nota? ¿No puedes hacer una última cosa de mierda por mí? ¿Tienes que ser el héroe, como siempre? ¡Te odio! ¡Siempre te he odiado!

«No lo dice en serio», se dijo Thomas con firmeza. Pero no eran más que palabras.

—Newt…

—¡Fue todo por tu culpa! Podrías haberles detenido cuando murieron los primeros creadores. Podría habérsete ocurrido un modo de hacerlo. ¡Pero no!, tenías que continuar para intentar salvar el mundo, para ser un héroe. Y viniste al Laberinto y no paraste. ¡Lo único que te importa eres tú mismo! ¡Admítelo! ¡Tienes que ser memorable, sentirte adorado! ¡Deberíamos haberte tirado por el agujero de la Caja! —tenía la cara muy roja y escupía mientras gritaba. Comenzó a dar pasos torpes con las manos cerradas en puños.

—¡Voy a volarle los sesos! —gritó Lawrence desde la furgoneta—. ¡Quítate de en medio!

Thomas se volvió.

—¡No! ¡Esto es entre él y yo! ¡No hagas nada! —volvió a mirar a Newt—. Newt, para. Escúchame. Sé que estás bien ahí dentro, lo suficiente para oírme.

—¡Te odio, Tommy! —ahora apenas estaba a unos pasos, y Thomas retrocedió al notar que el dolor que sentía por Newt se convertía en miedo—. ¡Te odio, te odio, te odio! ¡Después de todo lo que hice por ti, después de toda la puñetera clonc por la que pasé en ese maldito Laberinto, tú no puedes hacer la única cosa que te he pedido que hagas! ¡Ni siquiera puedo mirar esa fuca cara fea tuya!

Thomas retrocedió dos pasos más.

—Newt, tienes que parar. Van a dispararte. ¡Para y escúchame! Sube a la furgoneta y deja que te ate. ¡Déjame intentarlo!

No podía matar a su amigo. No podía.

Newt gritó y corrió hacia él. Un arco de luz procedente del lanzagranadas se deslizó y crepitó por el pavimento, pero no le alcanzó. Thomas se había quedado inmóvil, paralizado, y Newt le tiró al suelo, cortándole la respiración. Se esforzó por llenar sus pulmones mientras su viejo amigo se colocaba encima de él para inmovilizarle.

—Debería arrancarte los ojos —dijo Newt, salpicándole de saliva—, darte una lección de estupidez. ¿Por qué has venido? ¿Esperabas un maldito abrazo? ¿Eh? ¿Que nos sentáramos a hablar sobre los buenos tiempos del Claro?

Thomas negó con la cabeza, presa del terror, e intentó coger despacio la pistola con la mano que tenía libre.

—¿Quieres saber por qué cojeo, Tommy? ¿Alguna vez te lo he contado? No, creo que no.

—¿Qué te pasó? —preguntó para tratar de ganar tiempo. Ya tenía los dedos alrededor del arma.

—Intenté suicidarme en el Laberinto. Trepé hasta la mitad de uno de esos

malditos muros y salté. Alby me encontró y me arrastró de nuevo al Claro antes de que las Puertas se cerraran. Odiaba aquel lugar, Tommy. Odiaba cada segundo de cada día. ¡Y fue todo… por tu… culpa!

Súbitamente, Newt se dio la vuelta y le agarró la mano que sostenía la pistola. Tiró de ella hasta que la apretó contra su frente.

—¡Repara el daño que has hecho! ¡Mátame antes de que me convierta en uno de esos monstruos caníbales! ¡Mátame! ¡Confié en ti al darte la nota, en nadie más! ¡Hazlo ya!

Thomas intentó apartar la mano, pero su amigo era demasiado fuerte.

—No puedo, Newt, no puedo.

—¡Repara el daño que has hecho! ¡Arrepiéntete! —dejó escapar las palabras mientras todo su cuerpo temblaba; luego, la voz se convirtió en un duro susurro apremiante—. Mátame, fuco cobarde. Demuestra que puedes hacer lo correcto. Líbrame de mi sufrimiento.

Aquellas palabras horrorizaron a Thomas.

—Newt, quizá podamos…

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡Confié en ti! ¡Hazlo ya!

—No puedo.

—¡Hazlo!

—¡No puedo!

¿Cómo podía Newt pedirle que hiciera tal cosa? ¿Cómo iba a matar a uno de sus mejores amigos?

—Mátame o te mataré yo a ti. ¡Mátame! ¡Hazlo!

—Newt…

—¡Hazlo antes de que me convierta en uno de ellos!

—Yo…

—¡MÁTAME! —y entonces los ojos de Newt se despejaron como si hubiera recuperado un último momento de cordura y la voz se le suavizó—. Por favor, Tommy. Por favor.

Con su corazón cayendo en un negro abismo, Thomas apretó el gatillo.

Capítulo 56

Thomas cerró los ojos mientras lo hacía. Oyó el impacto de la bala en la carne y el hueso, sintió la sacudida del cuerpo de Newt y cómo caía en la calle. Thomas se colocó bocabajo, luego se puso en pie y no abrió los ojos hasta que empezó a correr. No podía permitirse ver lo que le había hecho a su amigo. El horror, la pena, la culpa y las náuseas que todo lo anterior provocaba amenazaban con consumirle, sus ojos se llenaban de lágrimas al correr hacia la furgoneta blanca.

—¡Sube! —le gritó Lawrence.

La puerta seguía abierta. Thomas entró de un salto y la cerró. Después, la furgoneta se puso en marcha.

Nadie habló. Thomas fijó la vista en la ventana, aturdido. Había disparado a uno de sus mejores amigos en la cabeza. No importaba que eso fuera lo que él le había pedido, lo que Newt había querido, lo que le había suplicado. Thomas era el que había apretado el gatillo. Bajó la vista, vio que le temblaban las manos y las piernas, y de pronto sintió muchísimo frío.

—¿Qué he hecho? —farfulló, pero los otros no pronunciaron palabra.

El resto del viaje le resultó borroso. Pasaron junto a más raros, incluso tuvieron que disparar algunas granadas por la ventanilla un par de veces. Luego atravesaron la muralla exterior de la ciudad, después la valla del pequeño aeropuerto y por último la enorme puerta del hangar, que estaba muy bien vigilada por más miembros del Brazo Derecho.

No se dijo gran cosa y Thomas hizo cuanto le ordenaron: fue a donde se suponía que tenía que ir. Subieron al iceberg y él los siguió mientras hacían una inspección. Pero no dijo ni una palabra. La piloto fue a poner en marcha la gran nave, Lawrence desapareció por algún sitio y Thomas encontró un sofá en la zona común. Se tumbó y observó la rejilla metálica del techo.

Desde que mató a Newt, no había vuelto a pensar en su objetivo. Ahora que por fin se había liberado de CRUEL, iba y se ofrecía voluntario para regresar.

Ya no le importaba. Lo que pasara, pasaría. Sabía que durante el resto de su vida le perseguiría lo que había visto: Chuck intentando coger aire mientras se desangraba hasta morir y ahora Newt gritándole con una locura aterradora. Y ese último momento de cordura, cuando sus ojos le habían suplicado clemencia…

Thomas cerró los suyos, y las imágenes seguían ahí. Tardó bastante rato en quedarse dormido.

Lawrence le despertó.

—¡Eh, arriba, chico! Llegaremos en pocos minutos. Te dejaremos ahí y nos largaremos enseguida. Sin ánimo de ofender.

—No pasa nada —gruñó Thomas, y bajó las piernas del sofá—. ¿Cuánto tendré

que caminar hasta llegar allí?

—Unos cuantos kilómetros. No te preocupes, no creo que te topes con muchos raros. Hace más frío en esta zona. Aunque puede que veas algún alce enfadado. A lo mejor los lobos intentan arrancarte las piernas. Nada más.

Thomas miró al hombre, esperando ver una gran sonrisa, pero estaba ocupado en un rincón, poniendo las cosas en orden.

—En la puerta de carga te esperan un abrigo y tu mochila —dijo Lawrence mientras llevaba una pequeña pieza del equipo a una estantería—. También tienes agua y comida. Queremos asegurarnos de que disfrutas de la excursión y aprecias los placeres de la naturaleza y todo eso —seguía sin sonreír.

—Gracias —murmuró Thomas. Estaba haciendo un gran esfuerzo por no volver al oscuro pozo de tristeza en el que se había quedado dormido. Seguía sin poder quitarse de la cabeza a Chuck y Newt.

Lawrence dejó lo que estaba haciendo y se volvió hacia él.

—Sólo voy a preguntártelo una vez.

—¿Qué?

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? Todo lo que sé de esta gente es malo. Secuestran, torturan, asesinan… Hacen cualquier cosa para conseguir lo que quieren. Me parece una locura dejarte entrar tan campante ahí solo.

Por algún motivo, Thomas ya no tenía miedo.

—No me pasará nada. Tú sólo asegúrate de volver.

Lawrence negó con la cabeza.

—O eres el chaval más valiente que he conocido o estás loco de remate. De todas maneras, ve a darte una ducha y a ponerte ropa limpia. Tiene que estar en esas taquillas.

Thomas no sabía qué aspecto tenía en aquel momento, pero se imaginaba como una especie de zombi pálido y exánime, con los ojos apagados.

—Vale —dijo, y fue a intentar quitarse el horror de encima.

El iceberg comenzó a descender y, mientras se aproximaba al suelo, Thomas se agarró a una barra en la pared. Cuando aún estaban a treinta metros de altura, la escotilla comenzó a abrirse con el chirrido de las bisagras y entró aire fresco. El rugido de los propulsores ardiendo aumentó. Thomas vio que se hallaban sobre un pequeño claro de bosque, uno enorme repleto de pinos salpicados de nieve. Había tantos que el iceberg no podía aterrizar. Tendría que saltar.

La nave descendió y él se preparó.

—Buena suerte, chico —dijo Lawrence, y señaló con la cabeza hacia el suelo cuando se acercaron más—. Te diría que tuvieras cuidado, pero sé que no eres idiota, así que no diré nada.

Thomas le sonrió, esperando que le devolviera el gesto. Sentía que lo necesitaba,

pero no recibió nada.

—Bueno, colocaré el dispositivo en cuanto entre. Estoy seguro de que todo irá como la seda. ¿Verdad?

—Me saldrán lagartijas por la nariz si no hay problemas —contestó Lawrence, pero había amabilidad en su voz—. Ahora ve. Tan pronto como salgas, ve por ahí —señaló a la izquierda, hacia la linde del bosque.

Thomas se puso el abrigo y deslizó los brazos por las asas de la mochila; a continuación, bajó con cuidado por la gran placa metálica de la puerta de carga y se agachó en el borde. El suelo estaba cubierto de un metro y medio de nieve, pero aun así debía tener cuidado. Saltó y aterrizó en un lugar blando, un montón de nieve recién caída. En ningún momento reaccionó.

Había matado a Newt.

Había disparado en la cabeza a su amigo.

Capítulo 57

En el claro había troncos desperdigados de árboles caídos hacía mucho tiempo. Los altos y gruesos pinos que rodeaban a Thomas se alzaban hacia el cielo como una pared de torres majestuosas. Se protegió los ojos del fuerte viento mientras el iceberg aumentaba la potencia de los propulsores y se elevaba en el aire, y observó cómo desaparecía hacia el suroeste.

El aire era frío y vigorizante y el bosque transmitía una sensación fresca, como si estuviera ante un mundo recién creado, un lugar no alcanzado por la enfermedad. Estaba seguro de que no había mucha gente que viera algo parecido aquellos días y se sintió afortunado.

Se ajustó la mochila y se dirigió hacia donde Lawrence le había indicado, decidido a llegar allí lo más rápido posible. Cuanto menos tiempo tuviera para pensar en lo que le había hecho a Newt, mejor. Y sabía que estar allí solo, en la naturaleza, le daría demasiado tiempo. Dio los últimos pasos para salir del claro nevado y entró en la oscuridad de los densos pinos. Dejó que su agradable e irresistible aroma le inundara e hizo todo lo posible para acallar su mente y, así, evitar pensar.

Iba bastante bien, concentrado en el camino, en las vistas y los sonidos de los pájaros, las ardillas e insectos, en los maravillosos olores. Sus sentidos no estaban acostumbrados a aquellas cosas, puesto que la mayor parte de lo que recordaba de su vida había transcurrido entre paredes. Por no mencionar el Laberinto y la Quemadura. Mientras caminaba por el bosque, le costaba creer que un lugar tan distinto —la Quemadura— pudiera existir en el mismo planeta. Su mente divagó. Se preguntó cómo sería la vida para aquellos animales si los humanos desaparecieran para siempre.

Llevaba andando más de una hora cuando por fin llegó a la linde del bosque y a una amplia extensión de tierra rocosa y yerma. Unas islas de tierra parda, carentes de vegetación, salpicaban el terreno sin árboles donde el viento se había llevado la nieve. Aquí y allá había piedras escarpadas de todos los tamaños que daban a una súbita caída, a un enorme precipicio. Más allá se veía el océano, cuyo azul oscuro terminaba en el horizonte, donde con una marcada línea se transformaba en el azul claro del cielo brillante. Y erigida en el borde del edificio, en torno a un kilómetro de él, estaba la sede de CRUEL.

El complejo era enorme, compuesto de amplios y sencillos edificios interconectados; las paredes estaban salpicadas de estrechas rendijas en el cemento blanco, donde se hallaba alguna ventana aislada. Un edificio redondo se alzaba en medio de los demás como una torre. El duro clima de la región, unido a la humedad del mar, había afectado las fachadas de los edificios —las grietas se abrían como telarañas en los exteriores del complejo—, pero aquellas estructuras parecían ir a

perdurar eternamente, persistentes ante cualquier acción del hombre o del clima. El edificio le trajo a la memoria un recuerdo efímero sobre algo que aparecía en un libro de cuentos, una especie de asilo encantado. Era el lugar perfecto para alojar a la organización que intentaba evitar que el mundo se convirtiera en un manicomio. Una larga y estrecha carretera se alejaba del complejo y desaparecía en el bosque.

Se puso en marcha para atravesar el tramo de tierra con rocas esparcidas. Un silencio casi inquietante reinaba en el lugar. Lo único que podía oír, aparte de sus pisadas y su propia respiración, era el sonido de las olas distantes que rompían al final del acantilado, e incluso aquello era muy débil. Estaba seguro de que la gente de CRUEL ya le había visto. La seguridad sería rigurosa y estricta.

Un ruido como de golpecitos metálicos contra una piedra le hizo detenerse y mirar a la derecha. Como si la hubiera llamado al pensar en la seguridad, una cuchilla escarabajo se posó sobre una roca con su ojo rojizo brillando en dirección a Thomas.

Recordó cómo se había sentido la primera vez que había visto una dentro del Claro, justo antes de que se escabullera hacia el bosquecillo que había allí. Parecía haber pasado una eternidad de eso.

La saludó y luego siguió caminando. En diez minutos estaría llamando a la puerta de CRUEL, pidiendo, por primera vez, que le dejaran entrar; no salir.

Bajó por la última parte de la pendiente y llegó a una acera helada que cercaba el recinto. Parecía que se habían esforzado por que los jardines fueran más bonitos que la tierra yerma que los rodeaba, pero los arbustos, las flores y los árboles hacía tiempo que habían sucumbido al invierno, y en los trozos de tierra gris que había en medio de la nieve sólo se veían hierbajos. Thomas avanzó por el camino pavimentado, preguntándose por qué nadie había salido aún a recibirle. A lo mejor el Hombre Rata estaba dentro, observando, deduciendo que por fin había optado por su bando.

Otras dos cuchillas escarabajo atrajeron su atención; ambas vagaban entre los hierbajos cubiertos de nieve de los arriates de flores, barriendo de izquierda a derecha con sus luces rojas a la vez que correteaban de un lado a otro. Thomas se fijó en las ventanas más próximas, pero el cristal estaba tan tintado que sólo vio oscuridad. Un estruendo procedente de atrás le hizo darse la vuelta. Se avecinaba tormenta, a juzgar por los nubarrones oscuros y densos, pero todavía estaba a kilómetros de distancia. Mientras observaba, varios relámpagos zigzaguearon por las zonas sombrías, lo que le hizo evocar la Quemadura, aquella horrible tormenta con la que se habían topado al acercarse a la ciudad. Tan sólo esperaba que el clima no fuera así de malo en el norte.

Reanudó su camino por la acera y aflojó el paso al aproximarse a la entrada principal. Unas enormes puertas de cristal le aguardaban, y un repentino, casi doloroso recuerdo le golpeó el interior del cráneo: la huida del Laberinto, la carrera por los pasillos de CRUEL y la salida por aquellas puertas hacia la lluvia torrencial.

Miró a su derecha, hacia un pequeño aparcamiento, donde un viejo autobús se hallaba cerca de una fila de coches. Tenía que ser el mismo que había atropellado a aquella pobre mujer infectada con el Destello, que les había llevado a aquellos dormitorios, donde habían jugado con sus mentes y un Trans Plano les había enviado finalmente a la Quemadura.

Y ahora, después de todo por lo que había pasado, estaba en el umbral de CRUEL por su propia elección. Estiró el brazo y dio unos golpes en el frío y oscuro cristal. No veía nada al otro lado.

Casi inmediatamente, diversas cerraduras se desbloquearon, una detrás de otra, y una de las puertas se abrió hacia afuera. Janson, que siempre sería el Hombre Rata para Thomas, extendió una mano.

—Bienvenido, Thomas —dijo—. Nadie me creía, pero les he estado diciendo todo el rato que regresarías. Me alegro de que hayas tomado la decisión acertada.

—Acabemos con esto —replicó él. Iba a hacerlo, representaría su papel, pero no tenía por qué ser agradable.

—Me parece una idea excelente —Janson retrocedió y le hizo una pequeña reverencia—. Tú primero.

Con un escalofrío que igualaba el gélido clima exterior, Thomas pasó junto al Hombre Rata y entró en la sede de CRUEL.

Capítulo 58

Thomas entró en un amplio vestíbulo con unos cuantos sillones y sillas, en el que destacaba un gran escritorio vacío. Era diferente a los que vio la última vez que estuvo allí. El mueble era colorido y brillante, pero no reavivaba en absoluto la deprimente sensación que transmitía el lugar.

—Pensé que podíamos pasar unos minutos en mi despacho —dijo, y señaló hacia el pasillo que torcía a la derecha antes de comenzar a caminar—. Sentimos muchísimo lo que pasó en Denver. Una lástima perder una ciudad con tanto potencial. Por eso tenemos que darnos prisa en terminar esto enseguida.

—¿Qué es lo que tenéis que hacer? —se obligó a preguntar.

—Lo discutiremos todo en mi despacho. Nuestro equipo principal está allí.

El dispositivo escondido en su mochila pesaba sobre la conciencia de Thomas. Tenía que colocarlo de alguna forma lo antes posible y poner el reloj a funcionar.

—Muy bien —dijo—, pero antes tengo que ir al lavabo.

Fue la idea más simple que se le ocurrió y la única manera de asegurarse un minuto a solas.

—Hay uno ahí delante —contestó el Hombre Rata.

Doblaron una esquina y continuaron por un pasillo aún más anodino que llevaba al servicio de caballeros.

—Esperaré aquí fuera —dijo Janson, señalando la puerta con la cabeza.

Thomas entró sin decir palabra, sacó el dispositivo de su mochila y miró a su alrededor. Había un armario de madera para guardar artículos de tocador sobre el lavabo y, encima, un borde lo bastante alto para poder dejar el chisme y que este quedara oculto. Tiró de la cadena y abrió el grifo del lavabo. Activó el dispositivo como le habían enseñado y se estremeció ante el pitido que sonó; luego lo depositó encima del armario. Tras cerrar el grifo, se calmó mientras el secamanos seguía su curso.

Luego salió de nuevo al pasillo.

—¿Ya has terminado? —preguntó Janson, irritantemente educado.

—He terminado —contestó Thomas.

Continuaron andando y, de camino, pasaron ante algunos retratos torcidos de la ministra Paige como los de los pósteres de Denver.

—¿Conoceré alguna vez a la ministra? —inquirió al final, pues sentía curiosidad por aquella mujer.

—La ministra Paige está muy ocupada —respondió Janson—. Tienes que recordar, Thomas, que completar el programa y finalizar la cura sólo es el principio. Todavía estamos organizando la logística para hacérsela llegar a las masas. La mayoría del equipo está trabajando duro mientras hablamos.

—¿Qué os asegura que funcionará? ¿Por qué yo?

Janson clavó la vista en él y le dedicó su sonrisa de roedor.

—Lo sé, Thomas. Creo en ello con todo mi ser. Y te prometo que se te reconocerá como mereces.

Por algún motivo, Thomas entonces pensó en Newt.

—No quiero que se me reconozca nada.

—Ya hemos llegado —anunció Janson, ignorándole.

Se encontraban ante una puerta sin ningún cartel. El Hombre Rata le hizo un gesto para que entrara. Dos personas —un hombre y una mujer— estaban sentadas de cara a un escritorio. Thomas no las reconoció.

La mujer llevaba un traje de pantalón oscuro, era pelirroja y unas gafas de montura fina se posaban sobre su nariz. El hombre era calvo, anguloso y flaco, e iba con un uniforme verde de quirófano.

—Estos son mis colegas —dijo Janson, que se fue a sentar detrás del escritorio. Le hizo un gesto a Thomas para que tomara el tercer asiento entre sus dos visitas, y así lo hizo—. La doctora Wright —señaló a la mujer— es la psicóloga jefe y el doctor Christensen es nuestro médico jefe. Tenemos mucho de qué hablar, así que perdónenme si soy breve en las presentaciones.

—¿Por qué soy el Candidato Final? —preguntó Thomas, yendo al grano.

Janson caviló mientras movía innecesariamente algunos objetos sobre su escritorio. Después se recostó y juntó las manos sobre su regazo.

—Una excelente pregunta. Teníamos un puñado de (perdona el término) sujetos programados desde el principio para… competir para este honor. Hace poco se limitó a ti y a Teresa. Pero ella tiene una forma de seguir órdenes de la que tú careces. Tu tendencia hacia el librepensamiento es lo que a la larga determinó que fueras el Candidato Final.

«Jugué hasta el final», pensó Thomas con amargura.

Sus propios intentos de rebelarse habían resultado ser exactamente lo que ellos querían. Hasta la última pizca de su ira estaba dirigida al hombre que tenía delante, al Hombre Rata. Para Thomas, Janson representaba CRUEL de arriba abajo.

—Terminemos con esto —dijo. Hizo lo que pudo por disimular, pero percibió la furia en su voz.

Janson no se inmutó.

—Paciencia, por favor. No tardaremos mucho. Ten en cuenta que recoger los patrones de la zona letal es una operación delicada. Estamos tratando con tu mente y el más mínimo contratiempo en lo que pienses, intérpretes o percibas puede provocar que los resultados sean inútiles.

—Sí —añadió la doctora Wright, metiéndose el pelo detrás de la oreja—. Sé que el subdirector Janson te habló de la importancia de volver y nos alegra que hayas

tomado esta decisión —tenía una voz suave y agradable que, en cierto modo, emanaba inteligencia.

El doctor Christensen se aclaró la garganta y habló con una voz débil y aflautada. A Thomas enseguida le provocó desagrado.

—No sé qué otra decisión podrías haber tomado. El mundo entero está al borde del colapso y tú puedes ayudar a salvarlo.

—Si tú lo dices —repuso Thomas.

—Exacto —convino Janson—, nosotros lo decimos. Todo está preparado. Pero tenemos que explicarte más cosas para que comprendas la decisión que has tomado.

—¿Más cosas? —repitió Thomas—. ¿No trataban las Variables de que no supiera nada? ¿Vais a tirarme a una jaula llena de gorilas o algo así? ¿Quizá tendré que caminar por un campo de minas? ¿Me echaréis al océano para ver si puedo volver nadando a la orilla?

—Cuéntale el resto —respondió el doctor Christensen.

—¿El resto? —inquirió Thomas.

—Sí, Thomas —dijo Janson con un suspiro—; el resto. Después de todas las Pruebas, después de todos los estudios, después de todos los patrones que se han recogido y examinado, después de todas las Variables por las que os hemos hecho pasar a ti y a tus amigos, hemos llegado a esto.

Thomas no dijo nada. Apenas era capaz de respirar debido a una especie de expectación y los deseos simultáneos de saber y no saber.

Janson se inclinó hacia delante, con los codos sobre el escritorio, y una expresión seria ensombreció su rostro.

—Una última cosa.

—¿Cuál?

—Thomas, necesitamos tu cerebro.

Capítulo 59

A Thomas se le aceleró el corazón, los latidos se convirtieron en un repiqueteo en su pecho. Sabía que el hombre ahora no le estaba poniendo a prueba. Habían ido todo lo lejos posible analizando reacciones y patrones cerebrales. Ahora habían elegido a la persona más apropiada para… desmontarla en su esfuerzo por conseguir una cura.

De pronto, el Brazo Derecho parecía que no fuese a llegar nunca.

—¿Mi cerebro? —se obligó a repetir.

—Sí —respondió el doctor Christensen—. El Candidato Final tiene la pieza que nos faltaba para completar el programa, pero no habrá forma de saberlo hasta que sigamos los patrones contra las Variables. La vivisección nos aportará los últimos datos y tus sistemas funcionarán adecuadamente mientras lo hagamos. No sentirás ningún dolor. Te sedaremos muy bien hasta que… —no hacía falta que acabara la frase, y sus palabras cayeron en el silencio.

Los tres científicos de CRUEL esperaban la reacción de Thomas, pero no podía hablar. Se había enfrentado a la muerte infinidad de veces en lo que recordaba de su vida y, aun así, siempre había tenido la desesperada esperanza de sobrevivir, de hacer todo lo posible para durar un día más. Pero esto era distinto. No tenía que aguantar una prueba hasta que vinieran sus rescatadores. De esto no regresaría. Allí terminaría todo si no venían a buscarle.

Se le ocurrió una terrible idea: ¿estaría Teresa al tanto de eso?

Le sorprendió lo mucho que le dolió pensarlo.

—¿Thomas? —lo llamó Janson, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos—. Sé que esto te ha debido de sorprender. Tienes que comprender que esto no es una prueba; no es una Variable y no estoy mintiéndote. Creemos que podemos completar el programa de la cura si analizamos tu tejido cerebral y cómo, combinado con los patrones que hemos recogido, su composición física le permite resistir la fuerza del virus del Destello. Las Pruebas fueron creadas en conjunto para no tener que abriros a todos. Nuestro objetivo principal era salvar vidas, no malgastarlas.

—Hemos estado recogiendo y analizando patrones durante años, y hasta ahora tú has sido el más fuerte en tus reacciones a las Variables —continuó la doctora Wright —. Desde hace tiempo sabíamos (y era una máxima prioridad que los sujetos lo ignoraran) que al final elegiríamos al mejor candidato para el último procedimiento.

El doctor Christensen continuó ilustrando el proceso mientras Thomas escuchaba en un silencio aletargado:

—Tienes que estar vivo, pero no despierto. Te sedaremos y dormiremos la zona de la incisión; pero no hay nervios en el cerebro, por lo que el proceso será relativamente indoloro. Por desgracia, no te recuperarás de nuestras exploraciones neurales: el procedimiento es mortal. Pero los resultados serán incalculables.

—¿Y si no funciona? —inquirió Thomas. Lo único que podía ver eran los últimos momentos de Newt. ¿Y si él podía evitar aquella terrible muerte a innumerables personas?

La psiquiatra desvió la vista, incómoda.

—Entonces, continuaremos… trabajando. Aunque tenemos una absoluta confianza en…

Thomas la interrumpió, incapaz de reprimirse:

—Pero en realidad no la tenéis, ¿verdad? Habéis estado pagando a gente para que secuestrara inmunes…, sujetos —escupió la última palabra con un rencor despiadado —, para poder empezar de nuevo.

Nadie se apresuró a contestar. Y luego Janson dijo:

—Haremos lo que haga falta para encontrar una cura. Con la menor pérdida de vidas posible. No se debe decir nada más sobre ese asunto.

—¿Por qué estamos siquiera hablando? —preguntó Thomas—. ¿Por qué no me cogéis, me atáis y me arrancáis el cerebro?

—Porque eres nuestro Candidato Final —contestó el doctor Christensen—; eras parte del puente entre los fundadores y el personal actual. Estamos intentando mostrarte el respeto que mereces. Tenemos la esperanza de que tomes la decisión tú solo.

—Thomas, ¿necesitas un minuto? —le ofreció la doctora Wright—. Sé que es difícil y te aseguro que no nos lo tomamos a la ligera; lo que estamos pidiéndote es un gran sacrificio. ¿Donarás tu cerebro a la ciencia? ¿Nos permitirás juntar las últimas piezas del puzle, dar otro paso hacia una cura por el bien de la raza humana?

No sabía qué decir. No podía creerse el giro que habían dado los acontecimientos. Después de todo, ¿sería verdad que sólo necesitaban una muerte más?

El Brazo Derecho estaba llegando. La imagen de Newt penetró en su mente.

—Me gustaría estar solo —dijo por fin—. Por favor.

Por primera vez, una parte de él quería rendirse, dejarles hacer aquello incluso aunque hubiera muy pocas posibilidades de que funcionara.

—Harás lo correcto —afirmó el doctor Christensen—. Y no te preocupes: no sentirás nada de dolor.

Thomas no quería oír ni una palabra más.

—Tan sólo necesito estar un rato solo antes de que todo esto empiece.

—Muy bien —asintió Janson, y se levantó—. Te acompañaremos a las instalaciones médicas y te dejaremos en una sala privada durante un rato. Aunque tenemos que empezar pronto.

Thomas se echó hacia delante y apoyó la cabeza en sus manos, con la vista clavada en el suelo. El plan que había tramado con el Brazo Derecho de pronto le parecía una absoluta tontería. Aunque pudiera escapar de aquel grupo —en el caso de

que lo deseara—, ¿cómo sobreviviría hasta que llegaran sus amigos?

—¿Thomas? —dijo el doctor Wright, y le apoyó una mano en la espalda—. ¿Estás bien? ¿Tiene alguna pregunta más?

Él se incorporó y se apartó de la mano.

—Vayamos… a donde habéis dicho.

De repente, el despacho de Janson pareció quedarse sin aire y el pecho de Thomas se encogió. Se levantó y caminó hacia la puerta, la abrió y salió al pasillo. Era demasiado.

Capítulo 60

Thomas siguió a los doctores, pero su mente no dejaba de dar vueltas. No sabía qué hacer. No había forma de comunicarse con el Brazo Derecho y había perdido la habilidad de comunicarse mentalmente con Teresa o Aris.

Doblaron un par de esquinas y el zigzag le hizo evocar el Laberinto. Casi deseaba estar allí otra vez. Las cosas eran mucho más simples entonces.

—Hay una sala justo aquí, a la izquierda —explicó Janson—. Ya he puesto un teclado allí por si quieres dejarles a tus amigos un mensaje. Encontraré el modo de hacérselo llegar.

—Me aseguraré de que también te traigan algo de comer —añadió desde detrás la doctora Wright.

Aquella amabilidad molestó a Thomas, y entonces recordó historias de asesinos a los que mataban en los viejos tiempos. También ellos recibían una última comida, una tan buena como desearan.

—Quiero un bistec —dijo, y se detuvo a mirarla—. Y camarones. Y una langosta. Y tortitas. Y una chocolatina.

—Lo siento, tendrás que conformarte con un par de bocadillos.

Thomas suspiró.

—Era de esperar.

Thomas se sentó en una silla blanda, con la mirada fija en el teclado sobre la pequeña mesa que tenía delante. No tenía ninguna intención de escribir una nota a nadie, pero no sabía qué más hacer. La situación había resultado ser más complicada de lo que se había imaginado. No sabía qué esperarse, pero la idea de que le diseccionaran vivo nunca se le había pasado por la cabeza. Había supuesto que podría sobrellevar lo que fueran a hacerle hasta que apareciera el Brazo Derecho. Pero ahora ya no había vuelta atrás.

Al final escribió mensajes de despedida para Minho y Brenda por si acaso terminaba muerto; luego apoyó la cabeza en los brazos hasta que llegó la comida. Comió despacio y volvió a descansar, con la esperanza de que sus amigos llegasen a tiempo. Fuera como fuese, no iba a salir de aquella habitación hasta que tuviera que hacerlo.

Dormitó mientras esperaba y los minutos se alargaban.

Le despertó alguien llamando a la puerta.

—¿Thomas? —se oyó la voz amortiguada de Janson—. Tenemos que empezar.

Aquellas palabras encendieron el pánico en Thomas.

—No… estoy preparado todavía —sabía que sonaba ridículo.

Tras una larga pausa, Janson dijo:

—Me temo que no nos queda otra opción.

—Pero… —comenzó a replicar; sin embargo, antes de que organizara sus pensamientos, la puerta se abrió y Janson entró.

—Thomas, esperar sólo lo empeorará. Tenemos que irnos.

No sabía qué hacer. Hasta entonces, le había sorprendido que se mostraran tan tranquilos con él; se había confiado demasiado y ahora no tenía tiempo. Respiró hondo.

—Acabemos de una vez.

El Hombre Rata sonrió.

—Sígueme.

Janson le condujo a una sala en la que destacaba una cama con ruedas, rodeada de todo tipo de monitores y varias enfermeras. El doctor Christensen estaba allí, vestido de los pies a la cabeza con el uniforme de quirófano y una mascarilla en la cara. Thomas sólo podía verle los ojos, pero le dio la impresión de que estaba impaciente por empezar.

—¿Y ya está? —inquirió. Una oleada de pánico ascendió desde su estómago, como si algo intentara avanzar a mordiscos hasta su pecho—. ¿Ha llegado el momento de abrirme?

—Lo siento —respondió el doctor—, pero tenemos que empezar.

El Hombre Rata estaba a punto de volver a hablar cuando una alarma atronadora estalló en el edificio. A Thomas le dio un vuelco el corazón y el alivio inundó todo su cuerpo. Tenía que ser el Brazo Derecho.

La puerta se abrió. Thomas se volvió justo a tiempo de ver anunciar a una mujer de aspecto desesperado:

—Llegó un iceberg con una entrega, pero ha resultado ser un truco para que entre gente. Están intentando hacerse con el edificio principal en este mismo instante.

La reacción de Janson estuvo a punto de detener el corazón de Thomas:

—Parece que tenemos que darnos prisa y empezar el procedimiento. Christensen, duérmele.

Capítulo 61

El pecho de Thomas se estrechó y su garganta pareció hincharse. Estaba en peligro, pero se quedó paralizado.

Janson comenzó a dar órdenes:

—Doctor Christensen, rápido. Quién sabe qué trama esa gente, pero ahora no podemos perder ni un segundo. Iré a decirle al personal de operaciones que no cedan terreno, cueste lo que cueste.

—Esperad —intervino Thomas con voz ronca—, no sé si puedo hacerlo —las palabras le parecieron vanas. Sabía que a aquellas alturas no se detendrían.

El rostro de Janson enrojeció. En vez de responderle, se volvió hacia el doctor.

—Haga lo que sea necesario para abrir a este crío.

Justo cuando Thomas abría la boca para hablar, algo afilado le pinchó el brazo y envió sacudidas de calor por su cuerpo. Las piernas le flaquearon y cayó en la camilla. Estaba dormido del cuello hacia abajo; el terror estalló en su interior. El doctor Christensen se inclinó sobre él y le pasó a una enfermera la jeringuilla usada.

—Lo siento mucho, Thomas. Tenemos que hacerlo.

El médico y la enfermera le colocaron en la cama, levantando las piernas para tumbarle bocarriba. Podía mover levemente la cabeza de un lado a otro, pero eso era todo. El repentino cariz que había tomado la situación le abrumó mientras asimilaba las consecuencias. Estaba a punto de morir. A menos que de alguna manera el Brazo Derecho entrara allí enseguida, iba a morir.

Janson se colocó en su campo de visión, asintió en señal de aprobación y le dio unas palmaditas al doctor en el hombro.

—Hágalo.

Luego se dio la vuelta y desapareció; Thomas oyó que alguien gritaba en el pasillo antes de que la puerta se cerrara.

—Tengo que realizar antes unas pruebas —explicó el doctor Christensen—. Luego te llevaremos a la sala de operaciones —se dio la vuelta y comenzó a toquetear unos instrumentos que había detrás.

Parecía que el hombre le hablara desde kilómetros de distancia. Thomas yacía impotente, con la cabeza dándole vueltas mientras el doctor le sacaba sangre y medía su cráneo. El hombre trabajaba en silencio, apenas pestañeaba, pero las gotas de sudor que perlaban su frente revelaban que iba a contrarreloj para adelantar a quién sabía qué. ¿Tardaría una hora? ¿Varias horas?

Thomas cerró los ojos. Se preguntó si el dispositivo que inutilizaba las armas habría hecho su trabajo. Se preguntó si alguien le encontraría. Entonces se dio cuenta de que no sabía si quería que lo hicieran. ¿Era posible que CRUEL estuviera a punto de hallar la cura? Se obligó a respirar con normalidad, a concentrarse en intentar

mover sus extremidades. Pero no sucedió nada.

De pronto, el médico se enderezó y le sonrió.

—Creo que ya estamos. Vamos a llevarte a la sala de operaciones.

Cruzó una puerta y alguien empujó la camilla de Thomas por el pasillo. Incapaz de moverse, tumbado, miraba las luces del techo al pasar. Al final tuvo que cerrar los ojos.

Le habían dormido. El mundo se desvanecía. Y moriría.

Volvió a abrir los ojos de repente. Los cerró. El corazón le latía con fuerza; las manos cada vez le sudaban más y se percató de que estaba agarrado a las sábanas de la camilla con los puños. El movimiento volvía poco a poco. Abrió los ojos de nuevo. Las luces pasaban zumbando. Otro giro, otro. La desesperación amenazaba con extraer su vida antes de que los médicos lo hicieran.

—Yo… —comenzó a decir, pero no salió nada más.

—¿Qué? —preguntó Christensen, echándole un vistazo.

Thomas se esforzó por hablar, pero, antes de que pudiera pronunciar una palabra, un atronador estruendo sacudió el pasillo y el doctor tropezó. Su peso empujó hacia delante la camilla al tiempo que trataba de impedir su caída, y esta salió disparada a la derecha y chocó contra la pared; luego rebotó y giró hasta que dio en el otro lado. Thomas intentó moverse, pero estaba paralizado, indefenso. Pensó en Chuck y Newt, y una tristeza sin igual le oprimió el corazón.

Se oyó un grito de donde provenía la explosión, seguido de otros chillidos. Luego todo volvió a quedar en silencio y el médico se puso en pie. Echó a correr hacia la camilla para enderezarla y volvió a empujarla. Cruzaron unas puertas batientes y aparecieron en una blanca sala de operaciones repleta de gente vestida con uniformes de quirófano.

Christensen comenzó a dar órdenes:

—¡Tenemos que darnos prisa! Todos a sus puestos. Lisa, sédalo del todo. ¡Ya!

Una mujer bajita respondió:

—No hemos hecho todos los prep…

—¡No importa! Por lo que sabemos, el edificio se está incendiando.

Colocó la camilla junto a la mesa de operaciones y varias manos levantaron a Thomas para moverlo antes siquiera de que la camilla se parara del todo. Lo colocaron bocarriba y se esforzó por ver algo en el trajín de médicos y enfermeras; había al menos nueve o diez. Notó un pinchazo en el brazo, bajó la vista y vio que la mujer baja le inyectaba una intravenosa. En todo momento, el único movimiento que conseguía era el de las manos.

Dispusieron las luces justo encima de él y le clavaron otras cosas en varias partes de su cuerpo. Los monitores comenzaron a pitar; se oían el zumbido de una máquina y las conversaciones de la gente; la sala se inundó de movimiento, como una danza

orquestada.

Y las luces, tan brillantes… La sala daba vueltas, aunque estaba muy quieto. El terror por lo que le hacían aumentó. Sabía que todo se acababa allí mismo.

—Espero que funcione —consiguió decir por fin.

Unos segundos más tarde, las drogas surtieron efecto y todo desapareció.

Capítulo 62

Durante un buen rato, Thomas no vio más que oscuridad. La brecha en el vacío de sus pensamientos era sólo una fisura lo bastante ancha para permitirle comprender la existencia del propio vacío. En alguna parte al filo de todo, era consciente de que se suponía que estaba dormido, que le mantenían vivo sólo para inspeccionar su cerebro. Para desmontarlo, probablemente trozo a trozo.

Así que todavía no estaba muerto.

En algún punto mientras flotaba en aquella negrura, oyó una voz. Le llamaba por su nombre.

Después de oír «Thomas» varias veces, decidió seguirla, encontrarla. Se esforzó por moverse hacia la voz.

Hacia su nombre.

Capítulo 63

—Thomas, tengo fe en ti —oyó decir a una mujer mientras se esforzaba por recuperar la consciencia. No reconocía la voz, pero la percibía como suave y autoritaria al mismo tiempo. Continuó luchando, se oyó a sí mismo gemir y notó que se movía en la cama.

Por fin, abrió los ojos. Parpadeó contra el resplandor de las luces sobre su cabeza y notó que una puerta se cerraba detrás de quien fuera el que le había despertado.

—Espera —dijo, pero apenas logró emitir un susurro.

Valiéndose de toda su fuerza de voluntad, se apoyó sobre los codos y se incorporó. Estaba solo en la sala; únicamente se oían gritos distantes y algún que otro estruendo aislado, como un trueno. Su mente comenzó a despejarse y se dio cuenta de que, aparte de estar adormilado, se encontraba bien. Lo que significaba que, a menos que los milagros de la ciencia hubieran dado un salto de gigante, seguía teniendo el cerebro.

Un sobre de manila sobre la mesa junto a la que se hallaba su cama le llamó la atención. En la parte delante estaba escrito, en grandes letras rojas, «Thomas». Bajó las piernas para sentarse en el borde del colchón y cogió el sobre.

Había dos hojas de papel en el interior. La primera era un mapa del complejo de CRUEL, con una línea de rotulador negro que trazaba varias rutas por el edificio. Le echó un vistazo rápido a la segunda: era una carta, dirigida a él y firmada por la ministra Paige. Dejó el mapa y comenzó a leer la carta desde el principio.

Estimado Thomas:

Creo que las Pruebas han terminado. Tenemos información más que suficiente para crear el programa. Mis colegas no estaban de acuerdo conmigo en este asunto, pero pude detener el procedimiento y salvarte la vida. Ahora es tarea nuestra trabajar con la información que ya tenemos y crear una cura para el Destello. Tu participación, así como la de los otros sujetos, ya es necesaria.

Te espera un cometido fundamental. Cuando me convertí en ministra, comprendí la importancia de crear una puerta trasera en este edificio. Coloqué esa puerta trasera en una sala de mantenimiento que no se utilizaba. Lo que te pido es que te marches con tus amigos y el considerable número de inmunes que hemos reunido. El tiempo apremia; estoy segura de que eres consciente de ello.

Hay tres caminos marcados en el mapa adjunto. El primero indica cómo salir del edificio por un túnel. En cuanto estés fuera, podrás acceder al sitio por el que el Brazo Derecho ha entrado en el otro edificio y allí, reunirte con ellos. La segunda ruta te llevará hasta los inmunes; la tercera, hasta la puerta trasera. Es un Trans Plano que te transportará a lo que, espero, será una nueva vida. Recórrelos todos y marchaos.

Ava Paige, ministra

Thomas clavó la vista en el papel; la cabeza le daba vueltas. Sonó otro estruendo a lo lejos que le devolvió a la realidad. Confiaba en Brenda y ella confiaba en la ministra. Lo único que podía hacer ahora era ponerse en marcha.

Dobló la carta y el mapa, se los metió en el bolsillo trasero y se levantó despacio. Sorprendido por lo poco que había tardado en recobrar las fuerzas, corrió hacia la puerta, echó un vistazo al pasillo y comprobó que estaba vacío. Salió con sigilo y, justo en ese momento, dos personas pasaron corriendo. No se fijaron mucho en él, y Thomas se dio cuenta de que el caos provocado por el ataque del Brazo Derecho podría ser lo que terminara salvándole.

Sacó el mapa y lo estudió con detenimiento, siguiendo la línea negra que llevaba al túnel. No tardaría mucho en llegar allí. Memorizó el recorrido y comenzó a avanzar por el pasillo; entretanto, echaba un vistazo a los otros dos caminos que la ministra Paige le había marcado.

Tan sólo había caminado unos metros cuando se detuvo, atónito por lo que estaba viendo. Se acercó el mapa para asegurarse; a lo mejor no lo estaba leyendo bien. Pero lo que mostraba no era un error.

CRUEL había escondido a los inmunes en el Laberinto.

Capítulo 64

Había dos laberintos en el mapa; por supuesto, el del Grupo A y el del Grupo B. Ambos debían de haberse construido en las profundidades de los edificios principales de la sede de CRUEL. Thomas no sabía a cuál le habían indicado que fuera, pero desde luego iba a regresar al Laberinto. Con un pavor enfermizo, echó a correr hacia el túnel de la ministra Paige.

Siguió el mapa y recorrió pasillo tras pasillo hasta que llegó a unas largas escaleras que descendían a un sótano. El camino le llevó por unas habitaciones vacías y después, al final, a una puerta pequeña que se abría a un túnel. El túnel estaba en penumbra, pero, como Thomas descubrió con alivio, no totalmente a oscuras. Mientras corría por el estrecho pasillo vio que varias bombillas al aire colgaban del techo. Tras unos sesenta metros, llegó a una escalera de mano que estaba marcada en el mapa. La subió; arriba había una puerta metálica, redonda, que se abría con un volante y que le recordó la entrada a la Sala de Mapas en el Claro.

Giró el volante y empujó con todas sus fuerzas. Una luz tenue entró al apartar la puerta, las bisagras se abrieron y una gran ráfaga de aire frío se le vino encima. Se impulsó para salir directo al suelo, cerca de una gran roca en el terreno árido y cubierto de nieve que se extendía entre el bosque y la sede de CRUEL.

Levantó con cuidado la tapa del túnel para volver a cerrarla y luego se agachó detrás de la piedra. No había advertido ningún movimiento, pero estaba demasiado a oscuras para ver muy bien. Alzó la vista al cielo y, al ver los mismos nubarrones densos y grises que cuando llegó al complejo, se dio cuenta de que no tenía ni idea de cuánto tiempo había transcurrido desde entonces. ¿Había estado dentro del edificio tan sólo unas horas o había pasado toda una noche y un día?

La nota de la ministra Paige decía que el Brazo Derecho había logrado entrar a los edificios, seguramente con las explosiones que Thomas había oído antes, y allí tenía que ir primero. Lo lógico era reunirse con el grupo, dado que estarían a salvo al ser más, y tenía que hacerles saber dónde estaban escondidos los inmunes. A juzgar por el mapa, la mejor opción era ir a toda prisa a los edificios que se hallaban más lejos de donde él había salido y buscar por aquella zona.

Fue hacia allí, pegándose a la roca y después acelerando en dirección al edificio más cercano. Corría tan agachado como le era posible. Algunos relámpagos surcaron el cielo, iluminaron el cemento del complejo y se reflejaron en la nieve blanca. A continuación se oyó un trueno, que retumbó en la tierra y sacudió el interior de su pecho.

Llegó al primer edificio y atravesó una fila de arbustos desiguales que había contra la pared. Avanzó poco a poco por el lateral de la estructura, pero no encontró nada. Se detuvo cuando llegó a la primera esquina y se asomó; entre el espacio de los

edificios vio una serie de patios. Pero seguía sin haber ninguna manera de entrar.

Bordeó los siguientes dos edificios, pero, al acercarse al cuarto, oyó voces e inmediatamente se tiró al suelo. Tan en silencio como pudo, fue a toda prisa por el suelo helado hacia un arbusto descuidado y echó un vistazo para buscar la fuente del ruido.

Allí estaba. Los escombros se encontraban esparcidos por el patio en enormes montones y detrás, el gigantesco agujero que habían hecho al estallar el lateral del edificio, lo que significaba que la explosión se había originado dentro. Una débil luz brillaba desde la abertura, proyectando sombras rotas en el suelo. Sentadas al borde de aquellas sombras estaban dos personas vestidas de civiles. El Brazo Derecho.

Thomas había comenzado a levantarse cuando una mano gélida le tapó la boca con fuerza y tiró de él hacia atrás. Otro brazo le envolvió el pecho y le arrastró por el suelo, hundiéndole los pies en la nieve. Thomas dio patadas, se esforzó por liberarse, pero aquella persona era demasiado fuerte.

Doblaron la esquina del edificio hacia otro patio pequeño y allí lanzó a Thomas al suelo, bocabajo. Su captor se tiró sobre su espalda y volvió a cubrirle la boca con la mano. Era un hombre que no reconocía. Otra figura se agachó junto a él.

Janson.

—Estoy muy decepcionado —dijo el Hombre Rata—. Por lo visto, no todos en mi organización están en el mismo equipo.

Thomas no podía hacer nada, salvo forcejear ante la presión de la otra persona. Janson suspiró.

—Supongo que tendremos que hacerlo por las malas.

Capítulo 65

Janson sacó un largo y fino cuchillo, lo levantó y lo examinó con los ojos entrecerrados.

—Déjame que te diga algo, chaval. Nunca me he considerado un hombre violento, pero tú y tus amigos me habéis llevado al límite. Se me ha agotado la paciencia, pero voy a mostrar compostura. Al contrario que tú, pienso en algo más que en mí mismo. Trabajo para salvar a la gente y terminaré este proyecto.

Thomas hizo un esfuerzo descomunal por relajarse, por estar tranquilo. Al resistirse no había conseguido nada, y tenía que reservar energías para cuando se le presentara la oportunidad. Estaba claro que el Hombre Rata había perdido el juicio y, a juzgar por el cuchillo, estaba decidido a llevarle a la sala de operaciones a cualquier precio.

—Buen chico; no hay por qué resistirse. Deberías estar orgulloso: tú y tu mente salvaréis el mundo, Thomas.

El hombre que le sujetaba —un tipo bajo y rechoncho, con el pelo negro— habló entonces:

—Voy a quitarte la mano de la boca, chico. No digas ni pío o el subdirector Janson te clavará ese cuchillo. ¿Lo entiendes? Te queremos vivo, pero eso no significa que no puedas tener un par de heridas de guerra.

Thomas asintió lo más calmado que pudo y el hombre le soltó para sentarse.

—Chico listo.

Ahora le tocaba a él. Movió de golpe la pierna a la derecha y le dio una patada en la cara a Janson. La cabeza del hombre se sacudió y su cuerpo cayó al suelo. El hombre moreno se movió, dispuesto a enfrentarse a Thomas, pero él se retorció para quitárselo de encima y volvió a por Janson, esta vez dándole una patada en la mano y arrebatándole el cuchillo. Este salió disparado, rebotando por el suelo, hasta el lateral del edificio.

Thomas centró su atención en el cuchillo y eso fue todo lo que le hizo falta al hombre bajo. Arremetió contra él, que cayó de espaldas encima de Janson. A su vez, Janson se retorcía debajo de ambos mientras peleaban. Thomas sintió que la desesperación se apoderaba de él, que la adrenalina explotaba por su cuerpo. Gritó y empujó, dio patadas, luchó por salir de entre los dos hombres. Trató de arañarles y golpearles con manos y pies, consiguió soltarse y se lanzó hacia el edificio en busca del cuchillo. Cayó justo al lado, lo cogió y se dio la vuelta, esperando un ataque inmediato. Los dos hombres estaban levantándose, obviamente atónitos por aquel repentino despliegue de fuerza.

Thomas también se puso en pie y blandió el cuchillo en lo alto.

—Dejad que me vaya, marchaos y dejad que me vaya. Juro que, si venís detrás de

mí, me volveré loco y os apuñalaré hasta la muerte. Lo juro.

—Somos dos contra uno, chaval —repuso Janson—. No me importa que tengas un cuchillo.

—Ya has visto lo que puedo hacer —respondió Thomas, intentando sonar tan peligroso como se sentía—. Me has visto en el Laberinto y en la Quemadura —casi tenía ganas de reírse por la ironía. Le habían convertido en un asesino… ¿para salvar vidas?

El tipo bajo se rio.

—Si crees que somos…

Thomas retrocedió para coger impulso y lanzó el cuchillo tal y como había visto hacer a Gally, agarrándolo por la hoja. El arma se abrió camino por los aires y se clavó en el cuello del hombre. Al principio no hubo sangre, pero entonces este levantó la mano, con el rostro transfigurado por la sorpresa, y agarró el cuchillo hundido en él. La sangre salió a chorros, al ritmo de los latidos de su corazón. Abrió la boca, pero antes de que pudiera hablar, cayó de rodillas.

—Maldito… —susurró Janson, sin apartar los ojos, abiertos de par en par por el terror, de su colega.

Al principio, Thomas sintió tal impresión por lo que había hecho que se quedó clavado en el sitio; pero, cuando Janson giró la cabeza para mirarle, echó a correr fuera del patio y dobló la esquina del edificio. Tenía que volver al agujero y entrar.

—¡Thomas! —gritó Janson, y Thomas oyó sus pasos persiguiéndole—. ¡Vuelve aquí! ¡No tienes ni idea de lo que estás haciendo!

Thomas no se detuvo. Pasó junto al arbusto tras el que se había escondido y corrió a toda velocidad hacia el hueco en el lateral del edificio. El hombre y la mujer seguían sentados donde antes, en cuclillas en el suelo de modo que sus espaldas se tocaban. Al verle, ambos se pusieron de pie.

—¡Soy Thomas! —les gritó justo cuando abrieron la boca para hacerle preguntas —. ¡Estoy de vuestro lado!

Intercambiaron una mirada y volvieron la atención a Thomas justo cuando paró derrapando delante de ellos. Mientras intentaba recuperar el aliento, se volvió y vio la figura ensombrecida de Janson que corría hacia ellos, tal vez a unos quince metros.

—Te están buscando por todas partes —dijo el guardia—; pero se suponía que estabas ahí dentro —señaló con un dedo al agujero.

—¿Dónde está todo el mundo? ¿Dónde está Vince? —inquirió entre jadeos.

Hablaba con la certeza de que, entretanto, Janson seguía corriendo tras él. Se volvió para mirar al Hombre Rata, cuyo rostro estaba contraído por una furia antinatural. Era una expresión que ya había visto: la misma ira desquiciada de Newt. El Hombre Rata tenía el Destello.

Janson habló entre resuellos:

—Ese chico… es propiedad… de CRUEL. Entregádmelo.

La mujer no se inmutó.

—CRUEL para mí no es más que un montón de excrementos de ganso, viejo. Yo en tu lugar me perdería, y tampoco volvería adentro. Tus amigos están a punto de pasarlas canutas.

El Hombre Rata no respondió, sino que siguió jadeando, con la vista fija en Thomas y los otros. Finalmente, comenzó a retroceder despacio.

—Vosotros no lo entendéis. Vuestra arrogancia santurrona será el final de todo. Espero que podáis vivir con eso mientras os pudrís en el infierno.

Luego se dio la vuelta y echó a correr, desapareciendo en la penumbra.

—¿Qué has hecho para cabrearle? —inquirió la mujer.

Thomas intentó recuperar el aliento.

—Es una larga historia. Tengo que encontrar a Vince o a quien esté al mando. He de encontrar a mis amigos.

—Cálmate, chaval —respondió el hombre—. Las cosas están bastante tranquilas ahora. La gente se está poniendo en su sitio, colocando y ese tipo de cosas.

—¿Colocando? —preguntó Thomas.

—Colocando.

—¿Qué significa?

—Están colocando explosivos, idiota. Estamos a punto de derrumbar el edificio. Vamos a demostrarle a CRUEL que vamos en serio.

Capítulo 66

En aquel momento, Thomas lo vio todo claro. Había un fanatismo en Vince que no había advertido hasta ahora. Y también estaba la manera en que el Brazo Derecho les había tratado a él y sus amigos en la furgoneta tras llevárselos como rehenes al bajar del iceberg. Por otro lado, ¿por qué tenían todos esos explosivos en vez de armas convencionales? No tenía sentido, a menos que su objetivo fuera destruir en vez de tomar el mando. El Brazo Derecho y él no compartían las mismas ideas. Quizá pensaban que sus motivos eran puros, pero Thomas empezaba a darse cuenta de que la organización tenía un propósito más oscuro.

Tenía que ir con cuidado. Lo único que importaba en aquel momento era salvar a sus amigos y encontrar y liberar a los demás que habían sido capturados.

La voz de la mujer interrumpió sus pensamientos:

—Le estás dando muchas vueltas al coco.

—Sí…, perdona. ¿Cuándo creéis que van a accionar los explosivos?

—Muy pronto, supongo. Llevan horas colocándolos. Quieren detonarlos al mismo tiempo, aunque me temo que no somos tan expertos.

—¿Qué hay de la gente que está dentro? ¿Qué pasa con los que hemos venido a rescatar?

Ambos se miraron y se encogieron de hombros.

—Vince espera sacar a todo el mundo.

—¿Espera? ¿Y eso qué significa?

—Que tiene la esperanza.

—Tengo que hablar con él.

Lo que quería en realidad era encontrar a Minho y Brenda. Con el Brazo Derecho o no, sabía lo que tenían que hacer: llegar al Laberinto y sacar a todo el mundo de allí por el Trans Plano.

La mujer señaló el agujero en el lateral del edificio.

—Justo ahí hay una zona que casi tienen controlada; seguramente le encontrarás allí. Aunque ten cuidado: CRUEL tiene guardias escondidos por todas partes. Y son unos cabrones con mala leche.

—Gracias por el aviso.

Thomas se dio la vuelta, impaciente por entrar. El agujero surgía imponente ante él y una polvorienta oscuridad le aguardaba. Ya no había alarmas ni luces rojas. Dio un paso al frente.

Al principio, no veía ni oía nada. Caminaba en silencio, con cuidado, por lo que pudiera haber en cada giro. Las luces eran más intensas conforme se alejaba, y por fin vio una puerta al final del pasillo que estaba entreabierta. Corrió hasta ella y, al asomarse, se encontró con una sala grande con mesas esparcidas por el suelo, de lado,

como escudos. Varias personas estaban agachadas detrás de ellos.

La gente vigilaba unas enormes puertas dobles al otro lado de la habitación y nadie advirtió su presencia mientras se apretaba contra el marco de la puerta, ocultando la mayor parte de su cuerpo con el propósito de que no le vieran los de dentro. Inclinó la cabeza para echar mejor un vistazo. Localizó a Vince y a Gally detrás de aquellas mesas, pero no reconocía a nadie más. En el extremo izquierdo de la sala había un pequeño despacho, dentro del que, según dedujo, se apiñaban unas nueve o diez personas como mínimo. Se esforzó por ver, pero no pudo distinguir las caras.

—¡Eh! —susurró tan fuerte como se atrevió—. ¡Eh, Gally!

El chico se volvió inmediatamente, pero tuvo que mirar unos segundos a su alrededor hasta que le vio. Gally entrecerró los ojos, como si pensara que su vista le estaba engañando.

Thomas le saludó con la mano para asegurarse de que le veía y Gally le hizo señas de que se acercara. Él volvió a mirar a su alrededor para comprobar que era seguro; después se agachó, corrió hacia la mesa y se tiró al suelo junto a su némesis. Tenía tantas preguntas que no sabía por dónde empezar.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Gally—. ¿Qué te hicieron?

Vince les lanzó una mirada, pero no dijo nada. Thomas no sabía qué contestar.

—Hicieron… unas cuantas pruebas. Mira, he descubierto dónde tienen a los inmunes. No podéis volar este sitio por los aires hasta que no los saquemos.

—Pues ve a buscarlos —dijo Vince—. Aquí tenemos una buena liada y no voy a desaprovechar la oportunidad.

—¡Tú trajiste a algunos de ellos!

Thomas miró a Gally en busca de apoyo, pero sólo obtuvo un encogimiento de hombros. Estaba solo.

—¿Dónde están Brenda, Minho y los demás? —preguntó.

Gally señaló con la cabeza hacia la habitación anexa.

—Esos están ahí dentro. Dijeron que no harían nada hasta que volvieras.

De pronto, Thomas sintió lástima por el chico lleno de cicatrices que tenía al lado.

—Ven conmigo, Gally. Dejemos que estos tipos hagan lo que quieran, pero ven a ayudarnos. ¿No te hubiera gustado que alguien hiciera lo mismo por nosotros cuando estábamos en el Laberinto?

Vince se volvió hacia ellos.

—Ni se te ocurra —espetó—. Thomas, ya sabías cuáles eran nuestros objetivos al entrar aquí. Si nos abandonas ahora, te consideraré un renegado. Serás un objetivo.

Thomas siguió concentrado en Gally. Vio una tristeza en los ojos del muchacho que le rompió el corazón. Y también vio algo que no había visto antes: confianza. Auténtica confianza.

—Ven con nosotros —repitió.

Su viejo enemigo esbozó una sonrisa y contestó lo inesperado:

—Vale.

Thomas no esperó a que Vince reaccionara; cogió a Gally del brazo y se apartaron de la mesa a toda velocidad. Luego corrieron hasta el despacho y se metieron dentro.

Minho fue el primero que se acercó a él para darle un enorme abrazo mientras Gally observaba, violento, en un rincón. Estaban todos allí: Minho, Brenda, Jorge, Teresa, incluso Aris. Thomas estuvo a punto de marearse por el rápido intercambio de abrazos y palabras de alivio y bienvenida. Le emocionó especialmente ver a Brenda y permaneció con ella más rato que con los demás. Pero, aunque se sentía muy bien, sabía que no tenía tiempo para aquello.

Se apartó.

—No puedo explicároslo todo ahora mismo. Tenemos que ir a buscar a los inmunes que CRUEL se llevó y encontrar una puerta trasera que, según me han dicho, es un Trans Plano. Y tenemos que darnos prisa antes de que el Brazo Derecho vuele este sitio por los aires.

—¿Dónde están los inmunes? —inquirió Brenda.

—Sí, ¿de qué te has enterado? —añadió Minho.

Thomas jamás se habría imaginado que diría lo que dijo a continuación:

—Necesitamos volver al Laberinto.

Capítulo 67

Les enseñó la carta que había descubierto a su lado en la sala de recuperación y sólo tardaron unos instantes en estar todos de acuerdo —incluso Teresa y Gally— en abandonar el Brazo Derecho e ir por su cuenta. Ir al Laberinto.

Brenda echó un vistazo al mapa de Thomas y dijo que sabía exactamente cómo llegar hasta allí. Le dio un cuchillo, que él aferró con la mano derecha, preguntándose si su supervivencia dependería de aquella simple arma. Vince y los demás les gritaron, les llamaron locos, les dijeron que acabarían muertos en cuestión de minutos. Pero Thomas ignoró sus palabras.

La puerta seguía entreabierta y él fue el primero en salir. Se agachó, dispuesto a atacar, pero el vestíbulo estaba vacío. Los demás le seguían y decidió sustituir el sigilo por la velocidad, echando una carrera por ese primer pasillo largo. La luz sombría hacía que el lugar pareciera encantado, como si los espíritus de toda la gente que CRUEL había dejado morir estuvieran allí esperando en huecos y rincones. Pero para Thomas era como si estuvieran de su lado.

Con Brenda señalándoles el camino, doblaron una esquina y bajaron por unas escaleras. Tomaron un atajo por un viejo trastero para recorrer otro largo pasillo, bajaron más escaleras. Derecha y luego, izquierda. Thomas mantenía un paso rápido y estaba constantemente alerta ante el peligro. No hacía pausas, no se detenía a recuperar el aliento, no dudaba de las indicaciones de Brenda. Volvía a ser un corredor y, a pesar de todo, se sentía bien.

Se acercaron al final de un pasillo y giraron a la derecha. Thomas tan sólo había avanzado tres pasos más cuando alguien salió de la nada y se abalanzó sobre él, le agarró de los hombros y le tiró al suelo.

Thomas cayó y rodó, intentando quitarse a esa persona de encima. Oyó gritos y los sonidos de otros peleando. Estaba oscuro y apenas podía distinguir a quién se enfrentaba, pero asestó puñetazos y patadas, cortó con el cuchillo y notó que impactaba contra algo y lo rasgaba. Una mujer gritó. Un puño se estrelló contra su mejilla derecha y algo duro se le clavó en la parte superior del muslo.

Thomas hizo una pausa para preparase y luego empujó con todas sus fuerzas. Su atacante se golpeó contra la pared y volvió a abalanzarse sobre él. Rodaron y chocaron contra otras dos personas que también estaban peleando. Le costó toda su concentración asir el cuchillo y seguir asestando golpes, pero era difícil al estar tan cerca de su agresor. Le dio con el puño izquierdo bajo la barbilla y usó el momento de respiro para clavarle el cuchillo en el estómago. Se oyó otro grito, otra vez una mujer: definitivamente, la persona que le estaba atacando. Se la quitó de encima para siempre.

Thomas se puso de pie y miró a su alrededor para ver si podía ayudar. Bajo la

escasa luz, vio a Minho sentado a horcajadas sobre un hombre, arreándole sin que el tipo mostrara resistencia. Brenda y Jorge se habían unido contra otro guardia y, justo cuando Thomas miró, el hombre se puso de pie enseguida y huyó. Teresa, Harriet y Aris estaban apoyados en una pared, recuperando el aliento. Todos habían sobrevivido. Tenían que empezar a correr.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Minho, déjalo!

Su amigo dio un par de puñetazos más por si acaso; a continuación, se levantó y le dio al tipo una última patada.

—Ya estoy Podemos irnos.

El grupo se dio la vuelta y continuó corriendo.

• • •

Bajaron a toda velocidad otro tramo de escaleras y entraron a trompicones uno a uno en la sala del fondo. Thomas se quedó helado cuando se dio cuenta de dónde estaba. Era la cámara que albergaba las vainas de los laceradores, la sala en la que habían aparecido tras escapar del Laberinto. Las ventanas de la sala de observación seguían rotas, los trozos de cristal estaban desperdigados a lo largo del suelo. Las cuarenta vainas oblongas donde descansaban y se cargaban los laceradores daban la impresión de haber sido selladas después de que los clarianos hubieran pasado por allí semanas atrás. Una capa de polvo deslustraba lo que antes había sido una reluciente superficie blanca.

Thomas sabía que, como miembro de CRUEL, había pasado incontables horas y días en aquel lugar mientras trabajaban creando el Laberinto, y volvió a sentir vergüenza por todo aquello.

Brenda señaló una escalera que subía hasta su destino. Thomas se estremeció ante el recuerdo del resbaladizo tobogán de los laceradores por el que tuvieron que bajar durante su huida. Podrían haber descendido por una escalera.

—¿Por qué no hay nadie? —preguntó Minho. Dio una vuelta, inspeccionando el lugar—. Si tienen gente aquí dentro, ¿por qué no hay guardias?

Thomas caviló unos instantes.

—¿Quién necesita soldados para mantenerlos dentro cuando se tiene un Laberinto que hace el trabajo por ti? Nos costó mucho averiguar cómo salir.

—No sé —dijo Minho—, algo me huele a chamusquina.

Thomas se encogió de hombros.

—Bueno, no vamos a ser de ayuda aquí sentados. A menos que tengáis algo útil que ofrecer, subamos y empecemos a sacarlos.

—¿Algo útil? —repitió Minho—. No tengo nada.

—Pues vamos arriba.

Thomas subió la escalera de mano y se impulsó para salir a otra sala familiar, en la que se hallaban las estaciones de entrada donde había escrito las palabras en código

para encerrar a los laceradores. Chuck había estado allí, aterrorizado pero valiente. Y menos de una hora después yacía muerto. El dolor de perder a su amigo volvió a inundar su pecho.

—Hogar, dulce hogar —murmuró Minho. Señalaba un agujero redondo sobre sus cabezas: el agujero que salía al Precipicio.

Cuando el Laberinto funcionaba al cien por cien, se había usado un holograma para ocultarlo, para que aparentase formar parte del falso cielo interminable más allá del filo rocoso de la caída. Ahora estaba todo apagado, por supuesto, y Thomas no veía más que los muros del Laberinto a través de la abertura. Habían colocado una escalera de mano justo debajo.

—No puedo creerme que estemos de vuelta —dijo Teresa, que se puso junto a Thomas. Su voz contenía la misma angustia que sentía él.

Y por algún motivo, con aquella simple afirmación, Thomas se dio cuenta de que, al estar allí, por fin ambos se hallaban al mismo nivel. Intentando salvar vidas, intentando compensar lo que habían hecho para que empezara todo. Quería creerlo con todo su ser.

Se volvió para mirarla.

—Qué locura, ¿eh?

La chica sonrió por primera vez desde… no se acordaba.

—Una locura.

Había muchísimas cosas —sobre sí mismo, sobre ella— que Thomas no recordaba, pero Teresa estaba allí, ayudando, y eso era todo cuanto podía pedir.

—¿No sería mejor que subiésemos? —intervino Brenda.

—Sí —asintió Thomas—, subamos.

Él fue el último. Después de que los demás subieran, trepó por la escalera y se lanzó hacia el saliente. Aterrizó sobre dos tablas que se habían colocado en el hueco hasta el suelo de piedra del Laberinto, en el borde del Precipicio. Debajo no había más que una zona de trabajo de paredes negras, que antes parecía una caída sin fondo. Volvió a mirar hacia el Laberinto y tuvo que hacer una pausa para asimilarlo todo.

Donde el cielo una vez había sido azul y brillante, ahora tan sólo había un techo gris. El holograma junto al Precipicio se había apagado del todo y la vista que antes producía vértigo se había transformado en un simple estuco negro. Pero, al ver los enormes muros cubiertos de hiedra que se alejaban del Precipicio, se quedó sin aliento. Eran imponentes aun sin la ilusión, y se alzaban ante él como antiguos monolitos, verdes y grises, surcados de grietas. Como si llevaran allí mil años, unas enormes lápidas que marcaran la muerte de incontables personas.

Había regresado.

Capítulo 68

Minho iba a la cabeza esta vez, con la espalda recta mientras corría. Cada centímetro de su cuerpo reflejaba el orgullo que sentía por aquellos dos años en los que había dirigido a los corredores del Laberinto. Thomas iba justo detrás de él, estirando el cuello para ver los muros de hiedra que majestuosamente se erigían hacia el techo gris. Era una extraña sensación estar otra vez allí después de todo lo acontecido desde su huida.

Nadie dijo gran cosa mientras corrían hacia el Claro. Thomas se preguntó qué debían de pensar Brenda y Jorge sobre el Laberinto; sabía que les resultaría enorme. Una cuchilla escarabajo jamás podría transmitir semejante tamaño a la sala de observación. Y no podía ni imaginarse los malos recuerdos que volverían a la memoria de Gally.

Doblaron la última esquina, que llevaba al amplio pasillo al otro lado de la Puerta Este del Claro. Cuando Thomas llegó a la parte de la pared donde había atado a Alby con la hiedra, miró en aquella dirección y vio la maraña de enredaderas. Todo aquel esfuerzo por salvar al antiguo líder de los clarianos, sólo para verlo morir pocos días después, al no acabar de recuperarse su mente tras el Cambio. Un torrente de ira le abrasó las venas.

Llegaron al enorme hueco entre los muros que constituía la Puerta Este y Thomas aguantó la respiración mientras aflojaba el paso. Había cientos de personas deambulando por el Claro. Le horrorizó constatar que entre la muchedumbre había incluso algunos bebés y niños pequeños. Tardó un momento en difundirse el rumor por el mar de inmunes, pero en cuestión de segundos todos los ojos estaban centrados en los recién llegados y un completo silencio reinó en el Claro.

—¿Sabías que había tantos? —le preguntó Minho a Thomas.

Se veía gente por todas partes; desde luego, muchas más personas que las que habían sumado los clarianos. Pero lo que dejaba a Thomas sin palabras era volver a ver el Claro: el edificio torcido que llamaban la Hacienda; el patético bosquecillo; el establo de la Casa de la Sangre; los campos, ahora apenas maleza; la Sala de Mapas carbonizada y su puerta metálica ennegrecida, que todavía colgaba entreabierta. Desde donde estaba también veía el Trullo, y una burbuja de emociones amenazó con estallar en su interior.

—Eh, soñador —le llamó Minho, chascando los dedos—, te he hecho una pregunta.

—¿Eh? Ah… Hay tantos que hacen que el sitio parezca más pequeño que cuando estábamos aquí.

Sus amigos no tardaron en localizarlos: Fritanga, Clint el mediquero, Sonya y otras chicas del Grupo B… Todos fueron corriendo y el reencuentro produjo un

alboroto de abrazos.

Fritanga dio un golpecito a Thomas en el brazo.

—¿Puedes creerte que me volvieran a meter en este sitio? Ni siquiera me dejan cocinar, sólo nos mandan un puñado de comida envasada en la Caja, tres veces al día. La cocina ni siquiera funciona; no hay electricidad, nada.

Thomas se rio; la ira iba disminuyendo.

—Si ya cocinabas fatal para cincuenta tíos, imagínate para todo este ejército.

—Qué gracioso, Thomas; eres muy gracioso. Me alegro de verte —entonces sus ojos se agrandaron—. ¿Gally? ¿Gally está aquí? ¿Gally está vivo?

—Yo también me alegro de verte —replicó secamente el chico.

Thomas le dio a Fritanga unas palmaditas en la espalda.

—Es una larga historia. Ahora es un buen chico.

Gally resopló, pero no dijo nada. Minho se acercó a ellos.

—Muy bien, el momento de felicidad se ha acabado. ¿Cómo vamos a hacer esto, tío?

—No debería ser tan difícil —respondió Thomas.

En realidad, odiaba la idea no sólo de tener que sacar a toda esa gente del Laberinto, sino de llevarlos por todo el complejo de CRUEL hasta el Trans Plano. Aun así, debía hacerlo.

—No me vengas con esa clonc —dijo Minho—. Tus ojos no mienten.

Él sonrió.

—Bueno, lo que es obvio es que tenemos a mucha gente para luchar a nuestro lado.

—¿Has visto a esos pobres infelices? —repuso su amigo con indignación—. La mitad son más jóvenes que nosotros y la otra mitad parece que no ha echado muchos pulsos, por no hablar de peleas a puñetazos.

—A veces la cantidad es lo único que importa —respondió Thomas.

Vio a Teresa y la llamó para que se acercara. Después fue a buscar a Brenda.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Teresa.

Si Teresa estaba de verdad con ellos, ahora era cuando Thomas la necesitaba, así como todos los recuerdos que había recuperado.

—Vale, separémonos en grupos —dijo a todo el mundo—. Tiene que haber unas cuatrocientas o quinientas personas, así que… grupos de cincuenta. Luego poned a un clariano o a alguien del Grupo B a cargo de ellos. Teresa, ¿sabes cómo llegar a esa sala de mantenimiento? —le enseñó el mapa y ella asintió tras examinarlo. Thomas continuó—: Entonces, ayudaré a trasladar a la gente mientras tú y Brenda los dirigís. Que el resto dirija a uno de los grupos. Excepto Minho, Jorge y Gally. Creo que vosotros deberíais cubrir la retaguardia.

—Me parece bien —dijo Minho, encogiéndose de hombros. Por increíble que

pareciera, aparentaba estar aburrido.

—Lo que tú digas, muchacho —añadió Jorge.

Gally se limitó a asentir.

Pasaron los siguientes veinte minutos dividiendo a todos en grupos y colocándolos en largas filas. Pusieron especial cuidado en formar los grupos incluso por edades y fuerza física. Los inmunes no pusieron objeciones a seguir las órdenes en cuanto se dieron cuenta de que los recién llegados había ido a rescatarlos.

Una vez que se organizaron en grupos, Thomas y sus amigos se situaron en fila ante la Puerta Este. Thomas movió las manos para atraer la atención de todo el mundo.

—¡Escuchad! —empezó—. CRUEL planea usaros para la ciencia. Vuestros cuerpos, vuestros cerebros. Llevan estudiando años a la gente, recogiendo datos para desarrollar una cura para el Destello. Ahora quieren utilizaros a vosotros también, pero no os merecéis una vida de ratas de laboratorio. Vosotros sois (todos nosotros somos) el futuro, y ese futuro no va a ser como quiere CRUEL. Por eso hemos venido, para sacaros de este lugar. Vamos a atravesar un puñado de edificios para encontrar un Trans Plano que nos lleve a un lugar seguro. Si nos atacan, tendremos que luchar. No os separéis de vuestro grupo; los más fuertes deberán hacer lo que haga falta para proteger a los…

Las últimas palabras de Thomas fueron interrumpidas por un violento crujido, como el sonido de una piedra partiéndose. Y luego, nada. Tan sólo un eco que rebotaba en los enormes muros.

—¿Qué ha sido eso? —gritó Minho, buscando el origen en el cielo.

Thomas escrutó el Claro; los muros del Laberinto se alzaban a sus espaldas, pero no había nada fuera de lugar. Justo cuando estaba a punto de hablar, sonó otro crujido y después, otro. Un estruendo retumbante atravesó el Claro. Empezó suave y fue creciendo en intensidad y volumen. El suelo comenzó a temblar y pareció como si el mundo se viniera abajo.

La gente daba vueltas en busca del origen del ruido, y Thomas constató que el pánico se estaba propagando. Pronto perdería el control. El suelo se agitó con más violencia, los sonidos se amplificaron —el estruendo y el crujido de la roca— y los gritos estallaron entre la muchedumbre que tenía delante.

De pronto, Thomas cayó en la cuenta:

—Los explosivos.

—¿Qué? —gritó Minho.

Thomas miró a su amigo.

—¡El Brazo Derecho!

Un ruido ensordecedor sacudió el Claro. Thomas se dio la vuelta para mirar hacia arriba: una gran parte del muro a la izquierda de la Puerta Este se había soltado y

grandes trozos de piedra volaban por todas partes. Una enorme sección pareció sostenerse en el aire en un ángulo imposible; a continuación, se desplomó hacia el suelo.

Thomas no tuvo tiempo de gritar una advertencia antes de que el gigantesco trozo de roca cayera sobre un grupo de personas, aplastándolas al partirse por la mitad. Se quedó unos instantes sin habla mientras la sangre rezumaba de los bordes y se formaba un charco en el suelo de piedra.

Capítulo 69

Los heridos gritaban. El ruido atronador y el sonido de la roca partiéndose se combinaron para crear un espantoso coro mientras el suelo continuaba sacudiéndose. El Laberinto se estaba viniendo abajo… Tenían que salir de allí.

—¡Corre! —le gritó a Sonya.

La chica no vaciló. Se dio la vuelta y desapareció por los pasillos del Laberinto. Las personas que estaban en su fila no necesitaron de una orden para seguirla.

Thomas tropezó, recuperó el equilibrio y corrió hacia Minho.

—¡Vete a la retaguardia! ¡Teresa, Brenda y yo tenemos que ponernos delante del grupo!

Minho asintió y le dio un empujón para que se fuera. Thomas miró atrás justo a tiempo de ver cómo la Hacienda se partía por la mitad como una bellota y parte de su descuidada estructura caía al suelo en una nube de madera astillada y polvo. Desvió la vista a la Sala de Mapas, cuyas paredes de hormigón ya se estaban desmoronando.

No había tiempo que perder. Recorrió el caos con la mirada hasta que encontró a Teresa. Cogió a su vieja amiga y ella le siguió hasta la abertura que conducía al Laberinto. Brenda estaba allí con Jorge, intentando hacer todo lo posible por dictar quién iba el siguiente e impedir que todo el mundo saliera a la vez en una estampida que probablemente mataría a la mitad.

Volvió a oírse algo partiéndose arriba; Thomas alzó la vista para ver un trozo de pared que caía al suelo por los campos. Explotó cuando lo alcanzó, por suerte sin atrapar a nadie debajo. Con un repentino sobresalto de horror se dio cuenta de que al final el techo también se vendría abajo.

—¡Vamos! —le gritó Brenda—. ¡Voy justo detrás de ti!

Teresa le cogió por el brazo, tiró de él hacia delante y los tres pasaron corriendo por el dentado borde izquierdo de la Puerta hacia el Laberinto, esquivando a la multitud que se dirigía en la misma dirección. Thomas tuvo que acelerar para alcanzar a Sonya. No tenía ni idea de si había sido corredora en el Grupo B del Laberinto o si recordaba el trazado tan bien como él, si es que era el mismo.

El suelo continuaba temblando, se sacudía con cada explosión distante. La gente se tambaleaba a izquierda y derecha, se caía, volvía a levantarse y seguía corriendo. Thomas esquivaba y se agachaba a la vez que corría; llegó a un punto donde saltó por encima de un hombre. Las rocas llovían de los muros. Vio cómo una le daba a un hombre en la cabeza y le tiraba al suelo. La gente se agachó junto a su cuerpo inerte e intentó levantarlo, pero había tanta sangre que Thomas supuso que ya era demasiado tarde.

Alcanzó a Sonya y la adelantó para guiar a todos giro tras giro. Sabía que estaban acercándose. Tan sólo esperaba que el Laberinto fuera el único lugar afectado y que

el resto del complejo estuviera intacto; que aún tuvieran tiempo para salir.

De improviso, el suelo saltó bajo sus pies y un estallido ensordecedor rasgó el aire. Cayó de bruces e intentó levantarse. A unos treinta metros de él, un trozo del suelo de piedra se había levantado. Mientras observaba, la mitad explotó y envió una lluvia de rocas y polvo en todas las direcciones.

No se detuvo. Había un estrecho espacio entre el suelo que sobresalía y el muro, y pasó por allí corriendo, con Teresa y Brenda a la zaga. Pero sabía que el embotellamiento ralentizaría las cosas.

—¡Deprisa! —gritó por encima del hombro. Redujo el ritmo para contemplar el panorama y vio desesperación en los ojos de todo el mundo.

Sonya salió del hueco, luego se detuvo para ayudar a pasar a los demás, cogiéndoles de las manos, tirando y empujando. El proceso iba más rápido de lo que Thomas se esperaba, de modo que continuó hacia el Precipicio a toda velocidad.

Atravesaba el Laberinto; el mundo temblaba, la piedra se desmoronaba en derredor, la gente gritaba. No podía hacer nada sino llevar al frente a los supervivientes. Izquierda, luego derecha; otra vez derecha. Entonces alcanzaron el largo pasillo que terminaba en el Precipicio. Más allá del borde, veía el final del techo gris en las paredes negras, el agujero redondo de la salida y una gran grieta que se abría por el que una vez fue un falso cielo.

Se volvió hacia Sonya y los demás.

—¡Deprisa! ¡Moveos!

Cuando se acercaron, Thomas fue testigo del terror que sentían. Los rostros blancos y contraídos por el miedo, gente cayéndose al suelo y volviéndose a levantar. Vio a un niño de no más de diez años que medio arrastraba a una mujer hasta que por fin se puso en pie. Una roca del tamaño de un coche pequeño cayó desde arriba y alcanzó a un anciano, lanzándole por el aire varios metros antes de que se desplomara contra el suelo. Thomas estaba horrorizado, pero continuó corriendo, sin dejar de gritar para darles ánimo a todos los que se hallaban a su alrededor.

Por fin llegó al Precipicio. Las dos tablas estaban en su sitio, y Sonya le hizo unas señas a Teresa para que cruzara el puente improvisado hasta el antiguo agujero de los laceradores. Después lo atravesó Brenda, seguida de una fila de personas.

Thomas esperó en el borde del Precipicio, donde le hacía señas a la gente para que avanzara. Era un trabajo angustioso, casi insoportable, ver lo despacio que salía la gente del Laberinto cuando el lugar parecía dispuesto a derrumbarse en cualquier momento. Uno a uno, fueron pasando, corriendo por los tablones y cayendo en el agujero. Thomas se preguntó si Teresa los estaría enviando por el tobogán en vez de por la escalera para hacerlo más rápido.

—¡Vete! —le gritó Sonya—. Tendrán que saber qué hacer cuando hayan bajado ahí.

Thomas asintió, aunque se sentía fatal por marcharse. Había hecho lo mismo la primera vez que escapó: había abandonado a los clarianos, que luchaban mientras él introducía el código. Pero sabía que tenía razón. Echó un último vistazo al tembloroso Laberinto; se soltaban trozos del techo y la roca sobresalía en el suelo allí donde antes estaba plano. No sabía cómo iban a conseguirlo todos y lo sentía en el alma por Minho, Fritanga y los demás.

Se metió entre la multitud, cruzó las tablas hacia el agujero, luego se alejó de la muchedumbre en el tobogán y corrió hacia la escalera. Bajó los peldaños tan rápido como pudo y se sintió aliviado cuando vio que el daño no había alcanzado aquella parte todavía. Teresa estaba allí, ayudando a la gente a levantarse tras su aterrizaje y diciéndoles en qué dirección seguir.

—¡Ya lo hago yo! —le gritó—. ¡Ve a la parte delantera del grupo! —señaló a las puertas dobles.

La chica estaba a punto de contestar cuando vio algo detrás de él. Abrió los ojos de par en par por el miedo y Thomas se dio la vuelta.

Varias de las vainas de los laceradores se estaban abriendo; la mitad superior se levantaba por las bisagras como tapas de ataúdes.

Capítulo 70

—¡Escúchame! —gritó Teresa. Le cogió por los hombros y le dio la vuelta para mirarle a la cara—. En el extremo inferior de los laceradores —señaló la vaina más próxima— está lo que los creadores llamaron «cañón». Dentro de la grasa hay un interruptor, como un asa. Tienes que atravesar la piel y tirar. Si lo consigues, esas cosas morirán.

Thomas asintió.

—Vale. ¡Tú sigue haciendo pasar a la gente!

La parte superior de las vainas continuó abriéndose mientras Thomas corría hasta la más cercana. El enorme cuerpo del lacerador, parecido al de una babosa, temblaba y se retorcía, absorbiendo humedad y combustible de los tubos conectados en sus laterales.

Thomas corrió hacia la parte trasera, se asomó por la tapa del contenedor y se estiró para inclinarse hacia el interior. Metió la mano por la piel húmeda para encontrar lo que Teresa había descrito. Resopló por el esfuerzo, empujó hasta que encontró un asa dura y tiró de ella con toda su fuerza. Se soltó todo y el lacerador quedó como una fláccida masa de gelatina en el fondo de la vaina.

Tiró el asa y corrió a la siguiente vaina, donde la tapa estaba bajando al suelo. Tan sólo tardó unos segundos en impulsarse por el lateral y hundir la mano en la carne adiposa para tirar del asa.

Mientras corría a la siguiente vaina, Thomas arriesgó un vistazo rápido a Teresa. Seguía ayudando a los inmunes a levantarse del suelo tras bajar por el tobogán y los enviaba a las puertas. Llegaban rápido y caían unos encima de otros. Sonya estaba allí, luego Fritanga y más allá, Gally. Minho llegó a toda prisa mientras observaba. Thomas asió la vaina, que ya tenía la tapa completamente abierta y con los tubos que conectaban el lacerador al contenedor despegados; se impulsó, hundió la mano en la piel y tiró del asa.

Se dejó caer al suelo y se volvió hacia la cuarta vaina, pero el lacerador se estaba moviendo; la parte delantera se elevaba y caía por el borde de la vaina abierta mientras los apéndices salían de su piel para ayudarle a maniobrar. Esta vez, Thomas casi no llegó a tiempo, pero saltó y se lanzó por el lateral de la vaina. Metió la mano en la piel fofa y agarró el asa. Un par de hojas de tijera intentaron cortarle la cabeza, pero se agachó y trató de arrancar aquella pieza del cuerpo de la criatura para matarla. Después, la masa se retiró al contenedor con aspecto de ataúd.

Thomas sabía que era muy tarde para detener al último lacerador antes de que saliera de su vaina. Se dio la vuelta para valorar la situación y contempló cómo todo su cuerpo salía al suelo agitándose. Ya estaba examinando la zona con una pequeña cavidad que se extendía desde su parte delantera; luego, como les había visto hacer

tantas veces, aquella cosa se hizo una bola y le salieron pinchos de la piel. La criatura rodó hacia delante con el fuerte zumbido de las máquinas en su interior. El hormigón saltaba por los aires cuando los pinchos del lacerador lo destrozaban y Thomas contempló, impotente, cómo chocaba contra un pequeño grupo de inmunes que había bajado por el tobogán. Las hojas se desplegaron y cortaron a varias personas antes de que ni siquiera supieran lo que sucedía.

Thomas miró a su alrededor en busca de cualquier cosa que pudiera servirle de arma. Un trozo de tubería del tamaño de su brazo se había caído de algún punto del techo. Corrió a cogerlo y, al darse la vuelta hacia el lacerador, vio que Minho ya había llegado hasta la criatura. La estaba golpeando con tal violencia que casi asustaba.

Thomas arremetió contra el monstruo mientras gritaba a los demás que se apartaran. El lacerador se dio la vuelta hacia él como si hubiera oído la orden y se levantó sobre su bulbosa parte trasera. Dos apéndices salieron de los costados de la criatura y Thomas se paró en seco. Un nuevo brazo metálico zumbaba con una sierra giratoria y el otro, con una garra de aspecto desagradable, cuyas cuatro puntas terminaban en cuchilla.

—¡Minho, déjame que lo distraiga! —gritó—. ¡Sacad a todo el mundo de aquí y que Brenda empiece a llevarlos a la sala de mantenimiento!

A la vez que lo decía, vio cómo un hombre trataba de escapar a gatas del lacerador. Antes de que el hombre lograra avanzar un poco, una barra de la criatura se le clavó en el pecho y cayó al suelo, escupiendo sangre.

Thomas continuó corriendo, con la tubería alzada, listo para abrirse camino entre los apéndices hasta el asa. Casi lo había conseguido cuando Teresa de pronto apareció a su derecha y se lanzó hacia el lacerador. Este se transformó en una bola y todos sus brazos metálicos se retrajeron para absorberla en su piel.

—¡Teresa! —gritó Thomas, que se paró en seco, sin saber qué hacer.

La chica se giró para mirarle.

—¡Vete! ¡Sácalos a todos!

Comenzó a dar patadas y arañar mientras sus manos desaparecían en aquella carne adiposa. No parecía tener heridas graves.

Thomas se acercó, asiendo con más fuerza la tubería, y buscó una apertura por donde atacar sin darle a Teresa. Los ojos de la chica volvieron a encontrarse con los suyos.

—Vete de…

Pero sus palabras se perdieron. El lacerador absorbió su rostro en la piel fofa y continuó hundiéndola cada vez más para ahogarla.

Thomas se quedó mirando, paralizado. Había muerto demasiada gente. Demasiada. Y no iba a quedarse ahí parado y dejar que ella se sacrificara para salvarlos. No podía permitirlo.

Gritó y, con todas sus fuerzas, corrió y saltó en el aire para caer sobre el lacerador. La sierra giratoria voló hacia su pecho; él se movió a la izquierda para esquivarla, girando la tubería, con la que alcanzó la sierra y la hizo trizas. Thomas la oyó caer al suelo y repiquetear por la sala; entonces se balanceó y pegó la tubería al cuerpo de la criatura, justo al lado de la cabeza de Teresa. Se esforzó por sacarla y tirar de ella una y otra vez.

El apéndice en forma de garra tomó medidas drásticas contra él: lo levantó por los aires y lo lanzó lejos. Se golpeó fuerte con el suelo de cemento, rodó y se puso en pie de un salto. Teresa había conseguido salir un poco del cuerpo de la criatura, hasta las rodillas, y estaba dándole manotazos a los brazos metálicos del lacerador. Thomas volvió a arremeter contra el monstruo, saltó y se aferró a su carne adiposa. Utilizó la tubería para aporrear cualquier cosa que tuviera cerca. Teresa luchaba desde abajo y la criatura dio sacudidas hacia el costado; luego giró en círculo para lanzarla al menos tres metros por el aire antes de que aterrizara.

Thomas agarró un brazo metálico y apartó de una patada la cuchilla cuando volvió a golpearle. Plantó los pies en la grasa, se empujó hacia el lateral de la criatura y estiró el brazo. Hundió la mano en la carne adiposa para buscar el asa. Algo le hizo un corte en la espalda y el dolor se extendió por todo su cuerpo. Siguió escarbando, buscando el asa… Cuanto más ahondaba, más textura de lodo espeso tenía la carne de la criatura.

Por fin, las yemas de sus dedos rozaron un plástico duro y metió la mano un poco más adentro para agarrar el asa, tirar de ella con todas sus fuerzas y sacar su cuerpo del lacerador. Levantó la vista a tiempo de ver a Teresa luchando contra un par de cuchillas que se agitaban a pocos centímetros de su cara. Y entonces, un repentino silencio inundó la sala cuando el núcleo de la máquina chisporroteó y se apagó. Se derrumbó en un montón oblongo de grasa y engranajes, cuyos apéndices prominentes cayeron al suelo, sin vida.

Thomas apoyó la cabeza en el suelo e inspiró grandes bocanadas de aire. Al cabo de un rato, Teresa apareció a su lado y le ayudó a ponerse bocarriba. Él vio el dolor en su rostro, los arañazos y la piel roja y sudorosa. Pero entonces, su amiga sonrió.

—Gracias, Thomas —dijo.

—De nada.

La tregua de la batalla parecía demasiado buena para ser cierta.

Teresa le ayudó a incorporarse.

—Salgamos de aquí.

Thomas advirtió que ya nadie bajaba por el tobogán y Minho acababa de conducir a los últimos hacia las puertas. Después se dio la vuelta para mirar a Thomas y Teresa; se inclinó, con las manos en las rodillas, e intentó recuperar el aliento.

—Ya están todos —se puso derecho con un gemido—. Todos los que lo han

logrado, claro. Supongo que por eso nos dejaron entrar con tanta facilidad: tenían pensado hacernos cachitos con esos fucos laceradores si volvíamos a salir. De todas maneras, tenéis que ir delante para ayudar a Brenda a dirigir a los demás.

—Entonces, ¿está bien? —preguntó él con un alivio incontenible.

—Sí. Está allí preparada.

Thomas arrastró los pies, pero no dio más de dos pasos antes de pararse otra vez. Se oyó un fuerte estruendo proveniente de alguna parte, de todas partes. La sala se sacudió unos segundos y luego se calmó.

—Será mejor que nos demos prisa —dijo, y echó a correr, seguido de los demás.

Capítulo 71

Al menos doscientas personas habían conseguido salir del Laberinto, pero por algún motivo habían dejado de moverse. Thomas sorteó a la gente en el pasillo abarrotado, abriéndose paso hasta la parte delantera. Zigzagueó entre hombres, mujeres y niños hasta que por fin localizó a Brenda. La chica se abrió camino hasta él y le dio un abrazo y un beso en la mejilla. Deseaba de todo corazón que aquello terminara en ese momento, que pudieran estar a salvo y no fuera necesario seguir adelante.

—Minho me dijo que me marchara —le contó ella—. Me obligó y prometió ayudar si lo necesitabas. Me dijo que sacar a todo el mundo era muy importante y vosotros podríais con el lacerador. Debería haberme quedado. Lo siento.

—Yo se lo dije —respondió Thomas—. Hiciste lo correcto, lo único que se podía hacer. Pronto saldremos de aquí.

Ella le dio un pequeño empujoncito.

—Pues démonos prisa para que así sea.

—Vale.

Le apretó la mano y luego se reunieron con Teresa, otra vez delante del grupo.

El pasillo estaba todavía más oscuro que antes. Las luces que funcionaban eran tenues y parpadeaban. La gente junto a la que pasaban estaba apiñada en silencio, esperando con ansiedad. Thomas vio a Fritanga, que no dijo nada, pero hizo lo que pudo por dedicarle una sonrisa de ánimo, que, como siempre, parecía más bien de suficiencia. A lo lejos, un estallido esporádico retumbó y el edificio tembló. Las explosiones aún parecían distantes, pero Thomas sabía que el complejo no aguantaría mucho.

Cuando Brenda y él llegaron delante, se encontraron con que el grupo se había detenido en una escalera, indeciso sobre si ir hacia arriba o hacia abajo.

—Tenemos que ir hacia arriba —dijo Brenda.

Thomas no vaciló: hizo unas señas para que el grupo le siguiera y comenzó a subir los peldaños con Brenda a su lado. Se negaba a sucumbir al cansancio. Cuatro tramos, cinco, seis. Se detuvo en un rellano para coger aliento, miró abajo y vio que los demás le seguían. Brenda le condujo por una puerta y recorrió otro largo pasillo; izquierda, derecha y subió otro tramo de escaleras. Otro pasillo y luego bajaron otras escaleras. Un paso tras otro. Thomas sólo esperaba que la ministra hubiera dicho la verdad respecto al Trans Plano.

Sonó una explosión por encima de su cabeza, que sacudió todo el edificio y le tiró al suelo. El polvo obstruía el aire, pequeños fragmentos del techo le cayeron en la espalda. Crujidos de cosas que se rompían inundaron el aire. Finalmente, tras varios segundos de sacudidas, todo volvió a la calma.

Buscó a Brenda para asegurarse de que no se había hecho daño.

—¿Está todo el mundo bien? —gritó por el pasillo.

—¡Sí! —respondió alguien.

—¡Seguid avanzando! ¡Ya casi hemos llegado!

Ayudó a Brenda a ponerse en pie y continuaron; entretanto, él rezaba para que el edificio se mantuviera de una pieza un rato más.

Thomas, Brenda y los que les seguían por fin llegaron a la parte del edificio que la ministra había marcado en el mapa: la sala de mantenimiento. Para entonces habían detonado varias bombas más, cada una más cerca que la anterior; pero nada lo bastante fuerte para detenerlos, y ahora casi habían llegado.

La sala de mantenimiento estaba situada tras un enorme almacén. La pared de la derecha estaba cubierta de filas de estantes metálicos llenos de cajas, y Thomas cruzó a ese lado de la habitación y empezó a hacer señas para que entrara todo el mundo. Quería reunidos a todos antes de atravesar el Trans Plano. Había una puerta al fondo que debía de llevar a la sala que estaban buscando.

—Que sigan llegando, prepáralos —le dijo a Brenda.

Luego echó a correr hacia la puerta. Si la ministra Paige había mentido respecto al Trans Plano o si alguien de CRUEL o el Brazo Derecho se había imaginado lo que estaban haciendo, estaban acabados.

La puerta llevaba a una pequeña habitación llena de mesas que estaban cubiertas de herramientas y piezas de máquinas. Al otro lado, una enorme lona colgaba de la pared. Thomas corrió hacia ella y la retiró. Detrás encontró un muro gris que brillaba débilmente, enmarcado por un rectángulo plateado y, al lado, un control de mandos.

Era el Trans Plano. La ministra había dicho la verdad.

Thomas soltó una carcajada al pensarlo. CRUEL, la líder de CRUEL, le estaba ayudando.

A menos que… Se dio cuenta de que necesitaba saber una última cosa. Tenía que probarlo para ver a dónde llevaba antes de que todos pasaran por allí. Thomas respiró hondo. Ya estaba.

Se obligó a cruzar la helada superficie del Trans Plano. Y salió a una sencilla cabaña de madera, con la puerta abierta de par en par enfrente de él. Más allá vio… verde. Mucho verde. Césped, árboles, flores y arbustos. Le bastó.

Volvió a la sala de mantenimiento, lleno de júbilo. Lo habían conseguido, estaban casi a salvo. Salió a la zona de almacenaje.

—¡Vamos! —gritó—. ¡Que todo el mundo entre, funciona! ¡Deprisa!

Una explosión sacudió las paredes y las estanterías metálicas. El polvo y los escombros llovían del cielo.

—¡Deprisa! —repitió.

Teresa ya había puesto a la gente en marcha y la guiaba hasta Thomas. Él se

quedó dentro de la puerta de la sala de mantenimiento y, cuando la primera persona cruzó el umbral, asió a la mujer del brazo y la llevó a la pared gris del Trans Plano.

—Sabes qué es esto, ¿no? —le preguntó.

La mujer asintió, tratando de ocultar su impaciencia por salir de allí.

—No salí ayer del cascarón, chaval.

—¿Puedo confiar en ti para que te asegures de que todos cruzan al otro lado?

Al principio, ella palideció, pero luego asintió con la cabeza.

—No te preocupes —la tranquilizó—. Tan sólo quédate hasta que puedas.

En cuanto mostró su conformidad, él corrió hacia la puerta.

La gente estaba llenando la pequeña sala y Thomas tuvo que retroceder.

—Es por allí. ¡Haced espacio al otro lado!

Se abrió camino por entre la muchedumbre para regresar al almacén. Allí se habían colocado en fila y avanzaban hacia la sala de mantenimiento. Y al final de la multitud estaban Minho, Brenda, Jorge, Teresa, Aris, Fritanga y unos cuantos miembros del Grupo B.

Gally también se encontraba allí. Thomas se abrió camino hasta sus amigos.

—Será mejor que se den prisa ahí delante —dijo Minho—. Las explosiones están cada vez más cerca.

—Este lugar se cae a pedazos —añadió Gally.

Thomas recorrió el techo con la vista como si esperara que sucediese en ese mismo instante.

—Lo sé. Ya les he dicho que se den prisa. Estaremos todos fuera de aquí en…

—Mira qué tenemos aquí —gritó una voz al fondo de la habitación.

Se oyeron unos cuantos gritos ahogados al darse la vuelta y ver quién había hablado. El Hombre Rata acababa de entrar por la puerta del pasillo y no estaba solo: le rodeaban varios guardias de seguridad de CRUEL. Thomas contó siete en total, lo que significaba que él y sus amigos seguían teniendo ventaja.

Janson se detuvo y ahuecó las manos para gritar por encima del estruendo de otra explosión:

—¡Qué lugar más extraño para esconderse cuando todo se viene abajo!

Unos trozos de metal cayeron del techo y repiquetearon en el suelo.

—¡Ya sabes qué hay aquí! —contestó Thomas—. Es demasiado tarde… ¡Ya nos vamos!

Janson sacó el largo cuchillo de antes y se lo mostró. Justo en ese momento, los otros revelaron armas similares.

—Pero podemos conservar a unos cuantos —replicó Janson—. Y por lo visto, tenemos delante a los más fuertes e inteligentes. ¡Hasta nuestro Candidato Final, nada menos! El que nos hace más falta, aunque se niega a cooperar.

Thomas y sus amigos se habían desplegado entre la multitud de prisioneros, que

disminuía en número, y los guardias. Los demás de su grupo buscaban en el suelo cualquier cosa que les sirviera de arma: tuberías, tornillos largos o el filo irregular de una rejilla metálica. Thomas vio un trozo combado de un grueso cable que terminaba en una punta de alambre rígido, de aspecto tan mortífero como una lanza. Lo cogió justo cuando otra explosión sacudió la sala y envió un gran trozo de metal de las estanterías al suelo.

—¡Jamás había visto tal manojo de matones! —gritó el Hombre Rata, pero su rostro estaba enloquecido y la boca contraída en una expresión desdeñosa—. ¡Debo admitir que estoy aterrorizado!

—¡Cierra el fuco pico y terminemos con esto! —bramó Minho.

Janson clavó su fría y demencial mirada en los adolescentes que tenía delante.

—Con mucho gusto —respondió.

Thomas ansiaba atacar por todo el miedo, el dolor y el sufrimiento que habían definido su vida durante tanto tiempo.

—¡Vamos! —gritó.

Ambos grupos cargaron uno contra el otro, pero sus gritos de batalla quedaron ahogados por la repentina sacudida del edificio que provocó la siguiente ronda de explosivos.

Capítulo 72

De alguna manera, Thomas consiguió mantener el equilibrio pese a que la sala entera se agitaba por las explosiones. La mayoría de los estantes caían, los objetos salían volando por la habitación. Esquivó un trozo astillado de madera y saltó por encima de una pieza redonda de maquinaria que pasó rodando a su lado.

Gally, que estaba junto a él, tropezó y se cayó; Thomas le ayudó a levantarse. Continuaron cargando. Brenda se resbaló, pero recuperó el equilibrio.

Chocaron con los otros como si fueran la primera fila de soldados en una antigua batalla a pie. Thomas se topó de frente con el Hombre Rata, por lo menos treinta centímetros más alto que él y aún armado con aquel cuchillo, que bajó en arco hacia su hombro. Sin embargo, Thomas alzó el cable rígido y le golpeó en la axila. Janson gritó y dejó caer su arma cuando un chorro de sangre salió de la herida; se la tapó con la otra mano y retrocedió, fulminándole con una mirada llena de odio.

A derecha e izquierda, todos luchaban. La cabeza de Thomas estaba llena de los sonidos del metal contra el metal, de gritos y de gruñidos. Algunos se habían unido para luchar dos contra uno. Minho terminó peleando con una mujer que parecía el doble de fuerte que el resto de hombres. Brenda se hallaba en el suelo, enfrentándose a un hombre flaco, intentando quitarle un machete de las manos. Thomas vio todo aquello en una ojeada rápida y después volvió su atención a su enemigo.

—No me importa si muero desangrado —dijo Janson con una mueca— mientras muera después de que tú te hayas ido.

Otra explosión sacudió el suelo bajo sus pies. Thomas se tambaleó hacia delante y dejó caer su arma, que le dio a Janson en el pecho, provocando que ambos acabaran en el suelo. Thomas se esforzaba por quitarse al hombre de encima con una mano mientras intentaba pegarle lo más fuerte posible con la otra. Le alcanzó la mejilla izquierda con el puño y vio cómo la cabeza rebotaba a un lado y de la boca le salía sangre. Hizo ademán de volver a golpearle, pero el hombre arqueó bruscamente el cuerpo para sacárselo de encima y le aplastó la espalda.

Antes de que pudiera moverse, Janson se había abalanzado sobre él y le rodeaba el torso con las piernas, sujetándole los brazos con las rodillas. Thomas se retorció para soltarse a la vez que el hombre le asestaba puñetazos sin cesar en la cara desprotegida. El dolor le invadió. Después, la adrenalina aumentó en todo su cuerpo. No moriría allí. Presionó los pies contra el suelo y lanzó el estómago hacia arriba.

Apenas se separó un par de centímetros del suelo, pero bastó para liberar los brazos de las rodillas del hombre. Bloqueó el siguiente puñetazo con sendos antebrazos y llevó los puños arriba, donde impactaron contra la cara de Janson. El Hombre Rata perdió el equilibrio; Thomas se lo quitó de encima y le pateó con las piernas flexionadas, estrellando los pies contra su costado una y otra vez. El cuerpo

del hombre se alejaba con cada patada. Pero cuando Thomas volvió a empujarle con las piernas, Janson súbitamente se dio la vuelta y se precipitó sobre él, apartándole los pies con un manotazo para luego volver a aplastarle.

Thomas se sentía como si estuviera enloqueciendo. Daba patadas, puñetazos y se retorcía para quitarse al hombre de encima. Rodaban, ganaban ventaja una fracción de segundo y volvían a perder. Los puños volaban y los pies golpeaban… Balas de dolor acribillaban el cuerpo de Thomas. Janson arañaba y mordía. Continuaban rodando y atizándose hasta quedar ambos casi sin sentido.

Por fin, Thomas consiguió un buen ángulo para estamparle el codo en la nariz, lo que pilló desprevenido al hombre; acto seguido, se llevó ambas manos a la cara. Un arranque de energía invadió a Thomas; saltó sobre Janson, le rodeó el cuello con los dedos y empezó a apretar. Janson pataleó y sacudió los brazos, pero Thomas seguía con aquella furia salvaje, agarrándole. Se inclinó hacia delante con todo su peso para aplastarlo sin dejar de apretar cada vez más con las manos. Notó algo que se partía, empujaba y se rompía. Janson tenía los ojos desorbitados y la lengua fuera.

Una mano le palmeó la cabeza; sabía que le estaban diciendo palabras, pero no las oía. El rostro de Minho apareció ante el suyo: gritaba algo. Thomas se hallaba dominado por una sed de sangre atroz. Se limpió los ojos con la manga y volvió a concentrarse en la cara de Janson. El hombre hacía rato que había muerto; estaba quieto, pálido y maltrecho. Thomas miró otra vez a Minho.

—¡Está muerto! —vociferaba su amigo—. ¡Está muerto!

Thomas se obligó a soltarlo, a quitárselo de encima, y Minho le ayudó a ponerse de pie.

—¡Los hemos dejado a todos fuera de servicio! —le gritó Minho al oído—. ¡Tenemos que marcharnos!

Dos explosiones sacudieron simultáneamente ambos lados del almacén y las paredes cayeron hacia dentro, arrojando trozos de ladrillo y cemento por todas partes. Los escombros llovían sobre Thomas y Minho. El polvo enturbiaba el aire y unas figuras imprecisas rodeaban a Thomas, se bamboleaban, caían y volvían a levantarse. Thomas estaba de pie y avanzaba hacia la sala de mantenimiento.

El techo se desmoronaba a trozos, que chocaban contra el suelo y se reventaban. Los ruidos eran espantosos, ensordecedores. El suelo se agitaba con violencia; las bombas continuaban detonando sin cesar, al parecer en todas partes a la vez. Thomas se cayó y Minho tiró de él hasta ponerlo de pie. Unos segundos más tarde, Minho se cayó y Thomas tiró de él y lo arrastró hasta que ambos echaron a correr de nuevo. De pronto, Brenda apareció delante de Thomas con los ojos inundados de terror. Creyó ver a Teresa por allí cerca; todos ellos luchaban por mantener el equilibrio conforme avanzaban.

El sonido de algo partiéndose resonó tanto que Thomas volvió la vista y la desvió

hacia arriba, donde una enorme parte del techo se había soltado. Observó, hipnotizado, cómo caía en su dirección. Por el rabillo del ojo distinguió a Teresa, una imagen apenas perceptible en el aire obstruido; su cuerpo chocó contra el suyo y le empujó hacia la sala de mantenimiento. Dejó de pensar mientras retrocedía a trompicones y se caía, justo cuando un enorme escombro iba a parar sobre Teresa y le inmovilizaba el cuerpo. Tan sólo la cabeza y un brazo sobresalían de debajo.

—¡Teresa! —gritó Thomas, un sonido sobrenatural que pareció elevarse sobre todo lo demás.

Se acercó a ella como pudo. La sangre le surcaba el rostro y el brazo parecía aplastado. Volvió a gritar su nombre y en su mente vio a Chuck, que caía al suelo, cubierto de sangre, y los ojos desorbitados de Newt. Tres de sus amigos más íntimos, y CRUEL se los había llevado a todos.

—Lo siento mucho —musitó, sabiendo que no podía oírle—. Lo siento mucho.

La boca de la chica se movía, intentando hablar, y él se inclinó para captar sus palabras.

—Yo… también —susurró—. A mí sólo… me preocupabas…

Y entonces alguien le puso de pie, tiró de él y lo apartó de ella. Thomas no tenía energía ni la voluntad para resistirse. Teresa se había ido. Le dolía todo el cuerpo y tenía punzadas en el corazón. Brenda y Minho le arrastraron para que se incorporara. Los tres siguieron adelante, tratando de abrirse camino. Comenzó un incendio en un agujero provocado por las explosiones. El humo se arremolinaba junto con el polvo espeso. Thomas tosió, pero sólo oía el estruendo en sus oídos.

Otro estallido retumbó. Thomas volvió la cabeza mientras corría para ver cómo explotaba la pared del fondo del almacén y se desmoronaba, hecha añicos, al tiempo que las llamas se avivaban en los espacios abiertos. Lo que quedaba del techo comenzó a derrumbarse de una vez por todas.

Llegaron a la puerta de la sala de mantenimiento y entraron justo a tiempo de ver cómo Gally desaparecía por el Trans Plano. El resto ya se había marchado. Thomas avanzó a trompicones con sus amigos por el corto pasillo entre las mesas. En cuestión de segundos, morirían. El sonido de cosas chocando y derrumbándose se hizo fortísimo. Estallidos, crujidos, chirridos metálicos y el crepitar de las llamas… Todo se elevó a un extremo inimaginable. Thomas se negó a mirar, aunque sentía que todo se venía abajo, a apenas unos pasos de él, tan cerca que un soplo le rozó el cuello. Empujó a Brenda hacia el Trans Plano y el mundo se derrumbó en torno a Minho y él.

Juntos, saltaron hacia la helada pared gris.

Capítulo 73

Thomas apenas podía respirar. Tosía y escupía. El corazón le latía a toda velocidad y se negaba a aminorar la marcha. Aterrizó en el suelo de madera de la cabaña y se arrastró hacia delante para alejarse del Trans Plano por si los repugnantes escombros llegaban volando. Y entonces vio a Brenda por el rabillo del ojo. La chica pulsó algunos botones en un panel de control y la superficie gris desapareció para revelar las tablas de cedro de la pared de la cabaña que había detrás.

«¿Cómo ha sabido hacer eso?», se preguntó Thomas.

—Minho y tú, salid —dijo con una voz tan apremiante que Thomas no entendió nada. Ahora estaban a salvo, ¿no?—. Tengo que hacer una última cosa.

Minho se había levantado y se acercó para ayudar a Thomas a incorporarse.

—Mi fuco cerebro no puede pensar ni un segundo más. Dejemos que haga lo que quiera. Vamos.

—Bien —convino Thomas.

Ambos permanecieron mirándose un rato, recobrando el aliento, calmándose unos segundos después de todo lo sucedido, de toda la muerte, de todo el dolor. Junto a aquellas sensaciones estaba el alivio; tal vez, sólo tal vez, todo había terminado.

Pero, por encima de todo, Thomas sentía el dolor de la pérdida. Ver cómo moría Teresa —por salvarle la vida— había sido demasiado. Ahora contemplaba al que se había convertido en su mejor amigo y tuvo que contener las lágrimas. En aquel momento, se juró que jamás le contaría a Minho lo que le había hecho a Newt.

—Desde luego que bien, cara fuco —respondió al final Minho. Pero faltaba su sonrisita de siempre y en su lugar había una expresión que le decía a Thomas que comprendía y que ambos cargarían con la pena de su pérdida para el resto de sus vidas. Luego se dio la vuelta y se alejó.

Después de un buen rato, Thomas le siguió.

Cuando puso el pie fuera, tuvo que detenerse a contemplar la escena. Había llegado a un lugar que les habían dicho que ya no existía, uno verde, exuberante y lleno de vida. Estaba encima de una colina, sobre un campo de alta hierba y flores silvestres. Las doscientas personas que habían rescatado deambulaban por la zona, algunas corrían y saltaban. A su derecha, la colina descendía a un valle de imponentes árboles que se extendían kilómetros y terminaban en una muralla de montañas rocosas que sobresalía hacia un cielo azul sin nubes. A su izquierda, el campo cubierto de hierba se convertía gradualmente en maleza y más allá, en arena. Y allí estaba el océano, cuyas olas, grandes y oscuras, con las crestas blancas, rompían en la playa.

El paraíso. Había llegado al paraíso. Tan sólo esperaba que algún día su corazón pudiera experimentar la alegría que transmitía aquel sitio.

Oyó cerrarse la puerta de cabaña y después, el rugido del fuego tras él. Se volvió y vio a Brenda; le empujó para alejarlo de la estructura, a la que ya envolvían las llamas.

—¿Para asegurarte? —preguntó.

—Para asegurarme —repitió ella y le dedicó una sonrisa tan sincera que se relajó un poco, sintiendo cierto consuelo—. Siento lo de… Teresa.

—Gracias —fue la única palabra que encontró.

Brenda no añadió nada, aunque Thomas se figuraba que no había mucho más que decir. Se reunieron con el grupo que había luchado en la última batalla con Janson y los otros; todos tenían arañazos y moratones de arriba abajo. Miró a Fritanga a los ojos igual que había hecho con Minho. Después, se giraron de cara a la cabaña y la observaron quemarse hasta que se desmoronó.

Pocas horas más tarde, Thomas estaba sentado sobre un acantilado que daba al océano, con los pies colgando en el borde. El sol casi se había hundido en el horizonte, que parecía resplandecer en llamas. Era una de las vistas más asombrosas que había presenciado.

Minho ya estaba encargándose de todo en el bosque, donde habían decidido vivir, organizando grupos de búsqueda de comida, un comité de construcción y una cuadrilla de seguridad. Thomas se alegraba, pues ya no quería que la responsabilidad cayera sobre sus hombros. Estaba cansado, física y mentalmente. Esperaba que donde quisiera que se hallaran estuvieran aislados y a salvo mientras el resto del mundo averiguaba cómo lidiar con el Destello, hubiera o no cura. Sabía que el proceso sería largo, duro y desagradable, y tenía la certeza de que no quería formar parte de ello. Estaba harto.

—Hola.

Se volvió y vio a Brenda.

—Hola. ¿Quieres sentarte?

—¡Vaya! Sí, gracias —se dejó caer junto a él—. Me recuerda a las puestas de sol en CRUEL, aunque no brillaban tanto.

—Eso mismo podrías decirlo sobre muchas cosas.

Sintió otro torrente de emociones cuando los rostros de Chuck, Newt y Teresa desfilaron por su mente.

Transcurrieron varios minutos en silencio mientras contemplaban cómo desaparecía la luz del día, y el cielo y el agua pasaban del naranja al rosa y luego, al púrpura, que derivó en un azul oscuro.

—¿Qué piensa esa cabecita tuya? —preguntó Brenda.

—Absolutamente nada; voy a dejar de pensar un rato.

Y lo decía en serio. Por primera vez en su vida, era libre y estaba a salvo, todo un logro sólo equiparable al alto precio que había implicado.

Entonces Thomas hizo lo único que se le ocurrió: extendió el brazo y cogió a Brenda de la mano. Ella se la apretó.

—Somos unos doscientos y todos inmunes. Será un buen comienzo.

Thomas la estudió con la mirada, suspicaz por lo segura que sonaba, como si supiera algo que él desconocía.

—¿Qué significa eso?

Ella se inclinó y le besó en la mejilla y luego, en los labios.

—Nada. Nada de nada.

Thomas expulsó todo pensamiento de su mente y la acercó mientras el último rastro de luz solar se perdía en el horizonte.

Epílogo

Memorándum final de CRUEL. Fecha: 10/04/232; hora: 12:45

Para: Mis asociados
De: Ava Paige, ministra
RE: Un nuevo comienzo

Hemos fracasado. Pero también hemos tenido éxito.

Nuestra visión inicial no llegó a buen término; el programa no se realizó. Fuimos incapaces de descubrir una vacuna o un tratamiento para el Destello. Pero, previendo estos resultados, pusimos en marcha una solución alternativa: salvar al menos a la mitad de nuestra especie. Con la ayuda de mis compañeros, dos inmunes sabiamente elegidos, logré planificar e implementar una solución que tendrá los mejores resultados que podríamos esperar.

Sé que la mayoría de CRUEL pensaba que debíamos ser más exigentes, ir más allá, ser más implacables con nuestros sujetos, seguir investigando para hallar una respuesta. Querían comenzar otra ronda de Pruebas. Pero no veíamos lo que teníamos ante nuestras narices. Los inmunes son el único recurso que le queda a este mundo.

Y si todo ha ido de acuerdo con el plan, hemos enviado al más inteligente y más fuerte de nuestros sujetos a un lugar seguro, donde puedan comenzar una civilización nueva mientras el resto del mundo acaba extinguiéndose.

Tengo la esperanza de que, con el paso de los años, se vea saldada la deuda que nuestra organización ha contraído por las atrocidades contra la humanidad que nuestros predecesores en el gobierno cometieron. Aunque soy más que consciente de que fue un acto de desesperación suscitado por las erupciones solares, liberar el virus del Destello como medida de control de la población fue un crimen abominable e irreversible. Y los desastrosos resultados nunca pudieron predecirse. Desde entonces, CRUEL ha trabajado siempre para compensar aquel mal, para encontrar una cura. Y aunque hemos fracasado, al menos podremos decir que plantamos la semilla del futuro de la humanidad.

No sé cómo juzgará la historia las acciones de CRUEL, pero dejó constancia de que la organización tenía un único objetivo: preservar la raza humana. Y en este último acto, eso es lo que hemos hecho.

Como siempre hemos tratado de inculcar en todos nuestros sujetos, CRUEL es buena.

— FIN DE LA TERCERA PARTE —

Notas

[1] Deberá informarse inmediatamente a las autoridades de cualquier sujeto sospechoso. <<